ADOLFO AGORIO

# FUERZA Y DERECHO

## Aspectos morales de la gran guerra

BIBLIOTECA NACIONAL · MONTEVIDEO ·

D.R. 484.073

MONTEVIDEO

CLAUDIO GARCÍA, Editor

CALLE SARANDÍ, 441

1916

BIBLIOTECA NACIONAL

870589

BIBLIOTECA NACIONAL

Casa Impresora "El Siglo Ilustrado", San José, 938

A Mr. Enrique Rodó

En momentos en que Vd., mi querido amigo, se aleja de nosotros, aparece "Fuerza y Derecho". Que estas páginas de dolor y esperanza que habrán de acompañarlo en la hora solemne en que cae sobre el alma la noble melancolía de la patria lejana, sean para el espíritu selecto que ha comprendido tan

# DEDICATORIA

hondamente a Francia, algo más que un simple recuerdo; que ellas sean, en medio del océano, mi pensamiento que busca su pensamiento y mis manos que estrechan sus manos.

Un abrazo de su affmo

Adolfo Agorio

Julio 12/916

*1789—14 de julio—1916.*

# Dedicatoria

*Las ideas de "*Fuerza y Derecho*" no han sido plasmadas para los espíritus absurdos, para los espectadores sin alma, en quienes el culto platónico de la fraternidad ha castrado el sentimiento de la acción. No han sido forjadas para los Romain Rolland, ni para los Bernard Shaw, ni para los líricos, pedantes e hipócritas, que prefieren cruzarse de brazos o hacer retórica impasible ante el triunfo de la violencia, de la mentira y de la injusticia. Tampoco este libro ha sido hecho para los "chauvinistas" vacíos, para los Treitschke y para los Bernhardi, para los teóricos de la fuerza brutal, para los que defienden, sobre el imperio sereno de la razón, la vulgar sordidez de la guerra, las sensualidades del pillaje y la barbarie de la matanza. No ha sido pensado para los profesionales del patriotismo ni para los ilusos sin virilidad, que, criminalmente, han intentado desarmarse frente al bandido. Sólo se sabe lo que vale la paz cuando ella ha sido perdida. Pero es preferible cien veces el horror de la lucha*

*cuando nuestra tranquilidad ha de pagarse al precio de nuestra humillación y de nuestra esclavitud. Por eso, un libro que refleja los estados morales de la gran tragedia, no debe ir directamente a ningún monarca, a ningún general, a ningún estadista. Al genio revolucionario de Francia, que trazó con sangre, y no con frases, los destinos de la humanidad; al gran pueblo de Francia, masa anónima de soñadores y de obreros, que ha sabido abrirse camino con la idea y con el fusil, con el cerebro y con la bayoneta; a la Francia rebelde de 1789, de 1848 y de 1871; a la Francia pacifista de 1914; a los trabajadores que cambiaron de pronto el sacrificio del taller por el heroísmo del soldado; a los sacerdotes, a los campesinos, a los menestrales, a los maestros humildes; a todos los que, amando locamente la existencia, no han temido el minuto supremo, y han inmolado la vida al pie del ideal, dedico estas pobres páginas de sufrimiento, de serenidad y de recuerdo.*

ADOLFO AGORIO.

# I

# FUERZA Y DERECHO

I

# Del misticismo al pragmatismo

Ningún espíritu humano alcanzó a plasmar en forma más vigorosa que Nietzsche la concepción absoluta y mística de la fuerza. Su violenta mentalidad anticristiana llegó a invertir la moral de los evangelios. Para Nietzsche los principios de Jesús representan una doctrina de esclavos. Así es que, dejándose arrastrar inconscientemente por un misticismo contrario, llegó hasta fundar la religión de la dureza y de la crueldad. "Es preciso pensar profundamente, escribía, y llegar hasta el fondo de las cosas, desconfiando de toda debilidad sentimental. La vida es en sí misma, apropiación, opresión, servidumbre de todo lo que es extranjero y más débil". Nietzsche entiende que la superioridad de las razas está en su fuerza de dominación. "Los hombres esencialmente naturales, dice, los bárbaros en el sentido más terrible de la palabra, los hombres de presa, en posesión de una fuerza de voluntad y de un deseo de dominar inconmovibles, han aplastado siempre a las razas débiles y más

pacíficas". De ahí que la falta de virilidad, *lo que en ciertos medios se llama compasión*, constituya un pecado terrible. Tanto para Nietzsche como para los teóricos alemanes que descienden de la vieja escuela francesa de Gobineau, la fuerza crea el derecho y la violencia es la única justicia natural. El sistema no puede ser más rudo ni más primitivo. Cuando el primer hombre de las cavernas, evocado por Anatole France, surgió de la roca armado de un hueso de reno, la primera ley quedó establecida. Bastó que el hueso de reno fuese vencido por el hacha de sílex para que se dislocase el sentido de la justicia. El derecho cambió con las armas. No obstante, la metafísica de los pensadores alemanes ha pasado por alto la evolución de las fuerzas históricas para aplicar al instante actual los principios rudimentarios que nacieron en la alborada de la especie. Germanismo no es otra cosa que primitivismo. René Lote, citado por Gabriel Hanotaux, (1) demuestra que el protestantismo alemán se ha vaciado poco a poco de su contenido cristiano y humano "para llegar simplemente al germanismo, *el cual es una regresión a la antigua barbarie escandinava*".

***

Al hacerse místico, el culto de la fuerza sale de la brutalidad material y adquiere tintes de un vago idealismo. Treitschke abomina de las naciones

---

(1) «La Revue Hebdomadaire», 1915.

profundamente pacíficas y condena lo que él llama "baja y grosera materialidad". La pequeña Bélgica, laboriosa y débil, lo crispa y lo irrita hasta la blasfemia. "Mientras que la juventud alemana, dice, está dispuesta a derramar su sangre por la causa del Infinito y del Eterno, los habitantes de ese pequeño pueblo neutral se sumergen en el más bajo materialismo". Lo más curioso de todo, es que esta orientación ultraterrena posee sus raíces utilitarias. Del misticismo llega directamente al pragmatismo. William James descubriría también en este fenómeno de transformación mental el hilo de sus concepciones filosóficas. La crisis es profunda y sugestiva. Después de hablarnos fastuosamente, en 1870, de la causa de Dios y de la misión celeste del pueblo alemán, Treitschke afirmaba que, para conseguir el apoyo de Bélgica, "esa planta parásita pegada al flanco de nuestro Imperio, *bastarían algunas amenazas de orden comercial.*" El misticismo de Treitschke es una cuestión económica. He ahí el punto terminal de la divina idealidad predicada por todos los descendientes alemanes de la escuela de Gobineau, escuela francesa que se adapta maravillosamente a la psicología germánica y que en Francia es casi desconocida. Como se ve, dentro del germanismo, la idea mística de la fuerza está dirigida en el sentido de las consecuencias prácticas y utilitarias. Lasson, Bernhardi y el mismo Nietzsche, son una demostración elocuente de esta tendencia doctrinaria.

*
* *

Alemania ha llegado, con Hegel, a la deificación del Estado, y con Bernhardi a la idea mística del militarismo. Como modalidades de la mentalidad alemana, estas dos expresiones de la fuerza son unidades de acción inmediata y de conquistas prácticas. Despojando a las palabras de todo lo que tienen de falsario y de pedante, hallamos un sedimento áspero de voracidad. Alemania ha puesto una máscara de metafísica sobre todos los matices de la barbarie. Su filosofía de rapiña es su mismo instinto desenfrenado e insaciable. Gabriel Hanotaux se equivoca profundamente cuando cree que Nietzsche hizo una burla del espíritu alemán. Nada más falso. Nietzsche, hijo legítimo de la cultura francesa, admirador de Napoleón, despreció el sentimentalismo carnavalesco, la inflazón científica, la suficiencia doctoral, todo lo que iba contra la libre expansión de la fuerza dominadora. "En verdad, escribe Hanotaux, yo me pregunto si Nietzsche, con su conocimiento profundo del genio alemán, no se burló de sus compatriotas llevando hasta el máximo de intensidad la expresión de instintos de los cuales ellos se enorgullecían. Yo me pregunto, si después de haberles expuesto su sistema, Nietzsche no rió, dentro de sí, inextinguiblemente". Nada de eso. Nietzsche no borró jamás la línea de su arquitectura formidable. La fuerza él la siente como la ley universal de la gravitación. En las páginas terribles de *Ecce Homo*, donde destila su odio violento

contra el espíritu germánico, se revela una energía suprema: el imperialismo de la sinceridad. Nietzsche quiere dominar con sus contradicciones, con sus delirios, con sus paradojas. Acepta la fuerza como una fatalidad creadora. Es la lluvia que el viento hace filtrar por los resquicios de nuestra casa vacilante. Tanto el imperialismo que nos conquista, como la lluvia que nos inunda, responden a principios naturales inmutables. Pero Nietzsche no se cruza de brazos. Marcha contra esas fuerzas, las pulveriza, las desgarra... Y cuando ya no son más que fantasmas del pensamiento, todavía sigue amenazándolas con los puños crispados.

* * *

Para sentir la embriaguez de la fuerza pura, como Lasson, como Blume, como Bernhardi, sería necesario colocarse en el punto de vista de la moral cristiana combatida por Nietzsche, bastaría poseer pasta de lacayo o alma de esclavo. De nada vale el auxilio brumoso de la metafísica alemana para admirar el puño de hierro que nos golpea. No es necesaria la filosofía para preparar la escuela de la servidumbre. Las máximas de la doctrina imperialista de los germanos reflejan las durezas más descarnadas del derecho natural forjado por el hombre de las cavernas, representan una anestesia moral y una enciclopedia de la barbarie. ¡Es preciso vivir la vida! (1) ¡Paso al hombre

---

(1) El bandido Bonnot, famoso por sus abominables crímenes, lucía la misma divisa: *Il faut vivre sa vie.*

golpe en primera potencia, en la nación que no acepta tutores ni amos, pero que confía a sus puños la defensa de su derecho. Cuarenta años han bastado solamente para llevar a cabo esta maravillosa transformación. Mientras esperó la justicia de los otros, Italia se vió siempre defraudada en sus esperanzas. Napoleón III la ayuda contra Austria, desangra a toda una juventud en las jornadas de Magenta y de Solferino, pero se retira sin completar su obra, y sacrifica en Villafranca los ideales contra la opresión y el martirio de un pueblo que reclamaba su derecho a la vida. Italia sólo estuvo segura del triunfo cuando pudo empuñar libremente, con sus propias manos, el fusil de los libertadores. Sólo vencen al destino las naciones que descansan en sí mismas, en su propia capacidad para la lucha. Los impotentes no viven más que del desperdicio y de las sobras de los fuertes. Derecho sin fuerza que lo sostenga es igual a cuerpo humano sin esqueleto, una gelatina sin forma que apenas sirve para rellenar los huecos de nuestra vanidad carcomida. No hay progreso en el mundo que no se realice sin enseñar los dientes. La revolución francesa, amamantada en las doctrinas materialistas del siglo XVIII, reconoció con Helvetius y La Rochefoucauld que el pensamiento es el patrimonio de los fuertes. La fuerza es una necesidad cuando se apoya en fundamentos subjetivos. El pensador vigoriza su espíritu sobre el universo. El atleta fortalece sus músculos sobre el estadio. Ninguno confía su prosperidad al valor ajeno. No hay mayor cobardía que esperar el de-

recho como una limosna de los poderosos. Las libertades no se piden con súplicas y con sollozos, se conquistan con el sacrificio, matando y muriendo. La dinamita es a veces tan útil como el pan. La Duma rusa no se hubiera reunido jamás sin la cólera radiante del pueblo, sin la sangre de muchos mártires. Toda obra grande posee sus cimientos de cadáveres. Italia tiene la soberbia altivez de los que han sufrido en silencio, de los que han sentido crecer sus fuerzas bajo el azote de la tempestad. Los pueblos que la creyeron despreciable y frívola, se vuelven hoy azorados ante el espectáculo aterrador de la metralla que ruge con espanto y que siembra la muerte. Respetar es temer. Los débiles serán siempre humillados. (1) ¿Para qué mendigar esa justicia que nos arrebatará el primero que pase? Cimbali, el admirable pensador que tiene la savia clásica de los viejos latinos, la entraña moral de los hombres del Renacimiento, nos enseña que el llanto de la humanidad será el eterno coro que acompañará siempre al triunfo del más fuerte. Como los individuos débiles, las naciones sin fuerzas serán pisoteadas, sucumbirán por su propia incapacidad. Pero no. Cadorna es algo más que el general colocado al frente de los destinos de la nación. Es la expresión dura y profunda de una raza que ha penetrado el cinismo vacío de los hombres, que no ha creído en las promesas hipócritas de los demás, que no ha unido su suerte, como Bélgica,

(1) Los Lasson, los Heinrich Leo, los Bernhardi, sostienen que los débiles *deberán* ser siempre humillados.

*a un pedazo de papel*, y que sólo ha confiado en su espada, en esa espada que antes se quebró contra el usurpador y que hoy conmueve con su peso la balanza del mundo.

*
* *

La concepción cristiana y mística del derecho es tan absurda como la teoría germánica de que la paz sólo sirve para crear pueblos degenerados. La paz, que es el estado normal de la especie, necesita de las bayonetas para estar garantida. El derecho sin armas es una quimera. La guerra europea ha demostrado que hay un bandidaje colectivo, de la misma manera que existe un bandidaje individual Enrique IV de Alemania no irá más a Canosa para prosternarse ante el pontífice, ni arrastrará su calvario sobre la nieve. Santa Genoveva no salvará más a París con sus oraciones, ni hará el milagro de desviar el torrente bárbaro. La justicia mística solamente se impone en la fantasía histórica o triunfa en la leyenda dorada de los mártires. El sentimiento subjetivo del derecho no existe por sí solo; necesita proyectarse sobre las realidades de la energía. Objetivamente, el derecho resulta una modalidad de la fuerza, la más íntima de todas, la más profunda, porque es la que más amamos. La conveniencia de ser fuerte, sin caer en los peligros enervantes del germanismo, reposa sobre la misma garantía del derecho. De ahí que, cuando existe la violación de uno solo de esos sentimientos sagrados, declararse neutral equivale a declararse cómplice

Ser neutral por debilidad es tan insensato como si buscásemos al ladrón la excusa de ser escrofuloso. "¿Qué se diría de un juez, exclama Alberdi en *El crimen de la guerra*, que ante el encuentro culpable de dos hombres, se declarara neutral y los dejase despedazarse?" Con su vigoroso entendimiento, con sus poderosas facultades de adivinación, este ilustre americano se había adelantado a reconocer la irremediable fatalidad de las guerras legítimas. "Como castigo penal de un crimen, escribe en el mismo libro, como defensa de un derecho atropellado, como medio de reparación de un daño inferido, como garantía preventiva de un mal inminente, la guerra debe ser ejercida por la sociedad del género humano." Ya que el Estado utiliza la fuerza para castigar los delitos contra los individuos, no se comprende por qué se repliega mansamente cuando se comete un delito contra las naciones. Es que cuando la fuerza lleva un germen de violencia irracional, de impulsiones afectivas y bárbaras, la humanidad pierde su equilibrio psicológico. Fuerza y derecho es la expresión viviente de un haz de energías que, lejos de excluirse, se completan y se armonizan en un plano de ideas superiores. Semillero de conflictos morales, fermento magnífico de toda nuestra vida social, fuerza y derecho es el símbolo geométrico de toda lucha, la unidad compuesta por dos elementos inseparables, el organismo definido en el cual ninguna de las dos partes puede vivir independientemente una de la otra sin marchitarse y sin languidecer, como las hojas que, en pleno verdor, en plena lozanía, el hu-

racán arranca de los árboles, briznas errantes que luego alfombran los senderos para morir con un gemido bajo nuestros pasos. Defender el derecho es conocer la fuerza. Conocer la fuerza es no temerla. No temer es afrontar el infinito, descorrer el velo del misterio y avanzar siempre...

---

## II

# Voluntarismo y obligatoriedad

Inglaterra acaba de transforma la base social y psicológica de su organización. El voluntarismo ha muerto, y con él desaparece también la conquista preciosa de la autonomía individual. Ahora triunfa la obligatoriedad elevada a sistema, la coacción fiscal ejecutada por intermedio del funcionarismo y regulada por los resortes parlamentarios. A pesar de todo, no se trata de transformar los fundamentos jurídicos de la sociedad británica ni de suprimir las fórmulas externas de las libertades inglesas. La reforma es mucho más íntima, pasa por encima de las instituciones fugaces, va más allá de los razonamientos morales para modificar prejuicios hereditarios y modalidades de raza. Si resucitasen hoy los grandes teóricos del individualismo, desde Godwin hasta Spencer, desde los más estrechamente feroces hasta los más soberbiamente amplios, les costaría trabajo reconocer los planos de esta rápida evolución británica, que tiende a restringir, cada vez más, la órbita de acción de los ciudadanos.

Lloyd George, popular y enérgico, disparó el primer cañonazo contra la autonomía de los individuos. Y entonces vimos a una Inglaterra individualista y librecambista poner barreras al comercio, penetrar en la esfera privada, expropiar las minas de carbón, nacionalizar los ferrocarriles, proceder a la movilización industrial y llegar hasta la más combatida de las reformas, la implantación del servicio militar obligatorio. Para vencer a Alemania, la nación inglesa ha adoptado los métodos alemanes, los principios alemanes, los mecanismos alemanes. "El mundo de ideas y prejuicios se nos está escapando, escribe el *Daily News*. En la escuela de la guerra estamos aprendiendo muchas cosas con increíble rapidez. Tenemos que probar que la organización y la democracia pueden coexistir, que la libertad política es compatible con la eficacia material. El hecho de que el elevado mecanismo de Alemania se haya concebido para fines tiránicos y antisociales, no ha de movernos a censurar el mecanismo mismo. Nuestro error ha sido el opuesto: el de subordinar las necesidades colectivas a los intereses individuales."

*
* *

Después de leer estas líneas, el escritor español Ramiro de Maeztu deduce lógicamente que Inglaterra se asimilará toda la organización alemana, excepto el despotismo. El problema de la guerra posee un fondo de disciplina, de esfuerzo social, de ventajas técnicas. La victoria se forja tanto en el

taller como en las trincheras. El triunfo recae más sobre el mejor obrero que sobre el primer general. Se ha dicho que la razón de las batallas ganadas por las tropas imperiales hay que buscarla en la superior organización científica del proletariado alemán, y que si el esfuerzo de Francia es formidable, esto se debe a que el espíritu socialista entre los franceses es mucho más fuerte que en cualquiera de las naciones aliadas. Pero hemos exagerado, frente al individualismo, los beneficios de la absorción social del Estado. Los ingleses se han dado cuenta de que la vida es imposible sin coordinar los esfuerzos de todos. He ahí su gran sacrificio. Toda coacción supone un debilitamiento de la libertad individual. Forzada por la necesidad, arrastrada por la oleada sangrienta, la Gran Bretaña ha quemado ante los altares de la guerra lo mejor de sí misma, las conquistas de su vida política, el sentimiento subjetivo de la tradición.

***

No hay duda que, pasado el cataclismo, esta fiebre extirpadora de la personalidad humana ha de detenerse. Una técnica imperfecta, que fracasó como organización internacional destinada a asegurar la paz, ha triunfado, en cambio, como método científico para la destrucción y como una disciplina severa de la sociedad humana. Los partidos avanzados, ya en el poder, arrojaron al vacío su lastre de fraternidad, su fardo de ideales incómodos. No pudiendo hacer estallar sus sueños generosos, las

agrupaciones aplicaron su método como un cauterio, el método terrible que les sirve de arma en la lucha de clases, que ha creado esas *trade union* que hicieron la revolución territorial inglesa y que ha dado a luz a ese espantoso sindicalismo francés, que un día hizo temblar los cimientos de la república y que hoy se ha transformado en volcán, fabricando municiones en cantidades tan fabulosas que podrían envolver en llamas al planeta. Puede ser que la muerte del individualismo no sea más que aparente. Es posible que todo ello sea un simple fenómeno aislado de la sociedad europea, organizada actualmente para destruir y para matar. No obstante, se espera que esta fulmínea evolución hacia un Estado militar, chocante y contradictorio, que se incorpora los principios prácticos del socialismo obrero, escolle más tarde en todo lo que trate de cercenar la independencia individual.

*
* *

La vida no se compone sólo de fuerzas económicas, sino de valores morales. Pero la guerra nos demuestra que hasta el militarismo, con su principio de obligatoriedad en el plano de la acción guerrera y de la mecánica industrial, penetra dentro del vértigo absorbente de la socialización. El concepto individualista reposa sobre el principio del voluntarismo. Hacer decentemente lo que se nos antoja, aun contrariando intereses colectivos, es la máxima inviolable de nuestra autonomía dentro del engranaje social. Por su parte, el régimen de la

socialización en el esfuerzo productor y en los sacrificios sangrientos, posee deberes infranqueables, tiene por base un postulado de obligatoriedad. El mecanismo social no puede funcionar sin una obligación colectiva, superior a las necesidades transitorias del individuo. Sin el sacrificio de una parte de nuestra libertad individual, no puede existir armonía, ni orden, ni disciplina. En la obligatoriedad reposa la justicia de este nuevo espíritu de organización. Los hombres deben ser iguales en el placer, en el sufrimiento y en la muerte. Las leyes que impiden al obrero trabajar contra su voluntad más de ocho horas, como las que lo obligan a sudar sin tiempo fijo en una fábrica de obuses o las que lo enrolan en un regimiento, responden a los mismos métodos, descansan sobre los mismos fundamentos lógicos. ¡Cuántos hombres, alucinados por las ganancias, trabajarían más de lo reglamentario si estuviesen seguros de escapar al castigo! ¡Cuántos soldados desertarían de las filas si las penas militares no existiesen! Sin embargo, el trabajo con límites legales salva la higiene interna, y la obligación de servir en el ejército resguarda el patrimonio social. La gloria de Inglaterra es haber subordinado todo sistema particular a la doctrina de su salvación. Pero estamos al borde de generalizaciones peligrosas. Las ideas se deforman con el uso, cambian al igual que los moldes de acero, se transforman como la estructura física de los hombres que las viven y que las contienen. Corremos el riesgo de ser el juguete de una minoría de voluptuosos febriles y rapaces. Varios egoísmos se funden en el

grupo que pide a gritos en la plaza pública un horario ilimitado de trabajo, y ese egoísmo se convierte en ley general. Otro grupo pide al Estado la *obligación* de ir a la guerra, de hacerla lo más cruel posible, de someterse a los rigores de la vida militar, y el Estado interpreta como aspiración nacional las ideas de una casta. Llegará un momento en que hemos de asustarnos de nuestra propia obra. La conflagración nos mece sobre un abismo relampagueante de fascinaciones y de asechanzas. Exagerar el principio de obligatoriedad con todas sus consecuencias morales, es cegar para siempre la fuente de los derechos del individuo, esa fuente de milagros de donde salió victorioso el genio de la historia y que hizo de Inglaterra la nación modelo en la justicia, en el trabajo y en la libertad.

III

# La paz imposible

Un grupo de intelectuales anarquistas ha publicado en París un manifiesto donde se vuelve a afirmar el principio de la guerra implacable, de la guerra hasta el fin, hasta que el militarismo prusiano quede en la imposibilidad absoluta de renovar las locuras sangrientas que han herido el corazón de la humanidad. El manifiesto lleva las firmas de Grave, de Paul Reclus, de Kropotkine, de Malato, y en donde muchos espíritus superficiales hubieran sospechado una garantía de rebelión contra los dolores presentes, surge el fondo práctico de la doctrina revolucionaria, la lógica de hierro que no ha abandonado nunca a los pensadores anarquistas en esta hora de tragedia, el postulado que predica la terminación por la fuerza y el fuego de lo que ha sido empezado por la violencia y por la injusticia. Es cien veces más humanitario extirpar el cáncer sin piedad que distraerlo con calmantes absurdos. Tanto en Francia, como en Inglaterra, como en Rusia, las doctrinas antimilitaristas y paci-

fistas sufren una crisis transitoria, cuyas consecuencias sociales se harán sentir profundamente en la evolución del pensamiento internacional. Frente a los teóricos de la fuerza dominadora, frente a los propagandistas del pangermanismo sin bases morales, debía oponerse, naturalmente, el principio de una resistencia activa y vigilante. No podía recibirse con un abrazo al que amenazaba con un puñal. Algunos años antes de la guerra, desde su retiro de Londres, el príncipe Kropotkine previó la transformación actual de las viejas ideas demoledoras. En una visión profética, verdaderamente genial, cuando se iniciaba en Francia el formidable movimiento contra el servicio militar de tres años, Kropotkine defendió encarnizadamente en las sociedades anarquistas la angustiosa necesidad de apoyar este nuevo sacrificio, ya que Alemania se preparaba para atacar a Francia y puesto que el triunfo germánico hubiese retrasado en dos siglos las ideas de la gran revolución. "Cuando, hace unos diez años fuí a París, escribía más tarde a Pedro Esteve, director de la *Cultura Obrera* de Nueva York, tuvimos una reunión de compañeros en *Les Temps Nouveaux.* Entre muchas cosas se habló de la guerra. Los compañeros, casi todos, eran partidarios de negarse a intervenir en caso de guerra. Yo les dije que les sería imposible hacerlo, que no lo harían. El imperio alemán se preparaba para atacar a los franceses más violentamente aún que en 1870. Su objeto era invadir la Francia, arrancarle un buen pedazo y levantar un nuevo Metz, aun más cerca de París, para tener a la capital bajo la amenaza

constante de los cañones enemigos.'' En su carta a Pedro Esteve, el ilustre príncipe ruso agregaba que los gobernantes alemanes querían arruinar al pueblos francés con fuertes tributos, ante los cuales los impuestos en 1871 resultarían bagatelas. ''Ya sabemos, decía, que es el pueblo quien paga estas situaciones de rapacidad. De esta manera, todo movimiento socialista o anarquista sería imposible, al menos durante medio siglo, lo mismo que toda rebelión contra el régimen alemán.''

* * *

Cuando todo el mundo, diez años antes de la guerra, adormecido por sueños de fraternidad, creía que los cuatro millones de socialistas alemanes eran capaces de detener las ambiciones arrogantes del pangermanismo, no sólo Kropotkine previó la violación de Bélgica, sino que señaló sin pedantería la ruina de esas esperanzas generosas, fundadas en un desconocimiento completo de la psicología alemana. ''En caso de agresión a Francia, escribió, el pueblo alemán obedecerá al gobierno sin protestar''. En aquella época alguien pudo sonreir ante una declaración semejante. Los hechos han dado hoy a la frase del revolucionario ruso un resplandor siniestro y trágico. Kropotkine ama a Francia, ha amado siempre a Francia. La venera sin lirismos, sin gritos, sin fanfarronadas. Siente por ella un entusiasmo sagrado, una devoción de pensamiento y de serenidad, el ardor reflexivo que se enciende como una lámpara milenaria en el fondo

de las conciencias sabias y libres. Sus palabras poseen la suavidad del maestro y la dureza del conquistador de almas. En su propia franqueza está su justicia. La sinceridad se siente como un perfume y se respira con emoción. "Yo decía a mis compañeros que Alemania penetraría en Francia por Bélgica. Esto era cosa resuelta. Alemania había empleado veinticinco años para alcanzar una gran perfección en su material de guerra. Sería muy difícil rechazar la invasión. Con Rusia no se podía contar, pues apenas llegaría a defender sus inmensas fronteras. Luego expresaba el sentimiento de tener ya sesenta y dos años y no poder coger el fusil para defender a Francia contra la invasión alemana".

*
* *

Más adelante, Kropotkine declaraba que era necesario evitar a toda costa el aplastamiento de Francia. "El día en que Francia fuese atacada, será necesario que cada uno de nosotros y todos los que aman el progreso de las ideas anarquistas, impidan el triunfo del militarismo prusiano sobre la civilización francesa. No hay que olvidar lo que esta civilización ha representado para Europa. Fué Francia la que, aun esclava, de un extremo a otro del continente, trajo la abolición de la servidumbre y el principio de la igualdad política, después de haber intentado establecer en su territorio la igualdad de hecho, es decir, la nivelación económica. Fué Francia la que hizo, en 1848 y en 1871,

las dos grandes rebeliones armadas del proletariado, y que hoy es, juntamente con Italia y España, portadora de la idea comunista contra el imperialismo germánico, que encarna una civilización retrasada en más de medio siglo''. El príncipe ruso finaliza demostrando que la derrota de Alemania significaría el renacimiento de la Internacional, suprimida en su fuerza moral después de la victoria germánica de 1870. El manifiesto que nace hoy a la luz como una afirmación de las energías sociales contemporáneas, amenazadas de nuevo por una paz hipócrita y falsaria, es una consecuencia lógica de la obra anterior de los revolucionarios en sus relaciones con la guerra. ''Pensamos que es preciso resistir al agresor, porque él representa el aniquilamiento de todas nuestras esperanzas de libertad'' La rama de olivo ha sido marchitada por las explosiones. El romanticismo inofensivo ha muerto. Hacer la guerra hasta el agotamiento resulta actualmente la fórmula más viva y palpitante de la fraternidad.

IV

## De la anarquía al patriotismo

Wladimiro Bourtzeff ha vuelto del presidio de Siberia a su puesto de lucha. La intervención de los socialistas franceses ante el gobierno ruso ha tenido éxito. El terrible revolucionario, guiado por su amor a Francia, había huído del destierro para ofrecer a la Rusia autocrática el concurso de su brazo vengador, tantas veces crispado en esfuerzos supremos de rebelión y de muerte. Vladimiro Bourtzeff tenía sus cuentas pendientes con los tribunales rusos, eso que en jerga policíaca se llama delito contra la seguridad social, y que no es en el fondo más que el miedo de los que mandan transformado en leyes escritas. Las autoridades se encargaron de enviar secretamente al infierno blanco de los pensadores eslavos a esta individualidad rebelde, que quería dar su sangre por un ideal que no era el suyo, pero que lo acercaba al límite de sus sueños. Poco interesó a Rusia que Wladimiro Boutzeff reclamase un fusil para combatir a Alemania. De nada valió que el famoso conspirador diese en proclamar su odio contra el prusiano. En

el vasto imperio de los zares se teme más a un anarquista desarmado que a todos los alemanes del mundo. Pero lo que nunca consiguió de Rusia la influencia de los monarcas y de los embajadores en favor de este ejército de condenados y de visionarios, lo ha conseguido un grupo de socialistas extranjeros. La voluntad de hierro ha flaqueado por primera vez. No obstante, sería aventurado deducir de este hecho que la alianza con Inglaterra y Francia ha llevado al seno de la burocracia eslava un espíritu de justicia democrática y de tolerancia fraternal. De la misma manera, podría suponerse muy razonablemente que las autoridades rusas sacrifican ahora su instinto tiránico en homenaje a intereses más inmediatos que el simple castigo de un agitador peligroso. Lo que hay de cierto es que, a su retorno de Siberia, Wladimiro Bourtzeff ha sufrido una verdadera crisis de patriotismo. La leyenda del pueblo ruso, con su bondad pasiva de bestia, con su fiebre libertadora, con su delirio místico, atravesado por rayos de cólera, parece haber dado paso a una concepción más serena, más profunda, más reflexiva. Así como Bourtzeff declara sus entusiasmos guerreros sin ser molestado, Máximo Gorki censura públicamente en Moscú los actos del gobierno y hasta descubre su admiración por la disciplina científica y militar de Alemania. No acertaremos a saber sino después de la tragedia, si Rusia es tolerante por cálculo, por conveniencia actual o por espíritu doctrinario. El turbión rojo que azota los campos de Europa, disuelve las personalidades y confunde los matices. Pero aún bajo

la pincelada monótona que entorpece el análisis de los sentimientos más íntimos, el fenómeno patriótico en Bourtzeff resulta más cautivante todavía que la evolución militarista de Gorki.

*
* *

Las primeras declaraciones de Wladimiro Bourtzeff a un redactor del *Novoye Vremia*, produjeron profunda emoción. ''Hoy no debemos pensar más que en la guerra, exclama. Creo en la victoria. Ella se me presenta como una fatalidad. Además, tengo una confianza inquebrantable en el renacimiento de Rusia.'' Para Bourtzeff, la guerra es un medio de conquista moral, un estimulante de reformas sociales, un camino abierto hacia la transformación democrática. Más que por la derrota germánica, el incendio le interesa por sus consecuencias saludables dentro de la misma Rusia. ''Vencer al alemán es hacer triunfar los principios de la democracia nacional, dice. Creo que llegaremos a este fin, pues marchamos paralelamente con Francia e Inglaterra. Después de haber vivido largo tiempo en las provincias lejanas de Siberia, puedo asegurar que el ánimo de nuestras grandes masas populares está enteramente por la continuación de la guerra. Los paisanos hablan con entusiasmo del ejército y del heroísmo de nuestros soldados.'' Wladimiro Bourtzeff, que fué durante toda su vida un pacifista ardiente y convencido, considera ahora la rama de olivo como algo funesto, como un veneno maldito y execrable. La mayor de las aberraciones sería para

él firmar una paz separada. "Eso, agrega, sería una imbecilidad, un crimen, una abominable traición. Rusia pagaría ese acto de la manera más cruel. Una solución semejante haría presa a la patria de la crisis más terrible que haya presenciado."

***

Este nihilista, tan implacablemente perseguido por la policía de todo el mundo, termina con una frase de elogio para el servicio secreto de Berlín y con una fina sátira para la obra estéril de los funcionarios rusos. "Los agentes alemanes, dice, hicieron lo imposible para entrar en relaciones conmigo, a fin de decidirme a mantener a las masas populares de Rusia en perpetua agitación revolucionaria. Muchos triunfos de Alemania tienen su origen, sin duda alguna, en la maravillosa organización del espionaje. Nuestra policía, en cambio, tan atareada en perseguir a los que hemos pensado sin temores, ignoraba por completo la actividad de los espías enemigos que se instalaban sólidamente en Rusia y que trabajaban en provecho de su país." La guerra ha poseído la virtud soberana de acortar el camino entre la anarquía sin freno y el patriotismo exaltado. Nada tan ímprobo como intentar hacer luz en el proceso espiritual de estos seres extraordinarios que han sufrido al contacto de un ideal formidable de tristeza, de redención y de sangre. Imposible conciliar esa riqueza subjetiva de los individuos, ese destello misterioso del alma, con

la idea práctica de la nacionalidad, la patria con todas sus consecuencias objetivas, con su militarismo, con sus parlamentos y con su espionaje. La crisis moral de Bourtzeff no es un fenómeno simple, una circunstancia única y aislada. Las ideas actuales del príncipe Kropotkine refuerzan esta situación violenta de la conciencia universal. La oleada de incertidumbre envuelve a todo el planeta en su ritmo inmenso. Tanto Hermann Cohen en Alemania, como Octavio Mirbeau en Francia, han seguido esta corriente de sublimidad o de locura, donde las leyes de la rebelión individual se funden en la gran hoguera del sacrificio colectivo, esa guerra que ha roído la originalidad del espíritu, matado la frescura del pensamiento y que amenaza devorar todas las esperanzas fundadas en veinte siglos de idealismo.

V

## La Comuna

La revolución de París, en 1871, es el ejemplo histórico más profundo, más palpitante, de la desarmonía entre la fuerza y el derecho. El exceso de energía indisciplinada, sin resortes críticos, pero a la cual alimenta un ideal noble, rompe los moldes del derecho y aniquila los principios generosos que le dieron vida. Los comuneros de 1871 fueron demasiado individualistas para reglamentar la formidable energía social que representaron en un minuto de agotamiento y de tragedia. Sin capacidad para militarizarse, la Comuna permitió que las tropas de Versalles, muy inferiores en los primeros meses, se hiciesen fuertes y contribuyesen con su triunfo a retrasar en medio siglo el progreso de las ideas sociales. Entre los comuneros de 1792 y los de 1871 media un abismo. Los revolucionarios de 1792 poseyeron grandes generales que complementaron la obra de los ideólogos. En cambio, los principios de la Comuna no fueron defendidos más que por militares inferiores a una medianía. Tanto Blanqui, como Vallés, como Flourens, como Dombw-

rosky, estaban enardecidos por el sentimiento místico del derecho y de la justicia. Así es que se inmolaron, después de una resistencia gloriosa, en holocausto a sus prejuicios antimilitaristas. Creyeron que bastaba proclamar un apostolado de nobleza para que la fuerza brutal de los reaccionarios se prosternase humillada ante los altares de la nueva revelación. A pesar de todo, trastornaron por un instante los fundamentos del Estado, sembraron ideas sublimes; pero, desarmándose y desorganizándose ante la fuerza, envenenaron con quimeras absurdas el corazón de la juventud. Si se hubiese dado mayor importancia al factor militar, la Comuna hubiera triunfado. He ahí la gran culpa, la raíz fundamental de ese fracaso formidable que ha de reconocer la crítica histórica del futuro, la cual no ha de perdonar a las imponentes figuras de ese movimiento social su sacrificio heroico y estéril. Bajo las losas del Père Lachaise, donde aún descansan los restos de los comuneros fusilados, hierve todavía la protesta sangrienta de los que cayeron con un gesto de cólera, cuando sintieron escapar la victoria después de haber dominado el porvenir.

*
* *

No obstante la diatriba de sus difamadores, la Comuna mereció haber vivido. Fué un torbellino de ideas y de doctrinas como pocas veces ha presenciado la humanidad. Al borde de un desastre nacional, estalla el genio revolucionario de Fran-

cia y conmueve los cimientos de la democracia y del Estado. Pero en todas las revoluciones se agita un elemento irracional, una fuerza que no discierne su finalidad, ni pesa los acontecimientos, ni discurre sobre el alcance posible de las ideas. Este fondo de incomprensión, esta incoherencia irremediable, dió motivo al ingenio penetrante y satírico de Jules Lemaître para crucificar, en un cuento sobre los Evangelios, el desborde ilógico de la conciencia popular. Jules Lemaître juzgó el gran drama humano por uno de sus entreactos. No alcanzó siquiera a medir un eslabón de la inmensa cadena. Cuenta Lemaître que, en el establo donde había nacido Jesús, los reyes magos hallaron doctrinas de fraternidad. El reino de Gaspar estaba en Africa, dice, el de Melchor en Europa. El rey Baltasar, el más perfecto de todos, no se sabía de dónde procedía. "Todos los hombres son hermanos, exclamó el carpintero José; todos los hombres son iguales, y todos, ricos o pobres, reyes o artesanos, son hijos de Dios... Y pronto no habrá ni ricos ni pobres, ni esclavos ni tiranos. Jesús establecerá el reinado de la justicia, la ciudad en donde todos seremos dichosos, porque todos nos amaremos." No importó que María interrumpiese para decir que el reino de Jesús no le parecía de este mundo. El carpintero siguió profetizando el advenimiento de la fraternidad y del amor. Agrega Lemaître que, cuando el rey negro volvió a su reino, llorando de emoción, reunió al pueblo delante de su casa.

—¡Os traigo una gran noticia!, exclamó. Todos somos hermanos, todos somos iguales... Ya no soy

vuestro rey. Todos sois libres. ¡Hermanos míos, amémonos!

Los negros, al principio, no se dieron cuenta de las ideas del rey. Pero luego, creyendo haber comprendido, interpretaron a su modo la fraternidad. Saquearon la casa del rey y la de los jefes principales, se bebieron cuantos licores fuertes había en ellas e hicieron suyas a todas las mujeres. El monarca lloraba de ternura.

—¡Sed dichosos, hijos míos!

Hubo luchas sangrientas. Como nadie trabajaba, el hambre no tardó en reinar. Entonces, un negro enérgico, llamado Gleglé, se hizo proclamar rey. El nuevo monarca hizo cortar la cabeza a los antiguos jefes, encerró a Gaspar en un calabozo, atacó a las tribus vecinas y restableció el orden en el reino de los negros. Pero un partido de descontentos sacó a Gaspar de su encierro. El rey mago, que había reflexionado mucho en la prisión, salió al encuentro de Gleglé. Después de vencerlo, lo hizo decapitar y se lo comió. Ni uno solo de los partidarios de Gleglé quedó con vida. "Desde aquel día, escribe Lemaître, el rey Gaspar conservó un mal recuerdo de su viaje a Belén." Por su parte, el rey Melchor no fué menos desgraciado.

—Si todos los hombres son iguales, ¿con qué derecho soy soberano?—exclamó.

Jules Lemaître aprovecha la feliz oportunidad para hacer una crítica punzante del parlamentarismo y de la democracia. No vacila en cargar sobre las anchas espaldas del rey Melchor la responsabilidad del derecho constitucional. Como el mo-

narca pensó que no podía ser soberano sin el consentimiento del pueblo, pidió a sus súbditos que eligiesen una asamblea. Y aquí viene la sátira contra la revolución francesa, es decir, contra ese fondo irracional y caótico que hemos señalado en todos los movimientos sociales. "La mayor parte de los súbditos no habían pensado nunca en semejante cosa, dice Lemaître. Lo único que preocupaba al pueblo era comer cuando tenía hambre y pagar la menor cantidad posible de impuestos." Ocurrió que realmente intervino en el sufragio una pequeña parte del pueblo, eligiéndose representantes a los que mentían mejor y que prometían más cosas. Esos hombres, reunidos en asamblea, no hicieron más que hablar de libertad, igualdad y fraternidad. Se propusieron hacer la felicidad del pueblo desterrando o matando a toda la gente sospechosa de ser partidaria del antiguo régimen. "Y cuando el incauto Melchor empezó a manifestar sus dudas con respecto a la bondad de esa obra, lo destronaron y le cortaron la cabeza".

*
* *

Al analizar el pensamiento del rey Baltasar, el escritor francés se siente contagiado por el vicio contrario, por la exageración de su propia simpatía intelectual. Jules Lemaître se deja arrastrar por las inclinaciones de su mentalidad aristocrática. "Que un Dios, escribe, haya venido al mundo para sufrir y morir por les hombres, sólo prueba la maldad de éstos". Así es que Baltasar llega al

despotismo por razonamiento, por espíritu de casta, al *despotismo generoso y bueno, que concede, no la libertad, que sólo es una palabra vana, sino muchas libertades*... Si Jules Lemaître hubiese condenado la tiranía con su misma sátira llena de lógica, acaso hubiera podido evitar el contrasentido moral e histórico de su doctrina. No obstante, el testamento de Baltasar posee una cláusula cuya fina ironía se funda precisamente en la fatalidad de la incomprensión humana. "El día en que se haya comprobado debidamente, dice, que todos los hombres son buenos e iguales en virtudes y entendimiento, ruego a aquel de mis sucesores que en esa época reinase, que abdique el poder y establezca en este país el sufragio universal y la república parlamentaria". De la misma manera, podría decirse que el día en que se comprobase que todos los hombres son buenos, ese día habrá muerto también la democracia. El despotismo tampoco se conciliaría, puesto que, siendo todos justos, no existiría entonces ningún sér humano capaz de oprimir y de humillar a sus semejantes. Como expresión sangrienta de una forma revolucionaria, la Comuna tiene todos los vicios y todas las virtudes de las situaciones de violencia. Su génesis parte de la idea contraria a la prusianización de Francia. Los hombres de la Comuna no querían pactar con el enemigo. Prolongar la lucha hasta el fin era su divisa. "Hay dos partidos en lucha, decía el general Rossel, antes de entrar en el ejército de la Comuna. Sin vacilar, me declaro partidario del que no firmó la paz, del que no cuenta en sus filas ge-

nerales culpables de capitulación.'' Un conjunto de tendencias rebeldes formó el nervio republicano de los comuneros. Aunque, exteriormente, los matices políticos y sociales separaban a los hombres, había en el fondo una misma idea común de progreso social y de resistencia hacia los gobiernos enmascarados. ''La Comuna, dice Luisa Michel, se componía de una mayoría ardientemente revolucionaria y una minoría socialista (1) que razonaba demasiado para los tiempos que corrían. En el temor de adoptar medidas despóticas e injustas, estos hombres iban a parar siempre a las mismas conclusiones''.

*
* *

El 26 de marzo de 1871, ocho días después del pronunciamiento, se proclamó la república revolucionaria. ''En legítima defensa, decía una proclama de la Comuna, hemos rechazado a un gobierno que quería deshonrarnos imponiéndonos un rey.'' Luego declaraba que los hombres de Versalles, abusando de la magnanimidad popular, habían organizado *un foco de conspiración monarquista*, invocando la guerra civil, haciendo entrar en juego todas las corrupciones, aceptando todas las complicidades y *hasta mendigando el apoyo extranjero.* Desde el punto de vista de las ideas puras, el movimiento revolucionario sigue un curso perfectamente lógico. La primera chispa surge de una cues-

(1) Los socialistas de la Comuna no procedían de la escuela de Marx. En su mayoría, eran discípulos de Blanqui.

ción militar. El proletariado, que formaba una poderosa guardia nacional, quiso prolongar la resistencia contra los prusianos una vez que París hubo capitulado. Los obreros en armas obligaron al enemigo a no ocupar más que una parte de la gran capital. Pero cuando llegó el momento de entregar los cañones que habían sido adquiridos por suscripción pública, el estallido popular se produjo. Era el 18 de marzo. El Comité Central de la Guardia Nacional dirigía el movimiento. Fracasado su golpe de mano contra Montmartre, bajo la mirada complaciente de los prusianos, el gobierno de Thiers se retiró a Versalles, nido de los viejos monarcas de Francia. La reconquista de las alturas de Montmartre por los federados, mientras los cañones eran arrastrados a fuerza de puños, tiene acentos de epopeya. "En el alba que surgía, se escuchaba el toque de alarma. Subíamos a paso de carga, sabiendo que en la cima había un ejército dispuesto para el combate. Pensábamos en morir por la libertad. No era la muerte, sino la sorpresa de una victoria popular lo que nos esperaba en los cerros. Las mujeres se arrojan sobre los cañones. Mientras el general Lecomte ordena se haga fuego sobre la muchedumbre, un subteniente, saliendo de su compañía, grita con fuerza: *¡Abajo las armas!* Los soldados obedecen. El subteniente era Verdaguerre, fusilado meses más tarde a causa de este hecho. La revolución había comenzado." (1) Lecomte, detenido en el momento en que por tercera vez orde-

(1) Luisa Michel: *La Commune.*

naba el fuego, fué fusilado en compañía de Clemente Thomas, a quien los revolucionarios reconocieron, bajo su traje de civil, mientras inspeccionaba las barricadas de Montmartre. El general Vinoy, sorprendido, huyó fuera de París. Su sombrero fué hallado en la plaza Pigalle. Con un momento más de retardo, la muerte hubiera ahorrado al soldado de Thiers el placer supremo de vencer la revolución.

*
* *

La falta de espíritu militar constituyó la ruina de los comuneros. Había doscientos veintiséis batallones bien armados, partidarios de la guerra, defensores de las instituciones republicanas. Cuando Thiers, después de su fracaso en Montmartre, decidió abandonar los fuertes de la orilla izquierda del Sena, menos el Mont Valerien, no tenía bajo las armas más que cuarenta mil hombres, contra doscientos mil que poseían los federados. Después de su primera victoria, los comuneros perdieron el tiempo en la persecución de enemigos imaginarios. Les hubiera bastado caer en masa sobre Versalles para que el triunfo fuese completo. Un vértigo de preocupaciones abstractas, escrúpulos de sentimentalismo y de humanidad, cortaron las alas de la acción. "Muchos de nosotros hubiésemos quedado en el camino, escribe Luisa Michel; pero el enemigo habría sido ahogado en su madriguera. La legalidad, el sufragio universal, todas las teorías de este género que pierden las revoluciones, entraron en

el cálculo, como de costumbre.'' Entretanto, el ejército de Thiers se hacía cada día más poderoso. De cuarenta mil hombres creció a ochenta mil. Luego, con la tolerancia prusiana, subió a cien mil. En el momento escogido para la ofensiva, el general Vinoy llegó a mandar cuatrocientos mil soldados. ¿Qué hacían, entre tanto, los comuneros? Creaban doctrinas fraternales, se daban abrazos y derramaban lágrimas. ''La costumbre de esperar órdenes es tal todavía en el rebaño humano, agrega Luisa Michel, que después de las jornadas victoriosas de Montmartre y Belleville, nadie tuvo la idea de reunirse y de partir''. En abril empieza a tronar el cañón de Versalles. Los federados pierden la batalla de Neully. Luego viene la derrota de Chatillon con la muerte de Duval. En Montretout, sorprendido por fuerzas superiores, muere heroicamente Flourens, el pensador revolucionario. Los idealistas de la Comuna se superan a sí mismos en la grandeza de su sacrificio. El general Cluseret, delegado de guerra por decreto del 4 de abril, es ahora el ciudadano Cluseret. Destituído y procesado como culpable de haber comprometido la posesión del fuerte de Issy, lo sustituye Rossel, el más capaz de los generales de la Comuna, quien es acusado de traición por Pyat y Vallés. Habiéndose suprimido los tribunales militares, nadie podía sentenciar con un criterio técnico y profesional. La desconfianza cunde en forma alarmante. Los ciudadanos se espían, se venden, se delatan. La falta de disciplina es tan grande, que muchos batallones viven del pillaje y del merodeo. Sonó el instante

en que el ejército de la Comuna ya no era nada ante el de Versalles. "Los militares de profesión eran muy pocos, dice Luisa Michel. Domburowsky tenía apenas tres mil hombres para contener el repetido asalto de más de diez mil". La crítica histórica está de acuerdo en reconocer que, si el general Rossel hubiera dirigido el movimiento, el curso de los sucesos habría sido otro. Rossel quería un ejército disciplinado. Delescluze poseía un ejército de rebelión. "Los fanáticos de la libertad hubieran juzgado bello para vencer el sujetarse a una disciplina de hierro. Rossel no sabía lo que era un ejército de rebeldes. Tenía la ciencia de los ejércitos regulares. Los delegados civiles de la guerra no conocieron más que la grandeza general de la lucha: marchar adelante ofreciendo el pecho. Bello es alzar la cabeza contra la metralla; pero contra enemigos como los de Versalles, *hacía falta algo más*. Rossel, acostumbrado a la disciplina de los ejércitos regulares, y que vió rechazada por la Comuna una decisión suya, se retiró sin que ni él ni los otros se hubiesen comprendido. Fué una pérdida real. Versalles lo demuestra asesinándole." (1)

*
* *

No obstante, el heroísmo nacía de la propia esterilidad de la lucha. En la barricada de Neully, removida por los obuses, los hombres caen con los

---

(1) Luisa Michel: *La Commune.*

brazos arrancados y los huesos descubiertos. Desangrados, agonizantes, sin esperanzas de victoria, resisten hasta el último extremo. El 22 de mayo los versalleses abren una brecha en la cintura de defensa. La ausencia de organización militar, esa organización por la cual Rossel había luchado infructuosamente, hace propagar el pánico por todas partes. Saint Cloud cae bajo la metralla. Desesperada, enloquecida, la junta revolucionaria lanza una proclama donde declara que el pueblo, para batirse, no necesita aprender táctica ni maniobras de ninguna especie. Aquí empieza uno de los momentos más dramáticos en la historia de la Comuna. En *La Débâcle*, Emilio Zola nos pinta la ciudad ardiendo, el París del pecado, envuelto en llamas, palpitante en medio de la noche, bajo el ojo regocijado del prusiano. El bandidaje petrolero, de cuya existencia la Comuna no es culpable, el bandidaje sin ideas que siempre se plega a todas las revoluciones, ensañó su cólera imbécil contra los monumentos, contra los tesoros de arte, contra la prodigiosa galería del Louvre, que se salvó gracias a un hábil movimiento de Mac Mahon. Entretanto, sobre las barricadas, con una tenacidad admirable, con un heroísmo sublime, los comuneros se desplomaban sobre los cadáveres. Acorralados por Ladmirault y Galliffet en las alturas del Père Lachaise, parapetándose detrás de las cruces del cementerio, cayendo contra los nichos, agonizando en medio de las tumbas, los revolucionarios morían uno a uno, mientras las columnas de Drouot y Cirey entraban en Grenelle

mientras Douay se hacía dueño del Elíseo y Susbielle penetraba en el Campo de Marte. Los resplandores del fuego iluminaban montañas de carne deshecha. Las Tullerías ardían. El viento arrastraba nubes de hollín. Los papeles quemados del Palacio de Justicia y del Hotel de Ville cubrían el cielo con su masa sombría. El Teatro Lírico era ya un montón de escombros humeantes. La muerte del arzobispo de París, en medio de los incendiarios, renovó las escenas diabólicas de otra época, las matanzas abominables de septiembre de 1792. Después del triunfo de los versalleses, la represión no fué menos bárbara que el delito. Durante varios días, los soldados sintieron la delirante ebriedad de la sangre, el ensañamiento sin cortapisas, la crueldad sin límites. "Las criaturas repugnantes de ferocidad, escribe Luisa Michel, vestidas con lujo y salidas no se sabe de dónde, que insultaban a los prisioneros y con la contera de sus sombrillas hundían los ojos de los muertos, aparecieron en los primeros encuentros detrás del ejército de Versalles." La victoria quería hacerse frívola, quería hacerse discreta y feroz, para borrar con un bálsamo de refinamiento elegante las tristezas de la perversidad.

***

A pesar de verse agitadas por un torbellino de violencia, la facultades creadoras de la Comuna perpetuaron la base ideológica de la revolución. Mientras Thiers se aprestaba a sofocar con sangre

el movimiento. Vaillant, Ferré, Eudes, miembros del Comité Central revolucionario, conseguían levantar el estado de sitio en el departamento del Sena, abolían los consejos de guerra del ejército permanente y decretaban una amnistía plena por todos los delitos políticos. La Comuna se propuso organizar el proletariado después de redimirlo. Suprimió las multas en los talleres, proscribió el trabajo nocturno, abolió el juramento político, llamó a su lado a los artistas, a los inventores y a los sabios. "En la Academia de Ciencias, escribe Luisa Michel, los sabios discutían en paz, indiferentes a la Comuna, que no pesaba sobre ellos. Thénard, los Becquerel y Elie de Beaumont se reunían como de costumbre. En la sesión del 3 de abril, Sedillot leyó un folleto sobre la curación de las heridas en el campo de batalla. El doctor Drouet se refirió a los diversos tratamientos del cólera, asunto de absoluta actualidad, mientras que Newcombe, un americano, se alejaba completamente del teatro de los sucesos para estudiar el movimiento de la luna alrededor de nuestro planeta." En medio del infierno revolucionario, la ciencia se había creado un hogar apacible y fecundo. Los hombres de la primera revolución francesa guillotinaron en Andrés Chénier a un gran poeta. En Lavoisier cortaron la cabeza a un gran sabio. Pero los comuneros de 1871 poseían una sensibilidad menos enmascarada que la de sus abuelos. Apartándose de la fría crueldad del viejo tribunal revolucionario, los ciudadanos del Comité Central no buscaban el contagio de las ternuras de Bernardino de Saint-

Pierre, ni leían los suaves idilios de Gessner, mientras verdaderos rebaños humanos marchaban al cadalso y se derrumbaban chorreando sangre, con el cráneo tronchado. La Comuna tenía una concepción distinta de la humanidad y de la historia. Su fuerza no procedía de la retórica abstracta de un puñado de teóricos impasibles. Sus razonamientos seguían el mismo ritmo que los impulsos del corazón. El 6 de abril la guillotina fué quemada y escarnecida en la plaza pública. Los comuneros trataban de transformar en realidades prácticas los sueños fraternales de Saint-Simon, de Babœuf, de Fourier, de Blanqui, de todo aquel viejo socialismo francés, fuerte y arrogante, sin pedantería científica, sin obscuridades metafísicas, aquel viejo socialismo lleno de energías morales, rebosante de quimeras sublimes, y al cual la especie debe gran parte de su progreso espiritual. Pero los hombres de 1871 olvidaron que el universo está organizado de tal manera, que hasta la misma fraternidad requiere el auxilio de las bayonetas para imponerse y para triunfar. "Si París sucumbiera por la libertad del mundo, escribía Grousset a las grandes ciudades de Francia, la historia vengadora tendría derecho a decir que París fué degollado porque vosotros le dejasteis asesinar." Y París sucumbió. La historia no le ha perdonado ni su derrota ni su heroísmo.

*
* *

La Comuna buscó la fuente de su poder en el sufragio universal. El manifiesto comunista, pu-

blicado por Marx y Engels treinta años antes, sostenía que la obra de la revolución social habría de ser el resultado de la dictadura de la clase obrera. En la lucha de clases, cuando un despotismo se sustituye por otro despotismo, es la organización más fuerte la que obtendrá el triunfo. La dictadura burguesa, como la dictadura obrera, no puede ejercerse más que por mecanismos coercitivos. No se trata ya de suspender el derecho, sino de ejecutarlo por medio de la fuerza y hasta de la violencia. ¿Acaso la policía y el ejército son otra cosa que órganos de coacción, de energía hecha disciplina, de violencia organizada? La justicia no tiene a veces más garantía que la brutalidad. Más práctico que apoderarse de los parlamentos y otros resortes de la vida burguesa, hubiera sido el dominio de los ejércitos. Los comuneros no comprendieron el sentido de la dictadura. El parlamentarismo conduce a la masturbación política, a la farsa democrática; sólo la ciencia militar lleva a la dictadura de que hablaba Marx. Partidarios de una absoluta libertad política, los socialistas de la Comuna no acertaron a organizar la fuerza soberana de que fueron representantes. Nacionalizaron las fábricas y las escuelas, mientras tronaba a los lejos el cañón enemigo. Los sindicatos obreros, como lo predicó Luis Blanc en 1848, tuvieron en sus manos los instrumentos de producción. La Iglesia es separada del Estado. Los símbolos religiosos son abolidos en las escuelas. La expropiación de los bienes de la Iglesia en beneficio de la colectividad se fundó en las ideas revolucionarias

del siglo XVIII. La Comuna entendía que secularizar dichos bienes equivalía a tomar el desquite sobre los fraudes y las artimañas del clero. La lógica revolucionaria es profundamente simplista. Se orienta siempre en un sentido contrario a las tradiciones consagradas. De nada vale una nueva organización política, una nueva organización económica, una nueva organización administrativa, si la fuerza social que ha de mantener todas las reformas, se dispersa y se agota en luchas estériles. El sufragio universal sofocó el espíritu revolucionario. Thiers no consultó a sus conciudadanos para reprimir el movimiento, sino a Bismarck. La Comuna no hacía distinción entre franceses y extranjeros en cuanto a los derechos políticos. Tampoco Thiers hizo diferencia entre franceses y prusianos cuando se trataba de someter a los rebeldes. El gobierno de Versalles se aligeró de la pesada carga de fórmulas que perdió a los revolucionarios. Una vez más las bayonetas borraron la frontera de las ideas.

***

Los juicios de Carlos Marx sobre la Comuna constituyen acaso uno de los capítulos más cautivantes en la historia del proletariado. Carlos Marx era un espíritu disciplinado, sereno, analítico. Era un verdadero alemán. Vivía en Londres, en la más profunda miseria, cuando forjó su *Capital*, ese libro terrible, verdadero corrosivo de las viejas concepciones históricas, que durante mucho tiempo fué considerado como una humorada, como un juguete cómico del pensamiento. No hay nada mejor que

morirse de hambre para comprender el problema económico, la cruel injusticia del capitalismo. Pero en nombre de su pretendida verdad científica, desconfiando de las revoluciones, aunque no se atreviese a atacarlas públicamente, Carlos Marx dirigía sus disparos contra el viejo idealismo de los socialistas franceses, ya que su propósito consistía en desplazar hacia Alemania el eje del movimiento obrero universal. Bajo su máscara de internacionalista, Carlos Marx era un aliado del pangermanismo. Este oculto sentimiento antifrancés estaba inspirado en una ilusión científica, cerrada a todas las influencias morales, una ilusión hecha de ingenuidad y de pedantería. (1) Lo más terrible de

---

(1) Escritas estas líneas, leo en el número 35 de *La Nota*, de Buenos Aires, el siguiente párrafo del ilustre profesor español Miguel de Unamuno: «El socialismo de Marx, del pedante Marx, pretendía ser científico, y no era más que cientifista y pedante. El rencoroso judío tudesco desdeñaba a los que llamaba utopistas, a aquellos grandes y nobles espíritus que fueron Proudhon, Saint-Simon y Fourier, al nobilísimo socialismo romántico francés, al verdaderamente revolucionario, dígase lo que se quiera». Luego agrega el sabio profesor: «Si el socialismo de Marx no ha servido para que Alemania, su patria, haya hecho una revolución antes de dejarse llevar a la guerra, es que ese socialismo no era tal y menos revolucionario, por muy científico que pretendiera ser. La revolución social, enseñaba Marx, es algo fatal, inevitable; son las cosas y no los hombres quienes han de traerla. Y, enseñando así, en virtud de una desalmada supuesta interpretación materialista de la historia, que las cosas llevan a los hombres y no los hombres a las cosas, convirtió a los hombres en cosas. O más bien se le ocurrió esa interpretación porque los hombres que tenía en torno, y sobre los cuales obraba, no eran más que cosas. Y en tanto, la gran revolución, la verdadera revolución, sigue siendo la francesa, la de 1789, que la hicieron los hombres y no las cosas, pese a Taine. La hizo la Palabra, la santa Palabra, el pensamiento. Y fué el entronizamiento del Hombre, de los Derechos del Hombre. ¡Los Derechos del Hombre y no las necesidades de las cosas»!

todo es que una legión de sociólogos se ha servido en contra del socialismo universal del argumento que reposa sobre la impotencia revolucionaria de los socialistas alemanes. El escritor americano, citado por Remy de Gourmont en *Pendant l'orage*, se funda en impresiones puramente germánicas para sostener que "el socialismo es un militarismo sin cañones". He ahí un grave error de generalización. Una cosa es el mecanismo frío y paciente, que hace que el partido socialista alemán no sea más que un nudo en el pañuelo del emperador, de ese personaje omnímodo que está en la obligación de acordarse de las necesidades obreras, y a quien corresponde la iniciativa de todas las reformas. Otra cosa es el partido socialista francés, organismo palpitante, fuerza viva que pesa en los destinos de la gran república, a cuyo genio revolucionario debemos gran parte de nuestras conquistas morales. No obstante su base marxista, una base menos dogmática, menos impregnada de espíritu germánico, con una interpretación humana y libre, el socialismo pudo seguir en Francia la huella revolucionaria de los grandes maestros. Jaurés era tan idealista como Fourier. Creía en la influencia psicológica de la patria y en la lógica moral de la historia. Enamorado de Bergson, estaba convencido de que la vida no se encuentra solamente sometida al factor económico, que existen fuerzas superiores a la sórdida materialidad de las cosas, fuerzas íntimas que gobiernan nuestro corazón y que hacen vacilar nuestros sueños.

*
* *

Entre las páginas que Carlos Marx escribió para el público sobre la Comuna y aquellas páginas que confió a la reserva de la amistad, media un abismo. En 1872 Carlos Marx protestaba contra la política anexionista de Bismarck, y declaraba que el territorio francés mutilado, que la cuestión de Alsacia y Lorena, abriría las puertas de otra guerra sangrienta. Por otra parte, en su libro sobre la Comuna, el autor de *El Capital* declara que existía un grandioso contraste entre ese movimiento revolucionario y el segundo imperio francés. La Comuna fué el reino de la libertad contra el despotismo, de la libertad que nace de la persecución y del atropello y que empieza por otorgarse a los propios adversarios. Sin ser molestados, regular cantidad de periódicos versalleses aparecían en París, rebosando injurias contra los miembros del Comité Central. Después de anotar esta violenta antítesis entre dos organizaciones políticas, Carlos Marx hace la famosa afirmación de que si a la distancia de un tiro de cañón contra París los ejércitos prusianos anexaron a Alemania dos provincias francesas, *la Comuna había anexado todos los trabajadores del mundo a la Francia revolucionaria.* Luego, en el Manifiesto de la Asociación Internacional de los Trabajadores, Marx no sólo volvía a afirmar que la anexión de Alsacia y Lorena había de ser una causa invariable de perturbaciones políticas y una amenaza constante a la paz de Europa, sino que preveía los contratiempos

de la política prusiana, arrojando a Francia en brazos de Rusia, como consecuencia de una diplomacia de rapiña, falsaria y disimulada, que era necesario transformar para hacerla que reposase sobre los mismos principios que reglamentan la moral de los individuos. A pesar de todo, en esa misma época, Carlos Marx, que se encontraba en Londres, abría el corazón a su amigo Federico Engels. Como vamos a verlo, las ideas que Marx confía a la intimidad del amigo, son completamente opuestas a las ideas destinadas al público. Benito Mussolini, socialista italiano, antiguo director del *Avanti*, ha traducido al idioma de su país gran parte del voluminoso e interesante epistolario que contiene toda la correspondencia cambiada entre Marx y Engels. Las cartas que se refieren a la guerra franco-prusiana y a la Comuna, poseen hoy toda la fuerza majestuosa de una revelación, todo el misterioso encanto del pensamiento ignorado que brota de repente a la luz. Con fecha 20 de julio de 1870, Marx escribía que los franceses necesitaban ser aplastados. (*Die franzosen brauchen Prugel*). "Si los prusianos resultan victoriosos, agregaba, la centralización del poder gubernativo será útil a la centralización de la clase obrera alemana. Además, la preponderancia germánica, transportará de Francia a Alemania el centro de gravedad del movimiento obrero occidental. La hegemonía de los obreros alemanes sobre los obreros franceses habrá de constituir al mismo tiempo el triunfo de nuestra teoría sobre la de Proudhon". Como se ve, no obstante sus fórmulas internaciona-

les, Marx demostraba un espíritu profundamente nacionalista. Engels participaba de los mismos sentimientos. El 31 de julio del mismo año contestaba desde Mánchester a su inseparable amigo: "Tengo fe en la fuerza militar de los alemanes, que crece día a día. Somos nosotros los que hemos ganado la primera batalla". Y el 15 de agosto agregaba: "Como en 1866, Bismarck trabaja hoy, a su modo, por nosotros". Pero los párrafos de Marx sobre los socialistas franceses que hicieron la Comuna son insuperables. Después de proclamada la república, en 1870, los revolucionarios de París, miembros todos de la Internacional, lanzaron su célebre manifiesto invocando la fraternidad entre los dos pueblos desangrados por la guerra. Los términos de la proclama eran altivos y conmovedores. "Pasad el Rhin, decía el manifiesto en su exhorto al pueblo alemán, pasad el Rhin, y sobre las dos riberas del río disputado, estrechémonos la mano. Proclamemos la libertad, la igualdad, la fraternidad de los pueblos." Este manifiesto fué enviado a Marx, quien emitió su opinión en una carta dirigida a Engels. "Los imbéciles de París, (1) escribía, me han enviado algunos ejemplares de su ridículo manifiesto para que yo lo haga llegar a Alemania. Y estos señores se permiten todavía dirigirme instrucciones telegráficas prescribiéndome la manera cómo debo hacer la propaganda entre los alemanes!" Engels no fué menos duro en sus expresiones. "La proclama de

(1) *Die dummen Kerle in Paris.*

la Internacional parisiense, decía, demuestra que estos señores están enteramente dominados por la frase. Pretenden ahora, ya que se ha proclamado la república, que los alemanes deben abandonar el suelo sagrado de Francia! ¡Siempre la vieja infatuación, la superioridad de la Francia, la inviolabilidad del suelo santificado en 1793 y al cual todas las porquerías francesas cometidas después no han podido quitar su santidad a la palabra república! Esperemos que estos señores *vuelvan por el buen sentido.* De lo contrario, será difícil continuar con ellos nuestras relaciones internacionales. Los franceses no están todavía suficientemente aplastados.'' Tanto para Engels como para Marx, el buen sentido de los socialistas franceses hubiera consistido en favorecer los planes abominables de Bismarck, en estimular las ventajas de la germanización .

*
* *

¿Cuándo Carlos Marx sentía más hondamente la verdad de sus afirmaciones? ¿Era sincero cuando sostenía que los socialistas de la Internacional de París formaban un hatajo de imbéciles, o cuando decía que a un tiro del cañón prusiano contra la capital, el proletariado francés se había anexado a todos los trabajadores del mundo? ¿En qué supremo instante de la vida Carlos Marx tuvo la visión de la realidad internacional de su doctrina? Misterio. Ante todo, Marx era alemán y ya empezaba a vivir el misticismo vertiginoso de los pan-

germanistas. Mucho tiempo antes de que Benito Mussolini vertiese al italiano las confesiones íntimas de Engels y de Marx, la conciencia universal ya había dictado su fallo. "La socialdemocracia, dice Fabra Ribas, secretario de Jaurés y antiguo redactor del *Vorwaerts*, abdicó en favor del kaiserismo los poderes que le había conferido el proletariado, traicionó a la Internacional y sacrificó a los *junkers* y a los Hohenzollern su historia y su honor". (1) Engels y Marx hubieran hecho lo mismo cuarenta años antes. Fué más fuerte en ellos el espíritu de la raza que el poder de las ideas. La ausencia de fermento revolucionario lleva a la pasividad, a la disciplina mecánica y fría. Sometido a la voluntad feudal de los pangermanistas, el proletariado alemán se burla de las revoluciones que ha sido incapaz de crear. No hay en toda la historia de Alemania un 1789, ni un 1848, ni un 1871. Si Marx fué alguna vez sincero al exaltar el espíritu de la Francia revolucionaria, no hay duda que la propia naturaleza de su alma lo arrastraba hacia ambientes más plácidos, donde los hombres son instrumentos pasivos del factor económico, partículas sin voluntad creadora, dóciles e inertes, que se mueven a impulsos de los acontecimientos y de las cosas. La diferencia entre la democracia social francesa y la alemana señala el abismo que separa a dos mentalidades irreconciliables. En la lucha contra la superstición tradicional que defiende el poder de los privilegiados, nada debemos

---

(1) A. Fabra Ribas: *El socialismo y el conflicto europeo*, pág. 61.

a Alemania, nada debemos a su socialismo de hormiguero. Francia es el acero que desgarra lo desconocido, la proa victoriosa que corta el misterio. De ahí que la Comuna no haya sido hecha para el alma germánica. Cuando vimos a Jules Guesde empuñar de nuevo su herramienta formidable; cuando vimos al comunero Vaillant, casi agonizante, erguir su cuerpo envejecido, levantar su puño sólido contra el torbellino de mentiras que pretendía justificar una agresión monstrúosa a los ideales que el socialismo había defendido; cuando vimos a hombres sin una flaqueza, sin una mancha, sin una cobardía, encarnar la cólera atroz y sagrada de la Comuna para desencadenarla contra la injusticia y contra la barbarie, entonces pensamos que los héroes de 1871 no son más que una pequeña parte en esa serena grandeza de Francia, diosa sangrienta y rebelde, luminaria eterna que hemos amado siempre, y cuyo resplandor palpitante todavía nos llama en el universo de los sueños.

# II

# LA REVOLUCIÓN

I

## Ayer y hoy

Bajo la sangre tibia que corre como un río o que brota como de un surtidor, bajo la sangre que se coagula sobre el seno palpitante de Francia, como una flor monstruosa, el 14 de julio aparece cubierto por brumas rojizas. He ahí el símbolo de redención y de muerte, que atrae como un abismo y que encanta como un sortilegio. Se desliza en medio de la sombra, entre el tronar del cañón y el relámpago de las explosiones. Apenas perturba la conciencia francesa, apenas la mueve con el sedimento fino de su recuerdo. La fecha duele como la herida que nos hace despertar de un largo sueño, restalla a nuestro lado como un latigazo reconfortante, suena como el acero que hará surgir nuestro instinto bravío y nuestra fiebre de sacrificio. ¿Por qué llega hoy, con paso implacable, en esta hora de recogimiento y de heroísmo? El mundo aplaude la luz de este día de gloria. Las repúblicas aclaman la majestad de este nuevo ideal. Pero Francia siente despuntar la aurora detrás de su historia, y los rayos soberanos que tocan las trin-

cheras donde se sufre y donde se combate, no reciben otro tributo que el entusiasmo mudo de los guerreros que se entregan en brazos de la muerte, a fin de hacer digna de su radioso pasado a la patria invadida, a la patria pisoteada, que lucha para salvar del desastre el prestigio de sus ideas y la fe inagotable de su genio libertador. El espíritu de Francia se ha plasmado en una grandeza ignorada. Defiende la gran herencia jurídica legada por el siglo XVIII, el patrimonio ideal que ha hecho la inmortalidad de la raza. Francia no festejará este año su aniversario nacional con recepciones resplandecientes y brindis sonoros. No habrá ceremonias suntuosas ni desfiles magníficos. El más conmovedor homenaje lo tributará Francia en la línea de fuego, allí donde el 75 se ha convertido en el mejor aliado de la libertad. Ningún saludo más grande que éste. Los soldados de Francia presentan armas, mientras la Parca les roza las sienes con sus alas frías. Las filas se llenan de claros, mientras a lo lejos las baterías cantan su himno delirante, donde se mezcla la rabia de la destrucción y la piedad altiva de los dominadores. Pero las voces de aliento vendrán de otra parte, del seno de las sociedades neutrales que han vivido al calor del hogar francés y que han sorbido toda la verdad de las grandes enseñanzas republicanas. Más que ninguna otra nación, más que ninguna otra raza, Francia puede reclamar con justicia el deber de nuestro amor y de nuestra lealtad. Ella es la verdadera madre de nuestra alma. Nos ha nutrido con su ciencia, nos h

amamantado con su literatura, nos ha guiado al través de la vida, nos ha formado en la escuela de la democracia. Tiene derecho, pues, a nuestro apoyo moral, a nuestra simpatía sin freno, al afecto espontáneo que no conoce límites, que penetra en el corazón y llega hasta las lágrimas...

*
* *

En 1774 se moría Luis XV invadido por una lepra extraña, una especie de fiebre maligna y apestosa. Las crónicas de la época nos cuentan que aquella enfermedad era horrible. El cuerpo de aquel monarca lúbrico, degenerado, que consagró su existencia entera a la molicie y al libertinaje, era todo una llaga en supuración. El vientre se abría en una úlcera espantosa, y los intestinos salían afuera. La pestilencia de aquellas carnes enfermas era tan viva, tan insoportable, que nadie se atrevía a franquear la puerta de la cámara donde agonizaba uno de los reyes de Francia. Pero lo más terrible de todo, es que la imagen sombría de aquel soberano, era también la imagen descarnada del antiguo régimen, de una Francia moribunda que se descomponía y caía en pedazos inertes. Triste herencia dejaba Luis XV a sus sucesores. El monarca, entorpecido en placeres tan bajos, no podía ver más allá de lo que le permitía el estrecho círculo de sus goces materiales. Luis XVI salió de este caos de lodo y de podredumbre. Nació contaminado y lleno de amargura. Incoloro y pesado, llevaba encima los delitos del abuelo. ¿Qué podía

hacer aquel rey de voluntad débil, indiferente a los asuntos del Estado, tímido y taciturno, que comía como un cerdo y luego se dormía en las sesiones del consejo? Su mujer, la austriaca graciosa y frívola, era una flor de pantano. Turbaba los negocios con sus súplicas o los complicaba con su astucia ingenua. Aquellos dos seres no sabían ni ser buenos ni malos. He ahí su gran culpa. Entretanto, Francia languidecía. Un clero, holgazán y fuerte, vivía en la opulencia. Una aristocracia dominadora, compuesta de más de treinta mil familias, dilapidaba en el lujo la fortuna del pueblo. Mientras los burgueses que debían hacer la revolución, especulaban con la estupidez de las clases privilegiadas, los paisanos sudaban y gemían bajo el látigo, sin más satisfacción que la de roer algunas raíces miserables. Obreros, paisanos y burgueses, se unieron en una misma fraternidad. El dolor de su derecho desconocido los había juntado a todos. Luis XVI, que quiere evitar el derrumbe, llama en su auxilio a Maurepas. Imposible detener los progresos de aquel organismo gangrenado. Los médicos no pueden con una epidemia cuyos gérmenes fatales necesitan ser barridos con turbiones de fuego. Turgot, con su programa de libertad comercial, provoca la guerra de las harinas, la insurrección de los campesinos hambrientos, que llega hasta París incendiando granjas y saqueando graneros. Los empréstitos de Necker, parecidos a calmantes, precipitan la ruina. La convocatoria de los estados generales es el primer toque de rebato. Detrás de los famosos cuadernos,

escritos con lágrimas, asoma la máscara ensangrentada de la revolución. Y cuando los diputados, el 20 de junio de 1789, encuentran cerradas, por orden del rey, las puertas de la asamblea nacional, la muerte del feudalismo está decretada. Sería preciso un libro, uno de esos libros que se sueñan toda la vida y que nunca se escriben, para narrar la emoción patriótica de aquella mañana en que Bailly, el sabio, arrastra a sus compañeros a un local de juego de pelota para hacerles jurar que no se separarían jamás en la batalla empeñada con tan formidable adversario. La mano que hará brotar la chispa, se levanta ya sobre el corazón desgarrado de Francia. El rey obliga a Necker a renunciar. Entonces la conciencia de la nación se subleva, la miseria abominable del pueblo parece exasperarse frente a este nuevo ultraje. El odio popular se dirige contra la Bastilla, símbolo siniestro de la opresión tradicional, de donde aún emanaban, frescos e hirientes, los recuerdos del escándalo del collar, con su cortejo de depravaciones solapadas y de burlas infames. Se evocaba la silueta de la Bastilla como una amenaza y como una tortura. Allí se había marchitado el cerebro de los pensadores y tronchado la planta imponente de la rebelión. La burguesía intelectual esgrimía contra el bastión solitario, huraño, ceñido por una cintura de fosos, toda la hiel de los filósofos materialistas del siglo. Aparecía Montesquieu, el erudito discreto, saturado de buen sentido británico; Voltaire, el flagelador despiadado; Diderot y Holbach, con su sonrisa de ateos elegantes; y finalmente Rousseau, el apóstol de los derechos na-

turales del pueblo, la fuente madre que desbordó sobre la inmensidad de Europa el vigor de su romanticismo revolucionario y fecundó la tierra con la pujanza de su savia lírica. El porvenir se forjaba en medio de pasiones violentas. La conquista de la Bastilla por el pueblo de París en armas, la muerte del gobernador de Launey, el espectáculo de los jardines bulliciosos del Palais-Royal, donde Camilo Desmoulins arenga a la muchedumbre en el mismo sitio donde hoy se levanta su estatua y con el mismo gesto que el artista ha inmovilizado en el bronce, todo ese prodigioso conjunto de esfuerzos, toda esa maravilla de energías, no son más que un episodio del espíritu nuevo que se abre camino y que Quinet analiza en su prosa penetrante, sugestiva y llena de nervios.

*
* *

Luego vemos a Francia que lucha contra Europa, que vence a los enemigos de adentro y de afuera, que empieza a devorarse a sí misma y que prolonga en el tiempo sus atributos eternos. La gran revolución no nace necesariamente el 14 de julio ni termina el 18 Brumario, cuando se apodera de la escena el sable de la dictadura napoleónica. Su espíritu se pasea por el planeta, desde Jena hasta Eylau, desde Marengo hasta Austerlitz. De la espada de los mariscales, cuelga el andrajo del descamisado. La revolución no puede ser hollada. Palpita y crece bajo el terror, se levanta contra los teóricos de la tiranía. La vorágine

evolucionaria se había tragado todo. La guillo-ina no respetó la cabeza del rey. Las figuras más rominentes de la república desaparecieron detrás lel monarca. En cuanto a la nobleza, parecía sen-enciada por la mano del pueblo. *Les aristocrates, à la lanterne!* No obstante, los mismos partidarios le la monarquía aprovecharon del delirio popular para desembarazarse de sus enemigos. He ahí el caso de la desdichada princesa de Lamballe, víc-tima de la intriga realista, como lo demuestra Kropotkine, divinizada más tarde por los mismos que la asesinaron, según nos relata el ilustre pro-fesor Aulard. Ensartada en una pica, manchada de sangre, la cabecita rubia de la princesa es lle-vada por una turba de forajidos. La leyenda nos presenta una montaña de caras feroces, de labios que cantan alrededor de la cabeza recién cortada, junto a la prisión del Temple, esas antesalas del cadalso, donde la reina espera la muerte y siente el aullido de la multitud.

*Madame Véto avait promis*
*De faire égorger tout Paris.*

Una nube de demonios frenéticos, que ha acu-mulado el odio secular de cien generaciones, sabo-rea la delicia de su venganza. La canción se mez-cla con el baile. Ya parece una injuria áspera, arde como una blasfemia o se desvanece en un to-que de agonía. Ya silba, inquieta, enloquecida, ruda como una amenaza.

*On lui coupera la tête,*
*Vive le son!*
*On lui coupera la tête,*
*Vive le son du canon!*

Las mujeres corren cantando a las barricadas. La poesía revolucionaria reconforta el corazón y estalla en los labios como una primavera. Ahí va Théroigne de Méricourt, arrastrada sobre la cureña de un cañón. Va con los senos desnudos, altiva y fría como una diosa. Su histerismo sublime, lleno de vicios, vale tanto como las virtudes de Lucrecia. Pasan Madame Roland, vibrante de fe, desdeñosa frente a la cuchilla que ha de segar su vida; Carlota Corday, tierna y encantadora, cuyo brazo de Judith justiciera no vacila ante el pecho de su enemigo; Olimpia de Gouges, audaz, teorizante, visionaria, que proclama los derechos de la mujer como un complemento indispensable de la vida social... ¿Y los hombres? Allí encontramos la semilla de las grandes doctrinas modernas, desde el anarquismo de Hébert hasta el socialismo de Babœuf. La revolución es la hoguera de las inteligencias. Los espíritus se consumen, pero iluminan. Es largo el desfile de los reformadores. Vemos a Mirabeau, indisciplinado, calavera, gentil. Quiere salvar la monarquía haciéndola constitucional. Pero su oratoria enmudece y sus planes sucumben. "Potente realista, dice Luis Barthou, a quien sólo el destino negó la actuación digna de su genio". Vemos a Vergniaud, abogado ardiente, meridional lleno de fuego y atiborrado de prejuicios burgue-

es. Vive y muere como en un teatro. Intenta deslumbrar a los contemporáneos con el ademán del tribuno y a la posteridad con la grandeza de su martirio. Vemos a Bailly, primer alcalde de París, historiador y humanista. Había polemizado amistosamente con Voltaire sobre el origen de los pueblos de Asia. Su *Historia de la Astronomía antigua y moderna* mereció el elogio de Arago en plena Academia de Ciencias. Era un sentimental. Ese cráneo suyo, lleno de quimeras, rodó sobre un montón de basuras, en el foso inmundo que separaba el Sena del Campo de Marte. La fatalidad lo hizo caer como un fruto maduro, cuando apenas empezaba a esbozar su obra. Vemos a Petión, entusiasta, avanzado, propagandista del divorcio y enemigo de los gobiernos unipersonales. Elocuente, anticlerical, adulado en el torbellino de los clubs políticos, se pierde por la confianza excesiva en sí mismo, y comparte resignado la suerte de los girondinos. Vemos a Condorcet, filósofo, feminista, apóstol de la perfectibilidad humana. "La Francia no ha tenido mejor ciudadano ni la democracia mejor servidor", dice León Cahen. El admirable precursor de la ciencia social vive como un discípulo de Zenón y muere, sereno e impasible, como Séneca. Vemos a Dantón, el ídolo de la nacionalidad, el ministro del pueblo. "Figura verdaderamente francesa y profundamente humana", escribe Aulard. Su elocuencia era un torrente de amor y de audacia. "Este orador se parece al Nilo, exclamaba con admiración Camilo Desmoulins. Es más hermoso cuando se desborda". Llega hasta

donde quiere ir. Su voz gigantesca, aquella voz de trueno que apaga la rechifla de la multitud que lo condena, habla desde la tumba para acusar a Robespierre. El jacobinismo encontró en Dantón su propia bandera. "En él, según la fuerte expresión de Michelet, la revolución dió con el corazón enérgico, el pecho profundo, la actitud grandiosa que podían proclamar su fe". Vemos a Robespierre, tan desconocido como difamado, incorruptible en una época en que el dinero compraba las conciencias y torcía las voluntades, el Robespierre atosigado de leyendas atroces, frío con las mujeres que lo adoran, patriarcal y severo, figura de inquisidor y de retórico, cuya existencia, al decir de Luis Blanc, hubiera hecho imposible la de Napoleón. Su alma no tiene dobleces. Es rígido como un teorema. Alberto Sorel, el sutil escrutador de aquel período de inquietudes, nos enseña que Robespierre "apareció como uno de esos fantasmas donde la superstición popular cree reconocer la imagen de los dioses". Para Jorge Sand, la personalidad de Robespierre es la más grande de la revolución y una de las más ilustres de la historia. La *Société des Etudes Robespierristes* ha extraído del drama revolucionario el precioso diamante olvidado donde se refleja la pureza del héroe. Robespierre era el abanderado de la sinceridad. "Este hombre irá lejos, exclamaba Mirabeau, porque cree en todo lo que dice". Su melancolía era su dignidad. Leyendo las páginas admirables de Fleischmann, se descubre que la vida del Incorruptible "respira la tristeza majestuosa de la

gedia''. Cae cuando todavía su misión no ha o cumplida. Horriblemente herido, con la man- ula desgarrada por un pistoletazo, no abando- la mueca de su superioridad ni el rictus de su sprecio. Vemos a Marat, el amigo del pueblo, ''el írico del cesarismo plebiscitario''. Médico lleno dolor y de hambre, que había sentido en carne opia la enorme injusticia de los privilegiados, abandona en ningún momento su pluma ni su ncia. Enamorado de la libertad inglesa, ''este o lúcido y monstruoso'', según la dura frase de ine, quiere transformar a Francia en cinco mi- tos. Los partidarios de la estatua, en 1908, re- bilitaron la memoria de Marat, hasta entonces bierta de lodo. El manifiesto estaba firmado por cien Descaves, Sebastián Faure, Camille Pelle- n, Marcel Sembat y otros idealistas revolucio- rios. ''He ahí el hombre honrado, decían, el tipo berbio, desgraciadamente demasiado raro, de la dependencia del carácter, del impulso hacia la justicia, de la resistencia hacia la opresión''. Así saron aquellos hombres extraños y fuertes. Son tros errantes en el cielo agitado de la revolu- ón. Viven en el vértigo, se queman en un se- ndo, languidecen dentro de una luz fugaz, in- ecisa, flanqueada por dos abismos de sombra.

*
* *

En poco tiempo, Francia se libra de sus enemi- os. Gracias a su espíritu militar, en virtud de su enio revolucionario, un soplo de vida potente sale

del fondo de las cárceles y del silencio de los campamentos. La república agoniza en medio de una aurora. Un general casi adolescente, flaco, con los cabellos largos, un Bonaparte desconocido, de ojos vivos y mejillas pálidas, pasea sus legiones victoriosas desde Italia hasta Egipto. Su brazo se tiende como una espada conquistadora, y bajo su tricornio republicano asomaba ya la garra del águila imperial. Las tropas de Hoche, disciplinadas e implacables, habían pacificado la Vendée. El general Massena llega a Oneglia. Pichegru vence en Turcoing, conquista Ipres, pasa sobre el Mosa helado, entra en Holanda y llega hasta las puertas de Amsterdam. Jourdan alcanza la victoria de Fleurus y se abre el camino de Bélgica. De la misma manera, Lavoisier continuaba sus estudios de química en la prisión, Jollivet daba los últimos toques a la concepción de su célebre sistema hipotecario, y Destutt de Tracy construía su metafísica. Hasta Andrés Chénier hacía versos frente al suplicio. En el patíbulo, agrega Cantú, se encontró con Roucher, otro poeta de valía, y abrazándolo recitó los versos de Racine:

*Oui, puisque je retrouve un ami si fidèle,*
*Ma fortune reprend une face nouvelle.*

Son numerosos los ejemplos de generales audaces y de mártires resplandecientes. En esa fiebre de vitalidad se retrata el admirable esfuerzo de una época. Allí se fundieron las ideas del siglo. Fuego sagrado, crisol majestuoso que libertó a

rancia, transformó la Europa e hizo más por la umanidad que diez y ocho siglos de cristianismo, l genio de la raza se reconoce hoy por sus huellas y baña en la luz bienhechora de su propia histoia secular.

***

En plena ráfaga revolucionaria, el barón de Batz fraguaba sus conspiraciones realistas. De la nisma manera, en la actualidad, los historiadores le la reacción intentan echar por tierra con el restigio universal del gran movimiento que prolamó los Derechos del Hombre. Es indiscutible ue gravitan dos grandes fuerzas sobre la historia noderna: el renacimiento italiano y la revolución rancesa. Son la expresión de dos civilizaciones listintas e igualmente sagradas. Ambas conmueven os cimientos del mundo. La una tiene por base el rte, la otra tiene por esencia la libertad. "Los hombres nacen y viven libres e iguales en derechos. Las distinciones sociales no pueden ser fundadas más que sobre la utilidad común". Este artículo primero de la Declaración votada del 20 al 26 de agosto de 1789, constituye todavía un programa de acción para muchas nacionalidades del presente. Sin embargo, los detractores de la conciencia revolucionaria parten de analogías simplistas. Taine se siente descorazonado con el desastre de 1870. Su escepticismo, punzante y amargo se ensaña entonces con los gloriosos espectros del gran siglo. Parece buscar en la fiebre patriótica de los

convencionales, en el tumulto de las palabras sonoras, la culpa de la corrupción del segundo imperio. Se empeña en exprimir de la verborragia jacobina los gérmenes de la futura humillación de Francia. Se diría que aquellos espíritus sublimes hubiesen preparado la tarde trágica de Sedán. Pero Taine tiene en su favor el hecho de no hallarse dominado por ninguna pasión sectaria. A pesar de todo, sus *Orígenes de la Francia contemporánea*, dieron nacimiento a la escuela del conservadorismo científico. Jules Lemaître lanzó su famosa diatriba contra Rousseau. Y Gustavo Gautherot, profesor del Instituto Católico de París, publicaba sus páginas reaccionarias, terribles, destilando veneno y calumnias. Luego vino la literatura altisonante de los Charles Maurras y los Felicien Pascal. Los epítetos contra las ideas de la revolución francesa, las frases hechas, se aprovecharon hasta en los carteles electorales. En las elecciones de 1906, Maurice Barrés se prodigaba con carteles que decían lo siguiente: "Salvemos a Francia de los peligros espantosos que la amenazan, decapitemos la hidra masónica y demagógica, arrasemos el nido de la blasfemia y de la anarquía". Con ello, Barrés buscaba votos. "Claro está que lo eligieron", exclama irónicamente un psicólogo al relatarnos esta picante anécdota. Cuando se tiene talento, los razonamientos se modelan como la arcilla. El primer Barrés, que fué socialista y revolucionario, observaba una dialéctica bien distinta, sin que dejase por eso de ser menos bella. El talento es el más dulce amigo y el peor adversario del progreso moral. He ahí el gran culpable.

Nos ayuda a buscar la verdad, cuando es la única fuerza capaz de deformarla.

*
* *

En esta hora de prueba, cuando la humanidad derrama sobre Francia el bálsamo de su homenaje enternecido, muchos de los espíritus que escarbaron en la herida del odio, se sentirán invadir por oleadas de repentina timidez, de suave arrepentimiento, ante el zumbar de las sátiras crueles, que ellos dispararon como flechas contra las grandes figuras que la conciencia universal hace suyas. El 14 de Julio no es un episodio de política localista. Es una pulsación de la tragedia humana, un momento de la historia del mundo. Mezclar con el sublime ideal de los reformadores las insignificancias internas de la nacionalidad, es empequeñecer el concepto de la revolución. Desde hoy se iniciará una nueva etapa en la evolución del pensamiento francés. Llegará de América hasta las costas del Mediterráneo, la voz amiga que suprime el desaliento, que enciende el entusiasmo, que infunde valor moral, ese valor moral que no nace sino del seno de las causas justas. Francia se dará cuenta de su verdadera fuerza, de que todos los pueblos libres la acompañan en este instante de suprema angustia, porque ella defiende con las armas las tradiciones libertadoras del siglo XVIII, la herencia inviolada de sus mayores. ¡Cuántos sacerdotes, profesores, aldeanos, que han escuchado declamar contra la obra de los revolucionarios y que hoy

combaten heroicamente en las trincheras, sentirán los ojos húmedos de emoción ante el espectáculo soberbio de una humanidad agradecida, que aplaude en Francia el florecimiento de las grandes ideas! El ejército, que no ha querido ser aplastado, nos demuestra la vitalidad formidable de Francia. La batalla del Marne, tan representativa como la de Valmy, completa el proceso ideológico de los pensadores. Salva a una raza y defiende la eternidad de un espíritu. El cetro invisible de la revolución ha pasado a manos de Joffre, palpita en su mirada reflexiva, se cierne sobre su cráneo amplio, donde se madura el triunfo, asoma a sus labios de taciturno, brilla en su espada de elegido, en el acero que señala a Francia el infinito de su destino y la inmensidad de su genio inmortal.

## II

# La Marsellesa

En aquella sala tibia, por donde se filtraba la luz moribunda de un crepúsculo de junio, agonizaba el autor de la Marsellesa. Ya nadie se acordaba de Rouget de Lisle. Durante el período revolucionario, había vivido lleno de inquietud, acosado y perseguido como una fiera. El Imperio pareció olvidarlo, y la Restauración lo ultrajó con su desprecio, con su abandono humillante. Gracias a la influencia de Béranger, el gobierno de Luis Felipe había creído reparar la irritante falta. En su retiro de Choisy-le-Roy, disfrutando de un modesto socorro oficial, Rouget de Lisle ya no se moriría de hambre. El pueblo, no obstante, seguía inflamándose con el ardor de sus estrofas. Durante la revolución de julio de 1830, los ciudadanos de París cantaban la Marsellesa en las barricadas. Una generación soñadora surgía a la lucha sangrienta, se dejaba arrastrar por el heroísmo, por el torbellino lírico de aquellos días de emoción y de gloria. Pero detrás de las notas de acero aparecía el va-

cío, se mecía el infinito. El canto no despertaba ningún fantasma, no asociaba ningún nombre, no evocaba ningún recuerdo. Plegada sobre sí misma, aquella personalidad soberana de Rouget de Lisle, que había vivido cuatro grandes épocas de la historia de Francia, desaparecía y se borraba en un escenario caprichoso, grave y discreto, donde palpitaban los fermentos de la nueva raza. En esa tristeza de su genio épico, genio que se forjó con la pasión, fuego sagrado que iluminó al mundo con la fugaz intensidad del relámpago, los pensamientos se desprendieron como hojas secas y se hicieron polvo en los senderos solitarios. Todo languidecía en el silencio, sus novelas sentimentales, sus romanzas llenas de quejas, sus comedias melancólicas, sus églogas, sus ensayos históricos... El duende implacable de la superstición medioeval, se había sentado a horcajadas sobre la obra del poeta, escarbaba los recuerdos, manchaba las páginas queridas, escritas con lágrimas, y dejaba sonar el cascabeleo de su risita burlona y fúnebre. Pero Rouget de Lisle se había acostumbrado a la irrespetuosidad del destino. Los sacrilegios de la suerte no habían enturbiado su conciencia ni marchitado su fiereza de gran señor. Aunque generoso por educación, Rouget de Lisle era arrogante por instinto. En la soledad de Choisy-le-Roy, la amistad del general Blein le había borrado muchas amarguras, la mano afectuosa de los compañeros le había suavizado muchas congojas.

*
* *

Ahora, después de setenta y seis años de vida azarosa, de vida cantada en imprecaciones, en anatemas, en súplicas vibrantes como amenazas, Rouget de Lisle se moría entre cuatro paredes desnudas, tapizadas de gris, sobre su lecho de madera negra, junto a la mesa cubierta de papeles y libros, donde se alineaban Séneca y Ronsard, la meditación y la epopeya... Los cabellos de Rouget habían blanqueado. Todo su semblante sereno, de líneas puras, daba la sensación angustiosa de una grandeza que se apaga por momentos. Bajo los párpados gruesos, apenas entornados, sus ojos brillaban fríamente, con reflejos de plata bruñida. El pecho bajaba y subía con un movimiento dulce, se movía sin brusquedades, sin fiebre, sin quebrantos. Los dedos, largos y finos, se habían crispado sobre las sábanas, y los labios rígidos, sin aliento, delgados como filos de espada, se torcían en un supremo espasmo.

*
* *

En la habitación no se oía más que el débil respirar del moribundo. A veces, un ronquido prolongado, un estertor seco como chasquido, un hipo metálico como el ruido de resorte que estalla, turbaba el recogimiento severo de aquella tarde, la austeridad sombría de aquel crepúsculo de junio en que se desvanecía la existencia del hombre que

modeló en su entusiasmo un himno inmortal. Anhelantes, interrogándose con la mirada, custodiaban la agonía del poeta algunos rostros abatidos, máscaras glaciales, sin muecas, sin expresión, donde la ternura había puesto un sello de duro desconsuelo. Rouget de Lisle deliraba. Se veía separado del presente por una espesa humareda. Él también se sentía hecho de una substancia sutil, que le permitía recorrer su vida para atrás y vivir intensamente las horas pasadas. ¡Ah! Aquella noche ardiente de abril de 1792, cuando el canto del ejército del Rhin surgió bajo el cielo violeta de Estrasburgo! Entonces Rouget era un gallardo oficial de ingenieros, impetuoso, romántico, tallado para el amor, hecho para el sacrificio, que contaba con la amistad del alcalde Dietrich y con la simpatía de sus jefes. Pero todo estaba muy lejos, las primeras dudas, los primeros temores, la embriaguez del patriotismo enardecido, de la llama magnífica encendida para siempre. La antorcha que quemaba sus manos, había sido esgrimida por un pueblo y paseada por todo el continente para iluminar la conciencia de Europa. ¿Qué más podía desear su corazón envejecido, su espíritu amargado y triste? Un estremecimiento de todo su cuerpo helado, despertó a Rouget en la realidad miserable, en el martirio de su agonía. Volvió a ver las mismas cosas monótonas, los mismos rostros sin sonrisas, las mismas paredes sin historia. Adentro, el calor era sofocante. La luz escapaba con el día. Se abrieron los cristales que daban a la carretera, y entró en la pieza, a bocanadas, un vago perfume de flores,

de tierra seca y de pasto recién cortado. De pronto, a lo lejos, se levantó un canto, algo así como un arrullo que se hizo cada vez más imperioso, más solemne, más imponente. Los amigos, inquietos y aturdidos, se volvieron hacia el moribundo.

—¡Oh!... ¡Oh!... Escuchad...

La música, clara y fuerte, subía en el crepúsculo como una oración.

*Entendez-vouz dans les campagnes*
*Mugir ces féroces soldats?*
*Ils viennent jusque dans vos bras*
*Egorger vos fils, vos compagnes!...*
*Aux armes, citoyens! formez vos bataillons!*
*Marchons! qu'un sang impur abreuve nos sillons!*

Rouget de Lisle también escuchó. Sus manos temblaban, y tenía los ojos encendidos como carbones. Quiso incorporarse en el lecho, acercarse a la ventana, pero la antigua herida de Quiberón le impedía el menor movimiento. Las notas del himno volaban a su encuentro como bandadas de águilas en celo. Cada estrofa cantada en la soledad, era una tragedia en el alma del bardo, un picotazo atroz en las entrañas. Rouget extendió los brazos y cayó muerto con la frente vuelta hacia la inmensidad del atardecer, punto misterioso de donde parecía brotar a torrentes la emoción de aquellos minutos inolvidables. La habitación empezaba a ser invadida por las sombras. Afuera, el espectáculo era maravilloso. Sobre un fondo extraño, telón de apoteosis, sobre un cielo cubierto con manchas ro-

sadas, como ónice de Escocia, se movían grupos de obreros. Era el retorno del trabajo. En medio del cuadro, entre jirones de paño azul, brillaban las herramientas del ajetreo diario, asomaban hoces y picos. El grupo ya se perdía a la distancia. Pero su canto llegaba hasta el muerto como las ondas de un mar tranquilo.

*Amour sacré de la patrie,*
*Conduis, soutiens nos bras vengeurs.*
*Liberté, liberté chérie,*
*Combats avec tes defenseurs!*
*Sous nos drapeaux, que la victoire*
*Accoure à tes mâles accents!*
*Que tes ennemis expirants*
*Voient ton triomphe et notre gloire!*

La brisa desgajó las estrofas, las dispersó en el silencio o las hizo morir en los labios de los trovadores errantes. Y Rouget de Lisle desaparecía entre el salmodiar de sus versos, se hundía envuelto en su obra como en una mortaja.

*
* *

¡La Marsellesa! Más que el heroísmo cantado, como escribía Lamartine, más que el toque de rebato bajo la bóveda de nuestro cráneo, la Marsellesa es el paso de carga de Francia. Ella nos ha embriagado con la divina locura de la patria. A pesar de los años, no ha perdido su frescura ni su grandeza. La sangre de muchas generaciones se ha

exprimido alegremente sobre sus altares. Como los sortilegios de la Edad Media, ha necesitado empaparse en el rojo licor para conservar su juventud. Pero todo lo que la Marsellesa posee de sangriento, lo tiene también de sublime. Vergniaud la canta frente al sacrificio, sobre la carreta que lo conduce al cadalso. El anciano Dietrich, que la vió nacer, la siente aullar en sus oídos cuando la guillotina se apresta a troncharle la vida. La madre de Rouget, vieja realista, se horroriza ante el himno "que canta una horda de forajidos" y donde se mezcla el nombre de su hijo. El mismo forjador de la Marsellesa, huyendo por los senderos de los Alpes, se siente perseguir por los rugidos de su propio canto. No obstante, la Marsellesa que brotó, armada como Pallas, del cerebro de su creador, seguirá dominando la historia del espíritu humano con el encanto de su fuerza libertadora. Sus estrofas no se gritan al universo para mitigar un dolor, sino para erguir a toda una raza contra la injusticia. Ellas entran a la conciencia para rebelarse en torbellinos de altivez. Los soldados de Kellermann, que las hicieron vibrar en Valmy al cargar sobre las filas prusianas del duque de Brunswick, y los soldados de Dumouriez que las cantaron en Jemmapes al deshacer los escuadrones austriacos, son los mismos soldados de Joffre, los soldados del Marne, que supieron esgrimirlas como sables y manejarlas como bayonetas, estrellándose contra el destino de un formidable vértigo de gloria, cuyo parpadeo luminoso y reconfortante nos señala las vías de una nueva época en el eterno drama de nuestra pobreza moral.

III

# Valmy

En las famosas *Instrucciones* que el comité revolucionario de la primera república daba en 1795 a sus agentes diplomáticos, se establecía la supresión de la soberanía alemana sobre la ribera izquierda del Rhin. Ese río, tan ardientemente disputado, fué algo más que un límite geográfico. Constituyó siempre el abismo que separa a dos razas enemigas, a dos mentalidades opuestas, a dos almas contradictorias. "Las fronteras de la república, decían las *Instrucciones*, deben ser llevadas hasta el Rhin. Solamente este río, antiguo límite de las Galias, puede garantir la paz entre Francia y Alemania". En muchos de sus aspectos morales, el siglo XVIII es una lección de psicología y de buen sentido. Después de Valmy, en 1792, la república victoriosa había repudiado el derecho de conquista. Tanto Robespierre como Brissot, como Carnot, como Dantón; tanto la Montaña como la Gironda, enlazadas en la suprema fraternidad de la patria, rechazaban la política de agresión, pero no abandonaban el recuerdo del Rhin, la imagen

maldita y sagrada poseída por Napoleón, soñada por Richelieu y por Luis XIV, el delirio vertiginoso que Alberto Sorel hacía partir desde la Galia independiente, cuando el gallo simbólico pudo erguir su cresta de púrpura sobre Colonia, sobre Coblenza, sobre Maguncia, sobre Estrasburgo, sobre las viejas fortalezas, rudas y vigilantes, iluminadas por los reflejos fugitivos de las aguas, conquistadas a la barbarie por la pujanza y el sacrificio del genio latino. Desvanecida la fuerza de la antigua civilización galo-romana, la batalla de Valmy volvió a poner en manos de Francia las llaves del Rhin. El vigor de las ideas revolucionarias es directamente proporcional a las presiones exteriores. Bastó la complicidad de las cortes europeas, aliadas contra las libertades francesas, para que la cólera nacional estallase. La violencia extranjera despertó las virilidades dormidas. El duque de Brunswick, que creía hallar cenizas, encontró bayonetas. Cada idea francesa se armó de punta en blanco para ocupar un puesto en la línea de fuego. He ahí las grandes ilusiones prusianas. La Francia no sólo sirvió para perturbar el universo de los principios. Ella también sabía crear soldados.

*
* *

La primera república no sería perfecta sin Valmy. La insurrección del 14 de Julio mató la tiranía interior. Valmy neutralizó el despotismo de afuera. La victoria francesa no fué la obra del milagro, sino el fruto de la ciencia y del genio.

Los brillantes estudios de Henry Bidou, publicados hace algún tiempo en el *Journal des Débats*, nos revelan aspectos desconocidos de la gran batalla que salvó las instituciones republicanas de Europa. El 23 de julio de 1792 el rey de Prusia llegaba a Coblenza. La guerra contra Francia era el gran acontecimiento del día. En esa partida terrible se jugaba el derecho divino de los monarcas. El elector de Treves recibía al Hohenzollern con bailes y fiestas. Era necesario no perder tiempo en asedios inútiles de plazas fuertes. Se marcharía sobre París en una carrera loca y fulminante. De esta manera era posible consolidar la monarquía y salvar a Luis XVI. Aunque Brunswick no participaba de la concepción estratégica del rey de Prusia, el ejército invadió en agosto por Longwy, plaza que capituló después de una resistencia heroica. De ahí los prusianos marcharon contra Verdún. El nuevo plan de los invasores consistía en impedir la incorporación del ejército de Dumouriez, que se hallaba al Norte de Sedán, al ejército de Kellermann, que se encontraba en Metz. De inmediato, Brunswick dividió sus tropas. El general Clerfayt se dirigió al encuentro de Dumouriez por el camino de Stenay. Entretanto, un cuerpo de emigrados franceses, rebaño de aristócratas desposeídos, marchaba en busca de Kellermann. Los monarquistas habían pactado con el enemigo de Francia. En ellos, más violento que su sentimiento nacional, aparecía el horror a las ideas nuevas. Antes que la república, los emigrados preferían la bota prusiana. Es que habían

vendido a la tiranía ajena el patrimonio de las libertades propias. Pero entregarse al extranjero equivalía a algo peor que ser derrotado. Era enmascararse ante la historia, envilecerse sin haber conseguido siquiera el éxito, ese espectro sanguinario y diabólico que justifica todas las villanías y que viste de oro todos los crímenes.

*
* *

Con la conquista de Verdún, el 2 de septiembre, Brunswick se apoderó de los pasos del Mosa. Si no se replegaba sobre el Argonne, como lo había previsto el ministro de la guerra Serván, el general Dumouriez se vería cortado de su base y encerrado en Sedán. Los momentos eran peligrosos y solemnes. "Dumouriez estaba mantenido constantemente en jaque por Clerfayt, escribe Henry Bidou. Además, se encontraba a ocho leguas de la garganta del Grandpré, mientras un cuerpo prusiano a las órdenes de Kalkrenth no se hallaba más que a cuatro leguas. En cuanto al paso de Islettes, Brunswick se hallaba a diez leguas, mientras que la vanguardia francesa, mandada por Dillon, se encontraba a más de diez y ocho leguas!" No obstante las enormes dificultades, cuando todo se creía perdido, aparece como en el Marne el relámpago del genio francés, la fuerza milagrosa que descubre al adversario en sus fallas imprevistas, que lo ataca en sus puntos vulnerables y que lo vence en un minuto de deslumbramiento y de postración. "La inercia de Brunswick y la deci-

sión de Dumouriez salvaron a los franceses, agrega Henry Bidou. Brunswick postergó el ataque hasta el 10 de septiembre". Entretanto, Dumouriez abandonaba Sedán y llegaba a marchas forzadas a Grandpré, mientras Dillon alcanzaba el paso de Islettes. El general republicano, sonriente y satisfecho, pudo entonces frotarse las manos. "Si ahora, exclamó, el rey de Prusia se atreve a marchar sobre París, está perdido". A pesar de todo, mientras Dumouriez se fortificaba al norte de Grandpré, el desfiladero de Croix-aux-Bits, que conduce a Vouziers, quedaba sin defensa. Así es que Clerfayt pudo internarse allí sin encontrar resistencia alguna. Dumouriez destacó a Chazot con seis batallones, a fin de detener a Clerfayt. Pero Chazot fué vencido y rechazado sobre Vouziers, dejando libre el camino al general prusiano, que, después de atravesar el Argonne, se desbordó sobre las llanuras de Champagne. El ala izquierda del ejército francés quedaba envuelta. Dumouriez no podría sostenerse en Grandpré. Pero replegarse hubiera significado morir. No obstante, su maniobra audaz fué de ventajas estratégicas incalculables. El general francés dejó abierta la ruta de París. Dumouriez sabía que el fracaso de este movimiento podía costarle la cabeza. Sin embargo, esperaba que el enemigo no se arriesgase a marchar hacia adelante con un ejército intacto a las espaldas. Sus cálculos fallaron. Dotado de un sentido de previsión profundamente genial, Dumouriez descendió hacia el sur, junto a Islettes, donde se le incorporó Dillon. De ahí que Henry Bidou afir-

me que, por una caprichosa inversión de las partes, fueron los prusianos los que, en el deseo de atacar, debieron suspender la marcha sobre París, volver la espalda a la capital francesa y orientarse hacia el este por el camino de Châlons a Sainte Menehould. La suerte estaba echada. El alma francesa, como una aguja misteriosa, nos señalaría de nuevo sobre la esfera augusta del destino el infinito de su corazón y de su genio.

*
* *

Sobre el planeta vacilante sonó la hora de Valmy. Ante el horror de las batallas modernas, ante la inmensidad de la conflagración universal, Valmy aparece como un punto brillante en medio de la noche. En su desarrollo militar, el combate tiene poca importancia. Pero sus consecuencias morales fueron inagotables. El 20 de septiembre de 1792, frente a frente, se encontraron las fuerzas enemigas. Al mando de su ejército de Metz, Kellermann había conseguido incorporarse a Dumouriez el día anterior, después de burlar la vigilancia de los emigrados. El heroico alsaciano, junto al molino de Valmy, en una altura cercada de desfiladeros y de barrancos, cerró con sus tropas la ruta a los invasores. Amanecía cuando el cañoneo comenzó con violencia. La situación de Kellermann se hizo insostenible. Pero retroceder era aniquilarse, era ser devorado por el abismo. Las columnas prusianas se estrellaban en cargas delirantes. Los soldados de Kellermann morían cantando, con el rostro

negro de pólvora, con fragmentos de cartuchos pegados a los dientes. Las municiones francesas hicieron explosión. A pesar de todo, la resistencia se prolongó hasta la noche. Al amparo de la sombra, Kellermann abandonó silenciosamente su posición peligrosa. Ignoraba que la batalla estaba ganada. Cuando apercibió de nuevo sus tropas para la lucha, el enemigo se retiraba bajo la lluvia, desangrado, desalentado, aprovisionándose escasamente en una llanura estéril, perseguido por la caballería de Dumouriez y de Dillon, que atacó las comunicaciones de los fugitivos y que cambió la derrota en desastre. Kellermann supo ganar la batalla que Dumouriez había preparado. La implacable lógica de la historia dió a la potencia moral su hegemonía sobre las fuerzas materiales. Solamente el espíritu puede gobernar las fatalidades de las cosas. Los triunfos de la gran revolución francesa quedarían empañados si fuesen atribuídos al miedo. El terror no construye, sino que disuelve. Utiliza los métodos más simples de la acción. No sabe crear, pero derrumba en un segundo el trabajo de siglos. La tradición romántica de los historiadores revolucionarios nos había asegurado que el fantasma de la guillotina combatía al lado de los generales y hacía ganar las batallas. Un error heroico hizo caer en el cesto el cráneo de Custine. Después de sus victorias, Dumouriez pasó la frontera para escapar al cadalso. Es que la angustiosa teatralidad de los acontecimientos favoreció el lirismo trágico de los poetas. La fantasía busca el contacto impuro de la sangre. Pero tiene

razón Aulard cuando afirma que atribuir a la guillotina los éxitos militares de la primera república, sería menospreciar las leyes morales del siglo XVIII y rebajar el nivel de la dignidad revolucionaria. Kellermann venció en Valmy, porque detrás del soldado marchaba la fuerza colectiva de Francia. Jourdan triunfa en Fleurus, porque encarna todas las energías íntimas de su raza, porque tiene la majestad de Francia y la serena reflexión de su historia. En ese superior deseo de vencer, la muerte no es más que un entreacto. Pensar que un punto tan insignificante como Valmy pueda haber trastornado el curso del destino, nos llena de inquietud y de turbación. Con una Francia vencida en 1792, los Derechos del Hombre quedaban estrangulados. Con una Francia humillada en 1914, habría muerto la justicia internacional y el respeto a la soberanía de los pueblos débiles. Día llegará en que los franceses podrán exclamar como sus abuelos de Valmy: "Ya no queda un prusiano en tierra de Francia". Entonces no se armarán los hombres para la conquista, sino para el bien. Entonces no despuntará la aurora detrás de un campo de bayonetas, sino detrás de ciudades florecientes. Y cuando los rayos del nuevo sol jueguen sobre las ondas del Rhin, deidad fatal y sagrada, río maldito que los hombres del gran siglo quisieron convertir en un lazo fraterno, la revelación no será saludada con voces roncas de soldados, sino con cantos de sembradores, armonía matinal que viene del seno de la tierra, fresco torrente de emoción, limpio de veneno y de sombra, fragmento mutilado

de un himno eterno que se elevará en el universo como una plegaria de los que han sobrevivido al desastre.

## IV

# Santerre

Santerre es el viento áspero, impregnado de perfumes mortíferos, el viento implacable que sopla sobre un campo de matanza, que azota el rostro de los cadáveres y que dispersa el quejido de los moribundos. La revolución lo va a buscar a una cervecería de los bajos fondos para luego mecerlo triunfante sobre París. Santerre es algo menos que un hombre y algo más que un monstruo. Es una fuerza del universo, una fuerza desatada sobre los hombres, que tiene la ciega ferocidad del destino. Es un monstruo que no vacila ante el horror y que a veces llega hasta la ternura. Su pasión es más fuerte que su espíritu revolucionario. Sin cualidades militares, Santerre domina a golpes de audacia, de una audacia absurda, que a ratos parece sublime porque se confunde con la insensatez. Deslumbra a los oradores con la fuerza de su prestigio popular. Los líricos creen en Santerre. Después que la Bastilla cae bajo la oleada humana, Camilo Desmoulins estrecha la mano del héroe. Dantón hace reposar su poder sobre las espaldas sólidas del

gran agitador. Santerre no descansa un solo instante. Los delegados en armas van a las tribunas de la Asamblea, insultan a los representantes tímidos o aclaran con gritos las frases sospechosas. La gloria es ruido de palabras y choque de sables. Santerre se pone al frente de la muchedumbre, revuelve los arrabales y echa las campanas al vuelo para hacer temblar el corazón de París. Siente un placer perverso en esparcir la inquietud. Siembra dinero a manos llenas. Tuerce voluntades, corrompe conciencias, compra almas para su ejército de demonios. Su riqueza es el mayor atributo de su prestigio. Santerre engrasó con dinero la máquina humana. Pero no consiguió gobernar más que el presente. Fué un prodigioso calculador, pero mal psicólogo. No se manda a un hombre cuando se le posee, sino cuando se le ha comprendido.

*
* *

Santerre siente la tentación irresistible del toque de rebato. ¡Ah! Bajo la bóveda estrellada, el agitador gusta arrancar a las campanas su protesta de bronce. Quiere hacer sonar la voz de la rebelión sobre la ciudad dormida, sobre el París dominado por legiones invisibles que viven de la noche y que progresan a expensas de la sombra. La reacción monárquica anida al lado de la demagogia. Los revolucionarios tienen el antídoto al alcance de la mano. Pero el toque de rebato conmueve y exalta. Junta las energías dispersas y se filtra en las almas vacilantes como un rocío de

miedo. Lucila Desmoulins tiembla y solloza en la noche del 10 de agosto cuando siente el llamado de la muerte. "Los patriotas partieron, escribe en una página llena de sencillez y de ingenuidad. Yo me senté cerca de la cama, me acurruqué casi, abatida y aniquilada. Cuando quería hablar, disparataba. Dantón llegó para acostarse. No tenía el aspecto de un hombre apresurado. Se acercaba medianoche. Dantón partió para la Comuna. Entonces el campanario de los Franciscanos empezó a sonar, sonó durante largo tiempo... Sola, bañada en lágrimas, de rodillas sobre la ventana, con el rostro escondido en mi pañuelo, yo escuchaba el sonido de esta campana fatal. Dantón volvió. Vinieron a buscarlo varias veces con buenas o malas noticias. Advertí sollozando que su proyecto era marchar contra las Tullerías. La campana sonaba siempre... Creí que me desvanecía..." Y en los barrios más lejanos, mientras el toque de rebato volaba enfurecido sobre la ciudad silenciosa, Santerre reunía a sus soldados y los preparaba para el asalto. No se estremecía sólo el rey, el monarca solitario, velando bajo la lámpara, al sentir el llamado a las armas. En el corazón de muchos patriotas nacía la desconfianza, y un sudor frío corría por la frente de los legionarios destinados a crear un nuevo derecho y una nueva historia.

*
* *

Michelet, al hablar de Santerre, lo hace con una mezcla de crueldad y de desprecio. "Legendre, dice, hombre de pasión ingenua, sincera y colérica,

que Dantón manejaba como quería, había ido al arrabal de San Antonio para entenderse con el hombre influyente de la localidad, el cervecero Santerre. De raza flamenca, alto, grueso y pesado, un Goliath sin espíritu y sin talento, Santerre era el agitador de las masas, con apariencias de coraje y de buen corazón''. La pluma implacable de Michelet penetra en la carne como una espina de acero, corroe y destruye como un ácido maldito. ''Comandante del batallón de Quinze-Vingts, agrega, podía arrastrar a todo el barrio, donde era querido. Distribuía apretones de mano entre todo el mundo, ¡y qué apretones! El gigantesco cervecero, oficial superior, adornado con grandes charreteras, iba y venía, a caballo, por el barrio. No se enorgullecía de esto, sino que, al contrario, se mostraba el mismo hombre con todo el mundo''. El mismo Michelet asegura que Santerre poseía una voz formidable, *una voz que alcanzaba desde la barrera del Trono hasta la puerta de San Antonio.*

''El honorable cervecero, escribe con ironía, conservaba y alimentaba en su torno a una nube de pobres diablos, vencedores de la Bastilla. Poseía también alguna gentuza de los arrabales, carne de motín, muchedumbre incolora de donde salió un joyero holgazán, quien, a fuerza de charlatanería y de audacia, se transformó, para desventura de la república, en el inepto general Rossignol, conocido en la Vendée por sus torpezas, y como perseguidor de Marceau y de Kléber''.

*
* *

El ilustre historiador de Francia no concibe a Santerre más que bajo el lente de lo grotesco y de lo terrible. Gobernador militar de París, después de haber disparado los cañones contra las Tullerías y después de haber manchado las alfombras de la casa real con el lodo de las calles, el estiércol de los establos y la sangre de la matanza, le toca más tarde escoltar con las tropas la carreta trágica del monarca, rodear el cadalso de bayonetas y sofocar con un redoble gigantesco de tambores las últimas palabras de Luis XVI. Cuando las denuncias de la misma nobleza originaron las represiones sangrientas de septiembre, la cólera popular estalló como un trueno sobre los que conspiraban contra la estabilidad de la república, y los tambores de Santerre, hechos para ahogar protestas y súplicas, vuelven a su redoble sombrío, al redoble sin fin, que se prolonga como la revolución misma. A pesar de todo, este hombre frío, calculador, que las tradiciones nos lo presentan vulgar, como una cosa frívola y desalmada, este hombre que Michelet nos retrata como una simulación en movimiento, tiene minutos en que la ternura y la tristeza podrían confundirse con la debilidad. Cuando el 20 de junio el pueblo invade las Tullerías, un grupo irritado se apodera del delfín y le hunde el gorro frigio hasta las orejas. El calor era sofocante. El niño se aturde con las risas; las burlas lo ensordecen, suda a mares. Santerre, al pasar,

se siente irritado y lleno de emoción. El mismo se dirige hacia el delfín y le arranca el gorro. "¿No veis, exclamó, que el niño se sofoca?" (1)

*
* *

Bajo el Imperio, Santerre se apaga en el olvido. Sus fracasos militares en la Vendée, las derrotas de Noron y Nollet, lo habían matado ya para la república. Santerre tiene la melancolía de ese derecho revolucionario suprimido por la espada de Bonaparte, ese derecho que nace de la anarquía y que se transforma en despotismo, después de haber dado al mundo un puñado de enseñanzas magníficas. Santerre oscila entre la abominación y lo sublime. Su ritmo eterno señala a cada segundo los dos polos contradictorios del egoísmo humano. La historia, que ha visto solamente en Santerre, no al hombre que supo conmoverse en un momento de delirio atroz, de fiebre colectiva, sino al simulador discreto del desinterés y de la bondad, nos presenta como única prueba un balance de derrotas y crímenes. Los espíritus más tolerantes nos han hablado de una encarnación diabólica, a ratos un poco pálida, a veces casi desvanecida como la pintura de los viejos cuadros. He ahí la imagen sólo aceptable en un minuto de locura y de impiedad, el fantasma que abandona la antigua tela polvorienta donde se le mantuvo encadenado du-

(1) Michelet: *La Constituante et la Législative.*

rante un siglo, y que, con un ademán soberano hacia los que le hemos seguido en la vida, nos dibuja en el vacío el adiós del perdón y nos hace la seña de la justicia.

# III

# LA GUERRA Y LAS IDEAS

## I

## Sherlock Holmes

En su casita de Baker Street, una isla de tranquilidad en medio de la agitación de Londres, el famoso personaje de Conan Doyle espolea su cerebro con problemas abstrusos, con acertijos impenetrables. Su alma está llena de silencio, y quiere aturdirse con el placer de pensar, ensordecerse con el torbellino de la vida. Pero ya no se ven esos asesinatos donde la emoción se mezcla con el misterio, donde los protagonistas tienen algo de sobrenatural, tienen algo de espectros fatales, que anuncian la tragedia con golpecitos sordos sobre la puerta de la víctima y que aparecen de pronto sobre el jardín, una noche de tormenta, no dejando más que trazos de sangre en la pared y huellas fugitivas sobre la nieve. Los criminales están en vacaciones. Se acabaron las correrías locas bajo las nieblas de Londres, las tardes de acecho junto a los muelles del Támesis. Se acabaron las visitas a los antros de la canalla, donde los rostros patibularios desfilan entre ruido de vasos, humo de pipas y bocanadas de whisky. Se acaba-

ron las persecuciones impresionantes sobre el pavimento mojado, los viajes en cab, la lectura furtiva de algunas líneas reveladoras a la luz vacilante de los mecheros. Sherlock Holmes se encuentra completamente solo. Su cerebro inquieto, rebelde a la calma, está ya cansado de los experimentos de química, de los problemas de álgebra superior, del violín vibrante de gemidos, el violín enmudecido para siempre y cuya funda negra, ataúd de niño, descansa en la biblioteca como en un nicho. Sobre los anaqueles se amontonan cosas extrañas. Es aquello un conjunto heteróclito de libros polvorientos, de recortes de diarios pegados en cartones, de mazas de hotentotes, de idolillos del Tibet, de lazos indios, de cimitarras persas, de flechas envenenadas de la isla de Tonga, de lanzas zulúes. . . .

*
* *

A pesar de todo, Sherlock Holmes se aburre en medio de tantos recuerdos. Antes, cuando Watson lo visitaba a menudo, el detective podía ejercitar sus prodigiosas facultades de investigador. Cuando sonaban sobre la escalera los pasos del médico amigo, el semblante de Holmes se iluminaba. *My dear Watson!* Entonces la sesión daba comienzo, fría, calculadora, con su gimnasia mental interminable. Sherlock Holmes desarrollaba la soberbia teoría de que cada hombre imprime a los objetos de uso particular el sello de su personalidad, el rastro de sus vicios y de sus virtudes.

Mediante finas deducciones, frente a un simple reloj, el detective maravillaba al cándido lector con descubrimientos asombrosos. "Esta máquina me enseña, exclamaba dando a su voz un tono seco, que el dueño del reloj era calvo, que murió borracho y que su esposa lo engañaba con tres amantes". Y, efectivamente, todo había sucedido así. Conan Doyle no dejaba equivocar jamás a su héroe favorito. Sabía defender los intereses de su espíritu y las manías de su corazón. Un Sherlock Holmes vencido hubiera significado el mayor desastre. Las ruinas nunca tienen alma. Su melancolía resulta su única majestad.

*
* *

Para Conan Doyle, la guerra es un drama policial, un drama monstruosamente trágico donde hay también víctimas y delincuentes. Pero el problema de la responsabilidad es aquí demasiado sutil, demasiado abstracto, y los medios materiales son harto limitados para el castigo de los culpables. En Baker Street, el novelista ha interrogado a la esfinge. Sherlock Holmes no ha despegado los labios. El porvenir se cierra ante una doble cortina de bruma. Inglaterra no lucha ahora contra Francia, su rival secular, la Francia que puso un muro a la guardia blanca cantada por Conan Doyle, y que, algunos siglos más tarde, volvió a surgir frente a la Gran Bretaña en la encarnación fanfarrona y heroica del coronel Gerard. Como actualmente el escritor no puede leer el destino, no

puede revelarnos lo que hará Inglaterra, nos dice en cambio lo que ha hecho. Conan Doyle refiere que, a pesar de la victoria del almirante Howe contra la Francia revolucionaria, y que, no obstante el triunfo de Nelson contra el imperialismo napoleónico, Inglaterra ha hecho hoy más en catorce meses que hace un siglo en diez y seis años. "Nos hemos anexado, dice, el imperio colonial alemán con excepción de una pequeña parte del Africa oriental y de un distrito del Cameroum. Hemos barrido el pabellón alemán de la superficie de los mares y hemos inmovilizado totalmente una poderosa flota de guerra de que la nación germánica estaba orgullosa. Hemos acabado por paralizar en torno nuestro la terrible agresión de los submarinos. Hemos transformado nuestro país en una inmensa fábrica, donde los aliados encontrarán siempre una reserva inagotable de armas y de municiones. Hemos quitado a los turcos el sur de la Mesopotamia y contenido definitivamente la tentativa de invasión contra Egipto. Hemos contribuído a la salvación de París..."

*
* *

La lista es larga, pero el deseo queda incompleto. El público está habituado a esperar de Conan Doyle algo más que una nomenclatura de hechos. Es que Sherlock Holmes ha visto cerrarse repentinamente el campo de sus especulaciones teóricas. Nuestra inquietud profética languidecerá sin ser saciada. Sherlock Holmes se ha acercado a la

ventana de Baker Street. La calle tiene algo de paisaje de Sisley. No hay más que tristeza, soledad, nieve. Después de apoyar un rato la frente contra los cristales empañados, el detective se aleja suavemente, conmovido por un frío interior, invadido por el gris de la tarde. La estufa arde con llamas azuladas y rojas. Sobre la mesa, al lado del frasco con la solución de cocaína, está la jeringa hipodérmica. Holmes desnuda su brazo hasta el codo, un brazo seco, nervudo, lleno de viejas cicatrices... La aguja se hunde en la carne, acompañada por un gruñido de satisfacción. Transcurren algunos segundos. El detective se recuesta en la silla forrada con piel de oso. Su cuerpo desaparece en la sombra, pero el resplandor rojizo de la estufa le da de lleno en el rostro. Luego, Sherlock Holmes enciende la pipa de palo de rosa y clava en el techo sus ojos de metal oxidado. Fumar y soñar... Por primera vez en su vida, Holmes había fracasado. Él era la encarnación de su vieja raza británica, ingenua y enérgica, grave y soñadora. Una polvareda sangrienta ocultaba, sin embargo, la verdadera senda. Entretanto, el aposento se va poblando de fantasmas, jirones palpitantes de las antiguas victorias. Pasa Jefferson Hope en su coche trágico, pasa el sabueso de cráneo fosforescente, el diabólico Stapleton, la delicada señorita de Morstan, heroína de un poema de amor en medio de la sangre, pasa todo un cortejo de condenados a quienes Holmes venció a fuerza de razonamientos implacables. La habitación se llena de humo, los leños de la estufa se derrumban en bra-

sas agonizantes. Pero la pipa vuelve a ser cargada, y mientras afuera se amontona la nieve y el viento hace temblar las puertas, el héroe de la lógica, el maestro que ahora no acierta con ninguna solución, con ningún camino, se recuesta muellemente contra el respaldar y sigue fumando y soñando con un gesto enigmático, con sus labios mudos, con los ojos abiertos, clavados en el techo...

## II

# Le Bon

Gustavo Le Bon, en un libro reciente, (1) dedica trescientas páginas a analizar las enseñanzas psicológicas de la guerra. Para el ilustre escritor, juzgar el conflicto europeo con un criterio lógico, sería enloquecerse. Las imprevisiones de los estadistas "crean fatalidades desastrosas". Los monarcas más poderosos, las autocracias más absolutas, son el juguete de los acontecimientos que han hecho nacer. Imposible descubrir en el choque de las sociedades humanas una disciplina armónica, un elemento racional, una energía coherente. Los pueblos responden a fuerzas psicológicas, se mueven por impulsiones afectivas y místicas. Pintar al desnudo los atributos inconscientes de la mentalidad europea, desentrañar el nervio sentimental de la tragedia, a eso se reduce la obra de Gustavo Le Bon. Entre lo verdadero y lo erróneo, sin embargo, hay una escala infinita de matices, una ga-

(1) *Enseñanzas psicológicas de la guerra europea.* París, 1916.

ma inmensa de penumbras, de semitonos, de sugestiones. Todo nuestro razonamiento está impregnado de simpatía, tiene una base de abstracción afectiva, participa de los caprichos misteriosos de la duda y de la certidumbre. Como ningún suceso universal, la guerra ha ofrecido vasto campo a la investigación de estos hechos inexplicables, fenómenos contradictorios y vertiginosos, que sólo se aclaran proclamando la existencia de una fuerza superior a la voluntad de los hombres. Este criterio histórico, que se diferencia del providencialismo escolástico en que cede a la psicología gran parte de lo que antes estaba reservado a Dios, no implica actualmente un método original ni nuevo. Gustavo Le Bon lo ha sostenido en sus estudios sobre política, sobre socialismo, sobre la revolución francesa. Espíritu sin pasiones ardientes, Le Bon ha sido cruel con frialdad, ha volcado sobre las páginas su gran desprecio interior por la muchedumbre, por el rebaño humano. Mientras Maurice Barrés, en *"L'Ame française et la guerre"*, sigue la tradición católica de Bossuet y declara la intervención del milagro en la victoria del Marne, Gustavo Le Bon bebe en la fuente de su anarquismo místico, de su ciencia envenenada por prejuicios de religión, donde los espectros glaciales del laboratorio se confunden con los ensueños de la piedad.

*
* *

Por caminos distintos, con razonamientos divergentes, las dos tendencias consiguen abrazarse. ¿Qué importa que la escuela providencialista, fundándose en designios divinos, proclame la irresponsabilidad de los monarcas y de los pueblos, si una doctrina científica ha de dejar establecida la bancarrota de las sanciones morales? El sistema de Bossuet lleva siquiera la ventaja de la libertad. Gustavo Le Bon elimina en su nuevo libro este supremo consuelo. Un vigoroso determinismo, tantas veces atenuado y hasta suprimido en otros ensayos, recobra aquí su imperio con una rudeza implacable. ¿Quién tiene la culpa de la guerra? Nadie. Austria no pensó en una conflagración europea al atacar a Serbia. Por otra parte, Rusia, Inglaterra, Alemania y Francia querían la paz. El Kaiser no es un instrumento de Dios, sino el ejecutor de fuerzas psicológicas definidas. Le Bon atribuye a la correspondencia diplomática de Guillermo II un carácter sincero y conciliador. Los soberanos son el juguete de sentimientos que ellos mismos despiertan. Este conjunto de energías psíquicas, exteriorizadas, desencadenadas, fué la causa capital del desastre. Para Le Bon, no hay otra explicación posible. Aplicar al problema un criterio racional, sería buscar culpables que no existen más que en la prosa de los cancilleres y en la fantasía de los ministros.

*
* *

Como todos los espíritus dogmáticos, Le Bon exagera las virtudes de su propio método. La exageración es uno de los principios del experimentalismo y de la elocuencia. La fotografía microscópica nos ha presentado los infusorios agrandados en un millón de veces su tamaño natural. El orador nos arrebata en tropos magníficos. Convencer es exagerar. Pero la lógica posee sus vicios innatos. Las doctrinas que se exageran hacen sus defectos más evidentes. Junto con las teorías más admirables crecen los gérmenes de su propia ruina. Si los hombres, como explica Le Bon, pueden organizar fatalidades, se presume que han de ser razonablemente capaces de suprimirlas. La grandeza del espíritu humano no se mide por su servilismo hacia secretos impenetrables, sino por su superioridad sobre la vida y sobre la historia. El hombre se sobrepone al mundo material, porque es el único sér capaz de forzar el destino, de vencer las energías ciegas del universo, de estrangular la fatalidad con sus propios brazos. Le Bon edifica un sistema de lógica para demostrar que la lógica no existe. Se olvida que, si constatamos en la historia impresiones afectivas y movimientos irracionales, también tienen su parte en el drama humano las simulaciones elaboradas por la voluntad consciente, todo lo que la inteligencia puede crear de hipócrita y de villano cuando se pone al servicio de causas injustas. He ahí uno de los

errores psicológicos más graves que ha escapado a la penetración del sabio investigador. ¿No sostiene el mismo Le Bon que los ''morfinómanos del pacifismo'' adormecieron en Francia el instinto de la defensa, creando una subconciencia fraternal que se arrojó sobre la ley de servicio militar de tres años para despedazarla y que rechazó toda idea de que una guerra pudiese ser posible? ¿No agrega luego el autor de *Enseignements Psychologiques*, que los profesores universitarios, la prensa y escritores militares de Alemania, despertaron una embriaguez morbosa en la mentalidad del pueblo, haciéndole creer superior a todas las razas existentes y señalándole como el elegido por Dios para imponer al mundo la marca de la civilización germánica? ¿No dice después (pág. 247) que ''si las voluntades humanas no dirigen enteramente los acontecimientos de la historia, al menos pueden orientar su curso'', y que si los alemanes fueron recibidos como libertadores en las tierras de Galitzia, antes ocupadas por los rusos (pág. 256), ello se debió a las absurdas imprevisiones de los funcionarios del zar, quienes, fascinados al hallarse entre gentes de su misma raza, persiguieron la fe religiosa de sus administrados, ''olvidando que las creencias son lo que un pueblo posee más de sagrado'' y que la fuerza es impotente contra ellas, al igual que contra las autonomías seculares de los municipios? La misma perversión psicológica ha presidido las relaciones del militarismo prusiano con las poblaciones de Alsacia-Lorena. Como se ve, los hombres son capaces de obrar directamente

sobre los acontecimientos hasta transformarlos. Una metafísica de impotencia repugna a la altivez de nuestro corazón. Perdonar el mal es corromper el alma. Cuanto más elevado es un espíritu, más terrible debe de ser su influencia. La ciencia que destruye el sentido de la responsabilidad es una máscara falsaria. Someterse con resignación al mandato de esas fuerzas exteriores que nosotros mismos producimos, que nosotros mismos hemos dado a luz en un momento de locura sangrienta, sería caer en los errores psicológicos que hemos condenado, envileciendo los principios de la moral, prostituyendo la noción del derecho y rebajando el nivel de la dignidad humana.

## III

# Fabre

Después de una carrera prodigiosa de noventa y dos años, mientras agonizaba en su retiro de Sérignan el hombre extraordinario que recibió el aplauso de Darwin y que mereció la admiración de Víctor Hugo, se imprimían en París las obras completas del sabio. Bajo el cielo azul de Provenza, en la paz luminosa de ese terruño de leyenda, nido de trovadores y de héroes, de caballeros y de canciones, Fabre cerraba los párpados sin sentir sobre sí las inquietudes de la muerte, la garra fría del desastre, el resplandor sangriento de una Francia que el mundo creyó frívola y degenerada, Francia de milagro, Francia de sacrificio, que se levantaba sobre las ruinas de su devoción cristiana para conmover con un apostolado de idealidad. Maeterlinck había proclamado su maestro al autor de *Les souvenirs entomologiques*. Rostand había dicho de Fabre que era el más grande poeta de nuestro tiempo. Este solitario había sido llamado el Virgilio de los insectos. Pero también era el Homero de esas existencias frágiles que mueren a millares,

azotadas por la tormenta o aplastadas bajo nuestros pies. Sabía ser a la vez la epopeya y la égloga. En ese mundo de fantasía, pequeño y triste, que se esconde debajo de las piedras o entre la fronda de los árboles, Fabre había visto la imagen de nuestras flaquezas cómicas, de nuestras sensualidades absurdas, de nuestras miserias trágicas, de nuestros desdenes sublimes. Nada más emocionante que la carrera de este hombre modesto, que rechaza las comodidades de una vida suntuosa para consagrarse por entero al estudio, al cultivo de su vocación, con un encarnizamiento supremo, olvidándose de comer, rechazando las solicitaciones del sueño, abandonándose sobre las arenas del Ródano, persiguiendo el vuelo de las abejas sobre las mesetas ardientes del mediodía, encaramándose sobre los robles seculares, cantando luego, como Mistral, en la lengua armoniosa de los provenzales, a la llanura árida flanqueada por jardines, poblada de sombras ligeras y de perfumes enervantes. De esta manera tan patriarcal, tan dulce, tan primitiva, Fabre esperó la gloria. Durante el segundo imperio, Víctor Duruy, ministro de Napoleón III, lo visita repetidas veces, invitándole amablemente a salir de su soledad. El sabio se resistió siempre a abandonar su querida Provenza. Fabre amaba el silencio huraño. Le repugnaba la vida convencional de las grandes ciudades, con su ciencia rígida, con sus recepciones oficiales, con sus trivialidades y con sus academias... El contacto con la tierra llena de sol, le atraía y le encantaba. Su existencia era un péndulo que oscilaba de los

tilos a las colmenas, de los olivares a los hormigueros. Era una palpitación de vitalidad, un latido de fiebre creadora, un ritmo de esperanza. Las leyes que regulan el mecanismo íntimo de los insectos, le interesaban tanto como al observador del cielo la vida y la muerte de los astros. Pero, sin moverse de la tierra natal, Fabre se convirtió en un patrimonio de la humanidad. He ahí su heroísmo. Su nombre se hizo famoso en Inglaterra, en Alemania, en Rusia, en Italia... Sus libros eran discutidos, apasionaban, seducían. Poincaré lo buscó en su retiro para presentarle los homenajes de Francia. En octubre de 1913, M. René Viviani, ministro de Instrucción Pública, inauguraba el monumento de Fabre en el patio de la escuela normal de Avignon. El ilustre anciano había tocado la inmortalidad con sus manos, con esas manos que tantas veces se hundieron en la tierra para seguir, paso a paso, la tarea de los necróforos, y que, todavía manchadas por el lodo, cogían la pluma para verter sobre las páginas el polvo de oro de la observación y del trabajo.

*
* *

De noche, sobre la corteza de la vieja encina, Fabre había acechado el amor de los articulados. Había espiado al escorpión, caprichoso y romántico, buscando a su hembra para hacer largos paseos sentimentales bajo la luna y luego ser devorado por ella después de las nupcias! Este extraño caso de voracidad femenina destila sus adverten-

cias magníficas sobre el género humano. Los amores del escorpión, pintados por Fabre, no sólo constituyen un esbozo de psicología, sino que vivirán como una de las páginas más admirables de la literatura francesa, en todo lo que ella tiene de penetración y de sarcasmo. Más tarde, una misteriosa ley de equilibrio y de ritmo nos hace rehabilitar a la hembra, cuando la vemos víctima de sus hijuelos, que le sorben su vida, que la convierten en espectro y que la matan suavemente, caso asombroso, escena de tragedia, que conmueve por su profundo altruísmo y su inmenso dolor. Fabre nos abre las puertas de un universo desconocido. Su llave mágica nos fascina, nos conduce a un infierno de piedad y de ironía. En las moscas fatales que atacan a las bestias y en cuyas trompas malditas viajan los gérmenes de la peste; en las cigarras, que se hacen su amor impúdico bajo los ojos apacibles del sabio; en la abeja dorada que inspiró a Maeterlinck, la abeja voluptuosa, armada de punta en blanco, que zumba sobre los azahares sin tocarlos y que prosterna a la colmena entera con una sola vibración de sus alas reales; en las hormigas que se dividen en razas, que parecen tener su derecho romano, las hormigas maravillosas en estrategia, que se atacan unas a otras, que se sitian por hambre, que dan batallas campales, que se arrancan las patas, que se proporcionan esclavas, las hormigas ganaderas y agrícolas, que cultivan hongos y que ordeñan rebaños de pulgones; en las avispas de aguijón anestésico, la avispa que hiere los ganglios ner-

viosos de un gusano con precisión de anatomista, que paraliza los movimientos de la víctima, a fin de que las larvas, al nacer, tengan carne fresca; en las mariposas nocturnas, con ojos fríos y casi humanos, las mariposas que vuelan sobre la inmensidad de las tinieblas y que se dan citas, como las brujas de los aquelarres, a centenares de leguas del punto de partida; en los necróforos de élitros funerarios, que deliberan y se llaman con ruidos imperiosos, que entierran cadáveres de pequeños mamíferos, y que luego depositan sus huevos sobre la carne presta a descomponerse; en los escarabajos de antenas cautelosas, que disputan por un fragmento de estiércol, que se arrebatan el fruto de sus fatigas, que chocan y se desgarran por un mendrugo, los escarabajos que han proclamado, antes que Proudhon, que la propiedad es robo, y antes que Bismarck, que la fuerza prima sobre el derecho; en todo ese mundo de seres misteriosos, que desaparece a la mirada del hombre vulgar, Fabre encontró por todas partes el retrato de nuestros apetitos malvados, de nuestros episodios melancólicos y de nuestras alegrías efímeras. No hubiera sido necesario estudiar a la humanidad para comprender sus analogías impresionantes con este teatro oculto en los arenales de los ríos o entre el ramaje de las arboledas. Bastó a Fabre la contemplación de un plano moral menos vasto, pero más intenso, para hacer a las sociedades humanas la gracia de su serena sátira y de su burla tranquila. Cuando el sabio moría, los cañones hablaban demasiado lejos. La guerra se hacía en un

escenario distante. No llegarían jamás al lecho del moribundo los tableteos del trueno. Pero si Fabre, en esos minutos soberanos, hubiese tenido la certidumbre de que la justicia triunfaría algún día sobre las naciones envilecidas por la matanza, de que los débiles no serían jamás ultrajados, de que la fuerza se subordinaría al derecho, su rostro arrugado hubiera disuelto la mueca de sonriente desprecio para cambiarla por un gesto de fraternidad, y su cerebro vacilante, en un espasmo de emociones, se hubiese vaciado de toda la cólera acumulada por ochenta años de experiencia, de sufrimientos y de doctrinas.

IV

## Zola

*París-Midi* ha desenterrado varias frases de Emilio Zola sobre la naturaleza de la guerra actual, un puñado de palabras videntes, algunos relámpagos formidables de aquella pluma prodigiosa que conmovió el universo con el zarpazo profético de su genio. Las páginas de aquel gigantesco creador de hombres no despiertan hoy ninguna sorpresa, ninguna inquietud. Es que lo normal en Zola se nos antoja precisamente la clara visión del futuro. Pensador y artista, Zola no se limita a registrar los hechos presentes, a fundar observaciones sin vida, a estudiar acontecimientos sin finalidad. Su brazo es una ramificación de su alma, un manojo de músculos que desgarra la niebla. Sus ojos son dos proyectores que penetran la bruma, que lanzan flechas de acero y de oro a través del infinito, que dispersan las procesiones del error, que descubren, agazapado en la sombra, al fantasma lívido de la injusticia. Maza que hiere e ilumina, cincel que derrumba y que crea, Zola hace que el fardo áspero de la vida caiga sobre

nuestra melancolía como una maldición. Sus páginas están impregnadas de dolor. Su perfume agrio llega hasta nosotros como un vapor de lágrimas. Los espectros se agitan, bailan, nos hieren con su música extraña. Uno cree escuchar el rechinamiento de la perfidia, el gemido de los miserables, la carcajada atroz del odio. Si hay algún optimismo en la obra de Zola, ese optimismo es su método de trabajo, su fe indomable en la investigación de la verdad. Fuera de allí, nos hallamos frente a una biblia enloquecida por el vértigo experimental, roída por el sufrimiento y por la amargura. El escritor nos hace descender a un infierno espantoso, cien veces más cruel y salvaje que todas las fantasías de Dante, el infierno de sordidez y de bajeza que ha creado nuestra civilización contemporánea. Y aun cuando en el fondo sombrío de los cuadros aparezcan fragmentos de esperanza, brillando como luces frías, un pesimismo feroz nos invade y nos crispa. Zola siente hondamente en su espíritu la fraternidad humana, pero no cree en ella. Zola ama la justicia, esa misma justicia que él hace morir, estrangulada y vencida, en las páginas de *La Tierra* y de *Germinal.* Si este maravilloso forjador hubiese sido un lírico vacío, nos habría presentado a los pueblos fraternizando sobre las fronteras, a los hombres justos dueños del poder, a los monarcas desposeídos de su corona y de su fuerza. Pero Zola es un teórico de la desesperación y de la bondad. De ahí su espíritu profético. La obra se salva del desastre gracias al fondo práctico de su genio. Des-

pués de cantar en su *Trabajo* al esfuerzo creador de la especie, Zola no olvida el instinto sanguinario del hombre, la bestia arrogante, embriagada por los progresos de la mecánica, fortalecida por la química, perfeccionada por las matemáticas. "Cada día transcurrido, escribía, amontonaba más carne humana para los cañones. Nadie se tomaba el trabajo de recoger a los muertos, cuyos montones formaban muros detrás de los cuales nuevos regimientos, inagotables, iban a hacerse matar. La noche no detenía el combate y los hombres se degollaban en la sombra. Todas las mañanas el sol alumbraba mares de sangre, cada vez más grandes, un campo de carnicería donde la horrible mies, hecha de cadáveres, se amontonaba en parvas. El rayo fulminaba por todas partes. Cuerpos de ejército enteros desaparecían en medio de un trueno. Los combatientes no tenían necesidad de acercarse ni de verse. Los cañones disparaban desde el otro lado del horizonte, lanzaban obuses cuya explosión asfixiaba y envenenaba. Desde el cielo los globos arrojaban bombas e incendiaban las ciudades a su pasaje. La ciencia había inventado explosivos capaces de llevar la muerte a distancias prodigiosas."

***

Escrita esta página cuando nadie pensaba en la posibilidad de una conflagración europea, se diría que Zola presintió el fantástico avance en Rusia y la gran batalla de Verdún. Espíritu universal,

errante desde el misterioso Tibet hasta el fondo de Africa, saboreado con placer morboso por las damas elegantes, descifrado por las tribus salvajes, flotando de la civilización refinada a la barbarie sin color y sin método, Zola pasea su sinceridad sobre el linaje humano, y su espejo milagroso refleja sucesivamente el cristal de los ríos, el lodo de los pantanos y las gotas de oro del sol salpicando el follaje. He ahí el árbol sagrado que extrae de la tierra el jugo de la renovación, su substancia profética. Como el árbol, Zola es una energía del universo. En el goce natural de lo verdadero y de lo justo, la planta no persigue sensaciones bastardas. Dentro de la armonía soberana de la existencia, busca el ritmo secreto de su destino. Jean Macquart, al final de *La Débâcle*, después de haber contemplado el desvanecimiento del segundo imperio y después de haberse bañado en los horrores de la revolución comunera, sueña sobre los campos en barbecho y presiente a Francia reconstruída por el trabajo. Esteban Lantier, el héroe de *Germinal*, al alejarse una mañana por el camino solitario que lo llevará para siempre fuera de la mina, piensa en el sufrimiento anónimo de aquellos hombres, negros de carbón, que gimen bajo la tierra, y predice la orgía sangrienta de los trabajadores. En *L'Argent*, Zola desnuda implacablemente el mecanismo capitalista, entrevé la internacionalización de los valores, los intereses universales guiados por una misma onda misteriosa. El maestro lee en el porvenir como en un libro abierto. Su existencia es un hachón encendido que nos guía aún con su ful-

gor formidable. Zola siembra la esperanza en medio del desierto. El ideal florece al pie de la tumba. Medid el abismo que existe entre la Francia de ayer y la Francia de hoy, entre la Francia que estudió Zola y la Francia de la cual fué su más ardiente profeta. Ya no van las turbas frenéticas a aullar frente a la casa del gran calumniado. Junto al Panteón, bajo la bóveda solemne y augusta, se han apagado hasta las últimas vibraciones del recuerdo. Pero de toda aquella vorágine insensata ha quedado un sedimento fecundo. No podía perdonarse su culpa al hombre que introdujo el escándalo en la tradición y el torbellino en el mundo plácido de las ideas. Es verdad. Francia no sabe olvidar. Pero sabe algo mucho más grandioso para el alma humana. Sabe hacer justicia.

V

## Remy de Gourmont

Cuando del Artois llegaba el espantoso trueno de la artillería y asomaba la victoria detrás de una montaña trágica de doscientos mil cadáveres, la tierra se estremece de pronto con el derrumbe de un espíritu libre, y en el lugar donde vivió un gran hombre la especie acongojada no acierta a descubrir más que montones de cenizas y de recuerdos. Remy de Gourmont no era el forjador de sistemas cerrados, como Sebastián Faure, no era el instrumento dócil de ningún sindicato, como Jean Grave, no se arrepentía jamás de sus locuras, como Gustavo Hervé. Sabía ser artista y pensador. Bajo su lógica demoledora, aparecía el anarquista que no conoce agrupaciones, el alma completamente libre a quien lastima encontrar imitadores, el cerebro que se rebela en una terrible explosión de individualidad. Enamorado de las libertades seculares de la Gran Bretaña, a la cual llamaba el país más civilizado del planeta, Remy de Gourmont nos sugiere el recuerdo de los economistas liberales del siglo XVIII que, con Adam

Smith, establecían los jalones del futuro orden social fundado sobre la autonomía de los individuos; nos acerca a Thomas Paine, a William Godwin, a Bentham, denunciando lo pernicioso de todas las leyes, de todas las instituciones que encadenan la razón y la libertad del hombre. Como Godwin, el pensador francés empezó por creer que el amor de la patria fuese una fantasía. Como Bentham, buscó en cada ciudadano su propio legislador, y pudo convenir con el idealista británico, que rechazaría con horror la imputación de patriotismo, si el hecho de ser amigo de un país implicase ser el enemigo del género humano. Luego vemos a Remy de Gourmont desplazar el centro de su entendimiento moral, considerar a la patria una necesidad biológica y al odio como un fermento del progreso.

*
* *

El escritor no ha temido contradecir sus ideas sin fronteras, vaciadas en el molde anárquico de su concepción individualista. Entre su obra de ayer y la de hoy media un abismo. Todos sus libros son un torbellino de ideas, de emociones, de doctrinas que se disputan un minuto de actualidad, y que luego mueren sobre las mismas páginas, bajo la misma pluma del pensador, como las células de un cuerpo agonizante. En Remy de Gourmont el pensamiento es una embriaguez suprema, tiene la grandeza de las auroras y de los crepúsculos. Allí la fuerza mental es estrépito, el orden es vértigo, la erudición es armonía. Hasta la insensatez nos

resulta profundidad. Remy de Gourmont crea un día su fisiología del amor, y levanta su monumento frente a Balzac. En sus estudios literarios alienta el esfuerzo de los reformadores, y en sus *Promenades Philosophiques* muerde el espíritu de la cultura contemporánea, le falta el respeto a la ciencia oficial y hace una orgía fantástica de la inteligencia, un festín soberbio de imágenes, de sensibilidad y de ironía. Ningún hombre se ha renovado tanto como Remy de Gourmont; ningún hombre, como él, ha perfeccionado hasta el infinito la intimidad inviolada de su sér, el tesoro sagrado de su conciencia. Ha sido la corriente de agua siempre clara, que arrastra briznas y musgos, y que deja ver los pequeños guijarros del lecho. Ha sido la gota rutilante que corre confundida hacia la inmensidad, la lágrima fría que siempre se parece y que nunca es la misma. Le Dantec admiraba en Gourmont su pasión por la verdad y su horror de encontrarla algún día. El pensador cultivaba la verdad como una ilusión, una quimera que se escapa de nuestras manos y que no nos deja más que el bálsamo suave de su perfume.

*
* *

Este hombre de espaldas anchas y de cráneo pesado, con su aspecto de comprador de lanas de Roubaix, con su silueta de burgués pacífico y enriquecido, llevaba dentro de sí una altivez psíquica prodigiosa, un ansia de rebeldía moral como pocas veces ha visto el mundo. Era tan libre como

puede serlo un espíritu moderno, atado a mil prejuicios sutiles que escapan a nuestra penetración vacilante. Era tan libre como Plauto, la bestia de carga aferrada a la noria, sudando y sufriendo bajo el látigo, pero a cuyos labios subía el cascabeleo áspero de la burla como un estallido de la dignidad. Era tan libre como Epicteto, vendido como esclavo, pero absolutamente soberano de su pensamiento, dueño de esa amarga filosofía que todavía nos gobierna y que nadie pudo tocar ni cargar de cadenas. Somos libres en nuestra ilusión interior, aun cuando un genio oculto nos determine, nos ultraje y nos mande. El héroe de Dostojewsky apaga los cirios consagrados a los ídolos del cristianismo, y luego enciende otras luces para iluminar la figura lívida de los reformadores atéos. La evolución espiritual de Remy de Gourmont, que proclamó una política de fraternidad con Alemania, flagelando sin piedad a los partidarios del desquite histórico, no significa una lucha subjetiva, una crisis íntima, como en Anatole France. Su fiebre guerrera no fué más que un punto de su gran parábola detenida por la muerte. Con métodos distintos, con tendencias divergentes, Remy de Gourmont siguió el mismo ritmo ideológico del príncipe Kropotkine, que aconsejaba la unión de todos los franceses para evitar la victoria del imperialismo militarista de los germanos. En *Pendant l'orage*, el último libro escrito con lágrimas y sangre, modelado para la Francia que combate heroicamente por los ideales de su gran revolución, el ilustre pensador no se avergüenza de

sus contradicciones, no pretende olvidar el pasado, sino que lo busca, lo llama, apartando con un ademán sereno las nieblas que lo separan de su juventud. Hay que leer este último puñado de ideas arrojadas al surco, hay que penetrar toda la tristeza, toda la angustiosa incertidumbre de la obra de este formidable sembrador que no se sometió a ningún hombre, a ninguna ley, a ninguna moral, y que no se detiene más que para morir, con los ojos húmedos, clavados en la altura, en un gesto postrero de súplica y de esperanza. Remy de Gourmont quiso que Francia se levantase, sin armas y sin violencias, para besar a la humanidad con el encanto de su genio libertador. Pero la mano que se tendía dulcemente hacia Europa en un movimiento afectuoso, en un impulso fraternal y humanitario, tuvo que crisparse ante los golpes de la suerte, erguirse amenazante, formar el puño rudo que hoy reclama, con la fuerza inteligente, el derecho de vivir sin traiciones, sin hipocresías y sin asechanzas. El dolor que destila el último libro de Remy de Gourmont, señala con un reguero de punzadas horribles, de juramentos entristecidos, la ruina de la fraternidad universal y el derrumbe de todos los sueños generosos. No obstante, surge del fondo la confianza atroz en el triunfo, la fatal necesidad de vencer. Y mientras en los campos de Francia las bayonetas substituyen a las espigas y la voz del cañón dicta sus sentencias sangrientas, la sombra del pensador se desvanece sobre el escenario incendiado, la mano rígida, la pluma quebrada en un sollozo y los labios apretados

como si quisiesen guardar el misterio de una vida fecunda, el enigma de una inteligencia que cae tronchada en pleno cataclismo, en el más vertiginoso desastre de todos los valores morales.

# VI

## Kant

"Yo no sé verdaderamente, escribió Remy de Gourmont en su último libro, por qué esta mañana, en la somnolencia del despertar, he sido perseguido por la obsesión de un nombre que nunca he evocado voluntariamente, el nombre de Manuel Kant, el gran filósofo de Alemania, quien, gracias al esfuerzo de nuestros universitarios, se ha convertido, desde hace cincuenta años, en el verdadero maestro de la filosofía francesa. Ciertamente, Kant era un gran filósofo. Pero la división de su obra en dos sistemas contradictorios hubiera debido hacerlo sospechoso a los educadores de nuestra juventud." En este espíritu soberano, el hombre práctico destruye al lógico sereno, al razonador formidable. No obstante, la unidad suprema de la moral kantiana busca una armonía superior a las mismas contradicciones del universo. Remy de Gourmont pasa ligeramente sobre el pensamiento del siglo XVIII, sin tocar ese torbellino de ideas abstractas y complejas, sin sinceridad ni orientación, ideas que morían para nacer de nuevo y que

revolucionaban los espíritus después de imprimir en el mundo su cauce fugitivo. La influencia de los pensadores que, habiendo derribado la escolástica medioeval, poseían aún un pequeño brillo tradicionalista, se había prolongado a través de las centurias. De ahí surgió el castillo fantástico, más sonoro que sólido, misterioso de sombra y de indecisión, que puso su nota enervante en la historia de las doctrinas universales. Envenenadas las almas por el fenomenismo emocional de Locke y el idealismo negativo de Berkeley, la humanidad no registraba más que sensaciones sin ritmo. Entre la vaguedad escéptica de Hume y las especulaciones sensualistas de Condillac, era preciso la pulsación de hierro, la fiebre demoledora que depura y que señala rumbos. Y Kant surgió, contradictorio y potente como todo renovador, como una fuerza razonable y prodigiosa. He ahí la luz que crea verdades y que quema sofismas, la energía que hace nacer un universo y que descubre derroteros desconocidos.

***

''Los principios metafísicos que establece su razón pura, agrega Remy de Gourmont, su razón práctica los arregla y maneja de manera que brota a la luz una suerte de catecismo protestante, por completo contrario al genio de la raza francesa, que quiere evolucionar según un dogmatismo menos estrecho.'' El choque de las razas turba la serenidad del pensamiento. La guerra ha vertido

algunas gotas de veneno y de cólera en la vida de las ideas. Remy de Gourmont trata a Kant como a un enemigo. No le ahorra las frases duras ni los epítetos zumbones. Kant aparece como un doctrinario brutal y absurdo, despojado de su vestidura sublime. Su filosofía pierde la universalidad y se convierte en algo antisocial y atrozmente egoísta. El pensador francés desnuda entonces su juicio terrible. ''Kant es un cenobita bárbaro, escribe, sin destello ni bondad. A pesar de todo, tenía ventanas en su espíritu. Se sintió dominado por vivo entusiasmo frente a la revolución francesa, y la sola vez que salió de Koenisberg, fué para marchar en busca del correo de Francia.''

*
* *

La conflagración europea no significa solamente la bancarrota de las ideas morales. Despierta la incertidumbre en las conciencias y mata los afectos del corazón. Paolo Orano acaba de declarar en Nápoles, en una conferencia pública, que Goethe no ha creado jamás, que su *Fausto* nebuloso no es una creación viva, como Hamlet, y que los diálogos mefistofélicos son una repetición de la ''crítica de la razón pura''. Luego revela soberbiamente la antítesis entre el espíritu germánico y el alma latina. Su finalidad consiste en no comprenderse, en no haberse comprendido nunca. ''Los *ghibellinos* se rebelan ya contra los herederos de los Hohenstaufen, dice. Mazzini está contra Gregorovius y contra Nietzsche.'' La existencia es una

contradicción que se mueve. El libre pensamiento latino, agrega Paolo Orano, avanza, de frente, contra el libre pensamiento tudesco *che non é un libero pensiero, ma l'organismo d'un inmane crimine collettivo*". He ahí la esencia íntima de la guerra: incomprensión, confusionismo, odio, impiedad.

*
* *

En Francia, Edmond Laskine proclama la necesidad de nacionalizar la filosofía. No se trata ya de desterrar a Kant de las universidades francesas, sino de hacer una lista de proscripción hasta en el mismo seno de la filosofía británica. Es necesario habituar a las nuevas generaciones a permanecer insensibles frente a las ideas que vienen del otro lado de las fronteras. ¿Ha meditado Edmond Laskine que no existe pensamiento fecundo que no sea patrimonio de todos los hombres? La grandeza espiritual de Francia consiste precisamente en no haberse cerrado a las corrientes morales del planeta. Tribuna de la humanidad, Francia ha desbordado sus ideas sobre todas las razas. Jamás analizó el lugar donde recogió la simiente. La vida mental se hace de penetraciones recíprocas, de influencias mutuas. Royer-Collard encuentra un día el libro de Tomás Reid en casa de un anticuario. La teoría del escritor británico sobre el conocimiento, le ilumina y conmueve. Absorto y maravillado, Royer-Collard funda la nueva filosofía francesa. El espiritualismo gana terreno sobre los viejos teóricos de la escuela de Condillac. De la

misma manera, Kant se inspira en las ideas francesas del siglo XVII. Con el tiempo, el criticismo de Koenisberg vuelve otra vez a Francia, enriquecido y renovado por el espíritu poderoso de Renouvier. Hay un intercambio secular de sensaciones sin nacionalidad, de ideas sin patria, pero intensamente bellas y humanas. No seamos injustos con Kant. Su obra eterna nos pertenece a todos. ¿No dice con alguna ironía el mismo Remy de Gourmont que Goethe y Beethoven están por encima de las pasiones, ya que no bombardearon la catedral de Reims ni firmaron el manifiesto de los intelectuales de ultra Rhin? Los alemanes son más prácticos. Proceden a la manera prusiana. No pierden el tiempo en refutaciones brillantes e inútiles. Cuando un hombre descuella, se lo apropian. Para Wollmann, todos los genios son alemanes, desde Shakespeare hasta Dante Alighieri. Se diría que la especie encuentra placer en enturbiar el agua clara de nuestro instinto salvaje y de nuestro sentimiento sin barreras. Este caos de doctrinas no durará más que algunos segundos. Nadie puede olvidar que Malherbe estudió en Heidelberg y que Goethe encontró en los maestros de la tragedia francesa la afinidad electiva de su genio. Nadie puede olvidar que Schopenhauer bebió en Chamfort y en Voltaire, y que Nietzsche, después de aprender de La Rochefoucauld la forma fragmentaria, dejó de prosternarse ante la cultura alemana de su siglo. No hay un pensamiento francés, ni inglés, ni ruso, sino un pensamiento humano. Kant no escapa a esta ley implacable. Sobre el teórico

contradictorio, sobre el asceta repulsivo, sobre el forjador silencioso y huraño, se encuentra el alma de ideas invioladas, el defensor de la paz perpetua, el apóstol de la fraternidad universal, el soñador que puso el derecho por encima de todos los apetitos de la fuerza, el visionario que identificó nuestro deber de hombres con la belleza de las noches estrelladas, donde la luz glacial de los astros se confunde con la melancolía de nuestras quimeras errantes.

VII

## De Taine a Bergson

En medio del torbellino de la lucha, altos espíritus se han dado a pensar sobre las consecuencias filosóficas que podría tener la victoria de Francia en el duelo sangriento en que se halla actualmente empeñada. Después de una derrota, viene el aplastamiento necesario de los espíritus. La forma de pensar toma una orientación distinta. Las religiones se transforman en su esencia moral. Todas las manifestaciones del alma tienen un sello melancólico de disgusto y de cansancio. Hasta la misma vida parece un compromiso fatigoso, que se arrastra como si fuese un pecado. La literatura se contagia en ese ambiente de esterilidad, de desaliento y de pesimismo, que forma la característica capital de las razas abatidas. Si se pudiese registrar el pensamiento colectivo en líneas geométricas, como la marcha del viento o el pasaje de los terremotos, veríamos asombrados como a cada conflagración militar de la historia, corresponden estados de espíritu sociales de los más contradictorios. El protestantismo y la iglesia católica hicieron

grandes progresos en Alemania después de la victoria de 1870. El triunfo militar abrió a la reacción un camino espléndido. En cambio, Francia sintió fortalecer su antigua conciencia atea y republicana. Pero el gallo galo, lejos de sentirse agotado, aprovechó sabiamente la gran lección de la derrota, las ventajas del aniquilamiento imperial. Perdió su postura agresiva y su canto tomó modulaciones más graves. El viejo optimista sintió por primera vez la austera tristeza del dolor. Supo sufrir con dignidad. A su calvario lleno de soberbia, no llegaron ruidos de llantos ni bramar de sarcasmos. Las tendencias filosóficas de los Taine, los Renán, los Fouillée, los Guyau, revelaron una penosa elaboración ideológica, donde el desesperado escepticismo rasgó a puñaladas la antigua armonía de la fe común, como para recordar a Francia las amarguras de su orgullo herido. Nadie como Taine, consiguió amontonar en su espíritu las angustias del cataclismo. Con una lógica admirable, el pensador se orientó hacia los estudios históricos. "Quiso comprender las desgracias de Francia por su pasado, dice Hoffding, y sacar de ese estudio una nueva esperanza". Sus conclusiones fueron terribles. Penetrando la revolución de 1789, no encontró más que un período de declamaciones huecas y frases sonoras. Su blasfemia, cubriendo a todas las figuras gloriosas de aquella época, fué un nuevo y rudo golpe aplicado a la más legítima de todas las vanidades francesas. En su afán de ser terriblemente sincero, Taine fué prodigiosamente injusto. "La concepción filosófica de Taine

estuvo determinada por su temperamento, escribe Hoffding. El mismo nos dice que era un hombre naturalmente triste. El golpe de estado de 1851 y la derrota de 1870, debieron aumentar su mal humor contra las cosas exteriores. Vivió la mayor parte de su vida en el trabajo y en el mundo del pensamiento. Sentía necesidad de sumergirse en el gran encadenamiento necesario del sér. Marco Aurelio y Spinoza eran sus autores predilectos. Desde el punto de vista religioso, simpatizaba con el protestantismo, y después de su viaje a Inglaterra, esperaba ver nacer un movimiento religioso libre. Pero permaneció siendo estoico hasta su muerte''. Después de la catástrofe, Francia vió llenarse de virtudes espartanas el universo de las ideas. Una raza de héroes impasibles volvió a poblar la tierra. De ella pudo decirse lo que Paul de Saint-Victor decía de los estoicos, "hombres de bronce para pensar, pero que son de carne para amar y para enternecerse''. No podemos sospechar el tesoro intelectual que Francia conquistará con su victoria. Por lo pronto, hemos constatado que no le faltó valor para extraer de las cenizas del desastre, el secreto penetrante de una vigorosa idealidad. Los derrumbes capaces de modelar espíritus son necesarios. Por eso, Francia ya no lamenta una derrota que, dándole fuerzas morales nuevas, le ha mostrado la clave de una nueva existencia. Si es cierto que ella fué manantial de congojas, también le ha enseñado a vencer. Hasta la historia tiene su fisiología; bajo sus leyes inmutables, los órganos amputados se substituyen por ideales que no perecen.

*
* *

Por su parte, Emile Boutroux nos asegura que los alemanes que asedian a Francia, se encuentran frente a una fortaleza moral donde no llegará jamás el ruido de los disparos, ni el estallido de los obuses, ni la punta de las bayonetas. Para el gran filósofo, Francia no es simplemente un inmenso campo atrincherado que no se puede franquear sin morir. Presenta al enemigo una faz formidable de corazones y de voluntades. Su fuerza más intensa está en esa energía psicológica que se basa en la noción exacta de la justicia y del derecho. Muy distinto habría sido su espíritu si la razón no hubiese estado a su favor. Lo que decía Gastón Bonnier de la lengua francesa, puede aplicarse a la Francia misma. Las naciones, como los escritores, tienen sus rasgos, su estilo propio, su personalidad. Francia se descubre por sus pasos. Una página de su historia no puede confundirse. Su temperamento sabio, sensato, razonable, se sobrepone a todas las cosas, le da un sello vigoroso y eterno. Con datos dispersos, podemos reconstruir una nacionalidad. Aristipo, arrojado por las olas a una playa desierta, encontró sobre la arena dibujos geométricos y pudo exclamar: "He aquí huellas de hombres". Los pueblos, las razas, escriben con hechos la crónica de su propia alma. Una estirpe sin modalidad es una estirpe sin historia. El estilo es la fisonomía del espíritu, es el timbre de voz de la conciencia. Cuando una sociedad entera habla, debemos reconocerla por el tono de su expresión.

Estos atributos del carácter constituyen lo que Taine llamaba la cualidad dominante de un espíritu. Vednos, pues, frente a la fortaleza que no puede tomarse al asalto, ni reducirse a silencio. Por medio de sutiles razonamientos, los más altos representantes de la inteligencia contemporánea nos han hecho comprender que el triunfo no requiere sólo corazas blindadas, cañones de acero, todo ese conjunto espantoso de la violencia material. Es necesario agregarle un poco de serenidad íntima, de paz interior, de confianza subjetiva. No es posible hacer gran cosa cuando los ideales mueren y se deshacen en una lluvia de polvo. La melancolía de nuestra incapacidad proyecta sobre la tierra sus reflejos grises. Cuando el apoyo moral no llega a sostenernos, nos contagiamos con la perversidad en acecho, caemos vencidos por el cáncer maldito que roe nuestras entrañas. La gran fortaleza es aquella que está dominada por una idea de renovación, por una fe ardiente en el porvenir. No existe defensa mejor que la que hemos guarnecido con nuestro pensamiento. Los sucesos se eslabonan, se dan la mano unos a otros, sin que sufra la integridad ética de la nación. La marcha de Francia en el tiempo es un tratado de lógica. Su vida entera es una perpetua batalla. Le ha tocado en suerte la tarea de organizar la estructura intelectual del mundo. Y Francia ha triunfado a costa de su dolor y de su sangre. Ninguna nación ha conseguido presentar al juicio de los hombres tal cúmulo de generosidad, de sacrificios y de heroísmos. Toda esa gloria que se amontona, día a día, levanta

la mejor barricada contra la noche final que avanza sobre el planeta, forma la más grande ciudadela de la justicia, el torreón solitario que, en medio de la ferocidad sombría de la guerra, enciende sus luces parpadeantes...

*
* *

Con motivo del cambio de presidente, ha vuelto a sonar en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, la voz glacial y reposada de Bergson. Sin arrebatos, sin violencias, el gran pensador ha declarado que actualmente todo se borra y desaparece ante el acontecimiento que ha venido a turbar la serenidad de su trabajo intelectual. Bien vale la parálisis del razonamiento filosófico este choque espantoso de sangre y de fuego, que no tiene igual en la historia. Su sola contemplación sobrepuja en valor al mejor sistema de metafísica. Bergson compara la guerra a uno de esos cataclismos geológicos que duran solamente algunos instantes y que modifican para siempre la superficie de la tierra. Es que, en estos segundos de suprema angustia, se decide de la suerte de los pueblos. Bergson se ha olvidado que, a pesar del alto concepto que, en tiempo de paz, mereció a los pensadores germanos de la talla de Rodolfo Eucken, hoy se encuentra descalificado por los enemigos de su patria. Hauptmann se encargó de ponerle la primera punta de fuego. Para el dramaturgo alemán, Bergson no es más que un folletinista frívolo, un superficial insoportable. Dentro de las fórmulas germánicas, un

filósofo deberá ser una especie de bestia huraña con lentes de oro. No podrá vestir frac ni ser galante con las damas. Deberá ser un misántropo como Kant, un hipocondríaco como Schopenhauer, un pordiosero como Max Stirner. En Alemania, la historia del pensamiento filosófico es una locura disciplinada. En cambio, Bergson es la rebelión perpetua y universal de la conciencia francesa; su método consiste en no tener ninguno. Nada en él es el producto de sistemas cerrados a influencias permanentes y reformas progresivas. Su doctrina es espontánea, profunda, renovadora; tiene en sí misma la razón de su cambio constante. Bergson cree en el impulso originario de la vida. No siente la evolución como un transformismo darwiniano, sino como una fuerza creadora. Su espiritualismo es científico. Con la memoria, subordina al espíritu los actos fundamentales de nuestra vida psíquica. Ha expurgado el lenguaje de verbalismos estériles, de retruécanos enojosos. Su obra es menos abstracta que la de Kant, es acaso menos intensa, pero será de consecuencias humanas más perdurables. Bergson se perpetuará a través de sus ideas éticas. La lógica de sus concepciones morales es la entraña de su apostolado filosófico, el nervio que mueve toda su doctrina. ¿De qué sirve el progreso material sin la dignidad de los ideales? En la Academia de Ciencias Morales y Políticas, el orador se pregunta de qué valen los progresos de las artes mecánicas y las aplicaciones de la ciencia positiva, el comercio, la industria, la organización metódica y minuciosa de la vida ma-

terial, si todo ello no está dominado por ideas morales. Refiriéndose al desenvolvimiento material de la civilización, Bergson dice que se le sabía incapaz de dar la felicidad, y que ahora se ha visto que tampoco sirve para asegurar la fuerza, "la fuerza que resiste hasta el fin y que desafía al tiempo." La potencia física sólo se basta para mover mecanismos. "Y un mecanismo, por más fuerte que sea, acaba por gastarse, mientras que la energía moral que se alimenta en un ideal eternamente vivo, se engrandece sin cesar a sí misma, y también sin cesar rehace su instrumento organizado, como un alma que reconstituyese su propio cuerpo." Sin dejar de ser pensador, Bergson termina con una profecía que conviene a sus intereses de espiritualista. Aprovecha el estado de postración de las conciencias, para augurar el gran porvenir de sus sueños. No teme la réplica, porque sabe que los hechos, vestidos con un ropaje sentimental, le dan la razón. "Entonces, sin duda alguna, agrega, dirigiremos la atención que antes estaba concentrada sobre los fenómenos de la materia a los fenómenos psicológicos, morales, sociales, y más generalmente sobre las cosas del espíritu. La evolución que parecía probable, se cumplirá definitivamente." Como se ve, Bergson presiente una revolución en el mundo de las ideas. Nuestro siglo será el siglo del espíritu y de las orientaciones morales. Pero lo que no sospechábamos era que la guerra actual tuviese la prodigiosa virtud de hacernos reaccionar contra el viejo materialismo tradicional que se había colado en nuestra casa, que mandaba como amo y nos ensordecía con sus fallos terribles.

VIII

## Guido Baccelli

Guido Baccelli, el gran sabio italiano, nació para el bien y vivió dentro de un ideal de bondad. Su muerte apacible, en plena tragedia europea, tiene mucho de sarcasmo, es una nota irónica y amarga. La guerra anula la obra humanitaria de estos espíritus claros y enérgicos, que buscan un sendero de dulzura en medio del desastre. Treitschke odiaba a los filántropos. Para este formidable teórico del Estado, que había modelado en Bismarck su héroe máximo, su ejemplo supremo, la filantropía es una peste moral que corrompe la disciplina de las sociedades y que mina el organismo de las naciones. No hay dique de hierro que pueda contener la oleada de estos hombres extraños que fundan instituciones de beneficencia y que hacen de la ternura una profesión. He ahí la flora monstruosa que sorbe el jugo vital de los estados, convirtiéndolos en gelatina amorfa, cortándoles los instrumentos de su defensa. A la humanidad repugna el juicio de Treitschke, esa confesión atroz que pone al desnudo los secretos de nuestra alma.

Es que somos farsaicamente prácticos. Perdonamos mejor al que nos roba nuestro dinero que al que nos arrebata nuestras ilusiones. La voz de Treitschke, ruda y descarnada, se nos antoja un llamado ancestral. Es el toque de rebato que se confunde con el ruido de nuestros recuerdos. Hace despertar a los muertos, levanta los fantasmas de nuestro corazón. Nos reconocemos en este vértigo de apetitos, pero marchamos hacia adelante, proseguimos nuestro camino. Guido Baccelli no es una fantasía en esa ley de concupiscencias brutales y de ferocidades calculadas. Posee la dureza de un conquistador y la suavidad de un iluminado. Su filantropía no fué un capricho, sino una convicción. Como médico, como político, como artista, la vida de Baccelli es una armonía, una fuerza coherente y discreta. Había puesto su ciencia de estadista al servicio de su pasión de clínico. Landouzy llegó a proclamar altamente en París esta soberana dualidad del maestro. Guido Baccelli luchó contra la enfermedad, combatió contra las epidemias, distrajo con su esgrima de sabio nuestros males irremediables. Si alargar la existencia es un hecho moral, Baccelli fué un santo. Después de penetrar los misterios de la patología cardíaca y del dinamismo pulmonar, el maestro prolongó con el oxígeno la vida hipotética de los agonizantes. Cuando la malaria diezmaba la campaña romana, el terrible flagelo fué vencido por la vía intravenosa, que era la fortaleza desguarnecida, el punto débil que no pudo ocultarse a los ojos del hombre de ciencia. De este modo, fueron salvados muchos miles de hom-

bres. Guido Baccelli se reveló entonces un estratega admirable frente al paludismo, el general vencedor de esos millones de seres voraces que descansan sobre nuestros tejidos y que hacen su pan de nuestras vísceras.

*
* *

Esa batalla silenciosa, ese rodar infinito en el mundo de los microbios y de las células, tiene su melancolía y su sordidez. El maestro buscó fuera de la angustia humana el consuelo de su cansancio moral. Alma de artista, con la llama de un latinismo ardiente, vivió en esa generosa tierra de Italia, donde una concepción secular de la belleza forma la base del espíritu nacional. Guido Baccelli trabajó por la reconstrucción de la vieja Roma conquistadora, heroica madre de guerreros, de juristas y de poetas. A medida que las excavaciones progresaban, la campaña del Lacio iba cubriéndose de reliquias olvidadas, de huellas gloriosas, de recuerdos de mármol, de piedras inquietantes... El paseo arqueológico empezó a surgir lentamente. En la llanura sagrada aparecieron los acueductos, las termas, los circos, las columnas... Guido Baccelli escarbaba el pasado con un entusiasmo de erudito. Sentía el sublime espasmo de la contemplación, el éxtasis del arte, el divino misticismo de las fuerzas que están por encima de nosotros y que gobiernan la intimidad de nuestro sentimiento. Su contacto con el documento humano, con las bajezas de la conciencia y las miserias del organismo, no

llegó a envilecer su fe en la justicia ni manchar la pureza de su ideal. La fiebre del trabajo era para él una fuente de renovación y de salud. Guido Baccelli buscó nuevos caminos a las corrientes de la bondad. Fué filántropo en la ciencia, en la belleza y en la acción. Su doctrina fué demasiado humana, demasiado universal para coincidir con los intereses del patriotismo. El sabio amaba la tradición de su estirpe, de esa raza maravillosamente sutil y flexible, cuyo prestigio intelectual él sostuvo a una altura pocas veces igualada. Pero hemos visto con tristeza cumplirse el principio inexorable de Treitschke. La filantropía resulta un estorbo cuando es necesario ser cruel. La piedad es un castigo, las lágrimas son una maldición. La patria no ha llorado al hijo que hizo famoso en el mundo el nombre de la ciencia italiana. Una tempestad de metralla, tronchadora de sueños y de esperanzas, siega sin descanso en medio de la juventud. No obstante, aun cuando su corazón sangre, el pueblo tiene los ojos secos. Empuñando la espada, insensible en esta fiesta trágica del heroísmo y del sacrificio, el alma de Italia está a la cabecera de un gran sufrimiento colectivo, junto a las tierras ensangrentadas, en las montañas de Carnia, en los Alpes julianos, en los desfiladeros del Tirol, en ese infierno de nieve y de fuego donde los soldados escriben la historia de la nueva nacionalidad.

IX

## Jules Guesde

He aquí una de las figuras más atrayentes del escenario francés contemporáneo. Podría llamarse a Jules Guesde el apóstol de la sinceridad. Habiendo sido el hombre que menos ha temido contradecirse, tampoco ha vacilado en afrontar valientemente el cambio de orientación de sus ideas. Para los espíritus ligeros que, por desgracia, son los que abundan, la historia de este luchador que comenzó por el comunismo anárquico, que prosiguió negando la táctica política de los socialistas, que rechazó todo contacto impuro con los resortes oficiales, y que ha terminado por aceptar un ministerio, tiene que ser forzosamente una montaña de delitos morales y de perversiones malvadas. No obstante, el trabajo intelectual de Jules Guesde es una obra perfecta y armónica. Toda su vida revela un progreso infinito hacia la bondad, una noble carrera hacia la justicia. Nada más triste que esos hombres que nacen y mueren como los maníacos, aferrados a una idea fija. Saber contradecirse equivale a sentir hondamente las transformaciones íntimas de la especie. La inconsecuencia puede ser a veces una forma su-

perior de la evolución espiritual. Sólo los seres embrutecidos en el prejuicio, impermeables a las enseñanzas de la realidad, fabricados con piedra secular, se sentirán capaces de permanecer ahora lo que eran hace cincuenta años. En el plano abstracto de las ideas, todo cambio supone un progreso.

*
* *

En su gran controversia con Jaurés, el lógico y terrible Jules Guesde había combatido ardorosamente la organización política del socialismo. ¿Qué significaban para él la administración, el parlamento, el sufragio, sino instrumentos de la vida burguesa, hechos para retardar el triunfo de la verdadera democracia social? Derrotado en esta interpretación de la doctrina, Jules Guesde no quiso dividir la colectividad a que pertenecía con querellas inútiles. Frente a un sindicalismo formidable que empezaba a tomar cuerpo como resultado de la nueva táctica socialista, frente al poderoso renacimiento revolucionario proclamado por Sebastián Faure, el gran polemista se dedicó a consolidar la unidad moral y doctrinaria de su partido. Ya en esa época los socialistas se agrupaban en fracciones distintas y se reconocían por sus diversos matices. En varios estudios donde la propaganda histórica y el razonamiento filosófico se completan con extraordinario vigor, Jules Guesde trató de orientar las opiniones dispersas y de definir el fondo científico del ideal socialista. Den-

tro de su franca tolerancia, el escritor supo disimular algunas gotas de jacobinismo disolvente. Fué entonces que, en el deseo de velar por la integridad de su grupo, roído por el gusanillo de sistemas más avanzados, Jules Guesde llevó su sanción contra los pasquines que parecían redactados por delincuentes profesionales, y que, inundando a la Francia entera, debilitaron la acción social del partido e intentaron hundir para siempre la causa de los nuevos reformadores. Este momento de duda fué aprovechado por los reaccionarios. Se consideró al socialismo como una agrupación de inquisidores disfrazados con la máscara de la igualdad económica. Entretanto, las fuerzas jóvenes, impulsadas a la conquista, se abrían camino victoriosamente.

*
* *

"Los descendientes de nuestra aristocracia, exclamaba indignado Lemaître, tienen más trabajo para ser diputados que un dueño de fonda". Sin intervenir directamente en la política, Jules Guesde aceptó complacido el nuevo estado de cosas. Su prestigio nació al calor de su viva sinceridad y creció protegido por la coraza de una gran solidez científica. Si dentro del resurgimiento francés, Jean Jaurés puso su personalidad de artista, su nota de sensibilidad y de emoción, Jules Guesde es, en cambio, la masa de acero que sabe razonar con frialdad, la conciencia que regula las pulsaciones del gigantesco organismo. Los mismos ale-

manes que sentían admiración por este hombre raro que se atrevió a mitigar sus ardores latinos con el hielo de los métodos germánicos, pensarán hoy, inquietos y aturdidos, que la causa moral de Francia debe ser muy justa cuando Guesde no vacila en compartir las amarguras de la batalla y las responsabilidades del gobierno. Hay almas que dignifican hasta sus errores. Por un extraño capricho de la fortuna, a Jules Guesde le tocó siempre decir la verdad en contra de sus propios intereses. Hoy le toca ser sincero en contra de Alemania. Los que conocen su existencia de sacrificios silenciosos, de heroísmos sin estruendos, de pobreza altiva, hubieran podido leer con poco asombro esa actitud resuelta frente a la invasión. Si Francia hubiese sido la nacionalidad agresora, el camino de Guesde habría sido muy distinto. Toda la historia del espíritu revolucionario de los franceses hace suponer la realización de una jornada bastante opuesta a la de los demócratas alemanes. Pero los papeles, violentamente trocados, nos dieron a comprender el fondo moral de las dos razas que hoy se disputan el predominio europeo. En esta lucha entre el imperialismo militarista y la libertad sin humillaciones, Jules Guesde no podía permanecer neutral. Su solo nombre es una bandera en manos de Francia. El gran ciudadano está en su verdadero puesto. Ha querido darle a la patria amenazada algo más que su prestigio brillante, ha querido juntar a la obra anónima de los soldados el concurso de su propio esfuerzo personal. Por eso, su corazón no desmaya ni su energía flaquea frente

a la tempestad. Inclinando sobre la mesa de trabajo su silueta grave, envejecida por tantas luchas admirables, él también prepara, con la victoria de Francia, la aurora de una nueva raza, el radioso despertar que todos esperamos.

# IV

# EL DESFILE TRÁGICO

I

# Vicente Egaña

"Un español llevaba mujeres desmayadas a la ubierta. Desde ahí se echaban los botes al agua. El español volvía otra vez, y más veces, a repetir a misma hazaña, a prestar más ayuda. Había lágrimas en sus ojos, y su única preocupación era alvar a cuantos podía, antes de pensar en su pro-ia vida. Tanto él como el capitán Turner, fueron os últimos en abandonar el *Lusitania*, los últimos ue quedaron sobre el buque que se hundía para iempre. El español se arrojó al agua y nadó to-lavía alrededor del barco con la esperanza de sal-ar más náufragos." ¿Quién es esa sombra ignora-la, que pierde su silueta en el verde obscuro de os mares de Irlanda, que se desvanece en un esce-iario de tragedia antigua? El diario británico no lice su nombre, poco le importa cómo se llama ese ersonaje de romance. Es un español, y eso basta. ara los ingleses, todos los españoles son iguales n generosidad, en heroísmo y en sacrificio. De ahí ue hayan encontrado la sanción gloriosa con sólo

escribir una palabra. Pero no pasaron muchos meses sin que el héroe se sintiese bañar por la luz de la admiración universal. Vicente Egaña es de origen vasco, nacido en Bilbao, en plena región industrial, allí donde el esfuerzo se modela sobre acero. En la catástrofe del *Lusitania* perdió toda su fortuna, pero salvó el honor de su raza. Vicente Egaña parece descender de aquellos terribles forjadores de la voluntad, sublimes y discretos, que surgieron del fondo del siglo XVI para penetrar las intimidades del planeta, para violar el seno de continentes salvajes. Es un Pelayo vestido de leñador, un Guzmán que volviese de la selva cargado de oro, después de haber hecho cantar su herramienta sobre los troncos vírgenes. Su pasta es de aventurero y de creador, su estructura tiene algo de Ronsard y de Walt Whitman. Empuña la lanza con brío, como Alonso Quijano, mientras sus ojos se humedecen. Las injusticias humanas le hacen combatir y llorar. Es que la historia de Vicente Egaña resulta un silencioso eslabonamiento de grandezas. Errante en Méjico, junto a los escrutadores del desierto, bajo un sol mortífero, con el revólver a la cintura, en lucha constante contra los insectos, las fieras y los hombres, Vicente Egaña aseguró su porvenir. Se defendió del bandidaje y arrancó a la tierra sus riquezas. Al lado del oro, taraceando la piedra con sus vetas delgadas, encontró siempre la planta sombría del peligro. Ya en el *Lusitania*, después de muchos años de trabajo y de angustias, el español navegaba rumbo a la patria.

*
* *

Al acercarse a Inglaterra, el mar estaba en calma. La temperatura era dulce y tibia. El héroe paseaba por el pasillo del comedor, llevando de la mano a una niña inglesa que se dirigía a Liverpul. La orquesta tocaba un valse lánguido. Se había servido el almuerzo, y las notas de los violines parecían prolongarse entre la humareda azulada de los cigarros y el perfume enervante de los licores. De pronto, el barco se estremeció violentamente en medio de un trueno espantoso. El *Lusitania* levantó la popa y la música se apagó en un quejido. Cuando el torpedo estalla, entre el torbellino de las voces que suplican, de los gritos que aturden, Egaña se siente invadir por una extraña mezcla de emoción y de serenidad. La inquietud era formidable. El buque que se hunde, levanta remolinos de espuma, produce montañas de agua. Los hombres disputaban su puesto, enloquecidos, encarnizados, con una fiebre brutal, por donde destilaba el sudor frío del miedo y la sangre inagotable del dolor. Los botes desprendidos, caían al agua llenos de seres, y eran tragados por las olas. Pero el español se olvida de sí mismo. Piensa en sus amigas inglesas, madre e hija, a quienes encuentra abrazadas, paralizadas por el terror y cubiertas de lágrimas. Vicente Egaña las salva en sus brazos, las coloca en una chalupa que él mismo pone sobre el mar haciendo chirriar las poleas. La misma operación es repetida varias veces. Nada más conmovedor, nada más grandioso, que este hombre

rico que busca el sacrificio, que olvida todas las alegrías, que se hunde en las entrañas del navío, ya casi anegadas, para volver sobre cubierta con un niño en brazos o con una mujer desconocida. Los minutos vuelan. Una terrible explosión se oye en el cuarto de máquinas. El *Lusitania* se balancea sobre el abismo y empieza a rodar hacia abajo. Vicente Egaña se arroja a las olas. Nadador admirable, el mar le impide, no obstante, continuar su obra heroica. Un grito de sufrimiento desesperado, un grito penetrante como un rugido, se abre paso a su lado. El español reconoce a Vanderbilt. Intenta salvarlo, pero una ola gigantesca envuelve para siempre al archimillonario yanqui. Por fin, Egaña consigue alcanzar un bote y tocar tierra firme. A la mañana siguiente, en una cama del hospital, recibe en forma de vivo homenaje, el agradecimiento enternecido de quienes le debían la vida. Su heroísmo es el más emocionante y el más eterno. Su sacrificio representa la expansión de la fuerza y de la simpatía. He ahí un tipo nuevo, rudo y fascinante, que Guyau elegiría como modelo y que Nietzsche proclamaría su favorito. Sin matar a nadie, ha vencido a la muerte y humillado al destino. Tanto en sí mismo como en los demás seres salvados, Vicente Egaña ganó sus batallas. A pesar de todo, para los ingleses no es más que un español que sabe hacer su oficio. La Inglaterra entera cree, como Paul de Saint-Victor, que España y Don Quijote están calcados la una sobre el otro. El gran escritor francés se sentía perseguir por el espectro del héroe al recorrer la Mancha y las

os Castillas; descubría su perfil anguloso, su nariz
ura y su silueta flaca, en las rocas grises de las
ierras; creía verlo aparecer a cada momento, en
l largo camino, detrás de la primera nube de
olvo. "Por la noche, escribía, se busca su lanza
n el ángulo más obscuro de la posada, en la que
naritornes hurañas os sirven jamón rancio y vino".
Sin embargo, el héroe del *Lusitania* no procede de
ingún país de molinos con aspas melancólicas, ni
e ninguna comarca con ventas sahumadas por el
lor de establo y de tocino quemado. No ha venido
consagrarse tampoco, enderezado sobre los estri-
os de un jamelgo cojitranco y huesudo. Vicente
Igaña procede de una región de trabajadores, don-
le se bate el hierro, donde zumba el enjambre hu-
nano, donde se escucha el canto de los herradores
de los mineros, donde el humo de las usinas en-
ucia el azul profundo del cielo... Pero su quijo-
ismo mudo, hecho de acción y de ternura, soberano
n esta hora crítica de la humanidad, nos habla
nás hondamente que la otra epopeya del genio, do-
ninadora sobre la inmensa oleada de los siglos, en
ue la gota ácida de la burla se confunde con las
marguras de la realidad y con la dulce nobleza
lel ideal.

*
* *

Era una obra maestra de la arquitectura naval
contemporánea. El hombre había amontonado en
lla lo mejor de su trabajo y de su riqueza. Con
us máquinas gigantescas de cincuenta mil caba-

llos de fuerza, con sus piscinas, con sus galerías, con sus bibliotecas, con sus grandiosas salas de fiesta, con su orquesta magnífica, con sus elegantes fumaderos cuajados de espejos, el *Lusitania* era una maravilla de arte, la catedral flotante bajo cuyas naves artesonadas se confundía y se mezclaba la civilización de dos continentes. Nuestra época había plasmado en ese barco suntuoso la soberbia arrogante de su idealidad. Había puesto dentro del acero reluciente el espíritu formidable que da caza a la muerte, que devora los siglos y que vence al tiempo. No obstante, el destino se hizo anunciar brutalmente. Bajo la máscara de un submarino alemán, la fatalidad se ha acercado al coloso, lo ha flanqueado en silencio, y su aldabonazo de prodigio, salvando las puertas del océano, se ha hecho sentir en el universo sin fronteras y sin color. Ningún féretro tan opulento para las mil víctimas de la furia teutónica. El *Lusitania* tenía también su belleza sombría, su encanto fúnebre. El genio que lo concibió, quiso modelar sobre la materia ruda la inquietud de un destello diabólico. Para que los viajeros no percibiesen el ruido de los hierros, para que las pulsaciones del monstruo no fuesen sino un eco lejano, el constructor había multiplicado las alfombras de tonos severos, los paños color de sangre seca, los cortinados suaves y espesos, donde los bronces pálidos de las lamparillas eléctricas parecían lágrimas de plata sobre una mortaja imperial. De esta manera, el ritmo de la máquina se apagaba, vacilaba, moría antes de llegar a los salones de baile, estremecidos por músicas lánguidas

y perfumes enervantes. El cobre de las calderas latía como un corazón de metal encerrado en una caja de terciopelo. Entretanto, arriba, en la cámara, bajo la luz amarillenta de los focos disimulados en la bóveda crema, caballeros risueños y obsequiosos, hermosas damas descotadas, cubiertas de diamantes, llenas de sedas y de joyas, con tocados lujosos, danzaban alegremente o galanteaban con la inconsciencia del peligro siempre en acecho. Nadie hubiera pensado que, a las pocas horas, esos racimos hechos con carne de mujer, frescos y lustrosos, iban a rodar al abismo, descompuestos, hinchados, enverdecidos por las aguas del mar. Nadie hubiera sospechado que, dentro de ese palácio vacilante, construído para el placer, edificado para la expanśión del vigor humano, se deslizase el espectro gelatinoso que huele a algas y a sal marina, la silueta implacable que arrastra todos nuestros tesoros a su gruta húmeda y que el navegante suele ver, de noche, ante sus ojos enrojecidos por la fiebre y dilatados por el horror. La vida del *Lusitania* se desvaneció en una carcajada. Aquello era un ataúd en marcha, repleto de vivos, pero señalado con el número fatal. En medio del esparcimiento confiado, un torpedo estalló bajo la línea de flotación. Más de mil kilos de explosivos pulverizaron el metal, comieron las entrañas del navío, abrieron brecha en aquel inmenso organismo invadido por el espanto frío de las sombras, en medio de olas de un azul obscuro y casi negro. El cuadro no ha podido ser más trágico. Por aquella desgarradura monstruosa, herida horriblemente

abierta, entraba el agua como tempestad y se escapaba el dolor de la vida. Con el barco que se hundía, cargado de mujeres y de niños, desaparecía también el prestigio moral de Alemania. El golpe solapado que hirió de muerte al *Lusitania* entre vértigos de fuego y remolinos de espuma, alcanzó también a lastimar el honor de una raza que ha creído violar impunemente los postulados del derecho y los principios de la humanidad. Obra admirable del esfuerzo, bólido fugaz que apenas has vivido un lustro, maravilla sorbida por el océano con tu fardo de sufrimiento desesperado, Inglaterra volverá a reconstruirte en el enjambre de sus astilleros, en ese torbellino sublime donde los hombres crean como las abejas y hierven como las hormigas. Pero lo que no conseguirás nunca poner a flote, por encima de la vida que renace y de la energía que se substituye eternamente, es la grandeza íntima de la nación que ha hecho sarcasmo de tu agonía, arrojando sus armas caballerescas al fondo misterioso del mar.

## II

# Lo ignorado

Las hazañas se amontonan, se agolpan a las puertas de la historia y se atropellan locamente para entrar más pronto a la eternidad. A cada instante, las órdenes del día y las citaciones del Estado Mayor se llenan de nombres gloriosos. Es un desfile de figuras soberbias, de fantasmas de epopeya. Los héroes son los que se van primero, porque se atreven a jugar con la muerte antes que ninguno. No importa que los elegidos del heroísmo hayan vestido la toga del profesor, el hábito del sacerdote o la blusa del apache. Bajo el uniforme nivelador, todos los sacrificios se parecen. La lista se alarga, se retuerce en un sacudimiento de angustia, se estremece, palpita, grita sus proezas, se diría que no quisiese terminar nunca. El cabo Pariaud, del batallón 9.° de cazadores a pie, se enrola a los diez y seis años. Herido gravemente de tres balazos, sin poder seguir adelante, se deja caer en un precipicio, rueda hacia abajo y muere. De esta manera, el enemigo no podrá tocar su cadáver. El ayudante Kerbras, del 328.° de infante-

ría, toma el fusil de uno de sus hombres que acaba de quedar tendido y con el cráneo abierto. "Duerme, amigo mío, exclama el ayudante. Voy a tumbar algunos enemigos en tu lugar!" La metralla llueve a su alrededor. A los pocos minutos, el ayudante Kerbras cae cubierto de sangre, con el vientre atravesado y la mandíbula rota. Mientras no lo retiran, sigue combatiendo, ciego, furioso, encarnizado.. .El artillero Lafon, del regimiento de artillería número 30, sufre la amputación de la pierna izquierda más arriba de la rodilla. Después de algunos días, le cortan también la pierna derecha. De aquel hombre no queda más que un busto lívido. El soldado resiste valientemente la operación sin admitir el cloroformo. Cuando se ve tan atrozmente mutilado, inutilizado para siempre, tiene un segundo de debilidad y sus ojos se llenan de lágrimas. Pero se repone de inmediato, como avergonzado de su dolor. "¡Ah!—exclama.—Esto todavía es sufrir poco por nuestra Francia, por nuestra bella Francia!". El capitán Lamy, del 87.° de infantería, enviado para sostener una división a caballo bajo un fuego violento, se ve de pronto con todos sus oficiales muertos o heridos. Lamy consigue juntar las unidades dispersas y alcanza por fin el grueso de su cuerpo de ejército, después de varios días de continua batalla. Herido al final de la jornada, el 8 de septiembre, el capitán murmura simplemente entre estertores de agonía: "Me siento orgulloso de morir así".—El soldado Moreau, del 165.° de infantería, deja asomar a sus labios, un minuto antes de morir, una frase digna

de Esparta. Tirado en el fondo de un foso por donde debía pasar su compañía, Moreau grita a sus camaradas que vacilan: "¡Pasad sobre mí! Yo sé que estoy muerto"... Y los héroes siguen pasando, se alejan en un cortejo infinito, como el río que renueva constantemente sus aguas. Francia se ha bañado en ese manantial prodigioso que vive con el encanto pujante de la resurrección. La fuerza histórica de una raza se mide por su potencialidad en el heroísmo de la sangre y de las ideas. De nada vale la inmolación del hombre cuando ella no tiene un fondo visionario. Dentro de su alma armoniosa, Francia ha sabido dar al universo de los ideales lo más puro de sus sueños, lo más elevado de sus emociones. Su valor moral no está en esa energía geométrica que se prodiga a golpes de ingenio, sino en el impulso espontáneo, audaz, generoso, que es capaz de arrojar a la muerte, por una sola quimera, los tesoros de civilización conseguidos con el trabajo y el sufrimiento de muchos siglos.

*
* *

En virtud del apuro con que se ejecutan las operaciones militares, los cadáveres son sepultados casi a flor de tierra. Basta la lluvia de un solo día, para que el agua, socavando incesantemente los flancos del terreno removido, vuelva a poner al descubierto los trágicos espectros de la batalla. En medio del campo abandonado y lleno de misterio, el espectáculo no puede ser más horrible. Los ente-

rradores hace tiempo que se han alejado. El valle solitario, cruzado sólo por caballos errantes y enloquecidos, se puebla de bustos azules que emergen del suelo, de brazos rígidos que se han abierto paso a la luz, de manos hinchadas y velludas, parecidas a tarántulas monstruosas que acechasen una presa lejana. Por todas partes, zapatos agujereados, trozos de fusil, guiñapos descoloridos, jirones de uniforme pegados todavía a la piel de los muertos. Aquel cuadro representa los últimos residuos de una epopeya macabra, hecha de sangre y despojo. El patriarca Ibsen, que afirmaba que los poemas que están por escribirse son siempre los más bellos, se olvidó de decir que sólo a la realidad le está reservado el supremo encanto de lo desgarrador y de lo terrible. Se necesita un extraordinario amor a lo deforme, una enfermiza inclinación a lo repugnante, para no caer fulminado cuando os miran desde el suelo dos ojos de córnea aplastada, amarillenta, y os persiguen las mismas moscas voraces que se han cebado sobre las llagas violáceas y han chupado glotonamente la saliva viscosa y el pus sanguinolento que chorrea de la boca entreabierta de los cadáveres. Ratas enormes chillan y retozan sobre los pingajos humanos. De las aldeas incendiadas y desiertas, bajan manadas de perros flacos, hambrientos, de hocicos babeantes y feroces. Cuando aparece el sol de nuevo y los cuerpos desenterrados se secan sobre la llanura, la jauría despiadada, aullando al veneno apestoso que flota en el aire, escarba furiosamente alrededor de los difuntos, construye galerías estratégicas, y apresa

y devora a la rata que acaba de desayunarse con los riñones descompuestos de algún hulano olvidado. Felices y alegres, esos bichos asquerosos que sirven de pasto a los perros, preparan el camino de los gusanos y de las hormigas. Cadáveres con los labios roídos, enseñando dos filas de dientes blancos y apretados, parecen hervir al contacto de millones de animalejos verdosos, que se pasean por las entrañas, pues entran por el oído y salen por el vientre horadado. De adentro de los cuerpos llegan ruidos extraños. El rumor de toneles que se estuviesen vaciando, se mezcla con el zumbido monótono de las moscas con corselete metálico. El viajero debe estremecerse al contemplar filas interminables de cráneos lívidos, brotando entre los matorrales, y que el trabajo de las aguas ha devuelto otra vez a la luz del día. Esas frentes llenas de barro, con mechones de pelo mojado, perforadas por dos órbitas negras, parecen custodiar el camino como si fuesen hileras de esfinges malditas. Pero a veces, el torrente impetuoso ha desvestido a los cuerpos de toda su capa de tierra. Cada uno de esos torsos desnudos, es una tela de Manet. En la tarde de tintes sombríos, bajo la piel transparente, reventada en algunas partes por la presión de músculos tumefactos, vibra toda la gama majestuosa de los colores, desde el infrarojo hasta el ultravioleta. Como el personaje de Mirbeau, que encontró combinaciones desconocidas en el vómito de un borracho, los originales de la nueva decadencia estética podrían hallar la única fórmula creadora en la belleza salvaje de nuestra materia descompuesta.

Grandes manchas moradas señalan el camino de las modernas ideas. Sobre carnes frías, líneas de un amarillo muy vivo, franjas anaranjadas, pequeños tonos de un verde violento o de un azul pálido, torbellinos de luces, toques desmayados o rabiosos, pinceladas que desconciertan, hacen de los muertos la paleta de un pintor impotente que hubiese amontonado allí todo su conocimiento caótico, todo su genio brumoso. Soñar sobre los cadáveres no es ningún pecado, no significa ninguna profanación. La humanidad no ha hecho otra cosa desde que apareció sobre el planeta. Sin la podredumbre, la renovación sería un hermoso mito. La substancia humana no sólo puede abonar los campos y reanimar las praderas, sino que es capaz de dar nuevos alientos a nuestro arte anémico y desvanecido. No vamos a triunfar mientras las lágrimas corran por nuestras mejillas descarnadas. Perdemos el tiempo lastimosamente. Cuando toda la idealidad social evoluciona hacia concepciones vacías, no haríamos nada malo plantando nuestro caballete entre las pestilencias. Esa labor satánica podría sernos provechosa. No importa que fracasen nuestros esfuerzos. "Después de todo, decía Flaubert, el trabajo es el mejor medio de burlar la vida". Lo desconocido es siempre grandioso. Por tanto, resulta mucho más noble afrontar un dolor nuevo, que estancarse en una suave y dichosa incapacidad.

*
* *

El estruendo de la artillería, el horror de la muerte, las formas más variadas del sufrimiento,

los espantos del hambre y de la fiebre, acaban por aplastar el espíritu de los soldados. Todas esas punzantes modalidades del dolor producen lesiones nerviosas, destroncan los organismos más fuertes, llevan a la locura, a la abulia, a la imbecilidad. Morir no es más que un contratiempo sin importancia frente a estos episodios desoladores de la angustia. Nada hay que pueda compararse al padecimiento de los hombres hundidos en el agua putrefacta de las trincheras, calados por el frío, atormentados por la lluvia, llenos de sangre, tocando cadáveres, sin poder moverse, sin hablar, con los brazos rígidos y con el cerebro petrificado. ¿Dónde hallar un suplicio tan atroz, una tortura más fría, más cruel, más diabólica? En medio de las llanuras encharcadas, cubiertas de lodo y de guiñapos de carne humana, sobre las colinas empurpuradas por la matanza, los soldados se arrastran, se aferran a los troncos fétidos, a los miembros desenterrados, a los cráneos sin ojos, sin cabellos, que ostentan la calvicie repugnante de la muerte. Los soldados no pueden soñar ni pensar. Languidecen en el delirio, enloquecen entre estertores, sucumben en medio de espasmos. Nadie resiste esa inercia salvaje y helada que llega hasta los huesos. En noviembre de 1914, desde las orillas del Yser, llegaban a Burdeos distintos trenes cargados de locos. Tolosa recibió también su convoy de alienados procedentes del Argonne. De la línea de fuego, nos viene toda la gama de la locura, desde la melancolía profunda hasta el delirio de los maníacos. La guerra tiene sus ventajas científicas. Puebla los manicomios con ca-

sos desconocidos, enriquece el campo de la psiquiatría, favorece la investigación del sabio y pone en el espíritu del artista una emoción nunca soñada. El día en que se acabasen los locos, habría que inventarlos por medio de la guerra. Así como el internacionalista Stengel se atrevió a decir que la humanidad necesita ametrallarse para que la cirugía haga progresos, de la misma manera podríamos afirmar sin ruborizarnos que la patología mental puede encontrar sobre el campo de batalla su mejor laboratorio. Y entretanto, desde las regiones donde se cae y donde se sufre, llegan las oleadas negras de la locura. Una juventud de rostros sanos y de mejillas frescas, una juventud sólida y vigorosa, perdida enteramente para los suyos, recibe el más grande de los castigos, el flagelo cien veces peor que la muerte. Asistimos al derrumbe de una generación. Los hombres vuelven a montones, apeñuscados en los vagones de carga, donde se empujan, y se pisotean, y se atropellan. Es un ejército de fantasmas lívidos y ojos desorientados, un tropel de cuerpos incoherentes, de caras estúpidas donde ha crecido la barba y donde la fiebre ha puesto un sello enervante, una pátina de dolor. Atestado con esa humanidad crepuscular, el convoy vuela hacia el infinito a través de las llanuras asoleadas, flanquea los ríos ondulantes, pasa como un vértigo sobre las ciudades dormidas, salva los macizos de montañas, atraviesa los túneles con gran estruendo de frenos, de silbatos, de cadenas; no se detiene más que para aliviarse de tanta miseria. El convoy arrastra consigo

el calvario, lleva en sí mismo el símbolo de la especie agonizante. Parece un río que fuese a fundirse en la inmensidad, después de haber manchado la esmeralda del campo con su pincelada sombría. En el fondo, en sus entrañas, duermen crespones mortales, tinieblas sordas como cortinados, alfombras espesas que adormecen la conciencia y apagan el ruido de la razón. El convoy corre hacia su destino, entrechoca sus vagones como si fuesen vértebras desarticuladas, desaparece en un bosque, vuelve a aparecer entre los árboles, resoplando, arrojando chispas y carbones. Por fin se detiene fatigado, envuelto en una humareda vaporosa que humedece sus flancos y que forma ese sudor del hierro forjado para el trabajo. Ha llegado a la estación final la serpiente trágica que se desliza con el vientre lleno de espectros. Y ese drama se repite todos los días. Cuando la calma se hace de nuevo y el silencio vuelve a tender sus velos dominadores, la máquina sale del cobertizo, refrescada de su largo viaje, con los ejes engrasados y los cobres relucientes, engancha otra vez los vagones y marcha rugiendo hacia el fuego para tragarse su ración de hombres...

***

Ernesto Renán, en su célebre estudio sobre Marco Aurelio, nos dice que los más bellos pensamientos son los que no se escriben nunca, nos repite encantado esa verdad recogida en el fondo de la sabiduría antigua. De la misma manera, podría-

mos decir que los héroes más cautivantes son aquellos de que no se hablará jamás. La historia tiene, como el mar, sus faunas ignoradas, sus especies desconocidas. Son familias enteras que siguen su derrotero en la sombra, legiones que se ocultan bajo una capa impenetrable a las miradas de los hombres. También en la vida no nos es dado conocer más que una espuma brillante que juega al sol en su orgía de colores. Nos atrae todo aquello que hiera nuestra sensibilidad con resplandores llamativos, nos seduce lo superficial, nos fascina la costra sonora de las cosas vacías. Estas reflexiones las sugiere espontáneamente el heroísmo ignorado de la guerra. Montañas de hombres se derrumban en el silencio, un sacrificio gigantesco se desvanece sin gloria, y proezas maravillosas ruedan sin destino o se detienen al borde de la soledad. Por eso, un correspossal francés, al hablar de los héroes ignorados, se llena de emoción. Son hombres obscuros, soldados sin armas, con las manos llenas de grasa ennegrecida, con su uniforme sin galones, de paño azul, tiznado, y con la cabeza coronada por una gorra de visera donde se distingue el número reglamentario. "Las figuras del maquinista, del fogonero, del jefe de tren, ese piloto dueño hoy de su navío de guerra, nos son familiares." El escritor se extiende luego sobre el valor morál de este ejército, sencillo y humilde, que puede ser en cualquier momento el amo de la victoria. "Su tarea era ruda, agrega, pero ahora lo es todavía más. Pensad que nuestra línea de fuego tiene más de doscientas leguas, que diariamente son recorridas

por centenares de trenes compuestos, muchas veces, por más de cien vagones. Pensad que un general que hace ocho días estaba en Bélgica, aparece de pronto en la alta Alsacia con todo su ejército, sus hombres, sus bestias, sus automóviles, sus municiones, sus baterías... En tiempo normal, un maquinista no recorre más que líneas conocidas. Pero, actualmente, más de uno ha debido rodar por líneas jamás estudiadas. ¡Qué tensión nerviosa! Inútil soñar en el reposo. La jornada de ocho horas es una ilusión. Se entra al depósito para volver a salir de nuevo. No obstante, nadie se ha enfermado. Desde el primer día de agosto, los agentes están alertas. No ha sido necesario aplicar ninguna pena disciplinaria.'' Un profundo sentimiento del deber excita al trabajo sin descanso, impone todos esos sacrificios sublimes. Lo mismo puede decirse de Alemania, donde la organización ferroviaria es admirable. Sin comer muchas veces, durmiendo a ratos, envenenado por la fatiga de un largo viaje, el maquinista dirige el volante con su mano firme, y arrastra en un vértigo, con velocidades inauditas, el tren cargado de carne de cañón. Hay una melancolía infinita en esta carrera loca hacia la matanza. Mientras afuera cae la noche, silba el viento y la nieve se amontona en torbellinos blancos, el fogonero se apoya sobre la plataforma ardiente y vuelca su pala de carbón en las entrañas del monstruo de acero, que ruge satisfecho y acelera su galope infernal. La caldera resopla con fuerza, las válvulas se abren y chorros de vapor se hielan junto a los cristales. A veces,

chispas errantes vuelan por lo alto y caen apagadas a los costados de la vía. El piloto frota los ventanales empañados y mira a lo lejos, sobre el camino alumbrado débilmente por el ojo de fuego de la máquina. De pronto algunas luces se encienden a la distancia. El tren aminora su marcha. Se oyen voces de mando, silbatos, ruido de frenos. Por fin se restablece el silencio. Un soldado se acerca con su linterna en una mano. Es uno de esos ejemplares de la última reserva, destinados a guardar los puentes y las estaciones. Tiene el rostro nervudo, y su barba gris asoma por el capote húmedo. La bayoneta brilla sobre el cañón del fusil. El soldado trepa penosamente a la máquina y enfoca su linterna al rostro de cada hombre. Luego exige los papeles, les echa una ojeada, y repite la orden de seguir adelante. La escena vuelve a ser otra vez la misma. En tanto que todo el mundo se entrega al sueño, el tren echa a rodar de nuevo. Las hornallas rojizas bañan el semblante cansado del fogonero con resplandores vivos. Parece un diablo, manso y triste, que revolviese las brasas dulcemente. ¡Ah! ¡El demonio del trabajo es cien veces más cruel y terrible que el demonio de la religión! Nos arranca los pedazos de nuestra carne con su fusta invisible, nos hostiga hasta el momento en que habremos de declararnos rendidos. Por eso, el sacrificio mudo de estos obreros, de estos héroes que no se detienen sino para partir de nuevo, infunde más sereno respeto que la misma muerte. Ser aniquilado por la metralla, frente al enemigo, tiene su efecto grandioso. Pero resulta

más soberbio el espectáculo desconocido de esa bestia ciega, guiada por hombres que languidecen sin quejarse, de ese monstruo que perfora la noche con su estrépito y que estremece a toda Europa con su rugido.

*
* *

Dice un informe ruso, que una vez que los soldados salen de las trincheras y caen sobre el campo desierto, resulta muy difícil hallarlos. Por más perfecto que sea el servicio explorador de los miembros de la cruz roja, por más activa que sea la tarea de los perros amaestrados que espían, con el oído atento, todos los sonidos, que olfatean el viento y que escarban la nieve, siempre habrá que lamentar la pérdida de muchos heridos que, faltos de auxilio, acosados por el hambre y por el dolor, morirán en la más espantosa soledad. Para esos seres no hay remedio; están condenados. Nuestra conciencia se resiste a aceptar todo lo que el destino tiene de insensato. Su brutalidad sangrienta y extraviada nos conmueve. ¿Pero no escribió Tertuliano que basta pensar en lo absurdo para admitirlo? En el fondo de alguna cueva abierta por los obuses, se estremece la víctima. Roído por el abandono, abatido por la desesperación, el olvidado se confía a los caprichos de la fortuna, a la crueldad ciega y estúpida de la suerte. Con las piernas rotas, acaso con el vientre horadado, el herido se siente devorar por la fiebre; el color del rostro, agujerea-

do por dos ojos horriblemente dilatados, se confunde con la blancura inerte del paisaje. Tiene la garganta seca, las manos hinchadas, las sienes frías. La sangre del soldado ha caído silenciosamente, gota a gota, dentro de la oquedad calcinada donde duermen los pedazos del hierro vomitado por la artillería. Un vapor penetrante que viene de abajo, se mezcla con el gas apestoso de las explosiones. En esos momentos, parece que la muerte que se aproxima, despidiese olor a humedad y a pólvora quemada. Ningún suplicio tan atroz como el que es capaz de atormentar a un hombre que, pudiendo salvarse, se ve perdido para siempre. Como el héroe de Edgard Poe que, en el fondo del pozo inquisitorial, percibía el perfume del acero afilado que iba a desgarrar sus entrañas, también nosotros, bajo la presión de una angustia suprema, somos capaces hasta de paladear el sabor difuso y amargo de la eternidad. Nada se opondrá a la penetración sutilísima de nuestros sentidos. Cuando los nervios en acecho resisten sin romperse la tensión formidable del infinito, cuando la imaginación simula estallar bajo el azote del sufrimiento, cuando la noche eterna nos abraza con sus tentáculos invisibles, nuestro organismo se disuelve, se afina, parece hacerse espíritu, para penetrar todo lo que hasta ese momento nos había sido vedado. Para los anacoretas de la Tebaida, el ascetismo era una virtud, el dolor una felicidad. En el espasmo postrero, ante el desvanecimiento final, la cueva se ilumina súbitamente, se llena de imágenes, de alucinacio-

nes, de ideas. Lo mejor de nuestra vida está dentro de nosotros mismos. Sabemos pensar porque tenemos el poder de representarnos el mundo a nuestro antojo. Pensamiento e ilusión son una misma facultad modelando el universo, una misma fuerza creadora de monstruos y de dioses. Para Malebranche, el sol que brilla en lo alto es un fantasma de nuestra mente. Vivimos de espectros, de luces errantes, de resplandores fugaces que se deforman a medida que llegan al cerebro. Hambrientos, delirantes, ¡enloquecidos! por el hambre, los olvidados esperan el golpe de la hoz misteriosa, que ha de llegar sin ser sentida, que se ha de abatir en silencio para tronchar la inmensidad de un calvario que se renueva perpetuamente, que nace y se apaga todos los días. Helos ahí arrastrando con pena sus miembros gangrenados, sostenidos por filamentos de carne pálida, por trozos de piel ensangrentada. La esperanza no los abandona .No desaparece la fe inagotable que alienta en el corazón de los hombres. Sus dientes se clavan en las zarzas heladas, sus uñas amarillas rascan la tierra. La ropa se ensucia, pierde el color, se abre por todos lados, se convierte en harapos. Es inútil gritar, aturdirse, hacer ruido. Donde hay reunidos millones de hombres, la soledad más impenetrable dejará caer su burla cínica sobre el cuerpo de los condenados. Pero una fiebre piadosa llenará de visiones resplandecientes los últimos instantes del moribundo. La agonía tendrá su merecida placidez moral, su encanto trágico, su sublime fascinación. El

herido se irá asomando, poco a poco, a un paraíso de sensaciones maravillosas y desconocidas. Zumbidos de orquesta, cantos de pájaros, músicas enervantes... Y mientras la vida se va dulcemente, se escapa sin fatiga, y el viento áspero de la estepa silba, furioso, sobre las desnudeces laceradas, el moribundo sentirá la infinita suavidad de una mano de raso que le cierra los párpados y la armonía de cuatro notas solitarias, desgranadas sobre una fuente de oro; sentirá la caricia de ese himno divino y melancólico, modulado por voces de mujer, himno solemne, sin suntuosidad, sin objeto, sin vacuidad imponente, que tendrá la belleza crepuscular de las horas abandonadas por el destino y que ruedan hacia el abismo como las hojas secas desprendidas del árbol herido...

*
* *

Un maestro futurista ha escrito sin la más leve malicia, sin la menor ironía, que la guerra colabora al progreso de la agricultura. "¡Qué hermosas coles, exclama, comerán los franceses en el lugar donde enterraron a los infantes teutones, y qué gruesas patatas se recogerán en Galitzia este año!" Aunque parezca raro, los hechos se empeñan en darle la razón al extraño profeta. Sobre el campo abandonado del Marne, escenario de la espantosa batalla, legiones de sembradores trabajan alegremente, insensibles a la angustia marchita que se esconde bajo la tierra removida. La

tranquila llanura tiene todavía las señales de la tempestad. Pero la muerte, que no ha querido abandonarla por completo, se oculta traidoramente en las malezas, entre los rastrojos, en los cráteres negros abiertos por la metralla. Bastará un obús sin estallar, herido por la reja del arado, para que ocasione un verdadero desastre entre los labradores. Hombres y caballos, horriblemente destrozados, irán a amontonarse junto a los despojos del combate, a enriquecer el abono humano, esa grasa descompuesta de los cadáveres, veta subterránea, caprichosa y fantástica, buscada con ansiedad, con fiebre, con la misma avaricia que si ella fuese un filón de oro. Detrás de los cañones, marchan las herramientas del trabajo; los campos pisoteados, donde ha mordido la salvaje devastación de la guerra, vuelven a cubrirse de surcos simétricos. Esos valles desolados presentarán de nuevo el aspecto radiante de la fecundidad. La vida renace a pesar de que los seres mueran por generaciones enteras. Miles de arados, tenaces y laboriosos como hormigas, llegarán, si es preciso, hasta la línea de fuego, para borrar las manchas malditas de la matanza, para dignificar con la semilla la destrucción estúpida de los hombres, agregando a las seducciones del heroísmo el ascendiente de la renovación. En medio de los mayores huracanes de sangre, Francia no olvida que el trabajo es la única fuerza positiva de la humanidad, la llave mágica que nos abre todos los horizontes del progreso. Aun cuando nuestro pasado esté lleno de glorias, mirar para atrás es

aplastarse. El sembrador de Zola que, sin cuidarse de los estruendos de la batalla, indiferente a su espanto y a su dolor, marcha en silencio detrás de su caballo blanco con la vista baja y la boca ligeramente burlona, es el símbolo de la Francia que se reconstruye sobre las cenizas de su grandeza. "¿Acaso porque se maten los hombres, el mundo dejará de rodar y el trigo de crecer?" Nada más francés que este pensamiento donde se revela una voluntad de hierro contra la desgracia, un supremo desafío al destino. Francia ha aprovechado bien las lecciones de la adversidad. Para ella, la fatalidad es un campo que también puede sembrarse y germinar. Al día siguiente de Sedán, Camilo Lemonnier vió en Bazeilles a un campesino solitario, que retiraba de los escombros de su casa, bombardeada e incendiada por los prusianos, todo aquello que podía servir para reconstruirla. El ilustre escritor belga confiesa que no pudo menos que admirar a ese hombre que no desesperaba cuando todo se había quebrado a su alrededor, "y que se disponía a vivir en medio de los mismos muertos". La vitalidad de una raza se mide por su fuerza de reconstrucción. No se equivoca Max Nordau, cuando afirma que destruir es la forma más simple de la acción. Lo difícil no es tampoco engrandecerse en la prosperidad, sino sacar partido de la propia derrota. Después de habernos puesto a prueba en una abominable sangría, el trabajo nos redimirá de nuestras culpas, nos hará perdonar todos nuestros pecados. Entonces, cuando caigan las mieses a los golpes se-

cos de la hoz, podremos sentirnos satisfechos. El pan que comeremos sin repugnancia, estará alimentado con carne de héroes. "¿Cómo no pensar, escribe un observador, en ese trigo rojo, empapado en la sangre de los defensores de Francia? Ha corrido, y corre todavía en enormes oleadas, esta sangre generosa, esta caliente púrpura brotada del corazón. La tierra está toda impregnada de sangre. En los flancos profundos de las colinas, los gérmenes se alimentan con la substancia de los muertos, y cuando las espigas puedan erguirse, repletas de granos, el cuadro tendrá toda la magnificencia de una resurrección." Mientras se piense en el porvenir, la guerra será una levadura del espíritu. Parece que las batallas despejasen a las praderas de los matorrales dañosos, abriesen camino a los ejércitos de labradores, iluminando con el incendio de los fogonazos la ruta pacífica por donde deberá cruzar el arado, mudo e impasible al sufrimiento que lo acosa, lo cerca, lo hostiga, y que quisiera también devorarlo.

III

## Fantasmas y sombras

Como en las ciudades de la Biblia, condenadas por la prevaricación, manchadas por el pecado, Karlsruhe sufrió también el azote de fuego. Con una lluvia de copos ardientes, el patriarcal burgomaestre fué sorprendido, como los habitantes de Sodoma, por la ira espantosa de Dios. "El horror y la rabia, dice la *Gaceta de Colonia*, estaban pintados en todos los semblantes." ¿Qué pasaba? Aquello era una consecuencia de los gases asfixiantes. Los franceses hacían valer sus represalias. El invento mortífero volvía a Alemania sobre las alas de una escuadrilla de aeroplanos, regresaba a la patria en medio de las altas nubes, envuelto en un vapor fino y brillante, confundiéndose con el azul profundo del cielo. Apenas amanecía cuando un aviador apareció volando sobre la ciudad. "El tiempo estaba claro, agrega la *Gaceta de Colonia*. Los transeuntes advirtieron el aeroplano, pero no prestaron atención a su presencia." De pronto, surgió de todas partes un zumbar prolongado, ronquido de motores, ruido

de hélices, estremecimientos de explosiones, quejas de bocinas. La niebla gris de la madrugada se había disipado. Los aeroplanos empezaron a llegar rápidamente. Se diría que quisiese abatirse sobre la ciudad una bandada de pájaros fantásticos, un enjambre de insectos monstruosos, abominables, con trompas voraces y élitros de acero. "Sorprendida, aunque no asustada, escribe el mismo diario, la población se quedó con la boca abierta, mirando cómo los pequeños cuerpos brillantes relampagueaban en el cielo sin nubes. Repentinamente, las sirenas a vapor lanzaron señales de peligro, las piezas de tiro vertical empezaron a tronar, los vagones eléctricos se detuvieron. Algunos de los aviadores aparecían envueltos entre flecos blanquecinos, causados por el humo de los shrapnells." Pero la lluvia de fuego no se hizo esperar un solo minuto. Sobre todos los barrios cayeron bombas formidables, hechas con explosivos diabólicos. Los proyectiles bajaban silbando contra el pavimento, roían el asfalto, cavaban en la calle fosas inquietantes, perforaban edificios, mataban, derribaban, sembraban el espanto y el miedo. Parecía que la ciudad hubiese sido tocada por el dedo divino. Los pacíficos burgueses que habían aclamado la agresión a Bélgica, se hallaban paralizados por el pánico, buscaban asilo en los sótanos, desaparecían en el fondo de las cuevas, temblaban en las bodegas llenas de botellas vacías, pegados a las paredes húmedas, junto a los barriles rechonchos, cubiertos por sudor grasiento, barriles agrietados y sucios, que huelen a madera vieja y a lúpulo fermentado.

*
* *

No obstante, las granadas penetraban en los rincones más apartados, en las galerías más lejanas, como serpientes burlonas y trágicas. Caían en una azotea para morir en el subsuelo, señalando su paso con regueros de cadáveres, apestando a amoníaco y azufre. Dos horas duró ese atronador bombardeo. Según informes alemanes, los aviadores parecían conocer admirablemente la topografía de la ciudad. De ahí que Karlsruhe haya sufrido destrozos en sus centros más importantes, en las proximidades del hotel Germania, cerca de la estación, y en la Fiedrichstrasse. Cien casas fueron destruídas. Las víctimas alcanzaron a veintisiete muertos y sesenta heridos. Una información de Ginebra asegura que la primera bomba cayó entre el monumento del emperador y la imprenta Langer, demoliendo las vías de hierro, derribando una fachada y matando a dos personas. Otros dos proyectiles, alcanzando el ala derecha de la casa central de correos, hundieron el techo, pulverizaron una estatua de piedra y removieron horriblemente la acera. En un ángulo del palacio de los Margraves, cuyos edificios están destinados a la administración, cinco personas fueron segadas como por una guadaña invisible. Todos los vidrios de la escuela superior de señoritas volaron en añicos. El monumento del gran Federico fué seriamente perjudicado por las explosiones. Un obús indiscreto, amante de alcobas, socarrón como una imagen de Brantôme, penetró en el dor-

mitorio del príncipe Max de Baden. ¡Qué maravillosas observaciones pudo haber recogido para satisfacer las exigencias de la croniquilla escandalosa! La batahola era infernal. El ruido formaba en sí mismo una armonía suprema, un encanto mortal y magnífico. Las congojas de aquellos minutos soberanos se prolongaron en todos los barrios. La muerte rondaba en Kreuzstrasse, en el jardín gran ducal, en la Kirchstrasse, en Rondellplatz, en el Hoftheater. Una usina, destinada a la fabricación de obuses, estalló con un estruendo formidable. En medio del dolor y de la violencia, en medio del estrépito y de los gemidos, aquellos seres atónitos, quebrantados por la depresión nerviosa, abatidos por la fatiga cerebral, vivieron varios segundos de agonía. He ahí la inmensidad de dos infinitos que se dan la mano. El sufrimiento y el vacío son incógnitas que se temen, porque no han logrado comprenderse. Asistimos a la lucha de lo desconocido con las tinieblas, de la fatalidad con el misterio. Después de ese combate prodigioso, no anidarán más que fantasmas sobre las ruinas de nuestra conciencia.

*
* *

Maurice Maeterlinck, en sus admirables páginas de *La Mort*, nos enseña que el horror de la agonía busca la proximidad de la muerte, y que el horror de la muerte exige la prolongación de la agonía. En ese círculo, hecho con frases que parecen espinas ensangrentadas, en ese círculo que

cae sobre nuestro cráneo como una lápida implacable, que nos aplasta como la corona ultrajante de los mártires, vacilan las pulsaciones de la eternidad y se atormentan los secretos graves de la sombra que habrá de envolvernos. No basta conocer el dolor de la herida física, sino la inquietud del espíritu que se tambalea sobre el abismo. Al amainar la lluvia de fuego, al alejarse de Karlsruhe la escuadrilla enemiga, con sus alas tendidas bajo el sol, rígidas y resplandecientes, con su ronquido suave y satisfecho, las aves trágicas han suprimido un conflicto de angustias morales, de desgarramientos íntimos, de dudas ardientes, conflicto mucho más horrible que el que augura los choques de los ejércitos, mucho más doloroso que el que provoca las matanzas humanas, porque hay en él un reflejo de las cóleras del universo, una palpitación fría como toque de alerta, un fondo de ese misterioso terror que nos gobierna el alma y que traza en la noche vacía y sin estrellas la línea caprichosa de nuestro destino.

*
* *

El corresponsal militar de la *Gaceta de Francfort* describe la entrada en Bazeilles de las tropas germánicas. Otra vez, después de casi medio siglo, la trágica población francesa que sintió tronar a sus puertas el viejo cañón bávaro de 1870, vuelve a estremecerse bajo el zarpazo sofocado de la lucha, en un espasmo lejano, como si no llegasen hasta ella más que las imágenes del pasa-

do y las reminiscencias del sueño. En la actualidad, Bazeilles no puede recibir más que el eco de la matanza. Pero los resplandores del incendio la envuelven con su velo rojo. En 1914 la vía de Sedán era demasiado larga. Ya se había pensado en salvar la barrera de Bélgica. Lo que en 1914 se reputó una tira de papel, en 1870 era todavía considerado respetable. La invasión tomó un camino menos penoso, se desbordó sobre una frontera desguarnecida, siguió el cauce de las antiguas corrientes bárbaras, que buscaban en el sur luminoso la embriaguez del saqueo y las sensualidades de la conquista. El campo de Sedán quedó atrás, olvidado, perdido en medio de los recuerdos, con su camino de Meziéres poblado de fantasmas fugitivos, con su meseta áspera y ensangrentada, con su río cargado de visiones dolientes, con su Bazeilles infernal, su Bazeilles de tormento, desaparecida bajo un torbellino de cenizas, que conoció la mano de los redentores y la antorcha de los incendiarios, que se manchó con la orgía demoníaca de la soldadesca ebria, y que vivió sus horas sublimes, sus horas de sacrificio tranquilo, de sufrimiento plácido, sin esperar otro premio que el encanto de una verdad deshecha, que el perfume de una justicia agonizante... Los herederos de aquel formidable general Tann, que sembró la muerte a la cabeza de sus bávaros enloquecidos, campan hoy silenciosamente en medio de las ruinas gloriosas, de las reliquias polvorientas. La conquista se realizó sin violencias y sin

majestad. No se puede ya pensar en los avances irresistibles, sino en los retrocesos metódicos. Un complicado sistema de fortificaciones, de trincheras, de fosos, forma a la Francia un triple pecho que no podría quebrantarse sino a costa de heroísmos incalculables y de pérdidas gigantescas. ''En el instante en que entramos en la cripta de Bazeilles, escribe el corresponsal de la *Gaceta de Francfort*, nuestros soldados estaban entregados a la tarea de cavar tumbas para sus camaradas y adversarios caídos en 1870''. A través de los barrotes de hierro de la puerta, los invasores pudieron ver todavía, amontonadas, las osamentas de los héroes envueltas en una mezcolanza de guiñapos descoloridos, de zapatos de infantes y de botas de caballeros. ''Cráneos con huellas gloriosas de sablazos y de balas, agrega el escritor, forman un marco al horrible osario. Fué después de 1871 que se empezó a recoger esos esqueletos sobre todos los campos de batalla de los alrededores de Sedán, puesto que los campesinos, cuando cultivaban sus tierras, tropezaban siempre con restos humanos. Desde entonces, es decir, desde hace cuarenta y cuatro años, esas cenizas gloriosas reposan bajo las bóvedas de la cripta, expuestas a la vista de todos: a la izquierda los franceses, a la derecha los alemanes. Algunas cruces de madera se encuentran al lado. Numerosas coronas, marchitas hoy, permanecen colgadas de las rejas en signo de reconocimiento y de recuerdo.'' La *Gaceta de Francfort* nos dice que los alemanes han escondido bajo la tierra es-

tas reliquias del pasado. Los huesos han sido manoseados para bajarlos a las tumbas. El espectáculo ha dado motivo a una profanación no soñada, a un sacrilegio vestido con el ropaje de la piedad. Y se ha querido ser generoso después de haber violado el recinto del olvido y del silencio.

*
* *

"Es al comandante alemán de la plaza de Sedán y a los oficiales de su estado mayor, dice el corresponsal, a quienes correspondió la iniciativa de enterrar los restos de los franceses y bávaros que tomaron parte en las luchas sangrientas de Bazeilles. Un generoso desconocido se encargó de todos los gastos originados para la transformación del osario. Dos sarcófagos, exactamente parecidos, sobre los cuales se grabaron algunos versículos de la Biblia, coronan las tumbas." Antes de ser descendidos a la huesa, los restos se han entibiado bajo la caricia del sol de Francia. En medio de la llanura misteriosa, confundidos con el infinito de la muerte, franceses y alemanes avivan el torbellino de los recuerdos. Un ejército de espectros vuelve a ocupar su puesto. ¡Ah! la tarde trágica de Bazeilles! Mientras el pueblo arde como un barril de pólvora, los truenos del cañón prusiano anuncian a lo lejos el derrumbe del imperio francés. Un cura heroico dirige la defensa de la aldea. Emilio Zola nos trasmite el asalto de Bazeilles con emoción desbordante, con acentos dramáticos jamás alcanzados. Sus perso-

najes encarnan figuras ya casi borradas, envejecidas en el rodar de la historia. Asistimos a la epopeya de la conquista, a la resistencia conmovedora de un puñado de tropas, mandadas por un oficial imberbe, a la lucha atroz en las calles, en las azoteas, en los sótanos. Vemos al grupo de soldados franceses acorralado, con su oficial herido, que carga desesperadamente para abrirse paso. No escapa ninguno. Los bávaros los barren con su fusilería, las granadas estallan, y fragmentos de sesos y de carne se pegan a los ladrillos rojos de los cercos. Luego contemplamos el trabajo metódico de los incendiarios, el cuadro aterrador de la aldea cercada por un mar de fuego. Se combate y se muere entre las llamas. Un niño, atacado por la fiebre tifoidea, se encuentra tendido en el lecho. La sed le quema la garganta y llama a la madre, pide agua con gritos desgarradores. Pero nadie puede oirlo. La madre yace sobre el umbral con el cráneo abierto. Y entretanto, mientras el niño se envuelve en las sábanas y se apoya contra los critales, con los ojos horriblemente dilatados por el espanto, las llamas avanzan, lo hostigan, lo cercan, y luego se hace el silencio... Vemos a Weiss, al alsaciano Weiss, que defiende su hogar con una obstinación sublime, que se atrinchera detrás de sus muebles y que mata a centenares de bávaros. La resistencia es tan encarnizada, tan formidable, que los invasores traen una pieza de artillería para aplastar a un solo hombre. Pero Weiss mata a todos los servidores del cañón, y pasan muchos minutos

antes de que el héroe pueda caer contra el suelo, vencido por la rabia y el agotamiento, para ser fusilado junto al muro, bajo la vista de su mujer, que le tiende sollozando los brazos al cuello y le ruega que no se vaya... Más tarde, Camille Lemonnier, el gran escritor belga, paseaba su melancolía sobre la aldea vencida. Napoleón III había capitulado después de entregar su espada, había abatido ante Bismarck el rostro que, minutos antes, pintase con el colorete de las cortesanas. Los ejércitos de Moltke volaban ya sobre la ruta de París. Sobre la negras ruinas de Bazeilles no caminaban más que enterradores. Las calles habían sido borradas por el fuego. El agua de las cantimploras se evaporaba sobre las brasas con un chisporroteo funerario. No obstante, los aldeanos dispersados por el incendio, volvían dulcemente al hogar desierto, buscaban sin lágrimas las cosas queridas. Lemonnier nos cuenta que vió a una mujer vieja que cocía la pitanza sobre los escombros humeantes de su propia casa. Más adelante, el escritor belga se estremeció ante la soberbia presencia de un paisano que juntaba silenciosamente los ladrillos de su hogar derrumbado y que se disponía a vivir en ese campo de angustias, en medio de la desesperación y de la muerte. En este soberano impulso de reconstrucción, el escritor belga descubrió la fuente moral inagotable de la grandeza de Francia. Había que rehacer de nuevo, trabajando con la canción en los labios, todo el tesoro que destruyó la insensatez de un hombre. El espíritu humano tiene sus paradojas

abominables. Después de 1870, los muertos enseñaron a vivir. Si esos huesos evocadores de Bazeilles se incorporasen hoy sobre su lecho de piedra, animados por su antiguo espíritu, vestidos por la túnica palpitante de la carne, rescoldo tibio, vivero de pasiones, donde fermentan todos nuestros apetitos y todos nuestros vicios; si esos muertos de Bazeilles pudiesen resquebrajar el cemento de los sarcófagos, contemplar los frutos de esas semillas que ellos arrojaban al surco, erguirse sobre el porvenir de una Francia sin monarcas degenerados y sin generales absurdos, una Francia donde la gota de agua del pensamiento ha horadado el bloque secular de los prejuicios y abierto un nuevo cauce a las ideas de la humanidad, esos muertos podrían comprender entonces que nada se ha perdido, que su sacrificio no fué la chispa errante que se apaga en el viento, sino la urna que guarda los afectos eternos, la lámpara sagrada que palidece bajo el sol, pero que nos guía en medio de la noche.

*
* *

*Le Matin*, *Le Journal*, *Le Temps*, publican impresiones formidables de sus corresponsales militares destacados en el frente de Verdún. Son visiones infernales, paisajes de pesadilla, engendros de alucinado. Esas páginas parecen impregnadas en un lodo rojo. Se diría que sentimos toda la intensidad de la catástrofe, que nos persigue el ruido del cañón, que se pega a nosotros el olor

agrio de la sangre. Los ojos vuelan sobre las líneas negras y los caracteres se hunden en el cerebro como marcas ardientes. Cada corresponsal tiene delante escenas distintas, fragmentos de un inmenso cuadro de cincuenta kilómetros, rincones de tragedia, donde los hombres se mezclan, se amontonan y mueren en medio del trueno. Armonizar estos bosquejos fugaces, hacer la síntesis de esta epopeya abominable, será la tarea más gigantesca que podrán realizar los espíritus del porvenir. No se trata de impetrar la aparición de un nuevo Homero que habrá de cantar a la matanza en versos de bronce. Es necesario llevar a cabo una obra paciente de cálculo y de fantasía, una labor de sabio y de artista. Hay que recoger los bocetos dispersos, los apuntes ligeros, los frisos rotos, las columnas mutiladas. Con sensaciones tan complejas, con elementos tan heterogéneos, la imaginación debe reconstruir luego sobre las ruinas la sobria arquitectura de la muerte, el templo sombrío del cual no vemos hoy más que una sola parte, y que en lo futuro ha de incendiar las almas con la llama del horror y de la piedad. El genio de los creadores ha de transformar en belleza la substancia vaga de los espectros. Se forjará algo más hondo, algo más tangible que ideaciones frenéticas. Por otra parte, el tiempo pone una pátina dorada sobre las bajezas de la historia. Las pestilencias de la guerra de Troya, las traiciones cobardes y las crueldades monstruosas, poseen ahora un suave perfume de encanto, perfume de museo, saboreado por los artistas y olfateado por los eruditos. Arranquemos

al azar un cuadro perdido en el océano de la batalla moderna. "Poco a poco, escribe el testigo, el tiro de las piezas alemanas disminuía. Es el momento supremo. El humo, el polvo blanco, hecho de nieve y de tierra pulverizada, se disipan. Ante los ojos aparece entonces un espectáculo indescriptible. La trinchera que teníamos enfrente ha sido nivelada. Por aquí, por allá, algunos vestigios de parapeto. En cuanto a las redes de alambre de acero, es imposible encontrar sus huellas. Todo está derribado, todo está cubierto por la tierra que los obuses han levantado al estallar. El terreno está tan removido por el cañoneo, que se diría nos encontramos frente a campos recién labrados. En el corredor, flanqueado por dos cerros, masas de sombra se mueven sobre la sábana blanca que cubre el suelo." Y el corresponsal empieza a describiros un átomo de esa enorme tragedia que se desarrolla en la línea inmensa. "Son los infantes alemanes, agrega, los infantes que avanzan en filas cerradas, que quieren ganar las alturas por el desfiladero, mientras otros regimientos se lanzan directamente al asalto de las crestas. Vedlos ya en el corredor. Ha llegado el momento de proceder. Un aviso telefónico a las baterías y la danza comienza." El espectáculo que nos pinta el testigo con colores tan vivos, tiene algo de enervante y de execrable, fascina y repugna, posee el misterioso sortilegio de la mujer soñada por Richepin, llena de miel y de veneno, mezcla infernal de agua bendita y de ajenjo. Allá abajo, encajados entre las dos colinas, se apeñuscan los regimientos grises.

Los claros abiertos por el despliegue, se cubren con refuerzos que se desbordan ciegos, delirantes, inagotables. La hora de la matanza ha sonado.

*
* *

"Un silbido se siente sobre nuestras cabezas. Es el primer obús que llega y que cae en medio de los infantes enemigos. Un nuevo aviso telefónico indica a la baterías que el disparo es bueno. Entonces empiezan a llover las granadas sobre las filas del enemigo. La situación de los alemanes se hace crítica. Con ayuda de los gemelos, vemos a los hombres enloquecidos, cubiertos de tierra y de sangre, que se derrumban los unos sobre los otros. La primera ola ha sido diezmada. Montañas de cadáveres se ven por todas partes. Pero una nueva ola aparece e intenta pasar a través de la metralla". El episodio heroico se renueva con una intensidad formidable. Una tempestad de hierro abre vacíos espantosos en la masa de los asaltantes. Toda la región vibra, se estremece, palpita agitada por una tromba de fuego. No obstante, el ataque germánico se inicia más admirable, más tenaz, más rudamente furioso. "Tan numerosos como las ratas, dice el corresponsal, los enemigos avanzan a pesar de nuestras granadas. Nuestro corazón golpea fuertemente. ¿Lograrán pasar? No. En ese momento nuestra artillería pesada empieza a rugir de una manera aterradora. Nuestros gruesos obuses, de un metro de altura, estallan en medio de un torbellino de llamas. El corredor se ha convertido en un volcán. No se sabe si lo que salta

en el aire son hombres o piedras.'' Al fin, la fatiga vence sobre todas las explosiones de la fuerza. Los alemanes retroceden tranquilamente. El desfiladero ha sido obstruído por una muralla de cadáveres despedazados. El enemigo no puede avanzar, porque se lo prohiben sus propios muertos, que forman barreras infranqueables. La artillería francesa, cansada de vomitar metralla, languidece lentamente. Nada más melancólico que el agonizar de la lucha. Escuchad. ''Nuestros cañones, después de haber cesado en su matanza, alargan su tiro y riegan las baterías enemigas, impotentes para dominar a las nuestras. Durante ese tiempo, las piezas de grueso calibre alemanas, tratan de contrabatir nuestras bocas de fuego. Ellas están allá, del otro lado del Mosa, a los pies de Montfaucon, cuya espiga de hierro domina a lo lejos todas las alturas circundantes.'' Y en la noche que cae, como si quisiesen sugerir el rodar de las olas, el arrullo infinito del mar, los cañones disparan sin descanso, con un ritmo de fatiga, adormeciendo a los soldados, iluminando la llanura con sus relámpagos de agonía. Toda la enormidad de la gigantesca batalla ha venido a morir en un punto insignificante de la noche. La grandeza de la tarde ha desaparecido bajo la timiebla uniforme, surcada a ratos por chorros lívidos y fuegos errantes .El heroísmo sucumbe en el silencio, madura en el gris de los crepúsculos. Bajo un manto pesado de abatimiento y de frialdad, de sudor y de sueño, gime el sacrificio glorioso de toda una jornada, bruma impalpable en el presente, polvo sutil para la vida y para la historia, fantasmas y sombras...

III

## Sonrisa de esfinge

"El puesto telefónico, escribe un testigo, está ligado a las trincheras de primera línea. Ha sido establecido junto a una pocilga, disimulado contra el muro de una granja cuyo techo voló bajo el bombardeo. El jardín ha sido labrado, trabajado, removido por los obuses. El telefonista de servicio, con el receptor pegado al oído, permanece impasible en su puesto. Un sargento llega y pasa un mensaje. Las bombas caen sin descanso. Una marmita hace explosión en la misma pocilga. Pero nada conmueve a los dos soldados." El mensaje se dicta mientras rugen las granadas. A cada estallido, el muro tiembla, la argamasa se disuelve, las piedras vuelan en pedazos. Los alemanes son artilleros magníficos. Por momentos, el tiro se hace más exacto, más preciso, más matemático. El yeso de los revestimientos se desmenuza y cubre a los dos hombres con su polvo blanco. "Al cabo de un rato, agrega el testigo, el sargento cae fulminado. A pesar de todo, bajo la lluvia de hierro, el telefonista continúa comunicando, con los codos

apoyados en la mesa de pino.'' El héroe no abandona el aparato hasta que la línea es cortada por una ráfaga de metal. Entonces resulta inútil su presencia frente al peligro. ''El telefonista se retira, termina el testigo, abriéndose paso entre los escombros. Al salir, se le ofrece el espectáculo aterrador de varios cadáveres de infantes ingleses desenterrados por las granadas, turbados en el sueño eterno, desalojados de sus tumbas. Solamente entonces, el soldado palidece un poco.'' La más alta escuela de guerra es la que posee mayor fantasía trágica. Nos hallamos frente al ejemplo vivo de toda la insensibilidad que prodiga el profesionalismo de la muerte. Emocionarse es un crimen. Palidecer significa que existe todavía en el fondo del alma un sedimento afectivo que en vano ha querido ocultarse como una llaga vergonzosa. En el guerrero hay un pudor sensitivo más fuerte que el pudor sexual. Las ternuras desaparecen tras la hoja de parra del heroísmo. La piedad se esconde bajo la máscara de hielo de la disciplina. No importa que cada pueblo tenga sus costumbres para la paz, su método para la guerra, sus fórmulas para el sacrificio. Entre los pliegues de la organización jurídica resplandece el instinto ancestral, la llama de la psicología colectiva. Existe la vanidad de las razas, más insoportable aún que la vanidad de los individuos. Pero la base íntima de la vida permanece invariable. El asno de la fábula de Fedro continuará siendo asno aún cuando se vista con la piel del león. El linaje humano no acepta reformas postizas. Marcha a costa de su propia

energía natural, de sus horrores, de sus cobardías, de sus actos sublimes.

* * *

En esa mezcla violenta de egoísmo y de sacrificio, se forja la conciencia universal como algo absurdo y prodigioso, como un epifenómeno, como el resultado de un eslabonamiento de hechos. De ahí que los sistemas más opuestos se armonicen y que las doctrinas más fraternales sean el nido de la diatriba y de la discordia. Brunetière, que era un alma cristiana, se fundaba en los principios de su religión para defender el prestigio de las matanzas humanas. Y en nombre del cristianismo Víctor Hugo condenaba la guerra. Pero Víctor Hugo era un cristiano lleno de grietas, amargo y escéptico, roído por la filosofía republicana y viciado por la lógica demoledora de los enciclopedistas. Para aclarar el problema, no es necesario proceder como Nietzsche, volver el evangelio al revés y construir toda una metafísica anticristiana. La ruda franqueza germánica, aun girando dentro de la órbita del cristianismo, está más cerca de Brunetière que de Víctor Hugo. "Llenos de aprensiones y de angustias, dice *Die Christliche Welt*, encendemos un fuego de guerra que hará a todos los hombres incendiarios. En medio de gritos de furor, los vencidos nos llamarán como quieran; pero nosotros debemos pasar también por el fuego sus palabras odiosas y calumniadoras. Nuestros enemigos son responsables de que en esta terrible

guerra todos los afectos de la humanidad sean crucificados. ¡Espada! Sé espada y hiere!... ¡Fuego! Sé fuego y quema!... Las cosas a medias son criminales. Mientras más implacable sea la guerra, será más misericordiosa.'' En esta última frase se halla contenida una gran parte del ideal cristiano. El humanitarismo religioso consiste en evitar lágrimas, en ahorrar dolor. Cuanto más cruel, cuanto más atroz y salvaje sea la guerra, su desenlace se precipitará vertiginosamente. He ahí el verdadero sentido de la misericordia, sentimiento apenas disfrazado, piedad inconsciente que no acierta a penetrar la intimidad de su juego sombrío. Pero las fuerzas se equivalen, los valores se compensan silenciosamente. Lo que la guerra pierde en duración, lo gana en intensidad formidable. En cuanto a la quietud solemne, al recogimiento casi místico, a la suprema dulzura de estos métodos humanitarios, los escritores cristianos nos han ensordecido con su espantoso carnaval de vocablos. Es más terrible la orgía de las palabras que el torbellino de los sucesos. La posteridad quedará maravillada y sorprendida al analizar esta perversión del razonamiento, exacerbada por la guerra, este soberano amor a las abstracciones brillantes, frágiles y monstruosas, donde el fantasma de las nacionalidades se mezcla con estrépito y donde el veneno de los intereses produce el desorden de la moral. La humanidad está desorientada. Lleva la embriaguez en el corazón y en las ideas. Nunca como ahora, las palabras se han amontonado para hacer mayor el vacío. Dentro de algunos siglos, los

hombres sabrán si ha sido pecado desafiar el peligro propio y palidecer ante la angustia ajena, deslizándose como una peste furtiva, derramando sobre nosotros, como un plomo ardiente, la lluvia del miedo, de la fatalidad y de la muerte.

*
* *

No es extraño que nadie se acuerde ya del velero *La Curieuse* ni del contratorpedero *Mousquet*, cuando las proezas del *Emden* han sido completamente olvidadas. Al menos al comandante Müller, el caballero del mar, le resta el consuelo de haber vivido la gloria un solo segundo. De tanto entusiasmo, hoy no queda más que un puñado de cenizas frías. Durmiendo en el pasado, las hazañas más gigantescas matan su fuerza íntima, pierden su frescura al mismo tiempo que su actualidad. Acontecimientos de que hemos sido actores se denuncian con un perfume de cosas viejas. Es verdad que la historia les da un encanto místico, una fascinación desconocida, cierta palidez de imagen antigua y de flor marchita. En medio del torbellino de la guerra, la humanidad sufre una crisis de perversión, se enloquece en el vértigo de los sentidos y abandona al azar los pétalos secos y las pinturas ajadas. La gloria de ayer posee en el presente olor de cadáver. ¿Para qué buscar en el recuerdo lo que hoy está al alcance de nuestra mano? Cada comunicado oficial, cada línea de informaciones rígidas, lleva una punzada fugaz a nuestro corazón. Los hechos más soberbios agonizan con el día bajo nues-

tros ojos, mueren con el crepúsculo. Las batallas se renuevan y los heroísmos se substituyen. Olvidamos mucho porque esperamos demasiado. Nuestra tensión nerviosa nos hace entrever espectáculos deslumbrantes. Hemos creado la lógica de la ilusión y razonamos con los elementos de nuestra sensibilidad exasperada. La energía modeladora que Ostwald descubre como un atributo de la organización del universo, no es hoy otra cosa que una modalidad del sacrificio. El sufrimiento universal reposa sobre fallas morales, sobre vicios que nos atraen con su luz engañosa, que se visten con el ropaje de la virtud y que nos vencen con su falsa idea de bondad. Olvidar es aliviarse de un fardo secular de miserias, equivale a descargar el lastre de nuestras simulaciones estériles. Nadie habla ahora de *La Curieuse* ni del *Mousquet*. Los historiadores del porvenir señalarán su ruta por el mundo con cuatro palabras glaciales. Pretender llamar la atención del planeta con una gota de sangre cuando veinte millones de soldados se destrozan sobre los campos de Europa, es lo mismo que sofocar con plegarias frívolas el ruido del trueno. A pesar de todo, la historia de *La Curieuse* no es de las más vulgares ni de las menos prodigiosas. Bajo las órdenes del explorador Rallier du Baty, en misión alrededor del mundo, el frágil velero se lanzó al océano. Solamente dos oficiales y cinco marinos formaban la tripulación de *La Curieuse*. Durante treinta y dos meses, desafiando peligros y tempestades, la nave surcó los mares desiertos. *La Curieuse* fondeaba muchas veces frente a islas per-

didas en la inmensidad, solitarias y salvajes, donde no se encontraban huellas de seres humanos. El velero zarpaba de nuevo hacia lo desconocido, navegaba siempre, proseguía sin descanso sus investigaciones. Rallier du Baty, jefe de ese leño audaz, escombro errante flotando en la soledad de las aguas, vivía en una dichosa ignorancia de lo que pasaba en el mundo. Pero a su llegada a Sidney, se informó en cinco minutos de los acontecimientos de Europa desde el mes de agosto de 1914. Rallier du Baty confió el querido barco a la custodia del arsenal de Sidney. Luego, al frente de sus siete compañeros, marchó en un transatlántico con destino a Dunkerque. Enrolado en el ejército de Francia, los héroes que afrontaron durante más de dos años las violencias de la naturaleza, se sintieron todavía con fuerzas para desafiar la cólera de los hombres. He ahí el desenlace. El espíritu humano no se dará cuenta jamás de que una epopeya que muere por su simplicidad, es la única digna de merecer la serena caricia del recuerdo.

*
* *

De la misma manera, el contratorpedero *Mousquet* ha perdido en grandeza teatral todo lo que ganó en dolor anónimo y en heroísmo sin ejemplo. Echado a pique por el *Emden*, en pleno océano Índico, frente a Pinang, la historia del *Mousquet* está ligada por lazos de sangre a aquel crucero alemán, legendario y trágico, que agonizó más tarde sobre las mismas aguas del mar de la India. Una

mañana el *Mousquet* fué sorprendido por los cañonazos del *Emden*. "Aquello, escribía un marinero, era la lucha atroz entre una mosca y un caballo." El *Mousquet* se negó a rendirse. Llegó un momento en que chorreaba sangre por sus costados. La cubierta estaba salpicada de carne, de sesos sanguinolentos, de miembros rotos, de pingajos humanos. En pocos segundos los cañones del *Mousquet* quedaron sin servidores. Las piezas de artillería volaban en pedazos. La caldera, atravesada del lado de estribor, hizo explosión. De ochenta tripulantes, cincuenta habían muerto y diez y seis se arrastraban heridos, desangrados, entre gritos de desesperación y de rabia. "Había algunos que todavía bromeaban, agrega el mismo testigo. Y en verdad, ¿por qué tener miedo? De todos modos, la muerte era segura." El *Emden* siguió disparando hasta que se hundieron las últimas maderas del *Mousquet*. Treinta sobrevivientes fueron recogidos a bordo del crucero alemán. "Fuimos recibidos como amigos, termina el marinero. Estábamos desnudos. Se nos vistió y se nos dió de comer. Los oficiales nos saludaban militarmente a medida que nos embarcábamos. Se admiraban de que no hubiésemos querido rendirnos. El comandante no dijo nada, pero le vimos los ojos llenos de lágrimas." Muy poco ha quedado de aquellos choques resplandecientes. Los mártires imprimieron sus huellas en la arena. El viento ha borrado los rastros del heroísmo. Los hechos que se producen hoy son la mortaja de los que ya han pasado a la historia. La hora es demasiado grave para recordar. Bajo el sudario infinito

está el supremo alivio. No obstante, los instintos se encienden, los apetitos se desenfrenan, la bestialidad humana se desborda y lo inunda todo con su oleada apestosa. Pero en el fondo de la inquietud contemporánea, de ese drama espantoso donde se mezclan nuestras bajezas sórdidas y nuestros arrebatos sublimes, la especie se siente iluminar por un misticismo suave, por una fe inagotable que se sobrepone a la abominación, que triunfa del olvido, que alegra la pesadez inconsciente de la vida y que eclipsa el fantasma abyecto de nuestra vanidad y de nuestros delirios.

*
* *

Paul Perrin, brillante escritor francés que ha seguido hasta en sus detalles más íntimos la campaña de Rusia, acaba de publicar un estudio profundo y sugestivo sobre la defensa de las fortalezas eslavas durante el avance alemán en Polonia. El estado mayor germánico inundó los bastiones, las piedras, los fosos, con torrentes de carne humana. Imposible contener ese torbellino desatado, esa oleada vertiginosa que avanzaba cantando. Un huracán de metralla derrumbaba las filas como castillos de naipes. La sangre corría por las vertientes. Pero detrás surgían otros hombres, otros escuadrones, otros regimientos. Frente a Kovno, en la suavidad melancólica del crepúsculo, la madre tierra, encharcada y roja, parecía temblar. En medio del estrépito, de los estallidos, de los relámpagos, los soldados marchaban y caían como fantas-

mas. Aquello era el infinito en movimiento. La orden general no podía ser más espantosa. Había que desbordar la fortaleza como si la fortaleza no existiese. Para Paul Perrin este espectáculo de epopeya tiene algo de puerilmente heroico. El escritor se enternece y se admira. ''Refinamiento absurdo, exclama, donde se encuentra la huella característica de estos lógicos sin medida, sin espíritu y sin corazón.'' Las tropas sitiadoras no deberían recibir ningún socorro. ''Los atacantes, agrega Paul Perrin, se veían arrastrados por la más loca e inhumana de las temeridades. Detrás de estos condenados a muerte, otro ejército esperaba, en reposo, no para prestar el concurso de un suplemento de fuerzas que hubiera decidido la victoria, sino para substituirlo en la tarea sangrienta.'' Cualquier otro procedimiento hubiera sido contrario al espíritu de la lógica militar germánica. Un ejército que sucumbe debe ser reemplazado de inmediato, de la misma manera como se mueve una máquina, sin compasión y sin crueldad. He ahí el resorte del éxito. Llegará un momento en que la ciudadela será arrasada por el remolino de sangre. Este feroz desprecio de la vida tiene su salvaje grandeza. Setenta mil cadáveres fué el precio trágico de la victoria de Kovno. ''Los alemanes avanzaban en columnas espesas, dice Perrin, sin esperar que el fuego de la artillería hubiese abierto sus caminos al ataque. Los alambres de púa cubrían con sus redes impenetrables los espacios entre los fuertes. Las columnas de asalto chocaban contra estos obstáculos, sobre los cuales la fusilería rusa acostaba filas

enteras. Los alambres fueron rotos bajo la montaña de cadáveres, y la tromba pasó. Pero el terreno estaba minado. Compañías enteras desaparecieron en los embudos de los hornos y de las fogatas.'' La sentencia se había cumplido. Ningún hombre escapó con vida. El segundo ejército tenía ya el camino abierto, sin más enemigo que el horror infernal de tanta atrocidad, de tanto espanto, de tanto sufrimiento. Allí, lo mismo que en Novo-Georgiewsk, se escribió la página más terrible del heroísmo alemán, nota de una fuerza épica pocas veces alcanzada en la historia. No obstante, la humanidad permaneció helada e insensible. ''Hubiéramos deseado, escribía Maurice Barrés, ver por alguna parte el gesto caballeresco de nuestros adversarios para admirarlos sin reservas.'' Pero el sacrificio era demasiado maquinal, demasiado geométrico para herir la fibra latina. El guerrero germánico se inmola al poderío material con un gesto rígido, con una frialdad sin alma. Paul Perrin cita del escritor ruso Donswtsky la frase de un prisionero alemán, el subteniente Paul Gueise. ''Nosotros venceremos todos los obstáculos. El sentimiento de la victoria grandiosa, de la gloria creciente de Alemania, nos da fuerzas para sobrepujar las fatigas y alcanzar el éxito''.

*
* *

En Novo-Georgiewsk se repite el fantástico espectáculo de la muerte. La relación pertenece al escritor militar Petroff, quien nos trasmite, en acen-

tos conmovedores, la soberbia agonía de esa fortaleza emplazada en la confluencia del Narew y del Vístula y que hace un siglo el genio militar de Napoleón hizo brotar de la tierra. Hay cuadros inolvidables, cuadros enervantes, cuadros de ensueño. Hay episodios de una emoción tan honda, de una embriaguez tan solemne, que se dirían engendrados por seres de un planeta de pesadilla, de un universo superior a todas las pasiones y todas las quimeras del hombre. Un día el comandante reune a la guarnición. ''La fortaleza no se rendirá, dijo. Si sucumbe, nosotros sucumbiremos todos con ella, hasta el último. Los que no quieran sufrir la suerte de la fortaleza, pueden retirarse... Todavía hay tiempo... Los que quedan, quedarán para siempre.'' Todos juraron morir sobre las piedras de la ciudadela. "A partir de ese minuto, escribe Paul Perrin, todos sintieron iluminar su vida con la púrpura del sacrificio. Aquellos soldados agonizaban sonriendo.'' Cada día, el círculo de hierro se estrechaba más alrededor de la plaza. Cuando los aviadores anunciaron que la tenaza se había cerrado, la ciudad fué empavesada y las campanas fueron echadas al vuelo. Se suprimieron los ejercicios y se levantaron los castigos. Los oficiales rusos recordaban que Napoleón había construído esos muros cuya defensa se les había confiado. En el bando opuesto, los enemigos hacían saber que cien mil alemanes habían contribuído a la campaña de Bonaparte en Rusia. La figura del conquistador corso pierde sus atributos humanos. Es un dios implacable y sanguinario, que se evoca en medio de las

escargas y que preside aquella fiesta de la muerte.
l fin, la fortaleza empezó a rugir. Novo--Geor-
iewsk, estaba aislada del mundo. Durante un mes,
e día y de noche, no cesó la matanza. Los hombres
aían por agotamiento, cuenta Petroff, los cañones
stallaban bajo la acción del calor. Se traían otras
aterías, y la metralla continuaba escupiendo su
ierro sobre los montones de carne sanguinolenta
ue rodaban a los fosos. Pero nuevas columnas
eemplazaban a los que caían. En la llanura, sem-
rada de cadáveres, se veía surgir sin descanso un
ormiguear de nuevos batallones. En esta parte, el
elato presenta aspectos duros, tonos sombríos. A lo
ejos los alemanes gritaban, reclamaban la plaza
ue tan soberbiamente habían pagado con su san-
re. Y entre tanto, detrás de los muros enrojecidos,
os defensores de la fortaleza se descubrían ante
us hermanos sacrificados y recitaban la oración de
os agonizantes. "Novo-Georgiewsk se sostiene to-
lavía. Dormid en paz. Mañana nos tocará a nos-
otros." Los fuertes enmudecieron al fin. "Pero dos
cuerpos de ejército prusianos, dice Paul Perrin, ca-
yeron sobre las ruinas. La defensa de Novo-Geor-
giewsk dignificará la historia del heroísmo humano.
Treinta mil rusos sellaron con su sangre el pacto
hecho con el destino." El escritor termina proster-
nado ante la inaccesible belleza del holocausto. Los
territorios más ricos, las conquistas más preciosas,
se pierden en la inmensidad de ese dolor. No tarda-
rá en sonar la hora en que, sobre las llanuras si-
niestras, removidas hoy por el espectro de la gue-
rra, rusos y alemanes vivan de nuevo reconciliados.

—

El olvido forma parte de la justicia. La armonía de la moral no conoce la rivalidad de los hombres. Es más fácil borrar el odio de los pueblos que apagar la perfidia de los tiranos. El artista que vaya a soñar sobre esas ruinas donde la huella de la sangre se habrá ya marchitado como la angustia de las heridas, modelará el recuerdo plástico y amargo de toda la incertidumbre de nuestra vida, una esfinge con los labios plegados en un rictus de ironía compasiva, un monstruo de mármol con las alas tendidas, inmovilizadas en un gesto de maldición y de caricia, de amenaza y de súplica, un rostro lívido, impasible, de ojos sin color, un rostro de inquietud, de misterio y de sarcasmo, que, con su sonrisa de piedra, eternamente fría, eternamente desdeñosa, señalará al viajero el camino de la soledad y de la locura.

# V

# RUSIA

I

## La inmensidad

Con sus veintidós millones trescientos cincuenta mil kilómetros cuadrados, con sus ciento cuarenta millones de habitantes, la inmensidad helada de Rusia, donde se confunden los gérmenes de la cultura occidental con el misterio de la civilización asiática, esa llanura eterna que aún no se ha despertado a nuestra fiebre contemporánea, que se estremece todavía bajo el látigo frío de la barbarie, se nos ha aparecido siempre como una esfinge huraña y sublime, echada sobre el desierto, acurrucada a las puertas de Europa, defendida por la doble coraza de su silencio y de su soledad. No importa que los dardos del enemigo, como en las luchas gigantescas del Ramayana, obscureciesen el sol. El hierro chocaba contra la piedra áspera, se quebraba en un rechinamiento de agonía y caía al suelo como una lluvia de polvo gris y de hojas muertas. Las grandes invasiones que penetraron en Rusia, no consiguieron tocar jamás el corazón de la estepa, fueron ataques al infinito, cargas de caballería contra el océano. Esa Rusia enigmática, que mereció el desprecio de Napoleón y de Bismarck, se

defendía cruzándose de brazos. La vanidad humana, intentando cubrirla con su oleada insensata, abandonó siempre, sobre la llanura blanca e inviolada, la resaca lastimosa de su miseria, el sedimento triste de su grandeza. Rusia nunca tuvo fuerzas para ser imperialista, para desbordarse por encima de sus fronteras. Debió empezar por conquistarse a sí misma. Esta tarea formidable no ha llegado, sin embargo, a su fin. Rurik, el normando, fundador de la dinastía, fué el primero en echar las bases de la unidad eslava. Pedro el Grande completó la obra en el siglo XVII. Fundó sobre el Neva la capital de todos los estados rusos, se extendió sobre los lagos Onega y Ladoga, dominó el Dnieper y el Dniester, se incorporó el Ural y el Somara. Más tarde se apoderó de Azof, terminó la conquista de Siberia, llevó sus legiones victoriosas hasta la Livonia y su bandera flameó sobre las olas del mar Caspio. No obstante, aquella época sometida a la voluntad de pretorianos insolentes, hundida en la servidumbre de una aristocracia brutal, con un clero envenenado por la retórica bizantina, no consideró como un atropello a la autonomía de las tribus eslavas la administración organizadora de Pedro el Grande. Siendo Rusia el centro de una corriente etnológica poderosa, debería extenderse fatalmente, como una mancha de aceite, sobre el mapa de Europa y de Asia. He ahí como Pedro el Grande fué el más enérgico precursor de los paneslavistas. En realidad, Rusia llevó a cabo la asimilación pacífica de las razas afines, la absorción metódica de los polianos, los radamichos, los

fineses, los drevlianos. Pero los siglos debilitaron a los rusos su capacidad militar para erigirse en conquistadores. Rusia todavía no ha descubierto la fuente de su propia vitalidad. Como una demostración de su impotencia imperialista, baste saber que su fuerza económica es inferior a la de Bélgica, y que su densidad de población, cinco habitantes por kilómetro cuadrado, es insuficiente para la vida nacional y para el mismo progreso del vasto imperio de los zares. Rusia podría darse el lujo de ser imperialista, de proclamar que sus fronteras la ahogan, si tuviese la naturaleza demográfica de Alemania, con su floreciente crecimiento vegetativo, con todas sus fabulosas riquezas explotadas, con su soberbia cifra de ciento doce a ciento veinte habitantes por kilómetro, sueño fantástico que permitiría al emperador eslavo ser dueño de la voluntad de 3.500.200.000 súbditos!

*
* *

El expansionismo militar de Rusia no existe por falta de maestros teóricos, sino por incapacidad física para apropiarse de pueblos extraños. La derrota de los rusos en su empresa temeraria contra el Japón ya estaba descontada antes que se disparase un solo tiro. Nada más chocante que ver a Rusia peleando en terreno ajeno, cuando las piezas de su propia casa estaban aún desocupadas. Los estadistas eslavos se dejaron seducir por un error psicológico. Creyeron, con Gorschakoff, que el imperialismo se hace a costa de frases sonoras, cuando

es, en cambio, una prodigiosa realización de nervios, de músculos y de sangre. La expansión de una raza es la consecuencia razonable de su vida pletórica. Por otra parte, Rusia estaba atacada de anemia. Los tentáculos de su burocracia monstruosa se perdían en la nieve de los desiertos o languidecían sobre el abismo inexplorado, donde una sonda vacilante, enloquecida, se quebraba antes de tocar el fondo. Romey nos cuenta que el primer tratado comercial de Rusia surgió de la casualidad. En tiempos del zar Juan IV, en el siglo XVI, algunos náufragos ingleses fueron arrojados por el mar glacial contra las bocas del Dvina. Esos marinos errantes se convirtieron en los negociadores de dicho pacto comercial con la Gran Bretaña. De ahí nació la población de Arkangel, que hoy constituye una de las fuentes más poderosas del abastecimiento ruso. Los hielos árticos señalan allí el camino de Inglaterra. El aislamiento económico de Rusia era una forma de su política misteriosa, aparentemente absurda, cuya tendencia consistía en apartarse siempre de los intereses continentales. Esa penumbra casi impenetrable del alma eslava, ese aliento desolado que vuela sobre Europa, que devora el espacio como el caballo de Mazepa, sin fatigarse nunca, sorbido por el vértigo, sintiendo espolear sus flancos por un ansia infinita, ese rudo fantasma de la estepa, tan lleno de secretos terribles y de sortilegios fatales, ha sido la mejor defensa de Europa contra la barbarie del oriente, contra la invasión espantosa de los tártaros y de los mogoles, oleada ciega que amenazaba inundar

con su sombra el maravilloso laboratorio de ideas donde empezaba a parpadear la llama de la cultura occidental. Rusia fué la barrera del sufrimiento, dispuesta por la suerte para separar dos civilizaciones distintas, fué la carne de prueba, hecha de vieja roca, donde la barbarie mordió primero y donde dejó también clavados sus dientes. En el siglo III, verdaderas nubes de ostrogodos, después de atravesar las llanuras de la Rusia meridional, fueron a establecerse a orillas del mar Negro, entre el Danubio y el Dniester. Los hunos barrieron, un siglo más tarde, con todos los vestigios germánicos. Pero la estrella de Atila llegaba a su ocaso. Legiones de búlgaros, de sármatas, de eslavos del septentrión, entraron a saco en las ciudades, inundaron las chozas, violaron a las mujeres, degollaron a los niños... La sangre corría por las vertientes y los ríos se pusieron rojos. En aquellas décadas en que los hombres formaban hordas de brutos voluptuosos y crueles, en que el olor de la matanza excitaba los instintos feroces, la moral de la guerra se parecía a la de nuestro siglo. Y todo hace suponer que no ha de cambiar por mucho tiempo.

## II

# Carlos XII

En tiempos de Catalina, los últimos restos de la vieja aristocracia asiática de la *horda de oro* quedan reducidos a cenizas. La semilla maldita del siglo XIII, cuando los bárbaros acaudillados por Batu, nieto de Gengis Khan, conquistaron el ducado de Vladimir, y las tribus del Turkestán cayeron sobre Novgorod, germinó fuera de las fronteras eslavas. Rusia parece desbordarse. Pero muy pronto las aguas vuelven a su cauce normal. En 1735 las tropas rusas se bañan en el Rhin. Algunos años antes, los soldados del zar inundaban Polonia. Los ejércitos rusos empiezan sus luchas contra los turcos, luchas gigantescas que duran siglos y que se pierden en el tiempo. Llega un momento en que el gran Federico II de Prusia es dueño de la situación militar. Sus ejércitos son los más completos, los más disciplinados, los más poderosos de Europa. Habían humillado a Austria y descuartizado a Polonia. Entonces Federico se atreve con Rusia, quiere descorrer el velo misterioso de los eslavos, violar el santuario donde la espada formi-

dable de Carlos V no había conseguido penetrar jamás. Las tropas prusianas, sorprendidas en Kunersdorf, sufren una derrota aplastadora. Rusia está salvada. Soltikoff, general vencedor, se retira tranquilamente, después del triunfo, convencido de que su profesión es la victoria misma. Uno de los críticos militares más reputados de Europa, el comandante de Civrieux, autor de obras importantes, ha estudiado maravillosamente los movimientos estratégicos de Rusia a través de la historia, los movimientos de la Rusia que se defiende con la inmensidad a sus espaldas. Sus estudios se remontan hasta Carlos XII de Suecia, aquel rey neurasténico, aventurero y caballeresco, que quiere resucitar las glorias resplandecientes de Gustavo Adolfo. Por su parte, Paul de Saint-Víctor nos enseña que Carlos XII hacía la guerra por la guerra misma. No tenía ideales, ni sueños, ni sensualidades, ni apetitos... Era un romántico frío, un asceta disfrazado de Don Quijote. Un día el Senado sueco le ruega que abandone esas empresas inútiles y le envía delegados al cuartel general para solicitar del rey que ocupe de nuevo su trono. Carlos XII no puede satisfacer a los senadores; pero envía a Stockolmo una de sus botas para que lo represente. El rey sueco declara la guerra a Rusia y gana la batalla de Narva. Los daneses y los poloneses se unen al zar. Nos hallamos en los comienzos del siglo XVIII. Carlos XII puede disponer de veteranos admirables, amamantados en el heroísmo de las grandes guerras de Alemania. El em-

puje espantoso se basa en la superioridad de su técnica y de su genio.

*
* *

El rey victorioso se dirige al corazón de Rusia, pasa como una tempestad sobre Polonia, pulveriza al ejército sajón que se empeñaba en cerrarle el paso sobre el Dvina. "Carlos XII, escribe de Civrieux, penetra en Lituania, a pesar de las advertencias de sus más sabios consejeros. Sucesivamente triunfa en Varsovia y en Cracovia. Al norte, toma por asalto a Thorn, en 1703; y al sud, Lemberg, en 1704. Convertido en el árbitro de la Europa oriental, Carlos XII impone a Polonia un tratado de alianza". Fué en esa época que Pedro el Grande, retirándose siempre, fundó Petrograd. Los rusos se defienden en el Vístula, pero toman la ofensiva en Livonia y Curlandia. No obstante sus victorias, Carlos XII se deja arrastrar por una suprema locura, desea a toda costa clavar su bandera en el corazón de la estepa, lo devora la fiebre que un siglo más tarde abatiría al imperio fantástico de Bonaparte. Entonces se inicia la marcha hacia Moscou. Según el comandante de Civrieux, el ejército sueco franqueó el Bobr sobre el mismo paso que utilizaron en la guerra actual las tropas germánicas que asediaron Ossowiez. "Los invasores, agrega Civrieux, se dirigieron hacia el Dnieper por el camino que siguió Davout en 1812, aplastaron a los rusos en una gran batalla, cerca de Mohilew, y empezaron a encaminarse hacia las sole-

dades profundas.'' Entre tanto, habían pasado nueve años. El invierno de 1709 fué tan riguroso, que cubrió hasta la misma Francia con un sudario blanco. Carlos XII se dirige hacia la Ukrania desolada, incendiada y deshecha por los rusos. El frío y el hambre comienzan a producir estragos en las filas. Aniquilados en Siesna, con refuerzos traídos por los rusos de Loewehanpt, los suecos quedan reducidos a la mitad. El infinito melancólico de Rusia mordía ya en las entrañas de los hombres del norte. Desesperando de recibir más alientos, prosternado ante el recogimiento solemne de las estepas, el rey pone sitio a Poltawa. La fortuna de Carlos XII se tambalea, languidece atravesada por mil dardos secretos. De las brumas eternas de Rusia surge nuevamente Pedro el Grande, armado de punta en blanco, como un genio bondadoso que apareciese de pronto, por arte de encantamiento, a la cabeza de sesenta mil soldados magníficos. El comandante de Civrieux, precioso registrador de analogías históricas, nos cuenta que Pedro el Grande lanzó entonces una proclama ''que su lejano sucesor, generalísimo como él, no desautorizaría.'' Las palabras del emperador eran breves y enérgicas. ''Ha llegado la hora, exclamaba, en que se va a decidir de la suerte de Rusia. Acordaos de que no combatís por Pedro, sino por el bienestar de la patria confiada a Pedro.'' Al caer la noche, el ejército sueco ya no existía, había desaparecido para siempre. De tanta grandeza, de tanto esplendor, no quedaba más que un puñado de pingajos humanos, quinientos soldados andrajosos, febriles y ham-

brientos, que huían en un delirio de terror, aullando como lobos sobre la inmensidad helada. Y los paisanos de las orillas del Danubio vieron en una litera fugitiva a un hombre flaco, extraño, de mejillas pálidas, ojos sin color, con la barba clavada en el pecho y con el cabello húmedo pegado a las sienes. Aquel solitario llevaba sobre el cráneo la garra enervante de la derrota. Era Carlos XII.

III

## Napoleón

"Los destinos de Rusia deben cumplirse", exclamó Napoleón en el verano de 1812. El emperador quería clavar en el desierto eslavo su puñalada mortal. Francia se había agotado al vencer a Europa. No obstante, Napoleón había formado sobre el Niemen un ejército internacional de cuatrocientos mil hombres y mil piezas de artillería, un ejército que constituía la máquina más formidable creada hasta esa época. El 24 de junio, tres puentes habían sido tendidos sobre el río silencioso, todavía velado por la neblina del amanecer. Un espectáculo fantástico se ofrecía a la vista de las avanzadas rusas. Allí estaban acampados guerreros que, en veinte años de triunfos continuos, se habían hecho los profesionales de la victoria. Allí estaban los soldados de Kellermann y de Dumouriez, los héroes legendarios de las Pirámides, los escuadrones magníficos de Austerlitz, de Marengo, de Jena, de Wagram... Allí estaban las terribles legiones extranjeras, españoles que se habían abierto paso, a sangre y fuego, en las luchas espantosas

de Africa y América; árabes de Tánger, italianos del Piamonte y de Nápoles, soldados de Prusia, de Austria, de Baviera, de todos los estados de Alemania... Ante este ejército de leyenda, Carlos XII habría sentido enfriarse el alma. Aquello era la Europa, con todos sus reyes aliados, en armas contra Rusia; la Europa movida por el genio y enardecida por el instinto de la matanza. A pesar de todo, el zar confió, más que en la fuerza de sus ejércitos, en la inmensidad de su imperio. El militarismo napoleónico encontraría en la estepa su mejor mortaja. Bonaparte no esperaba nada del poder militar de sus enemigos, tenía el más profundo desprecio por la ciencia estratégica de Kutuzoff y de Barclay de Tolly. ¿Qué sería de esas pobres tropas rusas, inferiores en número, frente a sus mariscales invencibles y a su guardia heroica? Las hostilidades se inician en medio del éxito. El cañón francés ruge sobre el Borodino. Los rusos son rechazados y se confunden en una orgía sangrienta. El ejército francés avanza en la soledad, pone su pie en el desierto agrisado por las cenizas del incendio. Napoleón, tenaz y ciego, abre la vía de Moscou, quiere a toda costa, como Carlos XII, cenar en el viejo Kremlin de los emperadores eslavos. Pero su suerte extraña se resquebraja y se filtra en ella la noche. La misma estrategia rusa de 1709 empieza a dar sus frutos malditos.

*
* *

De ciento cuarenta y siete mil hombres, divididos en cinco ejércitos, los rusos suben repentinamente a trescientos mil. Se rehacen y se vigorizan en la retirada. Parte de las tropas atacan a los invasores, mientras el resto lleva a cabo una operación magistral para atraer a Bonaparte al mismo corazón de la estepa. El zar quiere ahogar a las tropas agresoras en el infinito de su imperio. En esta partida angustiosa se juegan los destinos de Europa. Los hijos de Rusia se convierten en los últimos defensores de la libertad continental. Afortunadamente, el plan de Napoleón, que consistía en cortar en dos a los ejércitos rusos, fracasa en los primeros encuentros. Sin embargo, los franceses llegan a Vilna, antigua capital de Lituania, penetran en Witebsk y se apoderan de Smolensko. Las tropas de Barclay y de Bragation sufren bajas atroces, pero no se dejan destruir ni envolver. El ejército ruso se desliza como un monstruo huraño y viscoso, resbala entre los dedos del invasor, se escurre en silencio como una sombra que manchase el blanco lejano de la llanura. No había ni agotamiento, ni tristeza, ni desmoralización. Los rusos se detienen en Dorogobuga y son vencidos. En Borodino pierden sesenta mil hombres, sin dejar de ser un ejército fuerte y compacto. Ese día, por primera vez, los franceses no festejan el triunfo. Tanto Barclay como Kutuzoff, contrariando la opinión de muchos generales, rehusan defender a

Moscou. De cualquier manera, Moscou no era más que una ciudad como Vilna y como Smolensko. Sacrificarse allí hubiera sido un heroísmo insensato. Pero esa decisión fué para los invasores la fatalidad hecha ejército. Al marchar contra la gloriosa cuna de los zares, los franceses pudieron penetrar con honda congoja toda la soberbia vitalidad de que es capaz un pueblo que defiende sus derechos amenazados. Napoleón tuvo un rasgo de esa candidez intensamente suya, nacida de su familiaridad con la victoria. Esperaba una delegación de notables, que pusiese en sus manos las llaves de la ciudad y que implorase su clemencia. Pero nadie vino a mendigar una justicia que el conquistador había manchado con sus apetitos. Napoleón esperó en vano. Moscou ardía por sus cuatro costados. Un resplandor rojizo iluminaba el semblante fatigado del César, esperando siempre, con la frente inclinada y las botas hundidas en la nieve. El 19 de septiembre la ciudad sagrada se había convertido en cenizas. Entre tanto, detrás del horizonte gris, cerrado por una cortina de brumas, los rusos vigilaban. Los franceses empezaron a desgranarse, hambrientos, agonizantes, espantosamente torturados por el frío. Toda comunicación con Francia había sido cortada. Los caminos fueron borrados por el hielo. De cuatrocientos mil hombres, no quedaban en octubre más que cien mil. Millares de lobos voraces aullaban sobre el desierto helado, atraídos por los fogones vacilantes, husmeando el rastro fugitivo de los moribundos. Entonces se inició aquella horrible retirada de Rusia, tan fecunda en su-

gestiones de espanto, y que se ha perpetuado en la historia como un monumento de horrores y de sufrimientos sin ejemplo. Los franceses utilizaron para huir la misma ruta por donde habían llegado. Cubiertos de nieve, con el fusil oprimido, tumbados sobre montones de paja húmeda, los centinelas se apeñuscaban, se helaban, y una vez muertos y rígidos, parecían blancas estatuas derrumbadas. Los rusos cercaban al enemigo en fuga, lo desgastaban con ataques continuos, lo hostigaban por el norte y el sud. Hasta las poblaciones pocos meses antes dominadas, hasta las mismas mujeres, se encarnizaban contra esa horda de condenados harapientos y de visionarios vencidos.

*
* *

Una guadaña invisible pasaba por encima de los cráneos y segaba las vidas. Al llegar a Dorobuga, Napoleón contó sus soldados. No quedaban más que cuarenta mil. En Orcha ya había veinticinco mil rezagados. Cincuenta mil hombres y cuatrocientos cañones se habían perdido desde la salida de Moscou. Pero esos sobrevivientes estaban señalados todavía por el destino para mayores padecimientos. Cuando sonó la hora trágica del Berezina, los cañonazos abrieron brechas en el hielo, cavaron abismos, grietas enormes donde se sepultó la artillería con bestias y hombres. Luego vino la desesperada fuga hacia el Vilna, correría larga y delirante, calvario abominable que hizo sugerir en el alma de los conquistadores de Europa la imposibilidad de

dominar a Rusia, porque ella tiene como aliado su silencio altivo, ese infinito lleno de misterio donde podrían desaparecer todos los hombres del continente. Los términos del problema no han cambiado en la conflagración actual. Cuatrocientos mil hombres (1) habían atravesado el Niemen, acompañando a Bonaparte en su loca aventura. Al cabo de algunos meses, el mismo río que había presenciado la pompa magnífica de un ejército que se creía invencible, vió desfilar diez y ocho mil espectros descoloridos, un puñado de soldados miserables, roídos por el hambre, fantasmas de desastre que entraban gimiendo por las puertas de Europa para augurar la agonía de un gran imperio.

---

(1) No faltan autores que hagan elevar a seiscientos mil el número de los soldados que invadieron Rusia.

## IV

# El sueño eslavo

No se equivocó Bismarck cuando, terminado el Congreso de Berlín, declaró que el Oriente sería teatro de los grandes conflictos futuros. El bombardeo de las fortificaciones del Bósforo por la escuadra rusa del Mar Negro, ha hecho surgir el viejo sueño eslavo acariciado desde los tiempos de Pedro el Grande. La misma emperatriz Catalina, aquella mujer diabólica y sanguinaria, había comprendido que la grandeza de sus dominios comenzaría el día en que Constantinopla fuese una ciudad rusa. En medio del caos europeo, cuando las nacionalidades aún no se habían definido, cuando Alemania, débil y desintegrada, no podía constituir un peligro para nadie, Rusia veía cerrada su expansión económica y cortadas las rutas del mar. ¿De qué le servían esas inmensidades heladas que llegan al corazón de Asia, esa llanura infinita y desierta, esa estepa interminable donde cabe la humanidad entera? Mientras han corrido los siglos, Rusia no perdió jamás la esperanza de ser una potencia mediterránea. Aún a riesgo de chocar con la

Gran Bretaña, los más altos representantes del pensamiento eslavo aconsejaron una acción directa contra Turquía para apoderarse de los estrechos. Pero la guerra no dió los resultados que se esperaban. Sólo estimuló la conciencia patriótica de los países balcánicos, que saludaron en el triunfo de Rusia el advenimiento de su libertad nacional y la agonía del yugo otomano. No obstante, si los intereses continúan actualmente siendo los mismos, los ideales en cambio son distintos. Nadie piensa hoy en el vasto imperio del zar sobre una posible oposición de Inglaterra a las aspiraciones rusas. "Constantinopla y los Dardanelos serán nuestros y no podrán pertenecer a otros", dice Rodzianko, presidente de la Duma. Más categórico es el diputado Krupenski, hermano del antiguo embajador ruso en Roma. "Marchamos a la posesión de Constantinopla y de los estrechos", exclama. En el mismo sentido, dando a sus frases un corte enérgico y decisivo, se expresan el general Stavrovsky y el almirante Skrydloff. No hay, para ellos, ninguna razón internacional que pueda destruir el legítimo sueño de la expansión eslava. Hasta los servios, unidos a Rusia por la base étnica de un mismo origen, han hablado por boca del embajador Spalaikovitch. Aquí el asunto se complica vivamente, porque Spalaikovitch apoya a Rusia en la esperanza de ser halagado con futuras concesiones en el Adriático. "Los servio-croatas particularmente, dice, nos felicitamos de que Rusia pueda al fin desembocar en un mar libre, porque nosotros también aspiramos a llegar al Adriático". Sin em-

bargo, uno de los dos órganos más autorizados de Londres, el *Times*, preconiza la internacionalización de los Dardanelos. Pretende, por otra parte, que se convierta a Constantinopla en una ciudad libre y perpetuamente neutral. Esta teoría, disgustando a los rusos, ha venido a disipar muchas ilusiones. Es claro que la apertura de los estrechos que comunican el Mediterráneo con el Mar Negro, resulta para Rusia una cuestión vital. Sin los Dardanelos, cerrados con llave los pasajes del Báltico, el inmenso imperio de los zares dependerá económicamente de Alemania. "Entre aliados no debe existir mala fe, escribe el *Ruskojo Slovo* contestando al *Times*. Rusia, con la mejor buena voluntad, está dispuesta a reconocer los intereses de Inglaterra en Egipto, en Arabia, en Mesopotamia. También está inclinada a aceptar a Siria como formando parte de la esfera de influencia francesa. Pero sin una solución definitiva en la cuestión de Oriente, ninguno de los fines de la guerra actual podrá ser alcanzado." El diario de Petrograd termina con una amenaza. "Constantinopla, dice, es no sólo el símbolo de la grandeza de Rusia, sino también de la paz del mundo." Todo esto quiere decir que la quimera del desarme universal se encuentra todavía muy lejos. A pesar de todo, la doctrina inglesa está más de acuerdo con la orientación del espíritu contemporáneo. Ella armoniza con los fundamentos morales de este gigantesco choque de razas. ¿No han repetido los mismos rusos hasta el cansancio, que los pueblos aliados luchan contra todos los imperialismos, que mueren

por amor a la paz, que se desangran para afirmar el principio desconocido de las nacionalidades? Rusia tiene razón cuando pretende emanciparse de Alemania y romper con el torniquete económico que ahoga el estallido de su vitalidad social. Rusia realiza una obra plausible y humana, una obra de verdadero interés político, cuando busca salida al Mediterráneo. Pero esa potencia no puede invocar ningún motivo nacional, ningún derecho histórico, ningún antecedente aceptable, para encastillarse en Constantinopla, fortificar los estrechos de acceso y disfrutar en su provecho exclusivo de una conquista que se debe al esfuerzo de Europa. No siendo dominio de nadie, Constantinopla podrá pertenecer a todos. Triunfante con la doctrina británica un elevado principio de justicia internacional, la paz humana no sufriría peligrosas perturbaciones cuando se tratase de ventilar intereses de Oriente. Mientras dure la discusión de ideas, no pueden admitirse debilidades. Dentro de algunos años, la tranquilidad universal será confiada a la custodia de Rusia. No es posible tomar el pasado como ejemplo. Ya sabemos lo que significa la incoherencia trágica de la historia. Mucho antes de que los intrusos de Mohamet hiciesen sonar el casco de sus cabalgaduras sobre las losas de Santa Sofía, otras razas habían sentido sobre el Cuerno de Oro el encanto de su fuerza dominadora. De nada ha valido al Islam haber ostentado la media luna durante cinco siglos sobre la cúpula de la catedral bizantina. Si hoy mandan los turcos de Enver Pachá, desde los Dardanelos hasta el Bósforo, si hoy el

mar de Mármara les pertenece, ayer dominaban los parthos, bajando de las orillas del Ponto Euxino como nubes de bárbaros, los tracios que se aventuraban sobre la Propóntida misteriosa, y los frigios que, llegando de Asia, mojaban sus naves extrañas en las aguas del Helesponto. En ese flujo y reflujo de almas, sólo queda la resaca olvidada, el limo humano que se pudre, hierve, fermenta, da nacimiento a nuevas razas y prepara el germen de otros ideales. Codiciada por el búlgaro Simeón, poseída por el persa Darío, soberana de Grecia con Filipo, humillada a Roma con Vespasiano, Constantinopla podría entregarse hoy a todos los pueblos que descienden de aquellas estirpes conquistadoras. Sobre las ruinas del bajo imperio, en la vieja decadencia latina, se cebaron atrozmente los chacales de la barbarie. No es de desear que el espectáculo aparezca de nuevo bajo nuestros ojos. El sueño eslavo puede provocar otra espantosa hemorragia. Junto a la carne despedazada de Turquía, alrededor del cadáver todavía palpitante, rondan en silencio los espectros del odio. No se presienten sino cuando se acercan demasiado, no se reconocen sino por su aullido execrable y salvaje. Es que en el fondo de los apetitos menos voraces, distinguimos el relámpago de la perfidia. Aprendamos a ser fuertes en nuestra inquietud. Esperemos tranquilos el desenlace de un drama que ha de empezar detrás del triunfo. La paz sólo es brillante cuando ahorra el dolor inútil. La victoria será sólida y eterna cuando coincida con la justicia.

V

## La evolución rusa

La alianza entre Francia y el imperio de los zares, que ya lleva más de un cuarto de siglo de existencia, fué considerada durante mucho tiempo como una de las garantías más sólidas de la paz europea. Esta sospecha tenía su fundamento sentimental. Se decía que esa alianza, no habiendo sido motivada por el juego de los intereses materiales inmediatos, se inspiraba en una honda simpatía afectiva. Se repitió hasta el hartazgo que esa recíproca penetración diplomática era una obra sólida, fuerte, hecha de sinceridad y de entusiasmo. Los hechos parecieron confirmar la visión profética de los idealistas latinos. En aquellas cuestiones que no podrían entrañar una ventaja directa para la prosperidad de Rusia, la monarquía eslava apoyó siempre la acción internacional de Francia. La política rusa tuvo sus consecuencias morales. Todas las energías de los estadistas eslavos afluyeron en el sentido de dar mayor popularidad al pacto histórico gestionado por Freycinet. Siguiendo las huellas de Francia, Rusia estuvo en Fashoda contra

Inglaterra. Luego, se declaró contra Alemania en Algeciras y Agadir. Siempre que al zar se le ocurrió marchar a París, fué recibido con igual regocijo. La obra de Alejandro III triunfaba por su propio impulso. Así es que la única tarea de Nicolás consistía en recoger, fuera del alcance de las bombas anarquistas, los copiosos laureles sembrados por su antecesor. Heredia, el magnífico Heredia de *Los Trofeos*, le dedicaba composiciones sonoras, y hasta Mounet Sully, frente al emperador, con su gesto altivo, dominante, copiado del teatro de Sófocles, le recitaba versos soberbios. "Sí. Tu padre ha ligado, con un mismo lazo fraternal y dentro de una misma esperanza, a Francia y a Rusia."

*Oui, ton père a lié d'un lien fraternel,*
*La France et la Russie dans la même espérance...*

Pero el brillo de las ceremonias no consiguió eclipsar en el seno de los partidos avanzados de Francia un sentimiento vivo de disgusto. Las noticias de las matanzas del 22 de enero de 1905, levantaron en París verdaderos torbellinos de indignación. A los labios de muchos diputados, en la misma Cámara, asomaron protestas ardientes. No obstante, el viejo y noble quijotismo francés debió llamarse a sosiego. Cualquier tentativa rebelde hubiera sido temeraria además de impotente.

*
* *

Max Nordau nos demostró entonces cómo la burguesía había comprometido en Rusia intereses valiosos. Fué necesario todavía que Francia agregase diez y siete mil millones de francos a los varios miles de millones que habían contribuído a sofocar el formidable movimiento revolucionario surgido como contragolpe de los franceses en Mandchuria. Sin embargo, Francia no se solidarizó con los compromisos de una clase única, no quiso compartir los errores de su engranaje capitalista. Prefirió herir la susceptibilidad de sus aliados antes que ver envuelto su nombre en un ultraje a la libertad humana y al derecho inviolable de los pueblos. Se ha explotado injustamente contra la gran nación este doloroso suceso, que según dicen sus enemigos, la obligaba a algo más que difundir discursos ruidosos y hacer valer protestas platónicas. Pero Francia, cercada de enemigos, no podía agonizar y desangrarse merced al capricho de soluciones extremas. Su ideal era la paz sin humillaciones, el respeto internacional sin bajezas. Basta para el genio libertador de Francia el hecho de haberse atraído el odio de las fracciones conservadoras del vasto imperio, de haber sugerido la formación de la Duma y los progresos constitucionales de la nueva Rusia. He ahí la victoria de la penetración ideológica de Francia, mucho más fuerte, y sobre todo, mucho más sincera que su invasión económica. En una época en que las ideas se sacrifican

a los intereses, este impulso moral de Francia tiene su heroísmo, lleva dentro de sí un significado supremo. Es verdad que, durante mucho tiempo, el espíritu francés ha vivido encantado con el espectáculo de una Rusia que lucha para libertar del yugo turco a los demás pueblos eslavos. El mismo Paul Deschanel, en su discurso del Trocadero, se empeña en confirmar este sentimiento de admiración. Nuestra alma latina se conmueve muy vivamente ante el esfuerzo de las razas que sufren y mueren en defensa del débil. Gustamos de las impresiones atroces donde se mezcla el dolor y la arrogancia. A pesar de todo, no hay que esperar en que estas flaquezas sean correspondidas. Toda manifestación moral tiene su asiento orgánico. Acordaos que D'Alembert no sabía reir porque su estómago digería muy mal. Los rusos no comprenden todavía los beneficios de la libertad, porque su organismo colectivo padece un vicio hereditario, sufre una larga enfermedad secular. "En caso de triunfo de la alianza alemana-austro-turca, dice en una revista argentina el publicista judío Wolff Nijensohn, las cosas tomarían para nosotros un rumbo bien sombrío. Asistiríamos, desde los primeros momentos, a una reacción política en Rusia, ante la cual las anteriores, dirigidas por Plewne y Stolypine, parecerán un juguete. El partido absolutista, conservador y antisemita ruso, compuesto por reaccionarios, a quienes repugna la alianza de su país con una república como Francia y una monarquía tan ejemplarmente liberal como Inglaterra, y que en la actualidad se encuentra algo callado,

pues en la intimidad de sus sentimientos es germanófilo, una vez terminada la guerra con la derrota de Rusia por Alemania, quedaría con la razón y veríase más fuerte que nunca. Es fácil imaginar lo que sucedería entonces.'' Aun triunfando las tropas aliadas, los términos del problema no serían distintos. Dentro del estado actual de las dos razas, dentro de su evolución contemporánea, Francia y Rusia son pueblos de ideales profundamente opuestos. Desde Napoleón, no se han encontrado en su camino. Naciones separadas por la inmensidad del espacio, sin litigios territoriales enojosos y fuera de la asechanza tendida por los intereses comunes, pudieron marchar juntas sin estudiarse, se sintieron capaces de inundarse de amor sin haberse comprendido nunca. Sus problemas futuros se resolverán lejos de las costas, a muchos kilómetros de tierra firme. El día en que Rusia salga al Mediterráneo, el día en que se encuentre frente a Francia, el día que descorra su velo misterioso ante las naciones occidentales, ese día señalará una etapa de gloria y de angustia en la historia de la humanidad. Rusia tendrá entonces suficientes fuerzas como para disputarle a Francia, a Italia y a Inglaterra juntas, el cetro de la navegación mediterránea. ¿Qué será del mundo en ese minuto soberano de sus destinos? El espíritu se resiste a soñar sobre algo terrible y extraño que no ha de ver esta generación, sobre esa fantasía prodigiosa que ha de brotar al pie de nuestra muerte. De las entrañas de Asia nos llega una tempestad de locura. De los desiertos ásperos, llenos de nieve, viene

mugiendo un soplo frío, el viento punzante, rudo como la coraza de un cañón, lastimero como la queja del hierro batido, el viento que ha de cantar su victoria salvaje al morir contra las primeras naves eslavas surcando las aguas azules del mar latino...

*
* *

La crisis militar de Europa significa una profunda transformación de la mentalidad rusa. Ninguna guerra ha sido tan popular en el inmenso imperio de los zares. La lucha contra el Japón fué estrangulada por un movimiento revolucionario formidable. No obstante una autocracia sin límites, Rusia hace oir su voz, el alma eslava se abre camino, forja su propio derecho en medio de las llamas. Leonidas Adreieff, entre entusiasmos delirantes, hace representar piezas teatrales donde se diviniza el martirio de Bélgica. Por otra parte, Máximo Gorki, sin ser molestado, ataca los viejos errores de la organización rusa, abomina de las absurdas persecuciones políticas de antaño, y finaliza defendiendo la adopción de los métodos técnicos y militares de Alemania, sin los cuales el imperio no podrá vencer nunca. El príncipe Kropotkine, desde su retiro de Londres, aconseja a los anarquistas rusos combatir bajo las banderas del zar. Y hasta Wladimiro Bourtzeff, en la lejana Siberia, siente quebrar sus grilletes de presidario, siente renovar el ideal de su vida, como si un genio milagroso surgiese de la llanura blanca para anunciarle la guerra implacable por el triunfo de la justicia y de

la humanidad. Rusia plasma lentamente su opinión pública. Como en Inglaterra, como en Francia, el mecanismo oficial forma hoy los órganos de la nacionalidad y no los resortes del despotismo. La sociedad eslava evoluciona hacia la democracia. Al resplandor rojizo del continente enloquecido, hecho bigornia y hoguera, Rusia se funde en Francia y se deja inundar por la oleada de las ideas latinas. Imposible detener la marcha del espíritu moderno. Una sola idea, volando al azar, estremece los fundamentos de la raza humana. De la misma manera, un solo protozoario, flotando sobre las aguas del océano, es capaz de poblar el universo. Una idea solitaria no es más que el protozoario de nuestra vida mental, la célula errante que ha de organizar la arquitectura de la verdad, el templo gigantesco de nuestra existencia íntima. Rusia ha sentido agitar dentro de sí misma las violencias de un mundo desconocido. La guerra contra el Japón fué una gran enseñanza. Los gobernantes aprendieron que no se puede vencer sin el pueblo. La muchedumbre no es una abstracción susceptible de ser eliminada en el cálculo de las probabilidades. Los pueblos son una realidad viviente, forman el músculo de los ejércitos, constituyen el exponente de la vitalidad nacional. Prescindir de las influencias morales de la multitud, borrar las fronteras de la opinión pública, es suicidarse. He ahí la fuerza de la Rusia actual. "Como Carlos XII en Poltawa y como Napoleón en Moscou, el emperador alemán vivirá para darse cuenta de que Rusia es indomable", escribía en el aniversario de la guerra el embajador britá-

ico en Petrograd. El espíritu crítico de los esla-
os corrigió las imperfecciones del imperio. El
ueblo se ha encargado de depurar la vida nacio-
al. "En estos tiempos de tempestades y de crisis,
grega el embajador, tanto las naciones como los
ndividuos muestran el metal con el que han sido
orjados. Jamás nación alguna se manifestó más
eroica que Rusia en las horas de prueba."

***

Pero lo que más conmueve no es el espectáculo le los generales que, atacados por la prensa, se de-rumban de los altos puestos donde los colocó el fa-vor imperial, ni la popularidad de los ministros que hoy hablan directamente a los obreros y que antes se disimulaban detrás de una muralla de ba-yonetas, ni el cambio radical en las costumbres po-líticas del zar, quien, deseando equipararse a los monarcas constitucionales de Inglaterra y de Ita-lia, desciende por primera vez a los escaños de la Duma para dirigir algunas palabras a los represen-tantes del pueblo, entre los cuales figuran campesi-nos humildes, calzando sus botas de labradores, el paisano atormentado durante siglos por el látigo de funcionarios abominables, el clásico mujik de gorro de pieles, con su larga blusa de lana y cintu-rón de cuero, el mujik que ha despertado de su sueño secular sobre la estepa y que hizo temblar los cimientos de la autocracia bajo la ráfaga de la re-volución. Nada de eso, a pesar de todo, nos emo-ciona tanto como pensar que la Marsellesa haya

llegado a ser en Rusia una de las canciones más populares. El viejo general Pau nos confiesa que, a su llegada a Petrograd, se enterneció hasta verter lágrimas cuando las bandas militares, coreadas por el pueblo, ejecutaron la Marsellesa. Lo que antes era un himno maldito, se ha convertido hoy en el rugido popular contra la invasión. Hoy la Marsellesa defiende los hogares contra Alemania, como en otro tiempo defendió las ideas contra la tiranía. Los mismos estudiantes que, con el canto revolucionario en los labios, vieron agonizar a sus compañeros fusilados en aquella mañana trágica de enero de 1905, marchan hoy al asalto y a la muerte entonando las estrofas sagradas. He ahí el gran milagro que provocó la casta militar prusiana al agredir a Servia por intermedio de Austria. Los Hohenzollern han hecho la resurrección eslava. Al contacto de la Marsellesa, Rusia ha fermentado en un torbellino de ideas nuevas. Es que la Marsellesa representa algo más que un espasmo efímero, que una pulsación moribunda. La Marsellesa solamente se concibe al estallar de un fuerte sentimiento de justicia o en la aurora de una gran revelación. Para Paul Adam ella es el consejo de los siglos, murmurado por los dioses tutelares de las naciones libertadoras. "El batallón parte, agrega, acompañado por una muchedumbre audaz que no quiere abandonarlo sin antes repetir la varonil estrofa que es el grito de la nación erguida. Pronto la multitud y los soldados se confunden en una misma polvareda. La Marsellesa es el canto del viejo Prometeo, orgulloso de haber arrancado el fuego del cielo y

le haber roto sus hierros, precipitándose, la luz en el puño, para alumbrar al mundo.'' El escritor proclama la asamblea de la justicia universal, de la paz universal, la asamblea inspirada por el genio de la Marsellesa, la fuerza que obligará el respeto de los tratados y de las convenciones mundiales. Un canto que derrumba muros infranqueables y que crea ciudades ignoradas, debe brotar forzosamente del alma de las edades. Pero la meta de los soñadores es un ideal de fraternidad. Amar demasiado equivale a confiar en el brazo ajeno. La Marsellesa es una debilidad del corazón. En medio de la sangre ella nos tiende lazos invisibles, nos incorpora a un culto de ternura y de sacrificio, nos abre las puertas de una religión inmensa en el dolor y en el heroísmo, y cuyo formidable misterio hemos comprendido cuando vimos a la Rusia autócrata arrojar al vacío su máscara ensangrentada y estremecerse bajo la tempestad de la música aborrecida, música diabólica que aulló sobre los tronos de Europa, que derribó los privilegios del despotismo y que fué el terror de quienes hoy la cantan frente a la fatalidad y a la muerte.

# VI

# BOCETOS DISPERSOS

I

## Los puños de Carpentier

Frente a los excesos espirituales de una raza visionaria, frente a los atributos de su sensualidad reflexiva, Carpentier había quedado como el símbolo más viviente de la fuerza dominadora, de la energía intelectualizada por la cultura y afinada por el cerebro. Como la Grecia de los juegos plásticos cantados por Píndaro, Francia ha buscado en los héroes de sus estadios, la suprema armonía de los músculos, el encanto tranquilo del vigor físico. No se trata de un país agotado en la especulación mental, ni de una familia de espíritus desintegrados en abstracciones inútiles, en lirismos sin objeto. No se trata de epicúreos tristes, ni de escépticos atormentados que desean aturdir sus sentidos con los arrebatos de la brutalidad y de la violencia. Por el contrario, nos hallamos en presencia de un conjunto de hombres para quienes el culto del esfuerzo material es el complemento necesario de la voluntad. Para Francia, valen tanto los puños de Carpentier como los poemas de Paul Fort. La arrogancia magnífica de Jean Bouin, el campeón de la carrera, no es menos digna de gloria que

la metafísica de Bergson, el campeón del pensamiento. Hemos comprobado en el curso de la historia que la conciencia francesa se ha regulado siempre dentro del ejercicio soberano de todas las facultades del alma. Pero el equilibrio de nuestros ideales nace donde termina la inteligencia y empieza la acción. Francia se ha modelado sobre voliciones conscientes, sobre la fuerza hecha subjetividad. Una vez hallada la fórmula, se ha recogido en su silencio augusto, en su penumbra discreta. Ningún gesto torpe le hubiera prodigado belleza, ninguna exageración le hubiera dado majestad. Rindió tributo a la robustez victoriosa del cuerpo sin pensar en hacerse groseramente fuerte. Nadie se ha valido del razonamiento filosófico para justificar el servilismo hacia el capricho de los poderosos, ni para proclamar la superioridad de la violencia sobre la justicia. No se ha pensado tampoco que la fuerza pueda ser la única verdad posible, la única razón capaz de abrirse camino.

*
* *

Los puños de Carpentier son la ruda expresión de esa modalidad francesa. Son masas de acero que la inteligencia ha hecho flexibles y elegantes; su carácter más atrayente está en el genio secreto que los anima. Pero todo lo que esos puños tienen de hermoso, lo tienen igualmente de inofensivo en la lucha cruenta de los ejércitos. Hubiéramos querido ver a Carpentier derribando enemigos a golpes. Pocas figuras nos hubieran resultado tan su-

gestivas como la de ese nuevo Milón de Crotona, ganando batallas a puñetazos. A pesar de todo, la realidad es muy distinta; su fina amargura nos perturba y nos desconcierta. Ante un fragmento de melinita, átomo de fuego donde va errante la fatalidad, los cuerpos más gigantescos se deshacen, los torsos más formidables se derrumban. No importa ostentar montañas de músculos cuando la metralla barre el campo con huracanes de hierro; de nada sirven dos brazos vigorosos cuando se eriza delante de nosotros el metal sombrío de los cañones. El armamento moderno ha suprimido las ventajas que conquistarían puños como los de Carpentier. Si la estética de la guerra ha perdido algo de su antigua grandeza, en cambio ha ganado en método paciente y en precisión científica. El más espantable de los colosos caería fulminado por la bala del fusil que manejase un niño. Por lo general, en las batallas actuales se salvan los débiles, sobreviven los enfermizos. Los más fuertes, los más fornidos, los de pecho más amplio, son los que caen primero. A mayor robustez, mayor blanco al tiro enemigo. En una época en que los hombres se matan sin verse, los puños de Carpentier están de sobra; son dos fantasmas que se asustan de sí mismos, dos espectros que amenazan al vacío y descargan su rabia en la soledad. Los seres más preparados físicamente deberían substraerse a la voracidad inagotable del dolor humano. Pero la suerte que los arrastra es para nosotros un signo al cual no hallamos explicación, está escrita en un lenguaje que no comprendemos. Lo mismo da morir

como Jean Bouin, o caer, desangrado y vencido, como Carpentier. Los mejores ejemplares humanos son los primeros en confundirse con las tinieblas, los elegidos para afrontar la cuchilla dura e implacable, que pasa suavemente sobre las filas dormidas y que siega los cráneos cuando empiezan a brotar al ensueño.

---

II

## El clarín Rolland

Se ha anunciado la muerte del clarín Rolland, el éroe de Sidi-Brahim. Después de los noventa y inco años de una vida llena de fatigas y de sobre-altos, desaparece el último sobreviviente de la con-uista de Argelia. Este hombre que ha visto tanto, ue ha vivido tanto, y que se apaga plácidamente n plena tragedia, debe haberse marchado llevando n los ojos la visión del paraíso militar muchas ve-es descubierto en el zoco áspero, junto a las pie-lras grises y calientes de los oasis, muchas veces resentido sobre la tristeza infinita de los arenales, ntre cargas a lanza y disparos de espingardas. En ebrero de 1914, Rolland salió de su pueblecito de acalm, en Aveyron, para hacer su último viaje a 'arís. Allí fué recibido afectuosamente, y Poinca-é colgó del pecho del veterano la cruz de oficial le la Legión de Honor. La tempestad se desenca-lenó sobre Francia cuando el viejo guerrero ha-ía tocado casi un siglo de existencia. El soldado ue alcanzó los tiempos de Luis Felipe, que vivió a epopeya sangrienta del duque d'Aumale, de

Bugeaud, de Cavaignac, que conoció las cóleras salvajes de Abd-el-Kader; el soldado que participó de las expediciones fantásticas de Medeah, de Buffarik, de Cherchell, se muere sin que se háya presentado a su espíritu la solución del enigma actual, la clave del problema europeo. Para Rolland, la guerra debió ser un juego brillante del heroísmo, la hoguera suprema que prueba la resistencia de nuestro sér. Esa asechanza terrible de Sidi-Brahim es la misma nota monótona que se repetirá eternamente en el pentagrama de la historia. Abd-el-Kader había conseguido diezmar a los franceses en una emboscada. Rolland se sintió arrastrar por el torbellino, hasta caer cubierto de sangre, con el muslo atravesado por una bala y el pie casi deshecho a golpes de yatagán. De la columna no quedaban más que catorce sobrevivientes, que resistían con un esfuerzo gigantesco el formidable empuje de los árabes. El día era ardiente. Las tropas se desgranaban muertas de sed, de hambre y de cansancio. Abd-el-Kader se hace traer a Rolland y le ordena tocar retirada. Rolland está pálido, desangrado, pero su puño se crispa sobre el clarín, sus labios se apoyan sobre el metal retorcido para tocar el paso de carga. A este llamado soberano, el capitán Gereaux precipita a los suyos en un vértigo de bayonetas. La victoria apareció entonces, sobre la lividez de la tarde, coronando tan espantosa mortandad. El caudillo árabe, ese maestro en las correrías del desierto, no pensó que su prisionero pudiese vivir mucho tiempo. Pero durante largos meses, el cautivo meditó su evasión. Una no-

che Rolland saltó la valla de pinos que rodeaba el campo. Los árabes lo ven, le disparan sus armas, lo hieren, se prenden violentamente a sus vestidos...

*
* *

No obstante, con esfuerzos desesperados, Rolland se libra de sus enemigos y consigue alcanzar el campamento francés. El general Cavaignac lo recibe con entusiasmo y lo hace caballero de la Legión de Honor. Rolland no atribuye importancia a sus hazañas, cura sus heridas y vuelve a la línea de fuego como si nada hubiese pasado. Otro día sorprende detrás de unas rocas un grupo de árabes con kepís franceses. Rolland los ataca y regresa a su puesto con diez y ocho fusiles. El sentimiento de admiración cunde por todas partes. "El general Cavaignac, escribe un biógrafo, no sabía cómo recompensar tan brillante proeza. No pudiendo nombrarlo oficial de la Legión de Honor, lo hace sentar sobre la cureña de un cañón, que luego desfila frente a las tropas formadas en línea de batalla." He ahí el héroe. Han transcurrido tantos años desde que el episodio de Sidi-Brahim surgió por primera vez bajo la pluma de los escritores militares, que su recuerdo tiene ya el perfume discreto de los pétalos que se abandonan entre las páginas de algún libro olvidado. Aun sin sacrificios, aun sin heroísmos, el clarín Rolland tendría para nosotros el misterioso encanto de haber vivido cuatro grandes épocas de la historia de Francia, de

haberse mezclado con los hombres de la restauración, de la segunda república, del segundo imperio, de la tercera república... En medio del sangriento huracán que azota a las viejas sociedades de Europa, un espíritu que se abisma en el silencio apenas merece cuatro líneas de comentario. Rolland no escapa a la ley fatal e inviolable. Si las balas lo respetaron, en cambio los años no le ahorraron ultraje. Ha muerto combatiendo en trincheras mucho más angustiosas que las que construyen los hombres. Ha caído luchando contra la inmensidad del tiempo, esa oleada sutil que no se ve ni se siente, pero que mina la base de nuestra alma y que derrumba todas las grandezas de nuestro corazón. Su destino es de otro mundo, su naturaleza pertenece a otra época. En esta hora histórica del universo, en este momento crítico de la humanidad, en que el heroísmo se contagia como una epidemia, Rolland se desvanece sin aniquilarse, se disipa en un relámpago de martirio, sin poder mezclarse en la lucha; se encarna en el sueño de los viejos guerreros de Oriente, que morían para animar en el infinito el cuerpo de los dioses y para alimentar la frescura de la leyenda con la savia trágica de lo delirante y de lo fantástico.

III

## El héroe antiguo

Sobre los declives fantásticos de Monte Nero, en una carga de demonios contra los austriacos, el coronel Negrotto encontró la muerte. Un notable publicista francés, Serge Basset, que sigue las operaciones, declara su acombro por ese admirable empuje italiano, que se abre paso al través de las encrucijadas y de las asechanzas, que busca la llanura como un torrente desbordado, que salta y que ruge en la más prodigiosa lucha de montañas que han visto los siglos. Por encima de todos los heroísmos, la pendiente de Monte Nero, cubierta por el manto escarlata de la sangre, quedará como el recuerdo más vivo, más profundo, de este choque gigantesco contra la naturaleza y contra los hombres. ''Los austriacos se imaginaban que nos arrojarían sobre el abismo, dice un testigo. No contaron con nuestros alpinos. ¿Sabéis lo que ellos hacían durante este tiempo? Habiendo partido de Caporetto, dieron vuelta la montaña por el lado opuesto. Como cabras, franquearon las pendientes, los riscos, las escarpaduras, los preci-

picios... Una vez alcanzada la cima, se ligaron con cuerdas y se dejaron deslizar, en una caída aterradora, sobre la retaguardia del enemigo.'' El momento era solemne. Una emoción intensa, un frío punzante y áspero, oprimía los corazones. ''Los alpinos, agrega el testigo, caían sobre los austriacos, como una lluvia guerrera.'' El enemigo, tomado entre dos fuegos, organizó una resistencia desesperada, hasta que la furiosa ofensiva de los italianos hizo nacer el desconcierto y el espanto. Los austriacos intentaron romper las líneas, quebrar el anillo de acero, el círculo maldito que cada vez se estrechaba más y más, implacablemente, como un lazo mortífero. Y entretanto, de lo alto de los picos, seguían lloviendo alpinos, descendían regimientos enteros sobre el declive ensangrentado. Los infantes enemigos que no fueron fulminados por la metralla, se vieron en la dura necesidad de rendirse. Por la tarde, las primeras tropas italianas entraban victoriosas en el fuerte de Pleka. La artillería había terminado su obra formidable. Pero detrás quedaba el calvario lleno de zarzas empurpuradas, adornadas con jirones de carne palpitante, quedaba el reguero del sufrimiento y del heroísmo. El triunfo no se alcanza sin lágrimas. En ese camino, todavía estremecido por el paso de carga, removido por las granadas, cayó para siempre el coronel Negrotto. Marchando al frente de un pelotón de entusiastas, un puñado de líricos enardecidos con el supremo ejemplo del jefe, el coronel Negrotto se sintió atravesar en las piernas, en el pecho, en el vientre, por mil agujas de

hierro. Un obús había estallado cerca del héroe. Negrotto se lleva la mano a las heridas recién abiertas. Pero la hemorragia no conoce barreras, la sangre se filtra al través de los dedos rígidos. Debilitado, vacilante, empuñando todavía la espada con un esfuerzo soberano, el coronel cae en brazos de sus soldados. Negrotto les grita que no se detengan, que sigan avanzando, que la vida de un hombre vale muy poca cosa ante la grandeza del ideal latino.

***

Llevado a la primera línea de ambulancias, los ojos del militar relampaguean aún en su máscara lívida. El cuerpo empieza a enfriarse. Un sudor helado abrillanta la frente del héroe, cae sobre su mandíbula enérgica, sacudida por hipos violentos. Pero la inteligencia, encendida a cada espasmo, iluminada a cada estertor, como la luz de un cirio que agoniza, vuela sobre las cordilleras y sobre los ríos, descansa al pie del hogar silencioso, de la casa alimentada por la esperanza, donde alientan los seres queridos. El coronel quiere incorporarse para escribirle a su hijo. Tarea inútil. Su tronco no tiene resortes, sus miembros parecen hechos de una materia inerte. Ya no hay ni sensibilidad, ni fuerza, ni calor. Entonces, Negrotto se hace traer recado de escribir y dicta a uno de sus hombres. El moribundo apenas puede abrir los labios y articular sus frases ebrias de dolor. "He aquí, hijo mío, la herencia que te dejo, exclama. Sé para tu

madre, ahora sola en el mundo, un hijo sumiso y lleno de respeto. Conviértete en su consuelo y su apoyo. En toda circunstancia, muéstrate probo, valiente e intrépido. No abdiques del orgullo de tu nombre de italiano, y obra de tal suerte, que todos tus actos concurran a la fuerza y la grandeza de nuestra patria.'' Las últimas palabras del héroe se pierden con su último aliento. ''¡Cuánta belleza, escribe Serge Basset, cuánta potencia grandiosa en esas frases dignas de la antigüedad, en esa terrible batalla de cuatro días librada sobre los declives abruptos de Monte Nero, en esa magnífica carga de los alpinos, por encima de los precipicios, sobre el fuerte de Pleka! ¿Quién podrá quedar insensible ante ese admirable florecimiento de las virtudes del alma italiana? ¡Cómo se comprende que nuestra hermana latina pueda estremecerse legítimamente de orgullo y de esperanza, al sentir en ella tan preciosos recursos de energía, tan altos impulsos hacia lo sublime!'' El heroísmo sin teatralidad, discreto y sereno, señala un nivel moral, una esencia íntima; marca con huellas eternas el derrotero de las razas. En nuestra época de apetitos y de concupiscencias, en nuestra época de cobardías dogmáticas y de comodidades voluptuosas, Negrotto resucita el viejo sacrificio del legionario de Roma, forjador de epopeyas y dominador de hombres. Es el héroe antiguo. Muere desangrándose, como Tráseas, el filósofo estoico; dialoga con la sombra, le arranca enigmas, le opone problemas sutiles, como Lucano, el cantor de Farsalia; cae derribado con la grandeza de Catón de Utica, el apóstol de los

oprimidos, que se atraviesa con su sable al conocer, con la derrota de Thapsus, el triunfo de los soldados de César. A pesar de todo, los romanos penetraron la eternidad. *Mors ultima ratio*. El espíritu de Italia renace en este heroísmo sin sombras, se detiene un momento a escuchar las palpitaciones del abismo, pero sigue adelante, busca vertiginosamente el reintegrarse en su idealidad secular, porque la muerte de los héroes no puede ser un estorbo para la vida expansiva de la nación. El tiempo falta para admirar y para gemir. Los sollozos no fecundan sino después de la victoria o del desastre. Alma de artista en cuerpo de centurión, polvareda que se pierde en la luz brillante de la estirpe latina, genio de silencio, chispa de misterio, tu aniquilamiento es el más conmovedor de todos, tu destino es el más augusto, porque se ha deshojado en la soledad como los pétalos de un lirio místico, porque se ha desgranado bajo la bóveda azul, en el oro de un atardecer de gloria, cuando los clarines de Italia cantaban sus himnos ardientes y la campana del Capitolio lanzaba al aire, con sus notas de bronce, la soberbia de su alerta inmortal.

## IV

# Jeannin

¿Habéis oído hablar de Jeannin? Su nombre, antes ignorado, es hoy popular en toda Francia. Nacido en Burdeos hace más de setenta años, Jeannin ejercía en Roanne la profesión de mercader de antigüedades cuando estalló la guerra. Entonces, el viejo sintió revivir intensamente el recuerdo de sus campañas de Argelia y de 1870. Enardecido por la evocación de su heroísmo juvenil, Jeannin intentó enrolarse como voluntario. Pero su concurso fué rehusado. De acuerdo con la ley, no podía ser admitido bajo ninguna forma. Pero Jeannin no se deja vencer. Espera la partida del regimiento 98.º, que debía realizarse el 27 de agosto, y se desliza en el tren. La gendarmería le intima la orden de descender, Jeannin se ingenia, burla la vigilancia, vuelve a subir, se le obliga a bajar de nuevo... Al fin, desesperado, mientras la máquina silba y el convoy se pone en movimiento, el viejo logra colgarse al estribo de uno de los vagones. Una vez llegado a las líneas, Jeannin cambia su traje con el de un artillero. Nuevo contratiempo. El

preboste se asombra al encontrar un artillero con la barba blanca. Jeannin es arrestado como espía en Rambervillers. Pero sus documentos están en forma, las medallas militares que luce en su pecho son auténticas. No hay más remedio que ponerlo en libertad. El viejo se irrita, gesticula, protesta. Olvidando su uniforme de artillero, corre hacia las trincheras de la infantería, donde es detenido de nuevo. No obstante, Jeannin es puesto en libertad y consigue batirse valerosamente. Herido el 9 de septiembre, el anciano soldado se ve en la necesidad de hospitalizarse. A pesar de todo, Jeannin abandona su forzada reclusión, valiéndose de estratagemas peligrosas, para alcanzar otra vez la línea de fuego. En la noche del 4 al 5 de diciembre, sobre la línea del Aisne, el septuagenario es alcanzado de nuevo por las balas del enemigo. Esta vez las heridas son graves. Pero Jeannin no ha perdido su fortaleza. Ríe, grita, bromea. Pero, después de conversar ruidosamente con los médicos, el soldado pide que lo dejen solo.

*
* *

Una vez que el silencio se abate sobre la gran sala llena de dolor, el herido inclina su blanca cabeza sobre las almohadas, entorna débilmente los ojos y empieza a soñar. Su espíritu se inunda de imágenes, se llena de recuerdos. Jeannin se ve en su pequeño comercio de Roanne, rodeado de cosas frágiles y artísticas; sus manos, quemadas por la pólvora, pasan torpemente sobre relicarios sun-

tuosos del tiempo de Luis XV, vasos etruscos, ánforas pompeyanas, exergos primorosamente cincelados, medallas copiadas de Benvenuto, a las cuales algún artista moderno ha puesto la pátina descolorida del tiempo... Toda la edad clásica, todo el renacimiento, todas las grandezas del pasado se amontonan en forma de marfil pálido, de oro muerto, de pequeños juguetes falsificados, de estatuillas contemporáneas que el anticuario ha sabido disfrazar con una máscara de impenetrable vetustez. Jeannin es un místico de la guerra. Sus virtudes de asceta lo llevaron hacia un sacrificio premeditado. El viejo supo desangrarse después de madurar un largo proceso espiritual. Ha preferido la estética íntima de la matanza a los deleites pasajeros de su vanidad de coleccionista; ha trocado el nácar delicado y brillante por el acero rudo de la muerte. Los ideales se substituyen con más perfección que los órganos. La fisiología de nuestra conciencia renueva a cada rato su mecanismo secreto. Como Plotino, que aseguró haber visto a Dios cuatro veces, Jeannin ha sentido también la belleza trágica del desastre, la divinidad de la muerte. No le ha sido necesario abrir los ojos para contemplar el espectáculo. Simplemente, ha querido soñar, llevar a cabo el esfuerzo más querido de su raza. Francia misma realiza sus ensueños en medio de torbellinos incomprensibles, con vagas palabras de somnámbulo, con gestos formidables y delirantes. "Recógete en ti mismo; pero antes prepárate para recibirte", escribió Montaigne, el más profundo de todos los pensadores franceses de su

tiempo. Nosotros mismos debemos prepararnos los honores de nuestra propia recepción. El mundo que tanto amaba Teresa de Avila, el brumoso castillo interior, arde, se ilumina, se llena de luces parpadeantes. Esta fiesta subjetiva de nuestro pensamiento no tiene cronistas. Podrá Jeannin reclinar su cráneo sobre los lienzos crujientes e inmaculados. Nadie adivinará lo que se oculta detrás de esos párpados que caen pesadamente, nadie sospechará lo que hay en el fondo de esos ojos que miran sin ver...

## V

# Guerra de muñecas

Las llamas de la conflagración universal que estamos presenciando, han penetrado ya en el mundo sonriente de los juguetes, han hecho restallar su chasquido lúgubre, su voz infernal, en el recinto apacible de los primeros sueños del hombre, en ese paraíso reluciente y fantástico, poblado de palacios magníficos, atiborrado de porcelanas tersas, donde los gestos tiernos y los rostros fríos se confunden con muecas pintadas sobre labios de cartón y con gorjeos de hadas sutiles, hechas de encaje, de pájaros maravillosos que presiden la orgía del ruido y del color. Francia ha aprovechado el dominio del océano para llenar con los productos de su arte el vacío de la industria alemana paralizada. Y a fe de jueces imparciales, hay que declarar que la campaña se ha iniciado con bastante éxito. A las fascinaciones de la feria de Leipzig, donde los juguetes se amontonaban como suntuosos frutos de algún país de prodigio, veremos suceder los encantos de la feria anual de París. Es que ese secreto de magos constituye un arte esen-

cialmente francés. No sólo los soldaditos de plomo cambiaron sobre el Rhin sus punzadas fugaces y perpetuaron su lucha silenciosa sobre el planeta. Hasta las muñecas se hicieron la guerra con sus pequeños dientes deliciosos y con sus rollizas manecitas sonrosadas. La gruesa muñeca alemana, de grandes ojos azules y cabellos pajizos, muñeca torpe y de mal gusto, la vieja Gretchen convertida en nodriza, ganó por asalto todos los escaparates. El genio francés fué vencido por esta muñeca fácil, trivial, desgarbada, y tan barata, sobre todo tan barata, que, sin temor de ser rechazada, podía colgarse del brazo del primer transeunte. Cada pueblo retrata en los juguetes su propia psicología. La muñeca francesa, esa frágil y delicada creación de Jumeau, era demasiado complicada, demasiado cerebral para ser comprendida. Con sus mejillas frescas, con su boca amable, con sus ojos resguardados por largas pestañas, con sus modales de cortesana inteligente, ella no podía mover más que las sensibilidades sin fatiga, intelectualizadas por una larga civilización secular. He ahí la muñeca elegante y rítmica, la obra de arte llena de movimiento, de voluptuosidad, de fiebre, donde Francia ha puesto una chispa de su alma inmortal. El genio que modeló las muñecas, dice Anatole France, "no les otorgó más que la virtud de la sonrisa." Si esas carnes rosadas carecen de voz, si la palabra falta, en cambio la imaginación sobra para suponerla y para crearla. En esos paisajes de plantas deslumbrantes, de visiones azules y de enanos bondadosos, la fantasía reina como sobe-

rana. Por eso, resultará una empresa gigantesca arrebatar a Alemania la ilusión que nos había forjado. No obstante, para los franceses, un triunfo espiritual de esta naturaleza, sería el mejor complemento de sus victorias estratégicas. El éxito no reside sólo en inventar muñecas sólidas, risueñas, flexibles, que no pierdan sus crenchas rígidas, que no ostenten su cráneo pelado de conscripto prusiano. El secreto consiste en darles también un espíritu, en infundirles una llama sagrada de vitalidad, con todos sus atributos de emoción, de fuerza y de belleza.

*
* *

"Los fabricantes de juguetes, escriben de Francia, han puesto manos a la obra, creando nuevos modelos y reorganizando su industria sobre nuevas bases. El presidente de la cámara sindical de fabricantes de juguetes, señala la actividad de los industriales en muñecas, quienes han interesado en su labor a un grupo de artistas, compuesto de escultores, pintores y escritores, grupo que se ha puesto en campaña para facilitar los medios de crear una muñeca genuinamente francesa. El Ministro de Bellas Artes no ha vacilado en recurrir a la gran manufactura de Sèvres. Y el célebre establecimiento, a pesar de la reducción de su personal, cuyas dos terceras partes se encuentra en las trincheras, no ha vacilado en ponerse a disposición de los industriales". Como se ve, para alcanzar un mismo fin, Francia ha movilizado sus artistas y

ha interesado al mundo oficial en esta profunda renovación de su industria. "El éxito ha sido completo, agrega el informe. Los dos primeros modelos que se van a lanzar, no solamente en Francia, sino también en Europa y las dos Américas, crearán una verdadera revolución en el mundo del juguete. La marca que les ha dejado la gran manufactura de donde han salido tantas obras maestras, será inimitable. La muñeca francesa no temerá ya la competencia de las muñecas germánicas, que las fábricas de ultra Rhin vendían por cientos de miles''. La información termina con un escrúpulo de artista. Su autor parece asombrarse de que los industriales alemanes no se muestren inquietos ante la fealdad de sus muñecas. No importa que se vendan en los mercados mundiales estas Margaritas sin gracia. Hay una fatalidad misteriosa que las marchita y que las arrastra al abismo. Con estos juguetes acontece lo que en una riña de mujeres. La linda siempre triunfa, no porque sea linda, sino porque tiene las uñas más largas. A la mujer fea le falta tiempo para acicalarse. Creyendo embellecer en fuerza de retoques, se corta las armas de su defensa. La naturaleza ha dado a la rosa perfume y espinas. Mientras la belleza se forja sus corazas, la fealdad se desarma a sí misma. Francia ha puesto algo más que materia inerte en esas figuras débiles y brillantes, que pasan como luces efímeras y que se quiebran en las manos de un niño. Ha volcado allí toda su discreta ironía, todas sus formas ligeras, todas sus ternuras armo-

niosas. En esta guerra de porcelanas pálidas, donde la mano de los maestros pone una mancha de rubor y de frescura, un tinte de fresa en sazón, Francia lleva la ventaja de su fragilidad elegante, de su entusiasmo infantil, de su gracia frívola. Ello no quiere decir, a pesar de todo, que esas manos suaves no sepan herir con gallardía. Dormidas ahora las muñecas de Francia, hacen sonar del fondo de su alma el canto agrio de tanto dolor amontonado, de tanta bajeza desnuda, de tantas heridas espantosamente abiertas, el canto sombrío que agonizará pronto para dar paso al cascabeleo de la burla y de la alegría, a la música de resurrección que nace con la aurora y que se confunde con el despertar de los hombres.

VI

## El monóculo de Cassagnac

Una vez llegados a la línea de la frontera oriental francesa, frente a las posiciones enemigas, el capitán de la compañía se dirigió a Guy de Cassagnac.

—Antes de la noche, debemos apoderarnos de las trincheras alemanas. Esta es una empresa loca. Ninguno de nosotros volverá. Pero abriremos el camino a los que han de marchar detrás....

El rostro del célebre polemista se iluminó con una sonrisa. Se le ofreció la oportunidad de demostrar que él era el último gascón, el último miembro de una familia artística y heroica, cuyo recuerdo flota todavía en las leyendas poéticas del sur de Francia.

—Muy bien. Me sentiré feliz al morir en tierra de Alsacia—exclamó.

Después, Guy de Cassagnac organizó a sus soldados, se ajustó el uniforme y se caló el monóculo. Luego, desnudó su espada y cargó a la muerte. Nadie volvió a su puesto. Sus cadáveres sirvieron de trinchera a los nuevos atacantes... Pero Cas-

sagnac, con su gesto supremo, afirmó los prestigios de una raza que es elegante hasta para morir. La última hora lo sorprendió con la pipa en los labios y el monóculo oprimido bajo las cejas. Cargar con monóculo debe haber sido una preocupación en este hombre caballeresco, que identificaba la espada con el pensamiento y que colgaba las ideas de la panoplia roja, como si ellas fuesen sables de esgrima. Guy de Cassagnac era elegante para discutir y para pelear. Sus frases nerviosas resplandecían como aceros, y sus estocadas eran más convincentes que sus editoriales. Una misma estética lo acompañaba en sus duelos y en sus conversaciones. Esta guerra que mancha las bellezas naturales con puntos sombríos, que apaga los resplandores de la aurora, que seca la frescura de las praderas, tenía que chocar forzosamente con su espíritu delicado, discreto, hecho para sensaciones menos groseras. Las matanzas humanas sólo encantan cuando se miran desde lejos. Se parecen a las telas de los mejores artistas, donde uno sorprende pinceladas brutales, toques incoherentes, cuando acerca demasiado los ojos.

* * *

El monóculo de Cassagnac es el cristal mágico que oculta la fealdad miserable del espectáculo. "Todas las felicidades se parecen, decía Tolstoi, pero cada infortunio tiene su fisonomía particular". La obra de los espíritus fuertes consiste en poner la desventura al mismo nivel de la fortuna,

Debemos cubrir nuestra pupila con el vidrio fantástico que nos hará ver la guerra como si fuese un banquete magnífico, un vistoso torneo de trovadores. El militar es quien necesita mayor idealidad para llegar hasta el fin sin ninguna flaqueza. Galante y fino, enamorando a las damas con modales recatados, el militar debe empezar por rendir corazones antes que fortalezas. En la tierra gala no puede ser gran soldado quien no ha podido ser buen amante. Aquel inolvidable capitán que nos pinta Zola en la mañana de Sedán; aquel elegante Beaudoin, todo perfumado, con las botas lustrosas y el bigote lleno de cosmético; aquel estoico oficial que llega al campo de batalla para morir, enfundado dentro de su uniforme irreprochable, sin una mancha, sin una arruga, nos resulta el Cassagnac un poco irónico que ha vivido en todas las épocas de la historia de Francia. El capitán Beaudoin, después de haber pasado la noche con su querida, se dirige al sacrificio como si marchase a un baile. Como buen francés, no se prosterna más que ante dos altares, el amor y la muerte. Y ya que la fatalidad habrá de visitarlo, Beaudoin la saludará con las manos enguantadas. Beaudoin y Cassagnac son una misma cosa, los forjadores de un mismo destino. Reciben la visita de la intrusa con traje de gala, y le brindan los honores suntuosos de la recepción. Después que una literatura pecaminosa se dedicó a difamar todas esas legendarias virtudes, el bueno de Scribe exclamaba amargamente que Francia tenía costumbres mucho más honradas que sus escritos. Pero lo que resulta indis-

cutible es que ninguna nación ha mantenido con tanta firmeza la integridad de esa educación idealista, cuando sólo triunfan los instintos más bajos, vencen los apetitos más sórdidos y se abre paso el materialismo más repugnante. El monóculo de Cassagnac es el sueño de toda una estirpe que no quiere morir sin belleza. Para que Francia pierda su puesto en el mundo, necesitaría perder antes todas las maravillas de su universo subjetivo. Pisoteado por el casco de los caballos, deshecho por los carros de la artillería, el monóculo de Cassagnac se ha convertido en la arenisca blanca que crece y se multiplica por todas partes, en el polvo lírico que cae como una lluvia sobre toda la Francia.

VII

## El saludo del muerto

La escena pasa al norte de Francia, en las proximidades de Senlis. La batalla fué tan espantosa, la tierra sudaba un hedor tan abominable, el aire era tan sofocante, que el cronista que nos describe el episodio, nos recuerda los versos amargos de Emile Verhaeren. Y en verdad que "el viento parecía beber sangre y blasfemias". La compañía luchó desesperadamente durante toda la tarde. Había sufrido pérdidas considerables y recibió la orden de abandonar el campo, de batirse en retirada. Con el vientre desgarrado, el teniente cayó contra un macizo de bejucos. Sus ojos en blanco miraban hacia arriba, y sus manos pálidas se crispaban sobre la empuñadura de metal. Entre tanto, el enemigo avanzaba en masas cerradas. Detrás de las vallas de una granja aparecía el mar humano, un mar agitado, hecho con uniformes grises y cascos puntiagudos. No había tiempo que perder. Ya no quedaba más que un puñado de héroes encarnizándose en la defensa sin objeto, hostigando a la fatalidad dominadora y silenciosa. El teniente permanecía recostado contra las malezas. Digno, severo,

con el kepis aún sobre el cráneo erguido, la rigidez de la muerte no le había quitado su actitud de mando. Un soldado con el capote lleno de barro y el fusil roto, se acerca al cadáver del oficial. Parece un fantasma lívido, con su frente descubierta, sudorosa, y sus ojos brillantes de fiebre. El soldado mira a su jefe muerto, y de sus labios se escapa un débil quejido.

—¡Ah!... ¡Si pudiéramos llevarlo!

Pero es imposible. Ya se percibe el rumor de la marea que sube, el ruido de los escuadrones que golpean la tierra. Un galope que viene de lejos, un trueno de carga, puebla el espacio de vibraciones insólitas, de estruendos formidables. Y mientras los hulanos se aproximan, los franceses siguen cayendo, uno a uno, volteados por hoces invisibles, tumbados como figurillas de cartón. Los últimos sobrevivientes se agolpan al lado del capitán. Sentado sobre la hierba, el oficial muerto parece seguir en silencio todos los movimientos de sus compañeros.

***

Los papeles, las cartas, los apuntes íntimos, todo lo que el teniente llevaba encima, había sido recogido antes que el cadáver cayese en manos de los alemanes. Antes de alejarse para siempre, el capitán se inclina sobre el muerto y lo besa en la frente. El narrador anónimo nos cuenta que a esta altura del drama, ya muy avanzado el crepúsculo, el escenario se ilumina con los fugaces resplando-

res de las granadas que estallan alrededor de los héroes y que abren abismos en la tierra. Ya los prusianos suben; se puede decir que su aliento llega hasta el lugar donde el oficial los recibirá sentado. Entonces, los pocos franceses que todavía no han marchado, pasan delante del muerto y le estrechan la mano. Cuando los enemigos alcanzan a pisotear la tierra devastada por la metralla y enrojecida por la sangre, se sorprenden ante la figura impasible de un oficial que los espera, sin espantos ni angustias, y que los saluda afectuosamente con el brazo inmóvil, levantado en alto como un estandarte. El saludo del muerto es el símbolo más grave y discreto de la caballerosidad gala. Nada más terrible que perpetuar en la eternidad la gentileza de una raza, nada más trágico que ese mudo ademán después de la muerte. En su héroe desconocido, Francia ha saludado lo que ya no puede saludarse. Desaparecer en medio de abrazos y de sonrisas tiene su punzante sarcasmo. Pero es más ferozmente irónico, más sangriento, más cruel, desprender del tronco por donde ya no circula la savia, las briznas frescas y el follaje todavía palpitante. Hasta los hombres rudos viven de abstracciones. El saludo del muerto llegará a sugerir el encanto en los espíritus más vulgares, a fascinar los cerebros más burdos, las conciencias más pesadas. El genio de las razas se revela por la riqueza de sus gestos. Ved a Roma llena de movimientos soberbios y de posturas vigorosas; ved a Grecia poblada de palabras claras y de ademanes rítmicos. Francia ha puesto en la barca de Caronte el tesoro de sus ca-

prichos armoniosos. Le ha sobrado genio para vencer a la muerte, y es por eso que ha colocado en la inmensidad sus muecas elegantes y sus gestos heroicos.

---

VIII

## La estatua del general

Un escritor francés, Jean Lecoq, nos relata la resonante hazaña del general Poillüe de Saint-Mars, llamado el padre del soldado. Como el Cid, el viejo militar acaba de ganar una batalla después de muerto. Su estatua, de perfiles enérgicos, ha salido victoriosa en una prueba terrible. El narrador nos cuenta que Poillüe de Saint-Mars era un jefe severo y paternal, "adorado por sus tropas, un verdadero pastor de hombres, de la raza de los Bugeaud y de los Castellane". Cuando en 1896 se despidió del 12.° cuerpo de ejército, que estaba bajo su comando, el general Poillüe escribía que llevaba consigo "el inolvidable recuerdo del soldado francés, ese ser inteligente, simple y bueno, que da alegremente a su país varios años de su juventud, que sufre sin quejarse, que se sacrifica con una abnegación sublime, y que muere a menudo obscuro y radioso..." El ilustre militar tenía el delirio de su carrera, había desnudado el alma de los hombres que formaban la gran legión de los defensores de Francia. Cuando Poillüe murió,

Condé-sur-Escant, su ciudad natal, confió al escultor Joseph Carlier la tarea de levantar, sobre un alto pedestal, la figura grave y reflexiva del patriarca. "Junto a la estatua—agrega Lecoq—se había colocado en guardia, con el arma al brazo, un sorbebio soldado de infantería, fieramente erguido, uno de esos infantes franceses que, durante toda su vida, habían sido el amor del jefe desaparecido." Es muy justo que los alemanes, en país enemigo, se encarnicen con todos los monumentos que celebran glorias militares. No hay nada más razonable que el propio heroísmo. En Bélgica, por ejemplo, cuando pasaron por el campo de Jemmapes, las tropas imperiales derribaron el monolito elevado para perpetuar la victoria francesa de 1792. El bronce de Poillüe no podía escapar a los ultrajes del plomo enemigo. Sus rasgos austeros tendrían que sufrir fatalmente la ofensa de los invasores. El escritor que nos trasmite la anécdota, afirma que la presencia del soldado en guardia, firme y altivo, que parecía mirar indiferente el pasaje de las tropas, exasperó a los prusianos. Uno de los jefes ordenó que el monumento fuese echado abajo. Se trajeron cuerdas, lazos, correas... La estatua fué ligada sólidamente, pero resistió todas las violencias, defraudó todas las tentativas.

*
* *

El general y su custodia quedaron en pie. Furiosos, enardecidos por la impotencia, los alemanes dispararon sus armas. Pero las balas se aplastaron

contra el metal; apenas si produjeron algunos leves rasguños. "El bronce era de buena calidad, añade sarcásticamente Lecoq. No procedía de Alemania". Vencidos en sus deseos, cansados en sus propósitos, los invasores abandonaron la estatua. Se ha querido deducir una moral reconfortante de esta extraña victoria del general Poillüe de Saint-Mars. Se ha buscado interpretar el presente y desgarrar el velo que nos separa del porvenir. El hombre quiere crearse un mundo a su antojo, pretende ir más allá del alcance de sus sentidos. Hasta hace poco creía en la voz sibilina de las agoreras; había escudriñado sombras y revuelto archivos polvorientos. Ahora cree que Poillüe es el símbolo soberbio de la resistencia francesa. El general no se había hecho famoso en ninguna batalla. Pocas personas conocían su nombre. Hasta nosotros no había llegado el eco de ninguna de sus proezas. Pero he aquí que la silueta del jefe se precisa sobre el horizonte, se hace más clara, se descubre en todos los detalles. Poillüe se afirma sobre sus cenizas, se agita, toma nuevas energías, anima el bronce, sale fuera de sí mismo para vencer. Es verdad que su triunfo resulta completamente pasivo. Su fuerza, silenciosa e inmóvil, sabe rechazar ataques y confundir adversarios. Ella ha sido la muralla donde ha chocado infructuosamente todo el poder moral de los germanos, la fortaleza desconocida, el dique oculto bajo el torbellino de los ejércitos, pero que llega a contener un minuto el vértigo de la pólvora y la furia insensata de la invasión. El episodio de Condé-sur-Escaut no es

más que una enseñanza dispersa, un dato flotante que servirá más tarde para irritar el espíritu de la raza. Lo que Poillüe no sospechó jamás, fué que podría algún día, después de dormir bajo la tierra, ser capaz de fermentar en un enjambre rumoroso de ideas nuevas y reparadoras. Ha llegado en el momento oportuno. En los grandes instantes de angustia nacional, de crisis colectiva, una esperanza es una fuerza efectiva, un paso augural. El general Poillüe ha dado a Francia, en un minuto de amargura, la ilusión de su bienestar, de su confianza íntima. No ha necesitado para ello más que resguardarse con el escudo del arte, el bronce inmortal, que aplasta las balas, deshace la metralla y convierte en polvo los siglos.

IX

## La espada del rey

La prensa francesa nos dice que el escultor Fétu, después de un año de paciente trabajo, acaba de terminar la espada que el pueblo de París encargó, por suscripción pública, para obsequiar al rey de los belgas. El maestro ha cincelado su obra como si fuese un talismán de prodigio. La empuñadura está formada por una pequeña estatua de oro macizo, que representa la figura de un joven belga cuyos músculos de atleta, retorcidos en un supremo esfuerzo, se pliegan maravillosamente sobre la maza erguida para la defensa. Debajo de la guarnición se lee la arrogante respuesta que el rey, fuera de sí, arrojó al embajador de Alemania que le mostraba una carta autógrafa de Guillermo II. *On ne passe pas!* En esmalte azul y rojo aparecen las armas de la ciudad de París, la cruz de la Legión de Honor, la cifra 1914, hecha con engarces de brillantes, y la divisa *Fluctuat nec mergitur.* Luego viene la dedicatoria, una inscripción sobria, rodeada de laureles, con incrustaciones de rubíes y esmeraldas. La hoja, templada en buen ace-

ro de Saint-Etienne, con panoplias y grabados simbólicos, lleva esculpidos los versos de Richepin:

*Droite, sans tache, sans effroi*
*J'ai pour âme ton âme, ô roi.*

Contra la costumbre general, la espada será ofrecida fuera de su vaina. Esto quiere decir que el acero no deberá abatirse hasta tanto Bélgica no sea libertada. El regalo tiene su simbolismo terrible. Bélgica esperó más de los tratados que de la fuerza, confió más en la lealtad humana que en el poder de su espada. Una prueba de que no pensó en la guerra, una prueba de que su pretendida complicidad con la Gran Bretaña resulta una mentira, es que Bélgica, ocupando el cuarto lugar como potencia financiera y con una densidad de población asombrosa, hubiera podido movilizar un ejército dos veces más fuerte, verdadera máquina de combate destinada a contener los primeros choques, capaz de cubrir sólidamente toda la frontera con Alemania y de permitir el avance francés hacia el Rhin. ¿No se ha hablado hasta el cansancio del progreso constante de nuestros sentimientos de pureza? Ni el rey Alberto, ni los estadistas, ni el pueblo, creyeron que la moral humana hubiese permanecido a un nivel tan bajo. He ahí su gran culpa.

***

Se pensó que no era posible desgarrar a cañonazos un compromiso sostenido con el honor. El bien es la excepción en la vida. Fuera de lo naturalmente perverso, encontramos el limo viscoso y amorfo de lo convencional. El honor es una moneda que cambia de valor con las épocas, que no se cotiza de la misma manera en todos los pueblos. La moral se hace sobre medida, como la ropa. Habéis penetrado el escepticismo frío de un Marco Aurelio, cansado de manosear el mal, con la toga salpicada por el fango de sus semejantes; habéis leído la desconfianza soberana de Maquiavelo, tan ignorado como calumniado, que nos enseña a acechar al enemigo con los puños crispados; habéis descubierto en La Rochefoucauld la gran verdad de su egoísmo de mármol, misterioso y áspero, que repugna a los débiles y a los farsantes; habéis visto en Nietzsche la tempestad filosófica de la fuerza, la furia cerebral desencadenada sobre el planeta, la brújula enloquecida que vacila en la inmensidad y que señala siempre derroteros de sombra. Todos se burlan del derecho transformado en papel escrito o desprecian la bondad con máscara. Parece que el mundo fuese modelado por las corrientes de la maldad. No importa que diga otra cosa esa hipocresía humana que construye nobles quimeras, que tuerce las conciencias y que falsifica los ideales. Nuestra historia de hombres es la crónica de la mala fe y de la traición. Si el pue-

blo de París hubiese regalado al rey de los belgas, lujosamente encuadernada y con fastuosas inscripciones en oro, una colección de tratados internacionales, la humanidad se hubiera sentido exasperada, sublevada, herida por tan abominable sarcasmo. ¿Es que los tratados ya no sirven más que para usos higiénicos? Nada de eso. El derecho existirá mientras haya fuerza capaz de sostenerlo, de hacerlo valer, mientras la muerte en armas pueda infundir respeto a los agresores. El pedazo de papel cubierto de firmas, puede ser aún una garantía de seguridad. Sin embargo, a los belgas les costará mucho trabajo creerlo. La realidad es más sangrienta que Aristófanes; está poblada de ironías crueles, de sátiras amargas. Un predicador católico, encaramado en el púlpito de Hazebrouck, el 11 de julio de 1915, dejó caer de su sermón frases implacables. Dijo que la destrucción por el fuego de las ciudades belgas era el castigo de Dios; dijo que se renovaba en Bélgica el martirio bíblico de los pueblos sacrificados por el furor divino, condenados por su propia inmoralidad. El abate Lemire replica al sermón con cuatro frases evangélicas. "Se sufre por otro, dice, y es la ley de la solidaridad. Se sufre para engrandecer el alma, y es el sacrificio. Se sufre por el triunfo de una causa, y es el martirio. El rey y el pueblo belgas son los testigos del derecho. Es su martirio, es su sufrimiento, lo que ha creado a Bélgica un alma común. Ella ha edificado su unidad nacional en el honor, en el sacrificio y en la

sangre''. Para algo sirve la fuerza donde vibra el espíritu de la justicia. La espada del rey se anuncia en un instante luminoso, llega en el momento en que el pueblo que se desangra en veinte meses de choques formidables, con un heroísmo sin ejemplo, rechaza altivamente las palabras pacíficas, alimentadas a costa de su dignidad, cierra los oídos a la música de la dicha, al canto enervante de la fortuna, y se apresta a empuñar con más gigantesca energía el acero desnudo, el único consuelo en el desastre, la única firma que mata, pero que no sabe engañar...

## X

# El beso de Francia

En el *Bulletin des Armées de la République*, un oficial nos cuenta la llegada de Joffre a tierras de Alsacia. Las autoridades republicanas iban a quedar constituídas después de cuarenta y cuatro años. Con tal motivo, se desarrolló en la ciudad de Thann, reconquistada por las armas francesas, una ceremonia conmovedora. Aquella mañana, el generalísimo entró en la alcaldía sin anunciarse. La sala estaba llena de comerciantes, de industriales, de aldeanos. Todo el mundo quiere estrechar las manos de Joffre. Los labios se tuercen, las piernas vacilan, los bigotes grises se humedecen con lágrimas, los rostros se crispan por la emoción. El taciturno saluda a todos. Su frente serena, donde palpita la victoria, se inclina hacia la tierra silenciosamente. Pero de pronto, el general levanta su cráneo melancólico, estremece toda su alta talla soberana y dominadora. "Nuestra vuelta es definitiva, exclama. Vosotros vais a ser franceses para siempre. Con sus libertades, Francia os trae

el respeto de vuestras libertades, de vuestras tradiciones, de vuestras ideas, de vuestras costumbres. Yo soy la Francia. A vosotros, que sois la Alsacia, yo os traigo el beso de Francia." A las primeras palabras, todos enmudecen. Pero cuando Joffre termina, todos se abrazan llorando.

*
* *

Después de trascurrido más de un siglo, se reproduce una escena parecida a la que vieron los muros de la casa de Dietrich, el anciano alcalde de Strasburgo, cuando, por primera vez, los oídos humanos sintieron los acordes eternos de la Marsellesa. También aquello pasaba en Alsacia, junto al Rhin legendario, al Rhin poético, que todavía canta sus himnos misteriosos y vengadores. Ahora aparece ya escrito el destino de esa sociedad esclava. Los minutos se atropellan sobre la tierra ensangrentada para entrar más pronto a la eternidad. Uno de los alsacianos se levanta. La voz le tiembla en los labios. "Durante casi cincuenta años, dice, hemos sufrido todas las tristezas, todas las humillaciones. Se nos ha escarnecido, herido, martirizado, en nombre de una civilización que se pretendía superior a la nuestra. Vednos aquí, mi general. Podéis contar con nosotros enteramente, absolutamente". No hubo más frases. El grupo se deshizo. Los ciudadanos se despidieron con saludos expresivos y apretones de manos silenciosos. Al salir de la alcaldía, Joffre reci-

be las ovaciones del pueblo. El general, conmovido, lleno de sorpresa, saluda y sonríe discretamente. Pero llega la hora de la partida. "Los autos se estremecen, escribe el narrador, dan vuelta sobre el camino grisáceo, bajo la nieve que empieza a caer, y el grito de Alsacia nos persigue, fuerte y dulce, hasta las mismas puertas de Thann..."
No pudo elegir Francia mejor general para llevar a las tierras reconquistadas el soplo de sus libertades renovadoras. "Sin la virtud, decía Edward Young, los talentos son instrumentos funestos. Los grandes males son casi siempre obra de los grandes genios". Pero Joffre escapa a la apreciación penetrante y amarga del escritor británico. El general no constituye ningún peligro para los derechos del pueblo francés. Ha conservado sinceramente la integridad de su conciencia republicana. Nada más grande que este hombre, que piensa retirarse tranquilamente a su casita de los Pirineos después de haber vencido. Su misma modestia discreta, su misma energía llena de sobriedad, sus mismos gestos reposados, tienen su grandeza. No se exagera cuando se dice que, detrás de Joffre, va toda Francia segura de sí misma, la Francia que triunfa sin golpes teatrales y sin ruidos magníficos. Bien está el beso de una raza que no acepta amos, en los labios del hombre que ha desnudado su espada para defender los ideales de esa gran democracia revolucionaria que ha fundado la concepción de nuestro derecho. Joffre ha puesto toda su ciencia militar al servicio de una causa hu-

mana. El general no combate por ideas abstractas, no se sacrifica por símbolos grandiosos y vacíos. Siguiendo el método formidable de Taine, nos resulta más útil describir a este hombre a la manera de los naturalistas, que combatirlo a la manera de los lógicos. No nos detengamos a pensar lo que hubiera hecho bajo un régimen adverso, lo que hubiera sido dentro de un medio distinto. Entonces no habría marchado a tierra de Alsacia, como libertador, ni habría pronunciado tampoco sus bellas palabras. Es que entonces, el taciturno no sería Francia. Pero nos basta saber lo que Joffre representa actualmente dentro de su país, lo que significa ese pequeño territorio redimido por un general que se identifica con la Francia, que es la Francia misma, y que tiene toda su fuerza reflexiva y todas sus virtudes serenas.

XI

# La pipa

El *Excelsior*, diario de París, ha publicado un retrato del general Maud'huy fumando su pipa. He ahí un detalle amable y cautivante. No se trata de uno de esos narguilés turcos, hechos para ser gozados entre las alfombras de los serrallos, donde el humo se aspira al través de vinos perfumados, y que ostentan una ampolla de porcelana, en forma de ánfora, y un tubo flexible, taraceado con cinceladuras de oro y forrado con piel de pantera. No se trata de una de esas pipas extrañas donde se destila el veneno de Extremo Oriente, y que aparecen en los fumaderos de opio de los arrabales de Yokohama y de las zahurdas de Saigón. No se trata de uno de esos aparatos inquietantes, con cazoleta de concha rosada a la que hacen guardia los dragones de marfil con las colas entrelazadas, pipas de un arte verdaderamente diabólico, pipas de encanto, que besan los labios del fumador con sus caños de jade negro, disimulando el zarpazo fúnebre detrás de las rejillas de bambú y en el silencio

de las esteras grises. La pipa de Maud'huy pertenece a otra categoría. En su humildad discreta, ella tiene algo de supremo orgullo. En su boquilla de espuma de mar, encorvada como pico de ibis; en su tabaquera rústica, lisa y ventruda, palpita toda la franqueza tranquila de los galos. Una placidez sonriente baña el rostro curtido del guerrero. Se diría que Maud'huy es un pescador bretón que, después de un crucero fatigoso por el océano, en una dulce somnolencia, saborease la delicia tibia de sus pipadas. Pero el soldado no parece haber penetrado la gracia burguesa de su compañera. En el ámbar sutil, manchado por nubecillas blancas, en el ámbar que se llena de humo, el general no ve más que un complemento de su fuerza estratégica. Joffre, fino psicólogo, estimula esa virtud prodigiosa de su subordinado. En las trincheras, la pipa es el espejo donde Maud'huy puede leer el porvenir, corregirse sus propias fallas y vislumbrar la victoria. Ella es el espíritu que nos brinda sus enseñanzas, el consejero afectuoso que puede consultarse en cualquier momento. Claude Farrère nos dice que las pipas también tienen su alma. Nacida en la India budhista, bajo el arco de las pagodas, la pipa distrajo la emoción mística de los bonzos de cráneo lustroso, y cubrió con su aliento espeso las filas de idolillos de piedra, fríos y gesticulantes. Al entrar en Francia, traída por los marinos portugueses, la pipa ganó en elegancia todo lo que había perdido en misterio. En tiempos de Luis XIV, un soldado sin pipa era una

quimera. Un buen mosquetero sabía jurar tanto por su dama como por su pipa. Los cortesanos se disputaban su ración de tabaco, reñían por un puñado de hebras olorosas. ¡Ah! los bellos tiempos en que la pipa era el cetro del mundo, el nudo vital de todo arte, de todo heroísmo! No pueden évocarse los recuerdos de Saint-Simon sobre el gran siglo sin que la imaginación se empañe con el humo de varios millones de pipas. Jean Bart, ese navegante de epopeya, fumaba junto a los pañoles llenos de pólvora. En su cazoleta estaba encendida la chispa del placer y del sacrificio. El fuego que acercaba a sus labios, a la vez que deleite del alma, era la muerte en acecho, la desaparición en caso de derrota. ¿Y qué decir del caballero Pardaillan de Gondrin, marqués de Montespan, que buscaba en la pipa el consuelo de su amargura conyugal? La anécdota socarrona, tan querida de Brantôme, no ha perdonado las tristezas del infortunado esposo. He aquí como la pipa evitó una tragedia. Nada más sencillo que aspirar unas cuantas bocanadas mientras la mujer propia se refocila con su real amante. La pipa da a la desgracia del noble marqués un tono de severa dignidad. En ese ambiente tranquilo, poblado de espirales caprichosas, apenas se sospecha el dolor de la altivez herida.

*
* *

La pipa no sólo alivia el sufrimiento moral, sino que exaspera la audacia, provoca la reflexión y

despeja el razonamiento. El matemático que aclara las dudas de Taine, fuma siempre delante del encerado cubierto de cifras y figuras geométricas. En la pipa que arde, en el aro de plata que enrojece con los resplandores del fuego, en el aposento lleno de humareda, el matemático parece seguir, sin turbarse, el hilo frío de sus abstracciones. En las mañanas de invierno, después de intensa labor creadora, Zola acercaba a las brasas la ampolla de madera negra, y sorbía con fuerza el humo amarillo y caliente. Las revistas han popularizado la figura arrugada de Jules Lemaître, su rostro de sátiro hosco, con la pipa colgada de los labios. Pero, en la actualidad, la Francia casi había olvidado los encantos de su vieja tradición. Y lo que es más curioso de todo, por una rareza del destino, el culto de la pipa había reaparecido en Alemania con extraordinario vigor. El fervor fanático había desplazado su centro de gravedad. La antigua religión de los tiempos de galantería y de heroísmo no hizo más que cambiar de teatro. Pero he ahí que un general de la nueva Francia, como los guerreros de Luis XIV, empuña la pipa para combatir. Maud'huy resucita de las cenizas las llamas apagadas y hace revivir los prestigios que se creían ya muertos. Quiere combinar sus planes en medio de un suave chisporroteo, ocultarse detrás de una niebla aromática. No obstante, en su gesto sin teatralidad hay una delicada filosofía. Maud'huy busca la expansión de su espíritu. Ha comprendido que todo es humo en la vida, que escribimos nues-

tras ideas en las nubes, briznas efímeras, vedijas hechas para disiparse al primer rayo de sol. Los cerebros que se encogen, no pueden alimentar más que gérmenes impotentes y pasiones malvadas. De la pipa, palpitante como una lámpara votiva, fluyen torrentes de ensueño. El humo que flota, es la imagen de nuestro pensamiento que busca reintegrarse en el infinito. Después del aniquilamiento final, la justicia se reconstruye a sí misma con el aliento tibio de las pipas. "El genio, escriben los Goncourt, no es más que el talento de un hombre muerto". La superioridad de Maud'huy está en ese sereno desprecio del peligro que podría consagrarlo con uno solo de sus abrazos. Sabe bien el general que las condecoraciones que más duran son aquellas que la misma muerte cuelga de nuestro pecho. Sin embargo, se deja arrastrar por las ondas fugaces, por el amor de esa pipa de Francia donde se funden el verde normando y el gris de Bretaña. Humo sagrado, humo reconfortante, humo hecho de ideas, que entras en la garganta como un copo de algodón y que disuelves en las venas el secreto de tus fermentos dominadores; tu misterio es la fuente de goces supremos, el río de ciencia que nos sostiene a todos, el fantasma bondadoso cuya fuerza se insinúa soberana sobre el destino y que dicta su ley a los hombres.

# VII

# LAS TRES ETAPAS

I

# Charleroi

Del puñado de líneas rígidas que publicaron los estados mayores beligerantes, de las sabias páginas del coronel Feyler, así como de los estudios serenos que vieron la luz en la hoja neutral *Gazette de Lausanne*, puede deducirse que la batalla de Charleroi representa un triunfo fugaz de la energía brutal sobre el derecho sin fuerza organizada. En estas tres etapas de la victoria, en esta carrera formidable hacia la realización definitiva de la justicia, donde el Marne fulgura como un relámpago y donde Flandes estremece como una tempestad, Charleroi es el paso en falso. El triunfo alemán abrió a las armas imperiales las puertas de Francia. Charleroi es la mano fría de la muerte, la mano fatal que desgarra las ilusiones, que nos pone al borde del abismo. Llegó en un momento solemne, vestida de oro y de sombra, para arrastrar a la desgracia a muchos generales que hasta entonces habían vivido en el éxito, para renovar concepciones agotadas, para tronchar esperanzas en flor. Volved al revés los acontecimientos que se desarrollaron del 22 al 24 de agosto de 1914, y obtendréis

una nueva idea de la historia, una percepción profundamente distinta de la gran guerra. Charleroi hubiera hecho imposible el Marne. Una Francia inviolada, libre de enemigos, hubiese sugerido entonces el advenimiento de un estado de espíritu más tolerante, hubiese dado paso a una mentalidad menos irritada por la afrenta de la agresión, por el sufrimiento inagotable de los departamentos invadidos y de las ciudades saqueadas. La resistencia es un fermento precioso de la sangre. El duque de Alba, a pesar de sus fallos diabólicos y monstruosos, no poseyó jamás el alma de las provincias dominadas. Su crueldad fué el mejor estímulo de su derrota. Triunfantes en Charleroi, los alemanes no vencieron a Francia, no alcanzaron siquiera a neutralizar la resistencia moral de Bélgica. Para Alemania, la batalla de Charleroi está muy lejos de ser un choque decisivo. Apenas si representa un tanteo infructuoso, un proyecto desbaratado en medio del trueno, cuando la visión reconfortante de la Francia arruinada y decrépita, soñada desde Berlín, hacía presentir una marcha triunfal hacia París, una cadena interminable de honores y de glorias.

*
* *

El ejército francés, sorprendido en plena movilización, debería ser envuelto y deshecho en un movimiento atroz y fulminante. Aproximadamente dos millones de hombres se arrojaban sobre Fran-

cia a través de Bélgica, avanzando en un inmenso frente. Los ejércitos octavo, séptimo y sexto, mandados respectivamente por los generales Deimling, Heeringen y Ruperto de Baviera, operan en Alsacia, apoyándose en el campo atrincherado de Metz y cubriendo las rutas de Longwy, Dinant, Namur, Charleroi, Mons y Tournai, mientras que un millón de hombres, ejército destinado a conquistar dicho frente, inicia su avance por el territorio de Luxemburgo y Bélgica. El príncipe heredero alemán, que se hallaba en Treves al frente del quinto ejército, quiere renovar la hazaña legendaria de sus antepasados antes de Valmy, marchando hacia Longwy por la abertura de Stenay. El cuarto ejército, bajo las órdenes del duque de Wurtemberg, desciende de Malmédy y avanza a la derecha, entre Givet y Sedán, por la selva de Ardennes, mientras que el general Hausen, secunda el movimiento en dirección a Namur. De esta manera, atacados en su flanco derecho, los ejércitos republicanos tratarían de replegarse sobre Vouziers, Mézières y Sedán, desde el momento que la extrema derecha de los invasores, mandada por Von Klück y por Von Bülow, llega de Aix-la-Chapelle para forzar la línea del Sambre en el frente Namur-Charleroi, pasar sobre Bruselas en un galope de fantasma e iniciar su movimiento envolvente sobre el ala izquierda de las líneas francesas. De los ocho cuerpos de ejército, se destaca primero al general Emmich contra Lieja, y luego algunas fuerzas para contener al ejército belga que había sido rechazado hacia Amberes.

"Divisiones independientes de caballería, dice el crítico militar suizo de la *Gazette de Lausanne*, mandadas por el general Marwitz, completan el dispositivo al norte de Tournai, dispositivo organizado contra Lille, Arras y Cambrai. La marcha de los ejércitos imperiales se había operado regularmente, seriamente, algo retardada por la bella resistencia de Lieja y Namur; por los combates tenaces del ejército belga en Aerschot, en Winghe-Saint-Georges, en Tirlemont, en Jodoigne: por la intervención de la caballería francesa en Dinant, donde dos divisiones de reserva del general Mangin defendían los puentes del Mosa; por la solidez de las tropas de cobertura francesas sobre el frente Spincourt-Givet, en Verdún y en Lorena." Bajo el impulso de la oleada germánica, naufragan reputaciones brillantes y brotan nombres desconocidos. En Dinant cae Lanrezac y aparece Franchet d'Esperey. El general Ruffey choca violentamente contra el Kronprinz y se ve rechazado hasta el minuto supremo en que surge Sarrail. En las batallas se cumple la ley de la selección y del destino. Esto no quiere decir que a veces no triunfen los débiles. La historia está llena de incapacidades victoriosas. Pero no hay que olvidar que la fuerza coincide casi siempre con la fortuna.

*
* *

En sus declaraciones a un amigo de la infancia, al director de la *Dépêche de Toulouse*, el general Joffre había afirmado que la batalla de Charleroi

se perdió por la imprevisión y la ineptitud de ciertos jefes. Joffre fué implacable con el error, no quiso perdonar jamás ese traspiés funesto que provocó la invasión de Francia. Muchas veces, con los ojos arrasados en lágrimas, tembloroso de emoción, el generalísimo debió sacrificar al interés de la nación amistades de treinta años. No obstante, las causas fundamentales que precipitaron el fracaso de Charleroi, no han sido todavía suficientemente aclaradas. Hay que tener en cuenta que los alemanes pasaban ya por Bélgica mientras Francia movilizaba sus tropas. De los cinco ejércitos franceses orientados hacia el lado de Belfort, por donde se creía posible la ofensiva alemana, dos debieron cambiar de itinerario cuando se comprobó la violación de la neutralidad de Bélgica y del Luxemburgo. Tan pronto como el general French terminó en Maubeuge la concentración de cuarenta mil soldados ingleses, los ejércitos de Francia iniciaron la ofensiva en todo el frente de Spincourt a Lille, pasando por Givet, Namur y Mons. Los momentos eran angustiosos y graves. El general Ruffey, con cuatro cuerpos de ejército y una división de caballería que resguarda su derecha, marcha contra el Kronprinz, que viene del Luxemburgo. Por su parte, el general Langle de Cary, maniobrando a la izquierda, debía atacar, con sólo cuatro cuerpos de ejército, los cinco cuerpos germánicos mandados por el duque de Wurtemberg, quien malogra las heroicas embestidas francesas con las formidables defensas instaladas entre el Lesse y el Semoy.

Detenido el ejército de Langle de Cary, la retirada de Ruffey es inevitable. Por consiguiente, durante las batallas que se sucedieron del 22 al 24 de agosto de 1914, la misión del ala derecha francesa consistió en maniobrar defensivamente para asegurar la resistencia de un solo flanco contra el empuje torrencial del enemigo. Entretanto, Joffre, no descuidó la ofensiva en su ala izquierda. Hace marchar hacia adelante a Lanrezac con su quinto ejército. El general Bouttegourd ocupa el sector de Givet a Namur, con frente al este, mientras que, frente al norte, cubierto por el Sambre, se fortifica el general Mangin. (1) El total de los efectivos franco-ingleses, según los datos de la *Gazette de Lauzanne*, no pasaba de quinientos mil hombres contra los novecientos mil alemanes. A pesar de todo, como lo hemos visto, Joffre sostuvo que el triunfo hubiese sido de los aliados a no mediar un torbellino de deplorables imprevisiones.

---

(1) El crítico militar suizo, coronel Feyler, además de las fuerzas que hemos señalado, nos refiere en el *Journal de Génève* que, también frente al norte, había cuatro cuerpos de ejército, dos divisiones de tropas coloniales de Argelia y una de Marruecos, además de dos divisiones de reserva y una brigada de caballería que ligaba a Binche con el ejército inglés. Este ejército, formado por dos cuerpos bajo el mando de los generales Douglas Haig y Smith Dorrien, además de una brigada de caballería, prolongaba la línea hasta Condé. En la extrema izquierda algunos cuerpos de caballería se hallaban destacados, en Valenciennes, mientras que los elementos del ejército activo, de la reserva y de la territorial franceses, reunidos en la región de Lille y de Douai, bajo las órdenes del general Percin, debían cubrir el flanco izquierdo de la línea contra las tentativas de la caballería enemiga.

*
* *

En la mañana del 22 de agosto los ejércitos franceses se pusieron en marcha. La oleada germánica empezaba a desbordarse con estrépito. El choque fué una lucha de epopeya, una lucha sangrienta de tres días y tres noches. El martillo de Thor golpeaba rudamente sobre la tierra maldita, roja de sangre y de fuego, la tierra convertida en abismo y en hoguera. Lejos de aplacar el furor de los hombres, el ciclón tudesco no hacía más que exaltarlo. El ejército de Langle de Cary se repliega al sur del Semoy. Por su parte, durante dos días, Ruffey se desangra y se agota contra fuerzas espantosamente superiores. Pero, gracias al esfuerzo gigantesco de Sarrail, entonces comandante del sexto cuerpo, Ruffey consigue rechazar el ala izquierda del Kronprinz en Spincourt y Longuyon. El retroceso de Langle de Cary obligó a Joffre a detener la persecución del enemigo. Los dos ejércitos debieron replegarse hacia el Mosa. Entretanto, los generales Lanrezac y French, con sus tropas extendidas desde Dinant hasta Condé, pasando por Namur, Charleroi y Mons, deben resistir al empuje formidable de medio millón de hombres mandados por los generales Hausen y Von Bülow. Es en esta parte donde la batalla adquiere su más alto grado de intensidad. El punto débil de Lanrezac se hallaba en Namur. El comandante había creído en el poder de las plazas fuertes y de las defensas fijas. Pero Namur caía el 24. Grandes masas de las

dos divisiones que defendían la fortaleza, fueron envueltas y deshechas. Además, los tres cuerpos sajones de Von Hausen rechazaron a la división francesa de reserva del general Bouttegourd, penetraban el 21 en Dinant, pasaban el Mosa y amenazaban con envolver el frente francés. Cuando el general Lanrezac llegó el 22 a las riberas del Sambre, la batalla alcanzó a su grado máximo de encarnizamiento. El paso era disputado en una lucha salvaje y épica. Charleroi fué el escenario de una tragedia horrible. De ahí que un punto insignificante haya dado el nombre a la inmensa batalla del Sambre. El río enrojecido, viscoso, arrastraba cadáveres. Parecía una arteria abierta y palpitante. En el curso de la batalla, Charleroi fué conquistado y perdido cinco veces. Dos cuerpos franceses se retiraban del campo el 23 al atardecer. En el ala izquierda, comenzaron a flaquear las dos divisiones de reserva que, cerca de Binche, unían a los franceses con el ejército británico. (1) Ya no había nada que hacer. La batalla estaba perdida.

*
* *

La función que le tocó en suerte al ejército inglés en Charleroi es de capital importancia. El

---

(1) Este contraste, que contribuyó poderosamente a inclinar la balanza del triunfo del lado alemán, todavía no ha sido explicado en forma satisfactoria. No es admisible la hipótesis de que la muerte de los intérpretes haya provocado una confusión de las órdenes, si se tiene en cuenta que los ejércitos modernos cuentan con medios eficaces para salvar dificultades mucho más importantes.

general French había destacado el 22 de agosto algunas fuerzas de caballería, que cargaron en Waterloo y Soignies contra una brigada alemana. Los aviadores británicos habían prolongado más allá la maniobra de reconocimiento. No obstante, nadie parecía sopechar el avance de los cinco cuerpos de ejército de Von Klück, verdadera masa de acero que marchaba hacia Saint-Amand, Mons y Condé. Los datos del estado mayor francés no se referían más que a dos cuerpos de ejército y una división de caballería. Cuando el general French menos lo pensaba, su ala derecha era violentamente rechazada hasta Bray. El enemigo ocupó Binche, rompió los puntos de unión con el ejército francés y persiguió durante largo trecho a las tropas montadas de Philips Chetwode. Entretanto, amenazado en el ala izquierda, el general Smith Dorrien abandonó el saliente de Mons, después de una lucha sangrienta con la formidable artillería de Von Klück. Cuando llegó, al caer la tarde, un aviso del generalísimo francés comunicando que cuatro cuerpos de ejército marchaban contra la línea inglesa, en un vigoroso movimiento envolvente por el lado de Saint-Amand, el general French ordenó la retirada hasta Maubeuge. Por su parte, Lanrezac se replegaba también detrás del Sambre. Pero los alemanes no daban un momento de reposo a sus enemigos. El terreno fué disputado, paso a paso, durante todo el día 24. El sacrificio heroico de las tropas que debían resguardar los flancos, está por encima de toda admiración. El inglés Allenby sa-

blea desesperadamente al gigantesco adversario, rudo y delirante, que crece por minutos. La brigada francesa del general de Lisle se deshace contra las filas germánicas. Las tropas que desembarcan en Valenciennes y que inician el fuego en Quarouble, comienzan a ser devoradas por la hoguera fantástica. "Gracias a la caballería y al apoyo de la infantería francesa, escribe la *Gazette de Lausanne*, es que el movimiento envolvente pudo ser conjurado. El ejército inglés ocupó la línea elegida de antemano, después de haber sostenido el empuje de tres cuerpos alemanes." Mientras que los destamentos agrupados en Lille permanecían inactivos, sin oponerse enérgicamente a las incursiones de la caballería alemana, (1) el ejército belga salía de Amberes y rechazaba hasta Malinas y Lovaina a una división enemiga. A pesar de todo, la suerte ya se había decidido. La gran retirada general era un hecho.

*
* *

Joffre concibió entonces el plan genial cuyo maravilloso desenlace veríamos más tarde en el Marne. El 25 de agosto apareció la famosa orden de retirada. "No habiendo podido ser ejecutada la maniobra ofensiva, decía, las operaciones ulteriores serán reglamentadas de manera de reconstituir a

---

(1) Aunque todavía no se dispone de datos oficiales precisos, se ha atribuído, sin embargo, a este error estratégico la separación del general Percin.

nuestra izquierda, por la unión de los ejércitos 4.º y 5.º, del ejército inglés y de las tropas retiradas del Este, una masa capaz de volver a organizar la ofensiva. Entretanto, los otros ejércitos estarán destinados a contener los esfuerzos del enemigo durante el tiempo necesario. El movimiento será cubierto por las retaguardias, dispuestas en las escarpaduras favorables del terreno, de manera de utilizar todos los obstáculos para detener o retardar, por medio de contraataques breves y violentos, cuyo elemento principal será la artillería, la marcha del enemigo.'' Así se organizó aquella retirada memorable. ''Los menos perspicaces, escribe el coronel Feyler, sabrán que, después de una tentativa de ataque al norte del Mosa y entre el Mosa y el Sambre, los tres cuartos del ejército francés y sus aliados iniciaron una completa y rápida retirada de doscientos kilómetros que, del 28 de agosto al 3 de septiembre, condujo a las tropas desde la extrema frontera de Brie y de Champagne, al sudeste de París.'' (1) El ejército de Amiens estaba ya en pie de guerra el 5 de septiembre. Galliéni organizaba febrilmente la guarnición de París. Con los efectivos traídos del Este, el general Joffre preparaba los ejércitos de Maunoury y de Foch. La retirada era una fuerza creadora. Derrumbaba ídolos y hacía surgir del vacío potencias ignoradas. Pero el mundo esperaba algo más que un grito vic-

---

(1) Colonel F. Feyler: *Avant-Propos stratégiques*. París, 1915.

torioso del genio, algo más que un relámpago de salvación y de heroísmo. El mundo esperaba el Marne.

## II

# Sobre el Marne (1)

Fué la tarde del 5 de septiembre de 1914, cuando después de una soberbia retirada de once días, el general Joffre comunicó a Sir John French que

---

(1) Para la reconstrucción completa de la batalla del Marne, el autor ha utilizado, además de los datos, simples y escuetos, publicados por los estados mayores beligerantes, los hermosos estudios de los críticos militares del *Times* y de *L'Illustration*, en virtud de su equilibrio, de su penetración y de su serenidad reflexiva. Han sido igualmente tomados en cuenta los juicios neutrales del coronel Enrico Barone, de Blasco Ibáñez y del coronel Feyler. Aunque la prensa alemana ha guardado silencio sobre lo que llama un *movimiento estratégico victorioso*, es digna de señalarse la opinión de la *Gaceta de Francfort* con motivo del libro de Antoine Ferdrisch sobre la batalla del Marne. Para el diario aludido, el fracaso no fué el resultado de una imprevisión germánica ni el triunfo de la táctica francesa, *que supo elegir la hora decisiva de la victoria*. «Cuando se realizó la retirada, dice la *Gaceta de Francfort*, fueron demostradas las razones por las cuales dicha retirada se había verificado. En efecto. Se advirtió que el ejército ruso estaba en contacto con nuestras tropas en la batalla de Tannenberg. Después de la retirada de Rennenkampf, surgieron nuevas columnas delante de Hindenburg, amenazando Silesia y penetrando en Galitzia. Se vió también que Austria-Hungría no podía hacer frente por sí sola a las fuerzas enemigas. Por último, de la frontera franco-italiana llegaba la noticia de que los franceses

la hora de la ofensiva había llegado. Los comandantes de ejército estaban prontos, y las tropas republicanas, a pesar del empuje fantástico del enemigo, tenían confianza en la victoria de Francia. Se había tocado la línea del Marne, esa vena luminosa y sagrada que fué la barrera infranqueable de todas las invasiones del norte, y donde las legiones de Aetius quebraron para siempre la oleada bárbara guiada por el hierro de Atila. No era posible retroceder sin que Francia se derrumbase. Al día siguiente, cuando las filas se estremecían por la violencia del bombardeo, apareció la famosa orden del generalísimo, la página fuerte y sobria que ha de vivir por muchos siglos en el recuerdo de las grandes jornadas. "Ha sonado el instante, decía, en que va a comenzar una batalla de donde depende la suerte del país. No tenemos más que una cosa que hacer: atacar y rechazar al enemigo. Un

---

retiraban sus tropas. Italia se encaminaba ya hacia la traición». Todos estos contratiempos, según la *Gaceta de Francfort*, justifican la retirada hasta el Aisne. «Los que no siendo alemanes juzgan la batalla del Marne, dicen estas cosas, pero las formulan de otra manera, escribe en tono de réplica *L'Information Universelle*, en su número del 5 de mayo de 1916. Alemania no pudo realizar su plan, que tenía por objeto, ante todo, destruir al ejército francés y apoderarse de París. Es indudable que, no habiendo destruído al enemigo, el ejército de Klück originaba una situación peligrosa en los dos frentes. Pero fué después de la batalla de Tannenberg cuando el general Klück aumentó la rapidez del avance. Los alemanes, pues, tomaban la derrota parcial de los rusos por una derrota completa. Hoy tratan de llamar medida de prudencia al retroceso desordenado a que les obligó su ignorancia de las fuerzas enemigas y los errores de su juicio».

ejército que no pueda avanzar, antes que dar un paso atrás, deberá morir sobre el terreno conquistado.'' La Francia se inundaba. El avance teutónico era imponente y arrollador. Todo el país se sentía azotado por una ráfaga de angustia. Sólo los grandes jefes esperaban el triunfo con firmeza. ¡Ah! los que murieron aquellos días llevando en los ojos la visión del desastre! París se desangraba sobre Burdeos. La gran capital veía desplazar sus energías, su prensa, su gobierno, su sociedad. El general Galliéni había sucedido a Michel en la dirección militar de la plaza. París se hundía en el crepúsculo, desaparecía entre resplandores sangrientos. Muchos ciudadanos no pensaron en el retorno, creyeron que no volverían más a cobijarse en los barrios familiares, entre los muros queridos y llenos de recuerdos. Para un poblador de París, su ciudad es el mundo entero. Nadie se aleja sin dolor, sin amargura, sin lágrimas de emoción y de protesta. Napoleón, que era un corso insensible, amaba a París, gustaba de su encanto lejano. En su *Memorial*, en esas páginas aplastadas por la frialdad o heridas por los sarcasmos, el vencedor de Austerlitz pide ser enterrado a orillas del Sena. En su roca solitaria, perdida en el mar, Napoleón evoca la ciudad que vió sus grandezas, el punto brillante separado por un abismo. Y cuando la mirada vagabunda pasa sobre las crestas de espuma de Santa Elena, y quiere arrancar en vano a la inmensidad de las aguas un secreto reconfortante, sus labios pálidos, inconscientes, desgranan al viento

los versos de Voltaire, como si fuesen quejas, y acarician en un estertor el último sueño desesperado. "Pediré a Dios, que es el rey de los reyes, que me otorgue el premio de mis sufrimientos."

*Mais à revoir Paris je ne dois plus prétendre:*
*Vous voyez qu'au tombeau je suis prêt à descendre.*
*Je vais au roi des rois demander aujourd'hui*
*Le prix de tous les maux que j'ai soufferts pour lui.*

El destino había dispuesto que París se salvase de nuevo. Cuando todo se creía perdido, cuando las masas invasoras bajaban hacia el sur, ensombrecían ya el mediodía luminoso, un relámpago del genio francés destruía en pocas horas los planes diabólicos de Alemania, reducía a polvo la obra de cuarenta años de meditación, de asechanza y de cálculo. Mientras que en Berlín se creía en el aplastamiento definitivo de Francia, mientras que en Bruselas la guarnición alemana festejaba con charangas la toma de París, los ejércitos de la república rechazaban sobre el Aisne a las tropas del emperador, y obligaban a los soldados antes victoriosos a ahondar en la tierra, a cavar trincheras, para evitar el cataclismo. Silenciosamente, sin mascaradas, Francia se escuchó a sí misma y realizó su gran obra libertadora. "La batalla del Marne, dice *New York Tribune*, ha asegurado en Europa la supervivencia de esta democracia que la revolución francesa creó para la humanidad". Sus resultados son comparables a los de la batalla de Ma-

ratón, que salvó la cultura superior de la antigua Grecia. "Ahora, agrega el diario yanqui, sin un murmullo, Francia está en guardia desde los Alpes hasta la Mancha. Nada más terrible ni más impresionante que el silencio de esos cuarenta millones de franceses que defienden la existencia de la nación." Pero esta majestad inesperada es una revelación de ideales. Su encanto reflexivo es el de los poemas indostánicos, donde flota el silencio lleno de enigmas amables, el augusto silencio de la justicia y de la esperanza.

***

El 2 de agosto, sin declaración de guerra, el territorio francés era violado en siete partes distintas. Una columna germánica, procedente de Luxemburgo, pasó por el sur de Longwy, siendo cañoneada por las baterías de la plaza. En Cirey-sur-Vezouze, a treinta y nueve kilómetros de Lunéville, un destacamento de hulanos franqueaba la frontera. A lo largo del frente oriental, cerca de Montreux-Vieux, de Delle, de Suarce, de Jonchéry, escuadrones de caballería, compañías de ciclistas, patrullas sueltas, protegían la verdadera movilización, la formidable y única fuerza alemana. Hasta en los Vosgos, destacamentos de infantería de montaña hacen fuego contra los puestos avanzados franceses. Entretanto, el embajador Von Schoen permanecía en París, esperaba hacerse insultar por la muchedumbre irritada. Como el pueblo había

conservado su calma invariable, el 3 de agosto, para hacer efectivo el estallido, se fabricó en las oficinas de la Wilhelmstrasse la salvadora fábula de que varios aviadores franceses, que nadie había visto, arrojaron bombas sobre Nuremberg, agrediendo a una población indefensa y dejando un reguero de víctimas. Se rompieron de inmediato las hostilidades. Alemania llevaba la ventaja de su iniciativa, la delantera de treinta horas en su movilización, el efecto moral de sus fuerzas maravillosamente dispuestas para el ataque, concentradas a la sombra del kriegzustand. No se pensaba, sin embargo, en la violación de Bélgica. Los primeros encuentros hicieron suponer una vigorosa ofensiva contra la cobertura del este, con los cuatro campos atrincherados de Verdún, de Toul, de Epinal, de Belfort, y con el hueco desguarnecido de Nancy, que el general Négrier había llamado la tumba de los ejércitos alemanes. Se recordaban las frases de aquel espíritu terriblemente audaz y delicadamente romántico. "Yo quisiera ser ministro de la guerra durante veinticuatro horas, el tiempo necesario para subir a la tribuna de la cámara y advertir al país que, en caso de invasión, es muy posible que la plaza de Nancy sea ocupada. Pues bien. Esta ocupación no probaría nada, no cambiaría en nada los acontecimientos ulteriores, ni disminuiría en nada las probabilidades de victoria." Pero los alemanes no quisieron atacar a Francia por el lado donde Francia era inatacable. Juzgaron mucho más fácil que la conquista de Nancy, el desgarrar

con la espada el pedazo de papel de la neutralidad belga. El profesor Víctor Bérard, autorizado por el gobierno francés para escribir la historia de la batalla del Marne, encontrará seguramente en esa nueva orientación de Alemania las raíces militares del gran movimiento estratégico del general Joffre. Los ejércitos vibran y se arquean como jabalinas. El plan germánico no tarda en vislumbrarse: defensiva en Alsacia, a las órdenes de Von Deimling, con un eje de concentración al norte de los Vosgos y con un ala derecha poderosa, que inicia su movimiento envolvente más allá del Sambre y del Oise. El ejército del general Emmich, arrojándose sobre los fuertes de Lieja, no era más que una simple vanguardia provisional. Detrás venía el alud despeñado, la avalancha, el ciclón científico, la tempestad hecha a base de matemáticas y de combinaciones teóricas. He aquí las tropas frescas de Von Klück, los soldados aguerridos de Bülow, de Hausen, del duque de Wurtemberg, del Kronprinz, de Ruperto de Baviera, de Von Heeringen, siete ejércitos que se encuentran entre Aix-la-Chapelle y Estrasburgo, y que marchan a paso de carga contra la frontera nordeste! No le queda a los franceses otro recurso que esperar. ¿Qué hacer frente a esa locura sangrienta desencadenada implacablemente sobre Bélgica y Francia? Hay que evitar a toda costa el aplastamiento. Joffre aplica con éxito una máxima napoleónica; se compromete en todas partes, pero descubre la intimidad del enemigo. *Engager partout et voir venir.* Asistimos a la revelación de ese espíritu militar de Joffre, taci-

turno y enérgico, se nos presenta de golpe el "genio de la estrategia contemporánea", según la expresión del coronel italiano Enrique Barone. Las tropas de primer choque son distribuídas en cinco ejércitos a lo largo de la frontera. Ahí están Langle de Cary y Lanrezac sobre Bélgica; Castelnau, con sus fuerzas extendidas desde Donon a Metz; Dubail desde Suiza a Donon; y Ruffey, sobre la región fortificada del Mosa. Sir John French prolonga con sus soldados la izquierda francesa. El general Pau, sin embargo, parece romper la armonía del plan general. Emprende en Alsacia una ofensiva violenta. Los colores franceses flamean sobre Mulhouse, las bayonetas de la república llegan hasta Colmar. Pero los alemanes avanzan de nuevo. Hay ciudades que son perdidas y reconquistadas hasta once veces. Sin molestarse por la lucha de Alsacia, los alemanes empezaban a inundar a Bélgica. Los primeros ejércitos franceses triunfan, luego son arrollados. La suerte de Francia vacila.

*
* *

Ruffey se corre al nordeste y penetra en Bélgica. E. 5.° ejército, a las órdenes de Lanrezac, se fortifica entre el Mosa y el Sambre. Por su parte, el cuerpo expedicionario británico llega hasta el Escalda. Franchet d'Esperey, simple jefe de división, enseña su garra con el triunfo de Dinant. (1)

(1) La caballería del general Mangin contribuyó también eficazmente al triunfo fugaz de Dinant.

No obstante, los alemanes se desbordan rugiendo. Aquello parece la humanidad sin freno, la humanidad arrebatada en un vértigo de metralla. Castelnau desfallece, se siente atacar por el centro y los flancos, abandona las conquistas de Alsacia y arrastra, en su movimiento de retroceso, al 3.º y 4.º ejércitos. El ala derecha del ejército de Lanrezac, que había llegado a las puertas de Namur, queda al descubierto. Franchet d'Esperey vuelve a mostrar entonces su empuje inaudito, se lleva por delante un cuerpo de ejército, muerde en el enemigo. Más tarde, con las alas desguarnecidas, retrocediendo paso a paso, resiste sin quebrarse el peso enorme de las fuerzas de Von Klück. El 25 y 26 de agosto, después de las tardes trágicas de Mons y de Charleroi, esa sangrienta batalla del Sambre, que debió haberse ganado cien veces, según la declaración franca y ruda del generalísimo, los cuerpos ingleses, sorbidos por la retirada general, se salvan de ser cortados gracias a esfuerzos gigantescos. Muchos ejércitos reciben orden de retirarse sin saber por qué. El agujero abierto en un pequeño frente, basta para que los kilómetros, cubiertos de hombres, se desgranen como las cuentas de un collar. Nada importan los triunfos llenos de fiebre, los hechos heroicos amontonados en un escenario reducido. La retirada se generaliza a toda la línea. Joffre penetra la situación con una claridad radiante. Resistir sobre el Mosa o el Aisne, sería comprometer el éxito de la acción sin posibilidades de volver a la ofensiva. Se llegaría hasta el Marne, hasta el mismo Sena, si fuera pre-

ciso. El gran general no se deja deslumbrar por la satisfacción de algunas victorias parciales. De nuevo, en medio de la retirada, mientras los ingleses combaten en San Quintín, Franchet d'Esperey se cruza de brazos como Turena, sonríe como Bayardo, y cierra el paso a los invasores. Cuando desnuda su espada, es para dar a Francia el triunfo de Guisa, rechazando al 10.° cuerpo enemigo y aniquilando a los soldados escogidos de la guardia prusiana. Joffre quiere, a pesar de todo, conservar la integridad de su ejército, que se extiende en una extensión de doscientos kilómetros. Se cumple la decisión enérgica de no empeñar combate hasta que las armas de la república puedan apoyarse en los campos atrincherados de París y Verdún. El error capital del estado mayor alemán fué haber interpretado este silencio como una señal de desbande. París era algo más que una promesa quimérica. Una vez aplastado el ejército, cuya desmoralización parecía evidente, la capital de Francia sería de Alemania sin que costase un solo disparo. Así es que la oleada germánica no vaciló en encajonarse dentro del estrecho corredor formado por dos plazas formidables. Pero lo más prodigioso de Joffre, es el de haber construído su ejército en medio de una retirada fantástica. Lanrezac es destituído y lo substituye Franchet d'Esperey. El general Ruffey, otro general de mérito, cae de su puesto, y sube Paul Sarrail. Con la guarnición de París y tropas del Este, se forma el 6.° ejército a las órdenes de Maunoury. El generalísimo, que vigila constantemente, descubre a

Foch, autor de obras técnicas, escritor distinguido, mandando en la frontera oriental una división del ejército de Castelnau. El alto comando se poda, se purifica, se renueva. Soldados desconocidos surgen rápidamente, y verdaderas reputaciones se vienen al suelo. Pero el interés de Francia es soberano, y aunque Joffre gima en silencio, pues debe sacrificar muchas veces a los mejores amigos, su mano de hierro cae abatida como un impulso ciego y su voluntad se cumple como una fuerza del destino. He ahí el símbolo resplandeciente de esa soberbia retirada sobre el Marne, el ejemplo magnífico de un ejército que se construye retrocediendo. El 23 de agosto, Castelnau empieza a defender con encarnizamiento las puertas de Nancy. Deja sobre el terreno un hijo, abandona al azar todo su lastre de afectos moribundos. Pero el general, contrariando el aforismo de Carlos V, ha domado a la fortuna, la ha enseñado a enamorarse de los viejos. ''Desde ese día, dice el crítico militar del *Times,* Joffre debió hacer frente a la situación más crítica de su país después de Sedán. Un ejército inesperado, a las órdenes del general Von Hausen, había conseguido forzar el Mosa y atravesar el centro aliado. Los fuertes de la frontera eran inservibles, y los bávaros, embriagados por sus victorias, amenazaban envolver el flanco de los ejércitos del norte y cortar sus comunicaciones con las reservas y con la capital. El camino de París estaba abierto.'' El método paciente de Joffre se impuso, a pesar de todo. Con su retroceso matemático, los franceses levantaban a la

vez una barrera y una trampa. "Nada más difícil, después del gran Federico, agrega el *Times*, que conducir con éxito una retirada ante un enemigo victorioso, que se desplaza con una rapidez increíble. Aunque las pérdidas eran enormes, el ejército francés no había sido vencido. Los soldados cruzaron por los valles del Oise y del Aisne. Atravesaron Suippes, los viñedos de Reims, y no se detuvieron más que en las márgenes del Marne y en las llanuras de Champagne Pouilleuse. Retirada dolorosa a través de las ciudades, de las aldeas tan vivamente amadas. Pero las tropas, reforzadas en septiembre, eran de mejor calidad que las que habían defendido el Mosa y el Sambre." Además, los soldados se habían robustecido en el sufrimiento, se habían sostenido en el odio y en el heroísmo, mezcla sublime que forma el cimiento de todo dolor y de toda grandeza. (1)

*
* *

Llegó por fin el momento en que ya no era posible retroceder. La hora de la ofensiva había sonado. El 5 de septiembre, un ejército nuevo, hecho en la retirada, fortalecido por la fe, enardecido por el entusiasmo, acampa a las puertas de París. ¡La batalla del Marne! Nos encontramos al borde de

---

(1) Aquí comienza la maniobra moral alemana de que habla el coronel Feyler (*Avant-Propos stratégiques*, págs. 50 y siguientes). Como al ejército francés ya se le consideraba deshecho, era necesario conquistarse de antemano la opinión universal con noticias falsas.

uno de los más grandes acontecimientos de la historia del mundo. ¿Por qué Von Klück, en lugar de dirigirse directamente sobre París, torció hacia el sudeste, descubriendo su flanco a la embestida de Maunoury? No se ha dado todavía explicación a ese movimiento incomprensible, tan fatal para los planes militares de Alemania. Ese tropiezo es la lluvia de Waterloo, la nube de Sadowa, el incidente imprevisto que pone siempre su mancha de sombra en un cuadro radiante. Terminada la guerra, la opinión germánica podrá proyectar alguna claridad sobre lo que ha llamado "retirada estratégica". Sin pensar en el ejército de Maunoury, cuya existencia se desconocía, Von Klück lanza todas sus fuerzas contra Franchet d'Esperey. El crítico militar de *L'Illustration* entiende que fué un gran error de los alemanes creer en una desbandada de los ejércitos de la república, y adoptar, por tanto, el partido puesto en práctica por Moltke en Sedán, corriendo detrás de fuerzas derrotadas para dispersarlas sin piedad, aniquilarlas o rendirlas. Cinco ejércitos, a marchas forzadas, se estrechan en la ratonera formada por las fortificaciones de Verdún y París. "Algunos escritores, dice *The Times*, han atribuído la victoria del Marne a faltas cometidas por los alemanes. Es exacto, en verdad, que Von Klück cometió errores; pero el plan alemán era bueno y pudo haber tenido éxito." Si el ala derecha alemana hubiese atravesado el centro francés en Vitry-le-François; si Verdún, defendido por Sarrail, hubiese caído, y si Castelnau hubiese sido rechazado

de las alturas de Nancy, el desastre se hubiese desencadenado como un rayo mortífero. La línea era larga, áspera, difícil. Pero la estrategia de los generales republicanos preparaba sorpresas geniales. Durante cuatro días se pelea sin descanso. En la tarde del 9 de septiembre la retirada alemana se declaraba en todo el enorme frente. Cansados, desangrados, sin municiones, los franceses no pueden iniciar una persecución violenta, completando su gran victoria sobre el enemigo, hostigándolo furiosamente, empujándolo hacia la frontera, sin darle tiempo a construir fortificaciones y organizarse para la defensiva. Von Klück se repliega a través de la selva de Compiégne, evita el ser envuelto y se rehace de sus horribles pérdidas. Von Bülow y Von Hausen, con sus famosas guardias reducidas a la mitad ,se corren hacia el Aisne. El duque de Wurtemberg, después de haberse aniquilado contra el centro francés, se bate en retirada al norte de Champagne Pouilleuse. Por su parte, el Kronprinz se atrinchera frente a Verdún y Dubail contiene la ofensiva en Alsacia, mientras en Lorena los legendarios coraceros blancos se estrellan y se quiebran contra los soldados de Castelnau.

*
* *

La primera chispa que brota del cuartel general, es también la primera estrofa de esta epopeya de sangre y de muerte. Joffre encuentra en sus soldados y en sus generales los mejores intérpretes de su concepción estratégica. Ahí está Mau-

noury, general retirado, que aprovecha maravillosamente el error de Von Klück, y que decide la batalla al atacar en el Ourcq, por retaguardia, el ala derecha alemana. El nudo vital de este 6.º ejército se encuentra bajo las órdenes directas del general d'Amade, reforzado más tarde, al abrigo del campo atrincherado de París, con dos cuerpos de primera línea y el 19.º cuerpo argelino. Cuando las horas de Francia eran más sombrías, Maunoury dirige el movimiento con una precisión asombrosa. Todos los autobus de París fueron movilizados, y ciento cincuenta mil hombres llegaban al fuego en el momento psicológico, cuando las legiones victoriosas marchaban sobre Château-Thierry. Ahí está Paul Sarrail, asaltando por el flanco el ejército del príncipe heredero de Prusia y obligándolo a retroceder en desorden. Su maniobra inolvidable sobre el Argonne será perpetuada como una de las más bellas obras maestras del arte militar. A costa de fuertes pérdidas, contra un ejército dos veces superior, Sarrail salva Verdún, defiende Révigny y destroza la ofensiva germánica. Ahí está Langle de Cary, el viejo soldado lleno de fiebre, cuyas tropas luchan desesperadamente al norte de Vitry-le-François. Los infantes del duque de Wurtemberg se trituran contra los cazadores azules. El 75 truena con espanto, la tierra arde, las gargantas se incendian. Los franceses se mantienen con dificultad ante la penosa presión de los invasores, que cargan en filas cerradas. Pero un refuerzo de los Vosgos, cayendo en el instante de desaliento, provoca la retirada del enemigo y

decide el triunfo por los soldados de la república. Ahí está Franchet d'Esperey, el estratega nunca vencido, el héroe de Dinant y de Guisa. Con un movimiento admirable, protege el avance británico de Coulommiers a Montmirail. Luego tiende sus zarpas hacia Von Bülow, juega con él en Champaubert, lo hiere en Sezanne y lo pulveriza en el Gran Morin. Por todas partes siembra las punzadas de su genio de aventurero, el ruido loco de su paso de conquistador. Cuando menos se piensa, Franchet d'Esperey pone una cuña entre los ejércitos de Klück y de Bülow, los desune, los separa, rotos y desgajados, para lanzarlos al vacío. Ahí está Foch, el carácter de hierro, escritor y soldado. Tiene la voluntad gigantesca recogida en las rocas de los Pirineos, la energía de la comarca vasca y la sutileza del país bearnés. Le han dado a defender una posición, y se hará matar antes que volver la espalda. Aplica en Fére-Champenoise las teorías de sus libros, el ataque de grandes vanguardias. Tiene que resistir a fuerzas de una superioridad aplastadora. Pero Foch echa mano a los recursos inagotables de su ingenio militar. Con un empuje supremo, el general rompe las fuerzas de enlace entre el ejército de Bülow y los cuerpos sajones de Von Hausen. Se repite entonces el caso de un ejército que lucha con dos frentes distintos, "la hazaña ya realizada por los ingleses en Cateau y por los rusos en Pryasnysk." (1) Todos

(1) Durante la ofensiva austro-alemana contra Rusia, en la primavera de 1915, se reprodujo varias veces este fenómeno estratégico citado por el *Times*.

los escuadrones alemanes, desconcertados al principio, se concentran contra Foch. Quieren romper el centro a toda costa. Aquello es un verdadero infierno. Durante tres días y tres noches se combate con un encarnizamiento abominable. El suelo suda pestilencias, rezuma un vapor de maldición y de odio. Foch dirige personalmente la acción. Su tenacidad es inquebrantable, sus ojos brillan en la sombra como bayonetas. Llega un instante en que los soldados empuñan el fusil como autómatas, obedecen rendidos de fatiga y de sueño. El jefe de una división comunica a Foch en tono de súplica:

—Mis soldados ya no pueden más... Hace tres noches que no duermen...

—¡Que descansen atacando de nuevo! exclama secamente el vencedor de Flandes. (1)

Por fin, después de verter mucha sangre y de gastar todas las municiones, la victoria se anuncia con la retirada del enemigo. Pero Foch no está conforme. A pesar de las dificultades enormes, avanza sobre la llanura cubierta de cadáveres, rechaza a los sajones contra los pantanos de Saint-Gond, los hostiliza y los sablea durante largo trecho. Todos cumplen las palabras de Joffre. Antes que dar un paso atrás, se hacen matar sobre el terreno conquistado.

(1) Esta frase de Foch, que apareció en las primeras crónicas de la batalla del Marne, fué confirmada más tarde por el escritor español Blasco Ibáñez.

*
* *

La batalla del Marne evitó la servidumbre de una raza, restableció el equilibrio entre los dos adversarios y permitió que Francia pudiese aprovechar tranquilamente, resguardada por una triple fila de trincheras, todo el tesoro de su genio de improvisación. No fué, sin embargo, una batalla sin día siguiente, como Austerlitz ni como Jena, la famosa *bataille sans lendemain,* que hizo las delicias de Moltke en Sedán y que le abrió la ruta de París. Basta para la gloria de Francia haber salvado en el Marne la integridad de sus ideas morales y la pureza de sus tradiciones libertadoras. Un año de guerra ha sido suficiente para demostrarnos el espantoso poderío de Alemania, su disciplina gigantesca, su formidable preparación técnica, esa monstruosa estructura de granito que nos ha dejado admirados y atónitos. Después de todo lo que hemos visto, después que nos hemos dado cuenta de lo que es capaz la máquina militar germánica, no hay que hacer un gran esfuerzo mental para imaginarse lo que hubiera acontecido a Europa si Francia hubiese sido vencida. La batalla del Marne, que duró cuatro días, (1) una de las más grandes batallas de la

(1) Aunque la retirada alemana no comenzó sino al cuarto día de combate, la lucha continuó encarnizada hasta el día séptimo. El poeta Porché, en su composición *L'arrêt sur le Marne,* se expresa así:

*Sept nuits comme un retour a l'antique Chaos*
*Sept jours, le temps aussi qu'a duré la Genèse*
*Une semaine entière où la chair sur les os*
*Claqua comme une étoffe au vent de la fournaise. . .*

historia, extendiendo su línea fantástica de París a los Vosgos, salvó juntamente con los destinos de Francia, con su fuerza ética y con su cultura, el prestigio secular de la civilización mediterránea. El ataque brusco quedó cortado en pleno vuelo, las doctrinas alemanas se volvieron contra sí mismas. Después de la batalla, Joffre lanzaba sus tropas victoriosas sobre la meseta que se eleva entre el Aisne y el Oise, esa posición estratégica que Napoleón, con todo su genio militar, no pudo defender contra Blücher en la campaña de 1814. "Obligada a una guerra de trincheras, dice el crítico militar del *Times* en su admirable estudio sobre la batalla del Marne, Alemania contradecía sus propias teorías militares. Cada vez más, ella se reducía dentro de su plaza sitiada. El triunfo del ejército francés fué obtenido a fuerza de paciencia, de ciencia estratégica y de voluntad." Para muchos generales republicanos, la batalla del Marne fué su verdadera piedra de toque. La guerra es el crisol que funde las almas débiles, el yunque que prueba el temple del acero. Las celebridades se forjan al contacto de la metralla. Vemos a Maunoury, a Langle de Cary, generales que habían pasado el límite de la edad, y a quienes Joffre les da su verdadero puesto. Franchet d'Esperey, Sarrail, Foch, no eran más que generales de cuerpo al principio de agosto. Vemos a Maud'huy, el jefe patriarcal que combate fumando su pipa. De simple profesor de historia en la Escuela de Guerra, pasa a mandar una brigada en el ejército de Castelnau, ese gran ejército de

Lorena de donde también salió Foch aureolado por las caricias de la victoria. Tres semanas más tarde, Maud'huy asciende a comandante de división, y luego a jefe de ejército. Pero ninguna carrera tan rápida como la de d'Urbal, revelado en la ciencia y en el sacrificio, el más joven de los generales que manda varios cuerpos de ejército. (1) Joffre, el gran jefe que dirigió la batalla, militar y psicólogo, supo dar con sus verdaderos colaboradores, los descubrió en el mar anónimo de los hombres. Su secreto no sólo está en haber vencido, sino en haber sabido elegir.

* * *

Un año ha corrido sobre el mundo desde el día de la sangrienta batalla. Los ingenieros militares franceses de la clase territorial, acaban de erigir un monumento que evocará la memoria de los caídos. Esta torre de piedra, hecha para desafiar al tiempo, se levanta soberbiamente en la encrucijada que forman el camino que va de Meaux a Bucy y el ferrocarril que se dirige a Chambry. Su arquitectura es discreta y severa. El monumento señala el punto preciso en que los soldados de Maunoury decidieron la victoria, mordiendo el flanco derecho del ejército de Von Klück y obli-

(1) Hasta el momento de entrar en prensa este libro, ningún militar francés ha realizado, en medio de la guerra, tan rápida y brillante carrera como el general Felipe Pétain, héroe de la defensa de Verdún.

gándolo a retroceder. Desde lo alto se domina la llanura inmensa, poblada de ruinas y de tumbas. El cañón de Francia ruge todavía sobre el Aisne. De tiempo en tiempo, la brisa que viene del norte, estremece la tierra con las vibraciones del trueno lejano. Allí fué la batalla del Marne. Sobre el campo desierto, el viajero se imaginará la carga de los escuadrones, el heroísmo de la guardia prusiana, la locura suprema de los cazadores de Foch. Hasta los árboles desgajados le parecerán centinelas inmóviles, y creerá ver dibujarse fantasmas de guerreros en el humo de las alquerías. Entretanto, ha pasado un año y pasarán otros. El mundo sigue implacablemente su camino, no se ha conmovido frente a tanto dolor. Los muertos no sólo son necesarios para que manden, sino para que germinen con las plantas. Todo sacrificio es una resurrección. Allá, bajo la tierra, unidos por la muerte, descansan franceses y alemanes; muchos de ellos duermen mezclados, entrelazados, confundidos en un abrazo frío, reconciliados en el infinito. Hacia los muertos vuela hoy el recuerdo lleno de respeto, hacia ellos rueda hoy la lágrima helada del espectador que ha penetrado la intimidad de la tragedia, y que ante la brutalidad sanguinaria del hombre, ha arrojado al vacío el lastre de sus ternuras olvidadas...

III

# Flandes

"No hay grandes acciones continuas, escribió Napoleón, que sean la obra de la casualidad y de la fortuna. Ellas derivan siempre de la combinación y del genio." En pocas batallas se ha revelado más brillantemente que en Flandes el ascendiente del espíritu sobre la fuerza hecha tempestad, sobre las mismas incoherencias de la suerte. "El Marne fué el duelo de dos voluntades ofensivas, tratando de imponerse recíprocamente, a fin de conservar la iniciativa en las operaciones ulteriores. La voluntad alemana ha debido ceder." (1) Es que, sobre el choque de las virtudes militares, se impone en Flandes el choque de las virtudes morales. El Marne dió a la causa de Francia un refuerzo inagotable de energías psicológicas. Dicho refuerzo tomó más tarde posiciones en la línea de fuego. De ahí que, en octubre de 1914, las tropas aliadas contasen con un ejército compuesto de potencias insospechadas, un

(1) Colonel F. Feyler: *Avant-Propos stratégiques*, pág. 145.

ejército invencible, rudo y enérgico, que había bebido ya en la fuente del triunfo y que se había reconfortado con el espectáculo del derecho renaciente bajo el impulso de un millón de bayonetas victoriosas. La fuerza había restablecido el equilibrio de la justicia. Los soldados empezaron a ganar la gran batalla, esa gran batalla que se inicia siempre cuando flaquea el último baluarte de la resistencia material. Nos hallamos frente a la tercera etapa de la victoria. Para coordinar los movimientos de una raza, las emociones de un pueblo entero; para gobernar el alma de la nación, para suprimir su abatimiento y refrenar su entusiasmo, es necesario dar con el hombre sereno, con el corazón amplio, capaz de sobreponerse a la fatalidad y de dominar las pasiones. Era preciso lo que Bonaparte, el gran maestro de la guerra, llamaba "la cabeza fría, que recibe la impresión justa de los objetos, que no se acalora jamás, que no se deja deslumbrar ni abatir por las malas o buenas noticias." Era preciso el hombre soñado, el hombre que todos esperaban y que nadie veía. En el minuto de tirar los dados, Francia encontró a Joffre. La historia que habrá de escribirse dentro de cien años, cuando se hayan apagado las últimas luces que parpadearon sobre el desastre, dictará su fallo sobre este hombre admirable, a cuya tenacidad y a cuya ciencia debemos el haber vivido en medio del remolino sangriento, horas sublimes de emoción, de fraternidad y de esperanza.

*
* *

Después del Marne, no quedaba al estado mayor alemán otro recurso ofensivo que el de desbordar el ala izquierda francesa y tomar el desquite en una forma inesperada. Joffre comprendió de inmediato el peligro que entrañaba este movimiento. Para desbaratar los planes del enemigo, era necesario extender, desde el Oise, el frente hasta el mar, llegar hasta la costa antes que los alemanes. Las operaciones se desarrollaron con una precisión maravillosa. Mientras que el general Maunoury se mantenía sobre el Oise, la izquierda era cubierta por los ejércitos de Castelnau, de Maud'huy, de French y de d'Urbal. El extremo de la línea estaba defendido por los soldados del rey Alberto, el pequeño y heroico ejército que acababa de salir de Amberes. Un general que ya había surgido en el Marne, se afirma de nuevo en su prestigio. Ese general es Foch. Comandante de todo el grupo de ejércitos dispuesto sobre la tierra de Flandes, el general Foch es la fortaleza contra la cual irán a estrellarse, durante un mes, verdaderas oleadas humanas. El emperador Guillermo había dictado la orden de tomar Calais. Once cuerpos de ejército eran lanzados contra Nieuport, contra Dixmude, contra Ypres... El 20 de octubre de 1914, después de fracasar en la persecución del ejército belga, los alemanes iniciaban sus ataques contra Dixmude. Las tropas del rey Alberto, alineadas a lo largo del Yser y del canal que va del Yser a Ypres, en una extensión de treinta y ocho a cuarenta ki-

lómetros, se repliegan sobre la ribera izquierda. Las compuertas han sido deshechas, las esclusas han sido abiertas, y el agua se desborda sobre la llanura estremecida por el trueno e iluminada por el relámpago de los obuses. Por primera vez los alemanes atacan en columnas cerradas, en masas compactas donde la artillería hace brechas espantosas. Pero es necesario cumplir la orden del monarca. Legiones de soldados jóvenes se lanzan a la inundación, marchan con el agua al pecho, avanzan cantando. Las explosiones levantan nubes de espuma y de sangre. El río enrojece en medio del torbellino de la muerte. Aguijoneado por la presencia del emperador que llega a Thielt el 26 de octubre, el duque de Wurtemberg envía más hombres al abismo. Sobre las aguas flotan restos humanos, troncos lívidos, pingajos sangrientos. El río arrastra cadáveres despedazados, lodo y sangre. La corriente se lleva todo, menos la victoria.

*
* *

Los alemanes consiguen atrincherar diez batallones en Tervaete. La 42.ª división francesa carga contra las fortificaciones, y la lucha se prolonga, ciega, furiosa, encarnizada, durante doce días. Los fusileros marinos del almirante Ronarch viven en medio de un infierno. Un bombardeo atroz los estremece, los agota, los desgasta. No obstante, los fusileros se sostienen. Su resistencia es para ellos el más profundo sacrificio, la mayor angustia y el

más sublime de los heroísmos. Cuenta Serge Basset que, en un momento supremo del ataque alemán, las ametralladoras francesas funcionaban mal. Fué entonces cuando el teniente de navío Martín des Pallières se lanzó contra el parapeto de una trinchera.

—¡Vamos, hijos míos! exclamó. Es con el hierro que hay que recibir a esta gente. ¡A la bayoneta!

La carga fué prodigiosa y trágica. Charles Le Goffic nos ha dejado, escrito en páginas admirables, el recuerdo de este soberbio festín de la muerte, donde los marinos del almirante Ronarch salvaron una posición de importancia vital para el desenvolvimiento de la batalla. Hasta el 10 de noviembre se mantuvieron los heroicos bretones sobre las casas de Dixmude. (1) La ciudad estaba en ruinas, había casi desaparecido bajo el atronador bombardeo. Ya no era más que un montón de escombros y de cenizas. Entretanto, la batalla continuaba es-

---

(1) Le Goffic, en su libro *Dixmude*, una de las obras más admirables que se han escrito sobre la guerra, traza, con pinceladas vigorosas, el retrato del almirante Ronarch. «El hombre, dicé, se revela exactamente tal como uno lo imagina después de conocer su raza. Sobre un cuerpo pequeño y grueso, ancho de espaldas, una cabeza ruda, voluntaria, muy fina a pesar de todo, imperceptiblemente irónica, con sus ojos de celta, un poco velados, que parecen mirar siempre muy lejos o muy adentro. En lo moral, y según la expresión de uno de sus oficiales, es una aliaga de barranco, hecha para el temporal, una de esas plantas de tierra pobre que se incrustan en las fisuras del granito y que nadie arranca jamás. La testarudez bretona está allí en toda su fuerza; pero una testarudez calmosa, reflexiva, extremadamente sobria en manifestaciones exteriores, y que encuentra sobre su objetivo todos los recursos de un espíritu maravillosamente apto para sacar partido de los elementos más ingratos».

pantosamente sobre la línea del Yser. El general Grosetti había llevado consigo, además de la 42.ª división, una parte del ejército de d'Urbal. De esta manera, con el concurso de los belgas, pudo defender el ferrocarril de Ramscappelle. Pero el ejército de Wurtemberg, en un esfuerzo final, avanzó a través de los campos llenos de lodo, salvó los fosos con puentes rústicos, hechos de tablas, alcanzando la línea ferroviaria de Ramscappelle. El triunfo alemán duró pocas horas, fué saboreado en un vértigo de fuego. El 31 de octubre los belgas atacaban de nuevo. Cuando las tropas germánicas vacilaban, una carga a la bayoneta de la infantería africana decidió la victoria. El enemigo era rechazado metódicamente, cuando se produjo a las espaldas la segunda inundación. Entonces sonó la hora terrible y radiante. Los 75 comenzaron a rugir, enfurecidos, y mientras los soldados grises de Wurtemberg saltaban en pedazos, el agua volvió a teñirse de rojo...

*
* *

El 31 de octubre de 1914 la batalla de Flandes había alcanzado a su punto culminante. Ypres ejercía una secreta fascinación sobre el estado mayor alemán. Los soldados del general Deimling, retirados en su mayor parte de Alsacia, los infantes del príncipe de Baviera y del duque de Wurtemberg, eran lanzados furiosamente contra el centro británico. Una vez rotas las líneas del general French, la marcha triunfal sobre París hubiera sido una realidad deslumbrante. Es que el ejér-

cito inglés defendía los puntos de apoyo más vitales, sobre todo las salientes de Gheluvelt y de Zillebeke, verdaderas defensas de un pasaje rápido hacia la costa. Las fuerzas de Maud'huy, en Arras, y las tropas de Grosetti, sobre el Yser, aseguraban a los ingleses contra la posibilidad de una maniobra envolvente del enemigo. Por su parte, los destacamentos del ejército de d'Urbal constituyeron, en la hora crítica, la fuente inagotable de toda ofensiva. Foch era el nervio motor de esta soberana organización. Establecido en Cassel desde el comienzo de las operaciones, su alma vigilante es la fuerza misteriosa que desgarra los velos de la victoria. Muy pronto el enemigo confesaría su impotencia. "Su esfuerzo para romper la línea franco-inglesa, dice Serge Basset, sobrepasó en violencia a todo lo que se puede imaginar. *La sangre corría en las calles, como la lluvia en día de tormenta*, ha escrito un testigo. Durante esas semanas trágicas de octubre y de noviembre, el general Foch por su tenacidad, por su sangre fría y por su táctica audaz, adquirió una reputación que no perecerá nunca." (1) Llegó un momento difícil, un momento

---

(1) El crítico militar del *Times* asegura que la batalla de Flandes hizo brillar definitivamente a los grandes talentos militares de Joffre y de Foch. «Las reservas francesas no estaban prontas, dice. Sólo Joffre supo reunir los refuerzos necesarios en el momento oportuno. A los ejércitos instalados en el frente, no agregó menos de cinco cuerpos enviados por ferrocarril y por automóvil. Entretanto, Foch se dedicaba a maniobrar con sus débiles reservas tan rápidamente como le era posible, repartiendo las divisiones según las circunstancias. Solamente un talento militar fuera de lo común podía conseguir, con sólo 500.000 hombres, una victoria sobre 1.500.000 adversarios extendidos desde Albert hasta la costa».

trágico en que se creyó que todo estaba perdido. Sir Douglas Haig se había incorporado en Zillebeke con tres batallones franceses y una brigada de caballería bajo las órdenes del general Moussy. En la terrible mañana del 31, a costa de esfuerzos desesperados, Moussy, caído más tarde heroicamente, había conseguido mantener la integridad de su línea. ''Los franceses vinieron en nuestra ayuda en el momento preciso, escribe el *Times*, de la misma manera que sesentá años antes habían llegado en nuestro socorro junto a Inkerman.'' El general Moussy fué el héroe de un episodio inolvidable. Viendo que sus efectivos eran devorados atrozmente por el fuego adversario, Moussy destacó algunas patrullas hacia retaguardia en busca de refuerzos. Los coraceros batieron infructuosamente los alrededores del campo de batalla. Todos los hombres disponibles ya habían sido enrolados. Al fin, desesperando del éxito, el general Moussy ordenó a un cabo de su escolta que arrease hacia el frente con todo el mundo. ''El cabo partió, dice el *Times*. Los cocineros que encontró en los vivacs, los peones de la intendencia, los leñadores y los aguateros, constituyeron un refuerzo de doscientos cincuenta hombres en su mayor parte desarmados. Una vez frente al general, los sesenta y cinco hombres de la escolta echaron pie a tierra, cargando a la bayoneta en compañía de los recién llegados. Trescientos hombres fueron lanzados contra un regimiento alemán entusiasmado por el éxito. Pero las tropas imperiales, tomadas de flanco, retrocedieron. Ypres estaba salvado. La carga había sido

conducida por el general Moussy y el cabo.'' Luego, un ataque del regimiento de Worcester completó la victoria con la defensa de Gheluvelt. Por otra parte, la línea de Zillebeke a Bixchoote era disputada en un duelo soberbio por los soldados del general Dubois, por las divisiones territoriales del general Bidon y por el cuerpo de caballería bajo las órdenes del general Mitry. La aldea de Bixchoote, bañada por el heroísmo, salpicada por la sangre, fué el escenario atroz de una nueva epopeya. Los zuavos del general Dubois hicieron frente a las nuevas formaciones alemanas hasta que la ofensiva quedó definitivamente quebrada. Durante un mes, no dejaron de derrumbarse en el vacío montañas de material humano. Cuando la hoguera empezaba a languidecer, entonces se sentía la necesidad de que no se apagase esa llama amenazadora y monstruosa que hoy devora todos los tesoros de la civilización europea. Más de trescientos mil hombres quedaron sobre el campo incendiado. Pero la fortuna había descubierto su rostro enigmático. Alemania no llegó a Calais.

*
* *

Sobre la tierra roja de Flandes, junto al Yser, junto al río sagrado, que fulmina como una esfinge, que abrasa como una serpiente de fuego, junto al río de maldición y de sacrificio, que arrastró con sus aguas sangre de mártires y de héroes, se dibuja la figura silenciosa y altiva del monarca que pisa todavía sobre un jirón palpitante de Bélgica.

La belleza trágica de Flandes se funde en el alma del rey Alberto. Las imágenes sombrías de la muerte parecen movidas por las pulsaciones de la resurrección. Mientras exista la justicia sobre la tierra, Bélgica no puede morir. Mientras haya naciones capaces de poner la fuerza al servicio del derecho, bajo la disciplina de las grandes energías subjetivas de la especie, Bélgica romperá sus cadenas y renacerá a la vida de los pueblos libres. Francia ha arrastrado siempre todo su prodigioso espíritu militar hacia la causa sagrada de las libertades humanas. Francia ha sacrificado a este ideal lo mejor de su genio, de su sangre y de su riqueza. Como en el Marne, como en Flandes, como en tantos choques admirables, hoy Francia vigila, su trabajo crea, su ciencia resplandece, y su espíritu nos inunda a todos con la visión reconfortante de un derecho siempre victorioso, del derecho que, amenazado de muerte, encuentra defensores sublimes y hace nacer heroísmos sin ejemplo.

# VIII

## CONCLUSIÓN

## El amanecer

La conflagración europea fué, en su faz inicial, el conflicto entre la fuerza sin bases morales y el derecho huérfano de energías militares, es decir, el derecho anémico, el derecho sin vitalidad. Fué necesario el correr de un año para que el problema quedase reducido a sus verdaderos términos y que la justicia se hiciese fuerte. El día en que el derecho y la razón puedan triunfar sin cañones, habrá sonado entonces la hora final de nuestra barbarie. Los matices psicológicos de la guerra europea no son en el fondo más que los aspectos de una grave inquietud moral, de una gran cuestión de libertad y de voluntad. Basta resucitar los viejos aforismos de la vida interior para comprender la grandeza de esta tragedia gigantesca donde los obuses chocan como las abstracciones. Cuarenta años de volición organizada, de disciplina progresiva, de industrialismo fantástico, llevaron a Alemania al pináculo de su poderío universal y al desprecio de todos los valores íntimos. Algunos meses de fiebre, bajo la amenaza enemiga, hicieron la maravilla del

renacimiento francés. He ahí el milagro de las fuerzas morales que gobiernan el espíritu humano. La embriaguez de la conquista ensombrece el sentido de la realidad subjetiva; el deslumbramiento de la riqueza absorbe la función de las facultades nobles. Hay una anestesia incompleta de la sensibilidad nacional. Los instrumentos de la dominación física mueven las cosas; jamás consiguen alcanzar a las almas. Los errores de Alemania son las alucinaciones de todos los imperialismos. Solamente nos fascina aquello que nos proponemos amar demasiado. Nuestra voluntad interviene hasta en nuestros sueños. De la misma manera que Alemania quiso equivocarse, Francia quiere vencer.

*
* *

Ya forjada sobre el error o sobre la verdad, nuestra fuerza interior hace obra inmensa. Basta que arda dentro de nosotros esa llama de sinceridad y de misticismo, que tanto proclama la ruina de los imperios como mece la cuna de los tiranos. El sentimiento de las nociones morales es la única crítica de la perversión idealizada, el único resorte del mal hecho poema, el único freno del saqueo transformado en teoría. Puede afirmarse, matemáticamente, que Francia y sus aliados obtendrán la victoria mientras no abandonen la concepción de que su voluntad enérgica está al servicio de una causa sagrada de principios y de libertades. Es que la libertad consciente, la libertad voluntaria, es

algo más que una sensación transformada en ideal. Su esencia dinámica ha torturado a varias generaciones de metafísicos. No se trata ya de admitirla en un plano casi orgánico, como los espíritus que siguen las tradiciones filosóficas de Condillac. Para Kant, para el mismo Schopenhauer, el determinismo gobierna únicamente el mundo de los fenómenos. Si la libertad reina sólo en la hipótesis de la vida psíquica, su ilusión constante representa su verdadero realismo. Creerse libre equivale a serlo. Bajo todos los sistemas, bajo todos los regímenes, se agita esa nube de descontentos que aspira a libertarse de una opresión vaga y contradictoria, malestar interno al cual la política le da apariencias objetivas. La felicidad y la libertad siguen caminos paralelos; se miran sin tocarse. Son dos ilusiones que solamente se juntan y se amalgaman en un punto imaginario de nuestro horizonte cerebral. Nada más torpe que buscar la dicha por el sendero de las garantías jurídicas. De ahí que la libertad sea más sublime por lo que santifica que por lo que realiza. Dentro de la admirable república soñada por los ideólogos revolucionarios, circulará siempre el veneno de la conspiración y de la discordia. La democracia más perfecta recogerá su savia en un semillero de inquietud. Son los descontentos los que hacen marchar el mundo.

*
* *

Fuerza y derecho es la fórmula que encarna todas las violencias y todas las quimeras de la lucha actual, de este duelo a muerte entre dos civilizaciones que son el fermento del planeta. El derecho no podrá subsistir sin la fuerza. Tampoco la fuerza podrá vencer sin el derecho, fuente inagotable de energía moral. Aquellos que no cristalizan sus ensueños, que sienten nacer entre las ruinas de las ideas viejas un torbellino de visiones renovadoras, esperan que el sol ha de alumbrar un espectáculo más reconfortante que el de la Europa ensangrentada y el de la familia humana deshecha. Detrás de los escombros despunta la aurora. El amanecer es de placidez, de suavidad, de esperanza. La noche fatal, la noche triste, desgarrada por los aullidos de la muerte y salpicada de cenizas humeantes, se abre a la luz matinal como una flor abominable, se deja violar las entrañas sombrías, y desnudando al sol sus secretos monstruosos, descubre el sendero oculto que nos llevará hacia una nueva vida, hacia un nuevo amor, hacia un nuevo destino.

FIN

# INDICE

BIBLIOTECA NACIONAL

# INDICE

Págs.

DEDICATORIA . . . . . . . . . . . . . . . . . . . 5

CAPÍTULO I

**Fuerza y Derecho**

Del misticismo al pragmatismo—Voluntarismo y obligatoriedad—La Paz imposible—De la anarquía al patriotismo—La Comuna . . . 7

CAPÍTULO II

**La Revolución**

Ayer y hoy—La Marsellesa—Santerre. . . . . . . . . . . . 63

CAPÍTULO III

**La guerra y las ideas**

Sherlock Holmes—Le Bon — Fabre--Zola — Remy de Gourmont—Kant—De Taine a Bergson—Guido Baccelli—Jules Guesde . . . 105

CAPÍTULO IV

**El desfile trágico**

Vicente Egaña—Lo ignorado—Fantasmas y sombras—Sonrisa de esfinge . . . . . . . . . . . . . . . . . . . 159

CAPÍTULO V

## Rusia

Págs.

La inmensidad—Carlos XII—Napoleón—El sueño eslavo—La evolución rusa. . . . . . . . . . . . . . . . . . . 217

CAPÍTULO VI

## Bocetos dispersos

Los puños de Carpentier — El clarín Rolland—El héroe antiguo—Jeannin—Guerra de muñecas—El monóculo de Cassagnac—El saludo del muerto—La estatua del general—La espada del Rey—El beso de Francia—La pipa . . . . . . . . . . . . . . . . 251

CAPÍTULO VII

## Las tres etapas

Charleroi—Sobre el Marne—Flandes. . . . . . . . . . 301

CAPÍTULO VIII

## Conclusión

El amanecer. . . . . . . . . . . . . . . . . 347

BIBLIOTECA NACIONAL - MONTEVIDEO